

Octubre-desembre 2013, vol. 98, núm. 4

<http://papers.uab.cat>

ISSN 0210-2862 (en paper)

ISSN 2013-9004 (en línia)

PAPERS

Revista de sociologia

98/4



Mujeres y cambio social



Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Publicacions

Redacció

Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Sociologia
08193 Bellaterra (Barcelona). Spain
Tel. 93 581 12 20. Fax 93 581 24 37
r.papers.sociologia@uab.cat

Intercanvi

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
Secció d'Intercanvi de Publicacions
08193 Bellaterra (Barcelona). Spain
Tel. 93 581 11 93
sb.intercanvi@uab.cat

Administració i edició

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Publicacions
08193 Bellaterra (Barcelona). Spain
Tel. 93 581 10 22. Fax 93 581 32 39
sp@uab.cat
<http://publicacions.uab.cat>

ISSN 2013-9004 (en línia)
ISSN 0210-2862 (en paper)
Dipòsit legal: B. 25.307-1983

Composició

Binorama, SCP

Equip de redacció

Carlota Solé, directora (UAB);
José Antonio Noguera, adjunt de direcció (UAB);

Fernando Ramírez Plaza, secretari (UAB)

Consell de redacció

Amado Alarcón (URV), Eva Anduiza (UAB),
Javier Astudillo (UPF), Pau Baizán (UPF),
Cristina Blanco (EHU), Xavier Bonal (UAB),
Jordi Busquet (URL), Lorenzo Cachón (UCM),
Inés Calzada (CCHS-CSIC), Xavier Coller (UPO),
Ramón De Alós (UAB), Lluís Flaquer (UAB),
Jordi Garreta (ULL), Maria del Mar Griera (UAB),

Antonio Jaime (UMA), María Jiménez-Buedo
(UNED), Roger Martínez (UOC), Oscar Molina
(UAB), Almudena Moreno (UVA), Sònia Parella
(UAB), Rita Rädli Philipp (UAC), Xavier Rambla
(UAB), Clara Riba (UPF), Teresa Sorde (UAB),
Joaquín Susino (UGR), Helena Troiano (UAB)

Consell consultiu

José Adelantado (UAB), Montserrat Baras (UAB),
Esther Barbé (UAB), Joan Botella (UAB), Ignasi
Brunet (URV), Anna Cabré (UAB), Manuel
Castells (UOC), Aaron Cicourel (University of
California, San Diego), Juan Díez Medrano (UB),
Gösta Esping-Andersen (UPF), Ramón Flecha
(UB), Salvador Giner (IEC), Julio Iglesias de Ussel
(UCM), María Jesús Izquierdo (UAB), David Laitin
(University of Stanford), Emilio Lamo de Espinosa
(UCM), Andreu Lope (UAB), Carlos Lozares (UAB),

Francisco Llera (UPV), Antonio Martín (UAB),
Fausto Miguélez (UAB), Enzo Mingione
(Universidad de Milano-Bicocca), Isidre Molas (ICPS),
Joaquim Molins (UAB), Marta Núñez (Universidad
de La Habana), Josep Picó (UV), Ida Regalia
(Universidad de Milano), Eduardo Rojo (UAB), Juli
Sabaté (UB), Enric Sanchís (UB), Graciela Sarrible
(UB), Joan Subirats (UAB), Marina Subirats (UAB),
Josep Maria Vallès (UAB), Rosa Virós (UPF),

Bases de dades en què PAPERS està referenciada

- ARCE-FECYT
- CARHUS+
- CIRC (Clasificación Integrada de Revistas Científicas)
- Compludoc
- Dialnet (Unirioja)
- DICE (Difusión y Calidad Editorial de las Revistas Españolas de Ciencias Sociales y Jurídicas)
- DOAJ (Directory of Open Access Journals)
- Educ@ment
- Índice Español de Ciencias Sociales y Humanidades (ISOC-CSIC)
- IN-RECS (Índice de Impacto de Revistas Españolas de Ciencias Sociales)
- International Bibliography of the Social Sciences (IBSS)
- Latindex
- MIAR (Matriu d'Informació per a l'Avaluació de Revistes)
- RESH (Revistas Españolas de Ciencias Sociales y Humanas)
- RACO (Revistes Catalanes amb Accés Obert)
- SCOPUS de SciVerse
- Social Services Abstracts
- Socindex, Socindex Full Text
- Sociological Abstracts
- TOC Premier
- Ulrich's

PAPERS és una publicació del Departament de Sociologia de la Universitat Autònoma de Barcelona fundada l'any 1972. El seu objectiu és servir de mitjà de difusió d'idees i d'investigacions originals, en el camp de la sociologia i altres ciències socials afins (psicologia, ciència política, economia, antropologia).

L'acceptació d'articles es regeix pel sistema de censors. Es poden consultar les normes del procés de selecció i les instruccions per als autors a <http://papers.uab.cat/about/submissions#authorGuidelines>.

PAPERS. REVISTA DE SOCIOLOGIA es publica sota el sistema de llicències Creative Commons segons la modalitat:



Reconeixement - NoComercial (by-nc): Es permet la generació d'obres derivades sempre que no se'n faci un ús comercial. Tampoc es pot utilitzar l'obra original amb finalitats comercials.

Aquest volum ha rebut un ajut econòmic de:

Fundació
BancSabadell



Sumari

Papers. Revista de Sociologia
Octubre-diciembre 2013, vol. 98, núm. 4, p. 599-787
ISSN 2013-9004 (en línea), ISSN 0210-2862 (en paper)
Les paraules clau són en llenguatge lliure
<http://papers.uab.cat>

Articles monogràfic

Mujeres y cambio social

605-607 VARELA FERNÁNDEZ, **Julia**; GORDO LÓPEZ, **Ángel Juan**
Introducción. *Papers*, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 605-607.

Primeros pasos hacia la emancipación de las mujeres en el siglo XX

611-627 VARELA FERNÁNDEZ, **Julia** (Universidad Complutense de Madrid)
La larga lucha por la emancipación de las mujeres. Carmen Baroja
y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri.
Papers, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 611-627.

Palabras clave: configuración social; dispositivo de feminización; instituciones de socialización; historias de vida; asociaciones de mujeres; desequilibrio de poder; capital altruista.

629-646 ÁLVAREZ-URÍA, **Fernando** (Universidad Complutense de Madrid)
Mujeres y política. Las políticas de las mujeres en la España de la
Segunda República y la Guerra Civil. *Papers*, 2013, vol. 98, núm. 4,
p. 629-646.

Palabras clave: género; dominación masculina; campo político; feminismo revolucionario; feminismo burgués; nueva cultura política; estudios sobre las mujeres.

647-651 AVIA, **Ma Dolores** (Universidad Complutense de Madrid)
Feminismo y libertad. Comentarios a los textos de Julia Varela y Fer-
nando Álvarez-Uría. *Papers*, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 647-651.

Palabras clave: movimiento feminista; anarquismo; emancipación de la mujer; España.

Arte, literatura y trabajo

655-675 IZQUIERDO LÓPEZ, Natalia

Escritoras de la posguerra frente al espejo. Derrotas y conquistas de algunas antiheroínas. *Papers*, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 655-675.

Palabras clave: Carmen Laforet; Carmen Martín Gaité; autobiografías; socialización; autopercepción; independencia.

677-696 VAL CUBERO, Alejandra (Universidad Carlos III de Madrid)

La profesionalización de las mujeres artistas españolas. El caso de Maruja Mallo (1902-1995) y Amalia Avia (1926-2011). *Papers*, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 677-696.

Palabras clave: autobiografías; educación artística; campo artístico; socialización; familia; pintoras; España.

697-706 TOBÍO, Constanza (Universidad Carlos III de Madrid)

Igualdad y diferencia en la profesionalización de las artistas. Comentarios a los textos de Alejandra Val Cubero y Natalia Izquierdo. *Papers*, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 697-706.

Palabras clave: mujeres; profesiones liberales; pintura; literatura; estudios de las mujeres.

Trayectorias y posiciones de las hijas de la transición

709-729 PARRA CONTRERAS, Pilar (Universidad Complutense de Madrid)

El peso de la familia y del sistema educativo en las trayectorias de tres mujeres de clases populares, urbanas y rurales. *Papers*, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 709-729.

Palabras clave: historias de vida; capital económico; capital cultural; capital relacional; trayectorias educativas; mercado de trabajo; identidad de género.

731-750 GORDO LÓPEZ, Ángel J. (Universidad Complutense de Madrid)

Los procesos de subjetivación de las nuevas élites culturales. Itinerarios de autonomía e (in)dependencia emocional de mujeres de clase media. *Papers*, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 731-750.

Palabras clave: capital cultural; capital relacional; conciencia de clase; cultura de la excelencia; identidad; *madres coraje*; participación política; relatos de vida; repertorios de subjetividad; trayectorias afectivas.

- 751-772 **BIGLIA, Barbara** (Universitat Rovira i Virgili)
Experiencias fronterizas y efectos de las movilidades sociales y de clase. *Papers*, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 751-772.
Palabras clave: subjetividades; fronteras; movilidad social; cambio social; precariedad vivencial.
- 773-777 **SUBIRATS I MARTORI, Marina** (Universitat Autònoma de Barcelona)
Mujeres y cambio social. En torno a los trabajos de Barbara Biglia, Ángel Gordo y Pilar Parra. *Papers*, 2013, vol. 98, núm. 4, p. 773-777.
Palabras clave: género; clases sociales; generaciones; evolución social; historias de vida.

Ressenyes

- 773-775 **GARCÍA CASTAÑO, J. y OLMOS ALCARAZ, A.** *Segregaciones y construcción de la diferencia en la escuela.* (Jordi Garreta Bochaca).
- 776-777 **AGULLÓ, Víctor.** *Los valencianos en Uruguay.* (Fernando Osvaldo Esteban).
- 777-781 **MORENO, Luis.** *La Europa asocial: Crisis y Estado del bienestar.* (José Adelantado).

ARTICLES MONOGRÀFIC
MUJERES Y CAMBIO SOCIAL

Introducción

Julia Varela Fernández
Ángel Juan Gordo López



En Europa, desde finales de la edad media, desde la denominada *querrela de las mujeres*, se sucedieron los escritos tendentes a ridiculizar o negar determinados saberes considerados femeninos. Fueron predominantemente varones eclesiásticos quienes, al menos desde la reforma y la contrarreforma, promovieron la expulsión de las mujeres de estudios, universidades y gremios, además de vetar para ellas el acceso a determinados *saberes y prácticas*. Las mujeres que gozaban de independencia se vieron relegadas socialmente o simplemente indexadas y perseguidas como brujas, hechiceras, mujeres vagantes y ladronas. En ocasiones, en los albores de la modernidad, saberes y prácticas procedentes de las gentes del común, compartidos por varones y mujeres de las clases populares, fueron objeto de un proceso de expropiación e injerencia por parte de los grupos en el poder que intentaron imponer su visión del mundo y sus códigos de pensamiento como los únicos legítimos. Los debates acerca de la naturaleza y las funciones de las mujeres se repitieron a lo largo de la historia de Occidente en otras ocasiones, y especialmente cuando se debatía entre las diferentes fuerzas sociales qué nuevo modelo de sociedad se debía adoptar. Baste recordar, por ejemplo, la época de la Revolución Francesa o los modelos de sociedad propuestos en el siglo XIX por Saint Simon, Fourier y Owen, en los que se buscaba una mayor igualdad no sólo entre las clases sociales, sino también entre mujeres y hombres, e incluso entre niños y adultos. Hubo que esperar al siglo XX para que se produjese en Europa el retorno de las mujeres a las universidades y a los estudios, de donde habían sido expulsadas por las órdenes mendicantes, pero, ¿qué ocurre en el siglo XX con sus saberes y sus prácticas?, ¿cuáles son sus modos de subjetivación?, ¿cómo se implican en las profesiones y en la historia social y política?, ¿cómo perciben su propio mundo personal y su propia vida?, en fin, ¿qué retos plantean a las distintas formas de dominación masculina durante este periodo?, ¿qué nuevos espacios y dificultades encuentran?

El presente número monográfico de PAPERS aborda estos interrogantes a partir de trabajos que, desde distintas tradiciones y perspectivas teóricas y metodológicas, intentan hacer visible la presencia de las mujeres, a lo largo

del siglo XX, en la vida social y política de la España contemporánea, con el propósito común de determinar cómo se percibieron y se perciben a sí mismas, cómo dicen actuar y cuál es su protagonismo en la vida social y política. A partir del análisis del sentido que confieren las mujeres a sus vidas y su incidencia en el cambio social, se proporciona una perspectiva de largo alcance de las líneas de fuerza que configuran problemáticas sociales actuales en las que las relaciones de género y de poder están muy presentes. Para ello, nos serviremos predominantemente de documentos biográficos, narraciones autobiográficas e historias de vida de mujeres españolas de posición social diferente. También recurriremos a materiales relevantes ya existentes elaborados sobre todo por sociólogos e historiadores.

Las miradas y las construcciones analíticas que suscitan los materiales biográficos que sirven de base a los distintos estudios aquí recogidos están todas ellas en deuda con distintas corrientes del pensamiento sociológico y también con tradiciones metodológicas sensibles a la historia, y, en particular, al enfoque histórico-comparativo. De ahí que nuestras interpretaciones dejen traslucir sobre todo la influencia de los trabajos de Michel Foucault, Norbert Elías y Robert Castel, quienes, siguiendo la estela de Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber, apelaron a la memoria de los conflictos para poder comprender cómo se han gestado las condiciones que conforman el presente y elaborar así nuevos conocimientos que puedan ser útiles para explicar lo que está sucediendo en la actualidad. Los distintos textos aquí reunidos, a pesar de la naturaleza dispar de sus fuentes, tienen en cuenta, a la hora de organizar y elaborar los materiales, las variables clásicas de los trabajos de sociología: «familia», escuela, grupo de iguales, trabajo, legislación, entorno rural o urbano, diferentes formas de entender la política, etc. La puesta en práctica del análisis de estas variables se inspira especialmente en los trabajos de Pierre Bourdieu, y más concretamente en *La distinción*, pero también en los brillantes estudios de sociología histórica realizados por Norbert Elías, que suscitó la cuestión de la necesidad de comprender, en cada época histórica, el grado de equilibrio o desequilibrio de poder existente entre los sexos. Consideramos que una de las virtudes de la metodología utilizada radica en que, al hacer un recorrido de larga duración que abarca todo el siglo XX, y al aplicar el método histórico-comparativo, amplía nuestra mirada de modo que podemos ser más conscientes de que no existe un progreso lineal, evolutivo, sino que hay avances y retrocesos, tanto en el tiempo como en el espacio social. Por otro lado, observamos que, en una misma época y en una misma sociedad, los mismos procesos afectan de forma distinta a las mujeres de las distintas clases sociales.

Los grados de igualdad y de desigualdad social sin duda han cambiado a lo largo de los distintos periodos analizados, muy especialmente durante la Segunda República y también durante la transición democrática, pero todavía es preciso seguir esforzándose para que se amplíe y se consolide la igualdad, y más cuando la coyuntura histórica modelada por las políticas neoliberales, más atrincheradas y fortalecidas con la gran crisis actual, amenazan con un proceso de involución de derechos sociales y políticos. La fuerza de la ideología neoli-

beral conservadora (*neo-con*) y de las políticas que atentan contra las conquistas del estado social, se está poniendo bien de manifiesto, sobre todo en los Estados Unidos, pero también en Europa y en particular en España (por ejemplo, a través de la reforma laboral impuesta actualmente por el partido en el poder), políticas institucionales que tácitamente reivindicán la vuelta a la familia tradicional, lo que significaría que la mujer debería dedicarse exclusivamente al cuidado del hogar, mientras el varón, ensalzado a través de la figura del padre, encarnaría de nuevo la autoridad a la vez moral, económica y social.

Los relatos autobiográficos, los documentos personales y las historias de vida que reúne este número monográfico nos permiten observar que existen determinados procesos que favorecen e impulsan un mayor equilibrio de poder entre varones y mujeres a lo largo de la historia contemporánea española. Entre ellos, tener acceso a una educación igual a la de los varones, el carácter voluntario de la asociación matrimonial y la posibilidad de divorciarse, iguales oportunidades para realizar un trabajo o ejercer una profesión, vivir en una época en la que se valore más el conocimiento que la fuerza, posibilidad de integrarse en asociaciones (o redes sociales) de mujeres con poder e influencia, vivir en sociedades en las que exista una mentalidad y unas costumbres favorables a las mujeres, en fin, una sociedad en la que estén vigentes leyes que reconozcan su ciudadanía de pleno derecho y pongan freno a la violencia y a la dominación masculina, y en la que se apliquen políticas democráticas que favorezcan la justicia y la paz. Pero, además, ponen de relieve que es preciso que todos estos factores actúen al mismo tiempo, se refuercen conjuntamente, para que sea posible un verdadero proceso de emancipación. La historia no se detiene, pero conviene reflexionar sobre ella para asumir con mayor conocimiento de causa las fuerzas que nos coaccionan y nos impiden avanzar. En este sentido, la sociología, al objetivar la incidencia de lo social en lo personal, lejos de incurrir en una especie de determinismo, se convierte en un servicio público, en un saber reflexivo al servicio de mayores cotas de libertad.

Por último, queremos señalar que la estructura del monográfico se articula en torno a tres secciones diferenciadas. El conjunto se compone de siete artículos y tres comentarios correspondientes a cada una de las secciones a cargo de reputadas investigadoras. Los distintos trabajos se ciñen a un orden cronológico que abarca desde finales del siglo XIX hasta el presente, con el fin de objetivar y explicar las semejanzas y diferencias existentes en las trayectorias biográficas analizadas en función de una mayor autonomía de las mujeres.

PRIMEROS PASOS HACIA
LA EMANCIPACIÓN DE LAS MUJERES
EN EL SIGLO XX

La larga lucha por la emancipación de las mujeres. Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri

Julia Varela Fernández

Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Ciencias de la Información.
Departamento de Sociología VI
jvarela@fis.ucm.es



Recibido: 30-10-2012
Aceptado: 10-06-2013

Resumen

Los escritos autobiográficos de Carmen Baroja, Zenobia Camprubí y María Teresa León nos permiten seguir de cerca el enorme esfuerzo que realizó un importante colectivo de mujeres de la burguesía liberal española de la primera mitad del siglo XX para romper con el *dispositivo de feminización*, dejar de ser el *sexo débil* y alcanzar una mayor autonomía personal y profesional. El análisis sociohistórico de las trayectorias de estas tres mujeres muestra que, en cierta medida, pudieron desahucarse de los lazos de sujeción atados, y bien atados, por las principales instituciones de socialización establecidas en unas sociedades en las que imperaba un fuerte desequilibrio de poder entre las clases y entre los sexos. Esa ruptura fue posible gracias a su capital económico y cultural de origen, a los trabajos que realizaron, a las asociaciones de mujeres de las que formaron parte, a las redes sociales en las que se apoyaron, así como a su resistencia y tenacidad frente a la dominación masculina. Si se exceptúa la época de la Segunda República, ni los gobiernos, ni la gran mayoría de los varones, empezando por los de su entorno más próximo, fueron cómplices en sus proyectos para lograr una mayor emancipación.

Palabras clave: configuración social; dispositivo de feminización; instituciones de socialización; historias de vida; asociaciones de mujeres; desequilibrio de poder; capital altruista.

Abstract. *The long struggle for women's emancipation: Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar and María Teresa León Goyri*

The autobiographies of Carmen Baroja, Zenobia Camprubí and María Teresa León provide a deep understanding, in the context of the first half of the twentieth century, of the enormous effort made by a significant group of women from the Spanish liberal bourgeoisie to break with the *feminization device*, and hence with the weaker sex condition, which enabled them to achieve greater personal and professional autonomy. A socio-historical analysis of these women's life trajectories shows that, to some extent, they were able to free themselves from the bonds of subjection in a society where a strong imbalance of power prevailed between classes and sexes. As we argue in this paper, some of the factors which

enabled such a transformation were the economic and cultural capital of origin, the professional activities they engaged in, their participation in associations and women collectives, the social networks which supported them, and their resistance and tenacity against male domination. With the exception of the Second Spanish Republic, neither governments nor the vast majority of men from their surroundings joined or were partners in their projects to achieve greater emancipation.

Keywords: social configuration; feminization device; institutions of socialization; life stories; women's associations; imbalance of power; altruistic capital.

Sumario

- | | |
|---|--|
| <ul style="list-style-type: none"> 1. Introducción 2. Una nueva querrela de las mujeres 3. Orígenes y destinos 4. Las vanguardias artísticas y la cultura popular | <ul style="list-style-type: none"> 5. Reflexiones finales: el capital altruista, una nueva dimensión del capital social Referencias bibliográficas |
|---|--|

1. Introducción

Este artículo se basa en los escritos autobiográficos de tres mujeres de una misma generación que vivieron de forma intensa el final de la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República, la Guerra Civil y los tiempos del exilio durante el franquismo: Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri. Las dos primeras nacieron a finales del siglo XIX y la tercera, a comienzos del XX. La elección del estudio de estas tres mujeres se debe, en primer lugar, a la riqueza y a los matices que ofrece la interpretación de textos biográficos contextualizados. En este sentido, existe ya una tradición asentada que se sirve de material autobiográfico en los estudios del género (Varikas, 1988; Gemis, 2008). En segundo lugar, los textos autobiográficos de estas tres mujeres ofrecen, desde posiciones políticas distintas —que van desde un liberalismo un tanto conservador (Carmen), hasta el partido comunista (María Teresa), pasando por un liberalismo progresista (Zenobia)—, visiones diferentes de la vida y de los procesos de subjetivación, lo que facilita un análisis comparativo. En tercer lugar, las tres, en alguna medida, vivieron a la sombra de varones famosos que contribuyeron a hacerlas invisibles. Carmen Baroja vivió con sus hermanos Pío y Ricardo Baroja; Zenobia Camprubí, con su marido Juan Ramón Jiménez, y María Teresa León, con el poeta y dramaturgo Rafael Alberti. Pío Baroja, Juan Ramón Jiménez y Rafael Alberti estuvieron situados en el centro del campo literario de su tiempo. Eclipsadas por el protagonismo de estos artistas y escritores ilustres, parecía necesario contribuir a sacarlas a la luz, aproximarnos a la vida y la obra de tres mujeres que también escribieron, y ello para romper un tendencioso olvido y para enriquecer la memoria histórica. A todas estas razones, que justifican la realización de este estudio, se añade una última que

es para mi importante, pues este artículo pretende ser la prolongación lógica de un libro en el que traté de mostrar cómo, a través del *dispositivo de feminización*, se gestó el encierro de las mujeres en el hogar, es decir, su *domesticación* y su exclusión del espacio público (Varela, 1997). A mi juicio, frente a la tesis de una dominación masculina, que reenvía a una especie de poder patriarcal universal instaurado desde tiempos remotos, era importante tratar de explicar cómo y por qué surgió en la transición de la edad media a la edad moderna lo que entonces denominé el *dispositivo de feminización*, entendido éste como un sistema de instituciones, prácticas y saberes que contribuyeron a conferir a las mujeres una nueva *naturaleza* subordinada a los varones, así como funciones acordes con esta nueva identidad impuesta. Los poderes no son, sin embargo, uniformes ni eternos, y esto es lo que se va abordar ahora aquí: cómo las luchas de las propias mujeres contribuyeron a romper, en el siglo XX, de forma generalizada y en los países occidentales europeos, el corsé institucional que se les había impuesto durante siglos. La hipótesis de partida es que una lectura detenida de los textos autobiográficos de Carmen Baroja, Zenobia Camprubí y María Teresa León, tres mujeres que provienen de la burguesía liberal española con un elevado capital cultural, integradas en familias de clases medias con una posición social acomodada, debería ayudarnos a comprender cómo ellas, y con ellas un más amplio colectivo de mujeres que compartían una posición social similar, lograron resistir, ir más allá de los cánones que entonces regían la vida femenina, para trascender en cierta medida el sistema de normas y prácticas que las destinaban exclusivamente a ser buenas madres y esposas hacendosas.

Contamos con valiosos trabajos, especialmente realizados por historiadoras, tales como enciclopedias, que recogen la vida de mujeres españolas (Tavera, 2000), y también con historias de mujeres y estudios bibliográficos. Mary Nash y Marisa Ferrandis, por ejemplo, ya realizaron, a principios de los años noventa, un mapa historiográfico en el que señalaron las distintas tendencias entonces existentes (Nash y Ferrandis, 1991). Algunas de dichas contribuciones han servido de ayuda para la elaboración de este texto, sobre todo aquellas que analizan la vida de las mujeres españolas en distintos periodos del siglo XX: años veinte, Guerra Civil, exilio, franquismo y transición democrática. Por ejemplo, algunos libros de Mary Nash (Nash, 1999), Shirley Mangini (Mangini, 2001), María Teresa Gallego o de la asociación Mujeres en la Transición Democrática (1999), así como también algunas investigaciones basadas en materiales autobiográficos (Domínguez, 2009). Por lo general, en estos trabajos, así como en otros ya clásicos de sociología del género, entre ellos los de Marina Subirats, Inés Alberdi, Rita Randl Philipp y Constanza Tobío, se pone de relieve que las mujeres han contribuido a hacer la historia, aunque generalmente no sean reconocidas suficientemente por ello. En dicho sentido, este artículo es afín a la perspectiva de la historia de las mujeres, pero también se diferencia de este ámbito de investigación, pues, desde el punto de vista epistemológico y metodológico, se inscribe en el registro de la sociología histórica comparativa, es decir, de la genealogía.

La genealogía se diferencia de la historia, pues, aún sirviéndose del mismo tipo de fuentes y de los materiales sobre los que trabajan los historiadores, los utiliza de forma distinta. Robert Castel puso bien de manifiesto las diferencias que existen entre la sociología y la historia, cuando afirmó la especificidad de la genealogía. Señaló que el análisis genealógico debe reposar sobre el respeto a los datos históricos que nos proporcionan los historiadores, pero reordenando los materiales en función de problemas acuciantes del presente y construyendo un relato que esté articulado a partir de determinadas categorías sociológicas (Castel, 1977). En consecuencia, no solo es importante mostrar las trayectorias de vida de estas tres mujeres, sino también hacer de ellas un referente que nos permita comprender mejor el presente. Por otra parte, para entrecruzar las historias de vida de estas tres mujeres con las condiciones sociohistóricas en las que nacieron y vivieron, he partido del concepto sociológico de *dispositivo de feminización*. Y con el fin de organizar los materiales obtenidos de las autobiografías de Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goiry, así como los datos secundarios procedentes de trabajos realizados sobre ellas, me he centrado en tres dimensiones que reenvían a las variables que, en la mayoría de los trabajos sociológicos, sirven para determinar una posición social y estructurar las trayectorias de vida: capital cultural, capital económico y capital social, en términos de Pierre Bourdieu, o, más comúnmente, educación, trabajo y sociabilidad. El capital social, o la sociabilidad, han sido considerados teniendo en cuenta distintos indicadores, desde las asociaciones de mujeres hasta las relaciones con las vanguardias artísticas y la cultura popular. Desde el punto de vista metodológico, este trabajo se inscribe en la perspectiva que han desarrollado científicos sociales tales como Robert Castel, Michel Foucault, Norbert Elias, Werner Sombart, Pierre Bourdieu, Richard Sennett, Anthony Giddens y Judith Walkowitz.

2. Una nueva querrela de las mujeres

Antes de abordar las tres dimensiones anteriormente mencionadas, conviene caracterizar, aunque sea brevemente, el marco histórico en el que las protagonistas de nuestro artículo nacieron y vivieron, pues sus vidas solo cobran pleno sentido en su contexto histórico.

A finales del siglo XIX, tras la Comuna de París, se produjeron transformaciones significativas en toda Europa. Los gobiernos de los países occidentales empezaron a poner en marcha un incipiente estado social que reconocía algunos derechos básicos de las clases trabajadoras. La entrada de los partidos socialistas en los parlamentos supuso una integración parcial de los intereses y las reivindicaciones de las clases populares en el juego democrático. En el campo intelectual, uno de los cambios importantes consistió en el paso de Marx a Freud. Tendencialmente, la superación de las dominaciones de clase se vio sustituida, en el marco de un incipiente estado social, por la búsqueda del bienestar personal. A partir de ahora, el inconsciente va a ser el encargado de explicar no sólo la dinámica de la vida individual, sino también la de la vida social. Así fue como la *cuestión social*

empezó a quedar relegada a un segundo plano, mientras que la *cuestión sexual* y la *cuestión femenina* pasaron a ocupar el primer plano.

En la sociedad española de la Restauración, una sociedad que se caracterizaba por la existencia de desigualdades notables entre el mundo rural y el urbano, al igual que entre los distintos grupos y clases sociales, las desigualdades de *género* estaban también a la orden del día. Renació de nuevo la *querrela de las mujeres*, que conoció en España diversas manifestaciones. En los debates sobre el estatuto de las mujeres, participaron conocidos varones de la época; por ejemplo: Gregorio Marañón, en un libro titulado *Maternidad y feminismo: Tres ensayos sobre la vida sexual*, mantuvo la influyente teoría de que los sexos son a la vez diferentes y complementarios. Marañón pretendía legitimar y reforzar científicamente el papel de las mujeres como amas de casa, esposas y madres. Por otra parte, el premio Nobel de Medicina, Don Santiago Ramón y Cajal, descubridor del funcionamiento de las neuronas, reaccionó en contra de los derechos políticos y profesionales que estaban reclamando las feministas, ya que «la divergencia física y moral de los sexos es obra milenaria de la naturaleza y base de la prosperidad de la especie» (VVAA, 1994: 376, 408-409). Una cierta misoginia se dejaba traslucir también en algunos escritos de José Ortega y Gasset, Rafael Cansinos Assens, Jacinto Benavente y muchos otros pensadores y escritores. En este aspecto, España no se diferenciaba demasiado de lo que sucedía en otros países europeos.

Las tesis sexistas coexistían con el racismo y el darwinismo social, incluso eran compartidas por algunos representantes de los grupos menos conservadores. En general, seguía dominando el estereotipo de que las mujeres estaban destinadas al cuidado de la casa y a la procreación, mientras que los varones estaban destinados a conquistar y a recrear el mundo, en suma, a ser los protagonistas de la historia. En muchos de los escritos de la época, seguían resonando las palabras escritas en el siglo XVI por el humanista valenciano Luis Vives: «Para la mujer, la casa hará las veces de toda la República».

Estas visiones predominantemente negativas de las mujeres, reforzadas por el positivismo darwinista y por la ofensiva de la Iglesia católica contra el socialismo, encontraron, sin embargo, resistencias. Algunas mujeres de la burguesía comenzaron a hacerse visibles en el espacio público y asumieron tareas que hasta entonces se consideraban masculinas, a la vez que criticaron la escasa educación que recibían y la falta de oportunidades para acceder a actividades que les proporcionasen autonomía mental y económica. Se pusieron en marcha nuevos salones literarios dirigidos por mujeres, entre ellos los de Carmen de Burgos (1867-1932) o los de Concha Espina (1869-1955). Empezaron a constituirse algunas asociaciones de mujeres; por ejemplo: en 1897, se creó, por iniciativa de mujeres republicanas y laicas, la Asociación General Femenina. Otras asociaciones de mujeres estuvieron más ligadas a los partidos políticos; por ejemplo: la Sociedad Autónoma de Mujeres, que se instituyó en Barcelona en 1899, y el Grupo Femenino Socialista, que se fundó en Madrid en 1906. En ese mismo año, se creó la Junta de Damas de la Unión Iberoamericana de Madrid, cuya vicepresidenta era Concepción Gimeno, una escritora y periodis-

ta muy activa. Se publicaron distintas revistas, entre las que cabe citar *La mujer* (1871), dirigida por Faustina Sáez de Melgar, quien, con la ayuda de Fernando de Castro, había fundado, en 1868, el Ateneo Artístico y Literario de Señoras, así como *La Ilustración de la Mujer* (1872), dirigida por Sofía Tartilán. Todas estas asociaciones y publicaciones abogaban por la emancipación femenina, así como por un ideal de educación progresista y laico. Un poco más tarde, en 1919, por iniciativa de Celsa Regis, se reunieron varias mujeres de la burguesía en el despacho de María Espinosa de los Monteros y fundaron la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME). Surgió, así, una nueva e importante institución formada por un grupo heterogéneo de mujeres: Benita Asas, Clara Campoamor, Elisa Soriano, María de Maeztu, Victoria Kent y otras que se habían significado en distintos medios en favor de la emancipación femenina. Esta asociación tuvo un peso importante en la década de 1920.

Desde finales del siglo XIX y principios del XX, algunas mujeres, entre ellas, Soledad Gustavo (1896, 1899), la madre de Federica Montseny, Margarita Nelken (1919), Carmen de Burgos (1927), Teresa Claramunt (1905) o Clara Campoamor confirieron en sus libros una importancia especial a la educación, al trabajo y a la personalidad jurídica de las mujeres, al considerar que, sin formación, sin trabajo y sin leyes igualitarias, ellas no podrían alcanzar ni la independencia económica, ni poseer instrumentos adecuados para intervenir en los distintos espacios de la vida social y política. Lucharon, por tanto, a favor de la reforma del Código Civil. Además, aconsejaron a las mujeres, tanto a las proletarias como a las burguesas, que se asociasen para defender sus intereses, especialmente los laborales, y fueron muy críticas con los sindicatos de acción católica, que atraían a muchas mujeres, por considerar que eran los que menos estimulaban el trabajo femenino fuera de casa¹. Vemos, por tanto, que no era nada fácil, en el primer tercio del siglo XX, para las mujeres de las distintas clases sociales, incluso para las de la burguesía liberal, gozar de autonomía personal, y menos aún de *independencia económica*, pues si eran solteras aún estaban bajo la potestad del padre, y si se casaban dependían de la del marido, que era, por ley, el cabeza de familia encargado de gestionar los bienes. Las condiciones sociales, políticas y culturales en las que vivían la mayoría las condenaba, además, a una falta de autonomía moral. Se explica, así, que muchas mujeres se dejasen arrastrar por el espejismo de que el matrimonio era su única salida.

3. Orígenes y destinos

En la lucha de las mujeres por la emancipación, desempeñaron un papel relevante las tres dimensiones a las que me he referido anteriormente y que paso a exponer con más detenimiento.

1. Entre las feministas pioneras, resulta obligado mencionar a Concepción Arenal y a Emilia Pardo Bazán. Ambas defendieron, y mostraron con su ejemplo, la capacidad de las mujeres para autogobernarse y ejercer funciones de gobierno, y reclamaron para ellas una educación que les permitiese ser autónomas, que no estuviese exclusivamente dirigida a estar al servicio de los demás.

3.1. Una educación «ilustrada»

A través de los escritos autobiográficos de Carmen, Zenobia y María Teresa, se muestra que las mujeres de la burguesía liberal española recibían, en los primeros años, una educación bastante parecida a la de sus hermanos. Pero se pone también de manifiesto que, cuando crecían, mientras que la educación de sus hermanos, como afirma Zenobia, estaba encaminada a que adquiriesen una formación para ejercer una profesión que les permitiese valerse por sí mismas en la lucha por la vida, esto no sucedía con las hijas, pues se suponía que ellas estarían protegidas por los varones, ya fuese por el padre, los hermanos o el marido. La discriminación por razones de género empezaba, sin embargo, en el seno de las familias. Carmen Baroja describe así el clima que reinaba entonces en muchos hogares españoles de las clases medias:

La moral de mi casa, muy *a la española*, era por demás rígida para mí en cosas pueriles y sin importancia, y muy laxa para mis hermanos en cosas que yo, ya entonces, consideraba importantes. Luego, después de casada, esta moral todavía se acentuó más, y ya no tuve derecho más que a hacer mis labores domésticas y llevar la carga de muchísimas cosas. (Baroja, 1998: 69)

La primera educación formal se desarrolló, en el caso de Carmen y María Teresa, en colegios de monjas, como era habitual en la época, mientras que a Zenobia la educaron su madre, su abuela materna y preceptores particulares sin salir de casa. Además de aprender a leer, así como nociones de historia y geografía, la música, la caligrafía y los idiomas eran tres aprendizajes importantes para una señorita de las familias distinguidas de la época, a los que se sumaba el de las primorosas labores de aguja. Julio Caro Baroja afirma, en *Los Baroja*, que la educación que recibió su madre se diferenciaba de la tradicional que recibían otras mujeres, pues estaba menos llena de gazmoñerías y ridiculeces: «Así mi madre, de niña, aprendió muy bien el francés y bastante inglés, le enseñaron música con mucho aprovechamiento y luego una porción de cosas de las que eran novedades por entonces» (Caro, 1997: 60).

Desde finales del siglo XIX, empezaron también a gestarse nuevos modelos educativos, de tal modo que hubo niñas y jóvenes que no se educaban en los colegios de monjas, ni eran educadas por preceptores, sino que se educaban en *escuelas racionalistas* ligadas a los anarquistas, ideario que rigió también la educación que le proporcionó su madre a Federica Montseny o en los colegios de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), como pone de relieve María Teresa León cuando habla tan admirativamente de la que recibía su prima Jimena Menéndez Pidal, y en algunas escuelas que abrieron los socialistas. Todas estas nuevas instituciones educativas se basaban en las llamadas *nuevas pedagogías*, de corte rousseauiano, pedagogías que preconizaban la coeducación y una enseñanza activa y participativa, fundada en la razón y en la ciencia, tal como entonces se entendían.

Eran, no obstante, muy pocas las mujeres que tenían estudios universitarios a principios del siglo XX. Entre esta minoría, se encuentra, por ejemplo,

María Goyri, la tía de María Teresa León, que pudo ingresar en la universidad superando toda una serie de obstáculos. Es preciso recordar que, casi a finales del siglo XIX, el 90% de las mujeres no sabían leer ni escribir, y que su acceso a la universidad no se produjo hasta 1911, momento en el que se les permitió realizar estudios secundarios y universitarios sin contar con la autorización de sus padres ni de las autoridades académicas. Emilia Pardo Bazán fue la primera catedrática universitaria con el voto del claustro en contra, pero conviene tener, además, en cuenta que las mujeres que cursaban estudios universitarios solían acceder sobre todo a *carreras femeninas*, carreras consideradas en cierto modo una prolongación de las funciones tradicionales de las mujeres en el hogar: maestras de párvulos, parteras, enfermeras, trabajadoras sociales, farmacéuticas. Otro rasgo a destacar es que la mayoría de estas mujeres universitarias abandonaba definitivamente el trabajo con mucha frecuencia cuando contraía matrimonio.

3.2. Asociaciones de mujeres

Nuestras tres protagonistas formaron parte activa, cuando eran jóvenes, de asociaciones de mujeres, concretamente de la Residencia de Señoritas y del Lyceum Club, ambas dirigidas por María de Maeztu. La Residencia de Señoritas se fundó en 1915 y estuvo muy ligada a la Residencia de Estudiantes. Con anterioridad a la Guerra Civil, la mayor parte de la élite intelectual de mujeres progresistas estuvo en contacto con esta institución, a través de los cursos y las conferencias que se impartieron en ella.

El Lyceum Club Femenino Español fue fundado en 1926 a imagen del Lyceum Club londinense, creado en 1905, y fue quizás la más internacional y cosmopolita asociación femenina de la época. La junta directiva del Lyceum Club madrileño estaba constituida por María de Maeztu (presidenta), Beatriz Galindo y Victoria Kent (vicepresidentas), Zenobia Camprubí (secretaria), Helen Phipps (vicesecretaria), que era la directora del Instituto Internacional, y Amalia Galágarra, señora de Salaverría (tesorera). En su grupo fundador, participaron las señoras de Pérez de Ayala, Araquistain, Álvarez del Vayo, Ucelay, Besteiro, González Martínez, Ortega y Gasset, Fabra Rivas, Mesa, Maeztu, Gutiérrez (Juan de la Encina), Díez Canedo, Baroja —se supone que Carmen Monné, la mujer de Ricardo—, Caro Raggio, Baeza, Elorrieta y Marañón. Las mujeres que se casaban perdían, como vemos, hasta su propio nombre.

Durante la Segunda República, se crearon nuevas asociaciones de mujeres. María Lejárraga fundó, en 1931, la Asociación Femenina de Educación Cívica, que llegó a contar con centenares de asociadas. En 1932, se fundó la Asociación de Mujeres Antifascistas, ligada al Partido Comunista, y poco después se creó Mujeres Libres de tendencia anarquista. Estas asociaciones, que en su mayoría eran pacifistas y antimilitaristas, no pudieron evitar, sin embargo, la tragedia de la Guerra Civil.

Estos clubs y ateneos, entre ellos el Ateneo de Madrid, así como las distintas revistas dirigidas y editadas por mujeres, hicieron posible que se estableciesen

redes de mujeres que, desde la filosofía, el arte, la educación y la literatura, contribuyeron a la formación de una sociedad diferente, al promover la incorporación de las mujeres a la educación universitaria, al trabajo extradoméstico y a la vida pública democrática. Estas asociaciones fueron fundamentales para nuestras protagonistas, pues les permitieron crear un espacio propio y, a la vez, realizar otras actividades que les ayudaban a ampliar sus horizontes intelectuales y vitales.

Judith R. Walkowitz muestra, en *La ciudad de las pasiones terribles*, que desde finales del siglo XIX, se produjeron una serie de cambios en las ciudades que afectaron a la moral sexual y a la reordenación del territorio urbano, cambios a los que no fueron ajenas Madrid o Barcelona, que estaban en pleno crecimiento. Las mujeres pudieron, entonces, acceder a nuevos espacios, tales como los grandes almacenes, los salones de té, los teatros, los conciertos, las asociaciones femeninas, los nuevos espectáculos públicos, en definitiva, moverse con un mayor grado de libertad (Walkowitz, 1992). A estos cambios, se sumaron otros, como la aparición del cine, de la nueva moda, el auge del deporte y el peso de las vanguardias artísticas, que contribuyeron a promover que las mujeres saliesen cada vez más de su casa.

3.3. *Un trabajo bien hecho*

Carmen, Zenobia y María Teresa, al igual que otras mujeres, entre ellas Virginia Woolf y Vanessa Bell, del grupo de Bloomsbury, se esforzaron enormemente por obtener autonomía a través del trabajo. De hecho, pertenecieron al primer colectivo femenino de la burguesía que salieron de casa, que lograron, con un tesón fuera de lo común, tener, como dice Zenobia expresivamente, *una doble vida*. Carmen afirma que todo el trabajo que realizó desde muy joven fue para vencer el descontento y la tristeza que le provocaba el *mundo mezquino y estrecho* que la rodeaba. A partir de 1903, se dedicó a la orfebrería y llegó a obtener medallas por sus trabajos en las exposiciones de bellas artes de 1907 y 1910. Pero, como nadie de su entorno se tomaba en serio su deseo de ser una buena artista y artesana, terminó abandonando este trabajo para realizar lo que se esperaba de ella: casarse y dedicarse durante algunos años al cuidado de la casa, de los hijos y del marido. A partir de 1925, sin embargo, logró romper con esa situación gracias a dos iniciativas que cambiaron su vida: el Mirlo Blanco, un proyecto teatral en el que participó con sus hermanos y sus amigos, que se dedicaron a montar obras teatrales en casa de los Baroja, y la puesta en marcha del Lyceum Club.

Amparo Hurtado dice, en el prólogo a *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*, que el Lyceum constituyó un acicate para Carmen, no solo porque dirigía la sección de Artes y colaboraba en sus actividades, sino también porque le permitió entrar en contacto, en el año 1927, con el catedrático de etnografía, folklore y artes populares Luis de Hoyos Sainz, cercano a la ILE (Hurtado, 1998). Este catedrático estaba realizando una investigación científico-histórica para catalogar piezas para el Museo Histórico Textil, al que se incorporó Car-

men. De este modo, pudo dedicarse al estudio de la orfebrería y de las artes decorativas desde una nueva perspectiva. Fruto de ese trabajo, fue su libro *El encaje en España*. En 1934, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes la nombró miembro del comité ejecutivo del Patronato del Museo del Pueblo Español, que presidía Gregorio Marañón, lo que le permitió seguir colaborando con Hoyos Sainz hasta que estalló la guerra.

Zenobia también había colaborado, cuando era joven, con la Residencia de Señoritas y con el Lyceum Club, del que fue secretaria. Publicó, en inglés y en castellano, algunos relatos cuando era adolescente, y ya en su juventud tradujo una parte importante de la obra de Tagore, al menos 18 libros. Pero, además, movida por el afán de llevar una vida activa y tener la independencia económica de la que hacían gala las mujeres de su familia que vivían en Estados Unidos, abrió, en 1928, una tienda de venta y exportación de artesanía en Madrid, que denominó Arte Popular Español. Se dedicó también a decorar casas en el barrio de Salamanca que alquilaba a diplomáticos y visitantes extranjeros, sobre todo estadounidenses. Además, dirigió la decoración del Parador Nacional de Gredos, el primero que se inauguró en 1931. Y, en colaboración con algunos amigos, dirigió la del parador privado de Ifach en Alicante (Palau de Nemes, 2006).

María Teresa se dedicó desde muy joven a escribir, porque «sus días eran largos, fríos y solos» (León, 1999: 166). Colaboró asiduamente con el *Diario de Burgos*, en donde firmaba con pseudónimo. La firma con pseudónimo era frecuente entre las mujeres de la época y muestra lo difícil que les resultaba poder expresarse libremente. Es conocido el caso de María Lejárraga, que firmaba con el nombre de su marido. En 1930, María Teresa regresó a Madrid, en donde había pasado su infancia, conoció a Rafael Alberti, se enamoraron y, en la Segunda República, cuando el divorcio fue posible, se separó de su primer marido y se casó con Rafael.

Las tres continuaron trabajando durante la guerra, el exilio y la posguerra, pese a las situaciones tan difíciles por las que pasaron y pese a las múltiples penalidades que sufrieron.

Carmen Baroja y Nessi estuvo, durante la guerra, en Itzea, la casona que tenían los Baroja en el País Vasco, y allí no sólo se convirtió en una labradora ejemplar para poder sostener a su familia, sino que también hizo de enfermera y siguió escribiendo, pues colaboró, desde 1938, con la revista literaria *Mujer*. Pero, además, a lo largo de esos años, realizó algunos trabajos que aún siguen inéditos: una comedia ligera titulada *La Frivolidad*, en tres actos; varias narraciones; una *nouvelle*, y dos guiones de cine, basados en novelas de Pío Baroja: *La Feria de los discretos* y *Las noches del Buen Retiro*. Otros trabajos salieron a la luz, entre ellos un cuento que escribió para Ricardo, su hijo pequeño, titulado *Marianito, el de la Casa Grande*, que se publicó en 1942. Cuando volvió a Madrid, al terminar la guerra y tras la muerte de su marido, recuperó, en 1943, su trabajo en el Museo del Pueblo Español. Continuó escribiendo un libro sobre amuletos y talismanes, redactó sus *Recuerdos* y publicó con frecuencia artículos en la prensa, especialmente en *La Nación*, de Buenos Aires. En 1945,

publicó el *Catálogo de la colección de amuletos* y, en 1948-1952, el *Catálogo de la colección de pendientes*, cuando ya su hijo Julio Caro Baroja dirigía el Museo. En 1949, terminó *Amuletos mágicos y joyas populares*, un trabajo que no llegó a publicarse (Hurtado, 1998). Murió en 1950. La editorial Pamiela publicó, en 1995, un libro de poesía suyo, titulado *Tres Barojas: Poemas*. Carmen, además de realizar y publicar trabajos antropológicos, se sirvió de variados registros literarios, pues escribió artículos, cuentos, su autobiografía, una comedia, guiones de cine y poesía.

Zenobia, una vez exiliada, ya no regresó a España. Al principio, pasó casi dos años en La Habana (desde 1937 hasta 1939), para luego ir a Estados Unidos, en donde vivían sus hermanos con sus familias respectivas, así como parientes de su madre. En los EEUU vivieron ella y su marido Juan Ramón Jiménez hasta 1951. En todos esos años, ayudó a Juan Ramón en sus trabajos, le pasaba sus escritos a máquina, además de hacerse cargo de toda la correspondencia, de las publicaciones y los derechos de las obras y de gestionar sus vidas. Fue una mujer enormemente activa. Ella misma dice que tenía excesiva energía, lo que le permitió participar en múltiples actividades culturales y de carácter social.

En mayo de 1941, Zenobia y Juan Ramón se desplazaron, por problemas de salud de éste, desde Miami, donde residían, hasta el hospital de la Universidad de Duke, en Carolina del Norte. Y, dado que la estancia hospitalaria de Juan Ramón se prolongaba, Zenobia comenzó a asistir a cursos sobre la tragedia griega, la historia de América del Sur, la literatura francesa y la lengua italiana. Adquirió, en ese momento, la formación universitaria que tanto había echado de menos cuando era joven. En 1943, la Universidad de Maryland le propuso un puesto de profesora, así que se trasladaron a Washington y se incorporó al Departamento de Lengua y Literaturas Extranjeras. Se cumplió, así, uno de sus sueños, volver a trabajar fuera de casa, pero no el de tener «una habitación propia» donde poder estar, trabajar y escribir, una reivindicación que se mantiene a lo largo de sus tres diarios.

Escribió sus diarios durante los años de exilio. En el correspondiente a su estancia en los Estados Unidos, dice que trabajó mucho con Juan Ramón antes y después de las clases. Y que esas horas eran las más felices para ella. Pero, al final, por problemas de Juan Ramón con el idioma inglés, terminó sacrificando su carrera y sus redes familiares y se fueron a Puerto Rico, en donde, pese a enfermar de cáncer, siguió trabajando infatigablemente, sobre todo ayudando a poner en marcha la sala que la Universidad quería dedicar al poeta (en la actualidad, esa sala, convertida en museo, lleva el nombre de ambos). Los dos murieron en Puerto Rico: Zenobia, en 1956 y Juan Ramón, dos años más tarde².

2. Zenobia y Graciela Palau de Nemes fueron las principales artífices de que le fuera concedido el Premio Nobel a Juan Ramón. Fueron ellas quienes pidieron, a las universidades estadounidenses en las que el poeta había trabajado, que le presentasen al Nobel. Conviene recordar que las universidades españolas, bajo el franquismo, no lo apoyaron.

María Teresa se afilió con Rafael Alberti, en 1933, al Partido Comunista. Durante esos años, escribió artículos, poesía, cuentos y novelas. Sus colaboraciones más importantes se publicaron en la revista *El Mono Azul*, pero también escribió en otras publicaciones, como *Octubre* o *Ayuda*, y en el suplemento semanal del periódico *La Solidaridad*, que dirigió durante algún tiempo. Fue secretaria de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, que ella misma contribuyó a fundar y que se convirtió en un lugar de encuentro de escritores, políticos, pintores, poetas, músicos y actores, tanto españoles como extranjeros.

La Junta de Conservación y Protección del Tesoro Artístico, fundada en 1936, asignó a María Teresa toda una serie de tareas, entre ellas, custodiar los cuadros del Greco que estaban en Toledo, así como los objetos y los cuadros que peligraban en el Escorial, además de ayudar a evacuar los cuadros del Museo del Prado. Fue, además, nombrada vicepresidenta del Consejo Nacional del Teatro por el Gobierno republicano. Una de sus funciones consistió en dirigir el Teatro de la Zarzuela, en donde se representaron numerosas obras del llamado «teatro revolucionario», algunas dirigidas por ella.

Cuando las tropas franquistas tomaron Madrid, Rafael y María Teresa se vieron obligados a emprender el exilio. Llegaron a París, pero terminaron marchando a Argentina, en donde vivieron más de veinte años. Posteriormente, residieron en Roma unos cuantos años y, tras la muerte de Franco, volvieron a Madrid, en donde María Teresa murió en 1988.

La producción literaria de María Teresa continuó creciendo en los años del exilio, pues escribió obras de teatro, novelas, guiones de cine e hizo traducciones. En sus escritos, como muy bien afirma Juan Carlos Estébanez, «la mujer se convierte en uno de los temas recurrentes», incluso desde sus primeros cuentos (Estébanez, 2003: 58). Y, tras la guerra «la biografía de doña Jimena es un homenaje a las mujeres que sufrieron las consecuencias de la guerra y el exilio. En sus guiones cinematográficos y radiofónicos, en sus novelas, en sus artículos literarios, la defensa de los valores de la mujer ocupa siempre un lugar importante» (Estébanez, 2003: 58). María Teresa León escribió otras obras sobre mujeres, pues, además de la biografía novelada de *Doña Jimena Díaz de Vivar*, se ocupó de *Las peregrinaciones de Teresa* o de *El gran amor de Gustavo Adolfo Bécquer*. En su último gran libro, *Memoria de la melancolía*, seguía preocupada por encontrar caminos para una mayor autonomía de las mujeres.

4. Las vanguardias artísticas y la cultura popular

El 21 de diciembre de 1879, el dramaturgo noruego Henrik Ibsen estrenaba *Casa de muñecas*, una obra en la que la protagonista, Nora, una mujer de clase media casada con un banquero, rompía con su cobarde marido y abandonaba el hogar burgués. El estreno de la obra en los diferentes países europeos iba sistemáticamente acompañado de vivos enfrentamientos y polémicas. En el mundo de la escena, la primera gran réplica a Ibsen vino de la mano de otro dramaturgo, en este caso sueco: August Strindberg. En 1888, Strindberg escri-

bió tres obras contra su compañero de profesión, Ibsen, en las que ponía de manifiesto sus concepciones misóginas: *El padre*, *La señorita Julia* y *Acreeedores*. En esta última, el objeto de sus ataques ya no era simplemente Nora, era también el artista que la apoyaba y se convertía en su amigo y compañero.

Nuestras tres protagonistas fueron amantes de la literatura, el teatro, la música, la pintura y la poesía. No solo pertenecieron a asociaciones de mujeres, sino que también se movieron en unas redes sociales muy amplias, unas redes ligadas sobre todo a la literatura y las artes, pero también a la política, la filosofía, la historia e hicieron de la lengua su segunda casa. Al igual que otras mujeres de la *edad de plata*, entre las que se encuentran María de Maeztu, Margarita Nelken, Carmen de Burgos, María Martínez Sierra, Maruja Mallo, María Zambrano, Victoria Kent, Rosa Chacel, Clara Campoamor o Ángeles Santos, denunciaron las funciones que les eran asignadas y, al romper con ellas en la práctica, se hicieron acreedoras a críticas por parte de las fuerzas conservadoras. Muchas de ellas se vieron forzadas al exilio.

En el caso de mujeres de la burguesía, disconformes con su destino, el desarrollo de una determinada sensibilidad estética desempeñó un papel nada desdeñable para poder romper con su estatuto de minoría. La pasión de nuestras protagonistas por las artes y las letras estuvo vinculada a la importancia que entonces cobraron los movimientos vanguardistas. La ruptura con los cánones estéticos heredados, el rechazo de la tradición de la que hacían gala las academias, la aproximación a una bohemia artística y literaria permitió a muchas mujeres cuestionar el valor de la moral recibida de sus padres, una moral católica, pacata y puritana, acorde con la defensa del injusto orden social reinante. La frecuentación de algunos medios artísticos y literarios, así como los viajes, las tertulias y las exposiciones, les facilitaron el encuentro con un mundo cosmopolita en el que abundaban los debates y las conversaciones sin censura.

La participación en círculos progresistas y la búsqueda de experiencias estéticas rupturistas hicieron también que bastantes mujeres, y en todo caso Carmen, Zenobia y María Teresa, se interesasen por la cultura popular. Las tres fueron sensibles a la creatividad de las culturas populares y a la urgencia de conservar sus producciones. Por otra parte, la falta de títulos universitarios y los propios trabajos oficialmente considerados femeninos contribuyeron a aproximarlas al mundo de la artesanía y del trabajo bien hecho. Esta conexión con las culturas populares, aunque con un cierto tinte elitista, contribuyó a que conociesen la dura realidad de la sociedad española y también a hacerlas más críticas con los estilos de vida de la burguesía convencional.

Carmen, Zenobia y María Teresa, a pesar de sus ingentes esfuerzos para lograr un espacio propio, se vieron en parte invisibilizadas, como ya se ha dicho, al vivir al lado de varones reconocidos. Carmen vivió en la misma casa que sus hermanos Pío y Ricardo Baroja hasta que este último se casó con Carmen Monné; Zenobia pasó gran parte de su vida a la sombra de Juan Ramón Jiménez, y María Teresa, a la de Rafael Alberti. Todos ellos no solo fueron varones famosos, sino que dieron muestras de poseer un alto grado de narcisismo. Pero a este eclipse se sumó la larga noche del franquismo, que supuso,

sobre todo en las dos primeras décadas, el triunfo del nacional-catolicismo y del fascismo, la militarización de la sociedad y del pensamiento. Para las mujeres progresistas desterradas, el exilio supuso el silencio, la censura de sus escritos, la muerte social. Y para muchas de las que se quedaron, el exilio interior, las dificultades para seguir con su vida profesional, como pone bien de relieve, por ejemplo, la vida de María Moliner, y en cierta medida la de la propia Carmen Baroja. Se instauraba de nuevo un proceso de vuelta al hogar y de sometimiento de las mujeres orquestado por una iglesia omnipresente, por la Sección Femenina y por el régimen dictatorial. La acción conjunta de los diferentes agentes de la moral instituida no dejaba espacio para la existencia de modos de vida alternativos y reflexivos.

5. Reflexiones finales: el capital altruista, una nueva dimensión del capital social

Nuestras protagonistas muestran, a través de sus relatos autobiográficos, una gran fuerza, que proviene en buena medida del ambiente en el que se criaron, del capital económico, cultural y social que recibieron, así como también de su defensa de la democracia y de la paz.

A lo largo de este artículo, se ha puesto de manifiesto que echaron de menos el acceso a una educación universitaria, que se esforzaron por conseguir un trabajo profesional y que se apoyaron en asociaciones de mujeres y en una vanguardia artística vinculada con la crítica cultural para romper el cerco en el que se las pretendía encerrar. Lograron, así, como decía Zenobia, llevar una *doble vida*, es decir, ocuparse de la casa y, al mismo tiempo, poder realizar actividades fuera de ella, aunque el espacio de la política les seguía estando prácticamente vedado. Con la llegada de la Segunda República, muchos de sus afanes se vieron materializados, ya que hubo cambios importantes en las leyes, la educación, el trabajo y la política. El franquismo supuso, en este sentido, un retroceso enorme para la emancipación de las mujeres, de tal modo que la generación de la transición a la democracia se encontró luchando de nuevo por recuperar las conquistas abolidas por la dictadura. Se produjo, así, una situación bastante afín entre la generación de las mujeres de la transición y la de Carmen, María Teresa y Zenobia. Una vez más, fue importante el desarrollo del capital social, así como las asociaciones de mujeres que lucharon por la transformación de las leyes, los derechos vinculados al trabajo y el acceso a la educación universitaria y al campo político. Se puede decir que, en la actualidad, las mujeres han logrado un mayor equilibrio de poder con los varones, y están representadas en múltiples ámbitos del espacio público, resultado de los esfuerzos conjuntos realizados por las feministas, especialmente durante las décadas de 1970 y 1980. Pero nada es irreversible históricamente. No existe un progreso lineal, y el peligro de la involución sigue estando presente. De ahí que convenga subrayar, en el legado de nuestras tres protagonistas, la importancia de desarrollar el capital social a través de asociaciones, clubs culturales, ateneos y encuentros, que permitieron tejer con mayor fuerza los lazos sociales y profundizar en la democracia.

La mirada propia de la sociología histórica sirve para hacernos más sensibles a la dimensión social de las trayectorias vitales, para poder considerar a las mujeres seres sociales en el pleno sentido de la palabra. A lo largo del trabajo, he tratado de sintetizar, en el nuevo concepto de *capital altruista*, las acciones solidarias de estas tres mujeres, que les han permitido romper, en parte, con el *dispositivo de feminización*. Las diferentes modalidades de poner en marcha este capital no son ajenas a la posesión de los otros tipos de capital que no sólo pudieron ejercitar con las personas que se movían en sus círculos próximos, sino también con aquellos que estaban en situaciones vulnerables, ya fuesen los niños de la guerra, los presos de la dictadura o los soldados heridos (Varela, 2011). Lograron, así, mantener un fructífero equilibrio inestable entre el *nosotros* y el *yo*, y pudieron desarrollar una ética que implica que el buen *cuidado de uno mismo* no es posible si no está vinculado *al cuidado de los otros*, tal y como puso de relieve Michel Foucault en la *Hermenéutica del sujeto* (Foucault, 1994).

El *capital altruista* aparece especialmente ligado en Carmen, Zenobia y María Teresa, a la fuerte sociabilidad que desarrollaron, a los diferentes círculos en los que se movieron, a su aprecio por los valores artísticos y literarios, así como a su preocupación, coincidiendo con la generación del 98, por la regeneración de España. Pudieron también desarrollar este capital porque asumieron una tradición democrática que es preciso rescatar si se quiere romper con la falta de reconocimiento que afecta a la vida y a la obra de muchas mujeres.³

El *capital altruista*, que implica un modo solidario de entender el mundo, así como el compromiso personal, ha sido socialmente desvalorizado, por ser el principal capital de las mujeres frente al capital económico del que suelen hacer gala los varones, pero también por la fuerte pujanza que están teniendo en las últimas décadas el neoliberalismo y el comunitarismo conservador. El altruismo es incompatible con el capitalismo voraz, el capitalismo financiero. El neoliberalismo afirma la primacía del mercado para regular la vida social y promueve un *individualismo egoísta*, por utilizar las palabras de Émile Durkheim, mientras que el comunitarismo conservador insiste en la importancia de los vínculos sociales, pero lo hace volviendo a sacralizar la familia tradicional, lo que implica aceptar el retorno de las mujeres al hogar doméstico y las presiones de la comunidad en tanto que factor de control social. De este modo, el auge del *Homo economicus* y del comunitarismo conservador están contribuyendo, en la actualidad, a la conformación de una sociedad cada vez más desigual e injusta y a la existencia de sujetos cada vez más frágiles. Es, por lo tanto, fundamental, para la calidad de vida, para la riqueza de las relaciones sociales y, en fin, para llevar una vida digna en una sociedad de iguales, una sociedad de ciudadanas y ciudadanos, no solo sacar a la luz la sensibilidad, la imaginación, los saberes, las prácticas y la voluntad de muchas mujeres por encontrar un espacio propio, sino también recuperar el *capital altruista*, así como una tradición democrática y laica que hemos heredado del pasado.

3. Para ampliar información sobre estos aspectos puede consultarse el libro *Mujeres con Voz propia* (Varela, 2011).

Referencias bibliográficas

- BAROJA Y NESSI, Carmen (1998). *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*. Barcelona: Tusquets. Edición, prólogo y notas de Amparo Hurtado.
- BOURDIEU, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BURGOS, Carmen de (2007). *La mujer moderna y sus derechos*. Valencia: Editorial Sempere / Ayuntamiento de Madrid, 1927.
- CAMPURBÍ AYMAR, Zenobia (1986). *Vivir con Juan Ramón Jiménez*. Madrid: Los Libros de Fausto. Anaquel de los Recuerdos, 2.
- (2006a). *Diario 1. Cuba (1937-1939)*. Madrid: Alianza. Edición, traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes.
- (2006b). *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*. Madrid: Alianza. Edición, traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes.
- (2006c). *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*. Madrid: Alianza. Edición, traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes.
- (2006d). *Epistolario 1. Cartas a Juan Guerrero Ruíz 1917-1956*. Madrid: Amigos de la Residencia de Estudiantes.
- CARO BAROJA, Julio (1997). *Los Baroja: Memorias familiares*. Madrid: Caro Raggio.
- CASTEL, Robert (1977). «Un approche non évolutionniste du changement social». En: ROTMANN, R. (dir.). *Au risque de Foucault*. París: Éditions du Centre Georges-Pompidou, 161-169.
- (1995). «Michel Foucault et l'histoire du présent». En: HATCHUEL, A. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- CLARAMUNT, Teresa (1905). *La mujer: Consideraciones sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*. Mahón: El Porvenir del Obrero.
- DOMÍNGUEZ PRATS, P. (2009). *De ciudadanas a exiliadas: Un estudio sobre las republicanas españolas en México*. Madrid: Cinca.
- ELIAS, Norbert (1984). *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1994). «El cambiante equilibrio de poder entre los sexos. Estudio sociológico de un proceso: el caso del Antiguo Estado Romano». En: *Conocimiento y poder*. Madrid: La Piqueta.
- ESTÉBANEZ GIL, Juan Carlos (2003). *María Teresa León: Escritura, compromiso y memoria*. Burgos: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.
- FOUCAULT, Michel (1994). «Ética del cuidado de sí». En: *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: La Piqueta, 105-142.
- (1999). *Historia de la sexualidad*, Vol. I. *La voluntad de poder*. Barcelona: Paidós.
- GEMIS, Vanessa (2008). «La biographie genrée: le genre au service du genre». *CONTEXTES*, 3.
- GIDDENS, Anthony (1995). *Las transformaciones de la intimidad*. Madrid: Cátedra.
- GUSTAVO, Soledad (1896). *A las proletarias*. Buenos Aires: La Question Sociale.
- (1899). *La sociedad futura*. Barcelona: Ediciones de La Revista Blanca.
- HATCHUEL, A.; PEZET, É.; STARKEY, K. y LENAY, O. (2005). *Gouvernement, organisation et gestion: L'héritage de Michel Foucault*. Québec: Les Presses de l'Université Laval, 51-61.
- HURTADO, Amparo (1998). «Prólogo». En: BAROJA Y NESSI, Carmen (1998). *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*. Barcelona: Tusquets.
- LEÓN GOYRI, María Teresa (1999). *Memoria de la melancolía*. Madrid: Castalia. Edición y prólogo de Gregorio Torres Nebrea.
- MANGINI, Shirley (2001). *Las modernas de Madrid: Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Barcelona: Península.

- MUJERES EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA (1999). *Españolas en la transición: De excluidas a protagonistas (1973-1982)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- NASH, Mary (1999). *Rojas: Las mujeres republicanas en la guerra civil española*. Madrid: Taurus.
- NASH, Mary y FERRANDIS, Marisa (1991). «Dos décadas de la historia de las mujeres en España: Una reconsideración». *Historia Social*, 9, 137-161.
- NELKEN, Margarita (1975). *La condición social de la mujer. Su actual estado: su posible desarrollo*. Madrid: Ediciones CVS, 1919.
- PALAU DE NEMES, Graciela (2006). «Introducción». En: CAMPRUBÍ AYMAR, Zenobia (2006). *Diario I. Cuba (1937-1939)*. Madrid: Alianza.
- SOMBART, Werner (1979). *Lujo y capitalismo*. Madrid: Alianza.
- TAVERA, Susana (coord.) (2000). *Mujeres en la historia de España: Enciclopedia biográfica*. Barcelona: Planeta.
- VARELA, Julia (1997). *Nacimiento de la mujer burguesa: El cambiante desequilibrio de poder entre los sexos*. Madrid: La Piqueta.
- (2011). *Mujeres con voz propia*. Madrid: Morata.
- VARIKAS, Eleni (1983). «L'approche biographique dans l'histoire des femmes». *Les cahiers du GRIF*, 37-38, primavera, 41-56.
- VVAA (1994). *Textos para la historia de las mujeres en España*. Madrid: Cátedra.
- WALKOWITZ, Judith (1992). *La ciudad de las pasiones terribles*. Madrid: Cátedra.

Mujeres y política. Las políticas de las mujeres en la España de la Segunda República y la Guerra Civil*

Fernando Álvarez-Uría

Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Sociología IV
furia@cps.ucm.es



Recibido: 28-10-2012
Aceptado: 29-05-2013

Resumen

En el primer tercio del siglo XX, y más especialmente en los años treinta, durante la Segunda República y la Guerra Civil española, una serie de mujeres irrumpieron en el espacio público para poner fin a la secular exclusión de las mujeres del campo político. A partir del análisis de textos autobiográficos de Dolores Ibárruri, Federica Montseny, Irene Falcón, Victoria Kent y Clara Campoamor, el principal objetivo de este artículo es poner de relieve el modo diferenciado de acercarse a la acción política por parte del llamado *feminismo revolucionario* y del *feminismo burgués*, así como hacer visibles las contribuciones de algunas representantes políticas que sentaron las bases de una nueva cultura de los asuntos públicos.

Palabras clave: género; dominación masculina; campo político; feminismo revolucionario; feminismo burgués; nueva cultura política; estudios sobre las mujeres.

Abstract. *Women and Politics: Women's Politics in the Second Spanish Republic and Civil War*

In the early decades of the twentieth century, and particularly the thirties during the Second Spanish Republic and the Spanish Civil War, a number of women burst into the public arena in order to confront their secular exclusion from the political sphere. Drawing on an analysis of autobiographies by Dolores Ibaruri, Federica Montseny, Irene Falcon, Clara Campoamor and Victoria Kent, our main purpose in this paper is to identify the different approaches to politics by the so-called *revolutionary feminism* and *bourgeois feminism*. We also aim to render visible the contributions of political representatives of these feminist trends, which, as we shall argue, laid the foundations for a new political culture.

Keywords: gender; male domination; political field; revolutionary feminism; bourgeois feminism; new political culture; women's studies.

* Agradezco a los revisores anónimos, y a los correctores y responsables de Papers, pues sus sugerencias y comentarios críticos permitieron mejorar sustancialmente la redacción inicial de este artículo.

Sumario

- | | |
|---|---|
| Introducción | 3. Reflexiones finales:
hacia una nueva cultura política |
| 1. Tres grandes barreras
contra la igualdad | Referencias bibliográficas |
| 2. Contribuciones de las mujeres políticas
a una política de mujeres | |

Introducción

Tras el crac del 2008, el sistema económico de los países occidentales ha entrado en una recesión comparable a la crisis del 29. En Europa, el paro, el trabajo precario, las situaciones de pobreza y de vulnerabilidad social golpean con especial dureza a las clases trabajadoras, lo que genera en estas clases una amplia desafección de la política y de la clase que maneja los asuntos públicos. En los diferentes barómetros de opinión, son mayoría los ciudadanos y las ciudadanas de la Unión Europea que piensan que el mañana será peor que el hoy y que hacen responsable de la crisis a la clase política. Según el Eurobarómetro 78, de diciembre de 2012, en los 29 países de la Unión Europea, sólo un 28% de los ciudadanos confía en sus parlamentos, pero en España el porcentaje de confianza desciende hasta el 9% de la muestra, dos puntos por debajo del porcentaje de Italia. A la depresión socioeconómica se añade, por tanto, un amplio cuestionamiento del sistema democrático de representación política.

Pierre Bourdieu fue uno de los primeros sociólogos que definió el *campo político* como un espacio social relativamente autónomo y cerrado, en el que se condensan instituciones y una red de relaciones objetivas en las que se mueven los políticos profesionales conocedores de las reglas del juego del manejo de los asuntos públicos. Max Weber, en una conocida monografía, observó que, en la bolsa de valores, los corredores de bolsa hacen gestos, aspavientos y emiten sonidos ininteligibles para los extraños, con lo que pretenden, y en muchas ocasiones lo consiguen, alejar a los advenedizos. Salvando las distancias, también en política, para moverse con soltura, es preciso recurrir a saberes especiales, a una determinada retórica y lógica propias de su campo de acción. En el *campo político* existen, por tanto, códigos en los que se socializan los profesionales que trabajan en él. A semejanza del *campo científico*, también en el *campo político* hay claras diferencias entre los *establecidos* y los *outsiders*. En este sentido, las mujeres, que, durante siglos, han estado excluidas del poder público en Europa occidental, tras su entrada en dicho campo, se vieron relegadas, en el siglo XX, a desempeñar un papel subalterno: el de recién llegadas. Las mujeres, de forma distinta en función de sus capitales, es decir, en función de su posición social, sufren, en todo caso en mayor proporción que los varones,

lo que Pierre Bourdieu denominó «mecanismos censitarios ocultos» (Bourdieu, 1979: 463)¹.

La entrada de las mujeres españolas en el campo político se produjo durante la Segunda República y la Guerra Civil. Se podría decir, por tanto, que fue entre 1931 y 1939 cuando las mujeres obtuvieron escaños como diputadas en el Parlamento; conquistaron el derecho al voto; se legalizaron el matrimonio civil y el divorcio, y asumieron cargos de responsabilidad pública. Estudiar la historia de las mujeres durante la República, la Guerra Civil y el exilio es, sin duda, un ejercicio legítimo de reconstrucción histórica o de memoria histórica (Moreno Seco, 2005; Morcillo Gómez, 2007). A nosotros, nos interesan especialmente las implicaciones sociales y políticas que se derivaron de que un grupo de *mujeres políticas* rompiesen el monopolio que hasta entonces habían detentado secularmente los varones sobre la actividad parlamentaria y de gobierno, pues este estudio podría proyectar una nueva luz sobre la lógica innovadora que las mujeres introdujeron en el campo político cuando se incorporaron a él. En la medida en que el proceso constituyente de un campo social incide fuertemente en su desarrollo, se podría avanzar la hipótesis de que la reestructuración del campo político, provocada por el acceso de las mujeres profesionales a él, imprimió una impronta propia a los modos de hacer política, sentó las bases de una nueva sensibilidad y de una nueva cultura que dotó a la actividad parlamentaria y de gobierno de nuevos códigos y, más concretamente, de un nuevo estilo de pensar que es preciso hacer visible, especialmente en los momentos actuales, cuando cunde el desánimo y el cuestionamiento global de la clase que maneja los asuntos públicos. Tal es la *problematización* que va a guiar nuestro análisis sociohistórico del campo parlamentario y de gobierno, así como el acercamiento contextualizado a las historias de vida de algunas mujeres que tuvieron un protagonismo especial en el Parlamento y en los gobiernos durante la Segunda República y la Guerra Civil (Castel, 1994: 237-252; Álvarez-Uría, 2009: 3-22).

Entre los estudios sobre las relaciones complejas entre las mujeres y la política, son numerosos los que analizan las causas de la menor representación femenina en los parlamentos, abren el debate sobre las cuotas, el papel de las mujeres en los partidos políticos y su presencia o ausencia en las listas electorales. Trabajos realizados por Pippa Norris y Michael A. Genovese, por ejemplo, en el ámbito anglosajón, y por Maria Àngels Viladot, Arantxa Elizondo, Judith Astelarra, María Antonia García de León y Anna M. Fernández Poncela, tanto en España como en América Latina, han abordado estas cuestiones. Sin embargo, los textos autobiográficos y las historias de vida permiten también aproximarse a otros problemas: ¿A través de qué procesos accedieron

1. Sobre el concepto de *campo político*, véase también Pierre BOURDIEU (2000), *Propos sur le champ politique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon; Pierre BOURDIEU (2002), «Pouvoir politique et champ politique», en *Langage et pouvoir symbolique*, París, Seuil, 199-323. Una buena síntesis de estos trabajos de Bourdieu ha sido realizada recientemente por su discípulo y colaborador Gérard MAUGER (2013), *Repères pour résister à l'idéologie dominante*, París, Éditions du Croquant, 17-37.

las mujeres al espacio político? ¿Por qué algunas mujeres se adscribieron al *feminismo*? Los valores de las mujeres comprometidas políticamente, ¿suelen ser los mismos que los que guían la acción parlamentaria y de gobierno de los varones, o poseen una especificidad propia? ¿Cómo se tejen las redes de mujeres en la lucha política? Sabemos que las *políticas feministas* fueron puestas en marcha por mujeres, pero, ¿existen otros ámbitos políticos que les preocupen especialmente? ¿Cómo vivieron ellas mismas, en sus propios procesos de subjetivación, el paso del espacio privado al espacio público? Para responder a estas preguntas, de poco sirven las respuestas preestablecidas o las disquisiciones filosóficas, más bien es preciso indagar sociohistóricamente qué políticas han desarrollado realmente las mujeres que han asumido responsabilidades políticas y qué funciones sociales se derivaron de sus compromisos.

Desde que, en las dos primeras décadas del siglo XX, los sociólogos de Chicago se interesaron por las historias de vida, desde que William Isaac Thomas y Florian Znaniecki publicaron *El campesino polaco en Europa y América*, las ciencias sociales no han cesado de recurrir a los documentos personales para tratar de comprender cómo unos actores sociales específicos, integrados, a su vez, en unos grupos determinados, y desde una posición social también determinada, tienden a asumir en sociedad ciertos estilos de pensar y ciertos estilos de vida. *Si los individuos definen las situaciones como reales, estas son reales en sus consecuencias*. El llamado *teorema de Thomas* supuso un importante aval para el análisis sociológico de las llamadas *narrativas del yo*. Estas engloban tanto a los relatos específicos de vida, como a las historias o a las narraciones de vida, las biografías y las autobiografías, así como a los textos literarios en primera persona y a los testimonios personales recogidos por la historia oral. Los relatos de vida conocieron, sin embargo, una expansión especial a partir de las dos últimas décadas del siglo XX, coincidiendo con el auge del neoliberalismo y la consiguiente fragilización de las relaciones sociales, hasta el punto de que, en los medios anglosajones, del *giro lingüístico* se pasó más bien a hablar del *turn to biographical methods in social science* (Bornat et al., 2000). Los estudios de género, y especialmente los trabajos sobre las mujeres, no sólo no quedaron al margen de esta nueva orientación metodológica, sino que adquirieron, a partir de entonces, un protagonismo especial.

El presente no es sólo lo contemporáneo. El presente no es sólo lo que acontece aquí y ahora. El presente se nutre, en gran medida, de inercias heredadas del pasado. Tratar, por tanto, de comprender nuestro tiempo presente implica necesariamente recurrir a la historia. En este sentido, se podría decir que la deshistorización de las ciencias sociales se paga necesariamente con la ceguera.

Los historiadores nos ponen en guardia para no confundir memoria e historia, pero toda sociedad que no sea amnésica se nutre de una memoria histórica que también forma parte de la historia. Para comprender el presente, es preciso, por tanto, objetivar el peso del pasado, tanto en las instituciones como en nuestras vidas.

Georg Simmel, en un artículo titulado «El congreso de mujeres y la socialdemocracia», una convención de asociaciones de mujeres que tuvo lugar en Berlín en 1896, ponía de manifiesto las diferentes sensibilidades políticas que separaban

a las mujeres de la burguesía progresista de las que militaban en la socialdemocracia (entre ellas, Clara Zetkin y Lily Braun). Mientras que las burguesas pugnaban por liberarse del aislamiento doméstico, las proletarias, explotadas en fábricas y en trabajos extenuantes, con horarios laborales infernales y reducidos salarios, percibían el ámbito privado familiar como un refugio en un mundo despiadado (Simmel, 1989: 29-34). Más allá de estas especificidades propias de cada clase social, en los ensayos sobre la *cultura femenina*, Simmel defendía el carácter ontológico de las diferencias entre varones y mujeres, hasta el punto de postular la existencia de una *identidad femenina* y de una *psicología femenina*. Las mujeres tienden a una espiritualización propia, mientras que los varones son particularmente proclives a la dispersión de intereses en el interior de una cultura material.

Marianne Weber avanzó, en *Recuerdos*, una semblanza de Georg Simmel y de su esposa Gertrud, y expresó un manifiesto en desacuerdo con la concepción esencialista e idealizada de las mujeres. En la polémica sobre la presunta identidad femenina, propuso la sustitución de la *filosofía feminista* y de la *psicología femenina* por una sociología histórica que permitiese explicar en la historia el proceso de institucionalización de las relaciones de poder entre los sexos. Nada nos dice, sin embargo, sobre si esas mismas formas de poder, y las resistencias que las mujeres desarrollaron contra ellas, desempeñaron un papel en la formación de una sensibilidad específica que, en la práctica, se traduciría en un modo propio de hacer política (Weber, 1989: 40, 1995).

Fue durante la Segunda República y la Guerra Civil, es decir, en un lapso de tiempo de ocho años, entre 1931 y 1939, cuando las mujeres españolas entraron por vez primera en las Cortes de la Carrera de San Jerónimo, cuando conquistaron el derecho al voto, cuando militaron activamente en los partidos políticos y pugnaron por salir elegidas diputadas en las contiendas electorales. En el análisis que sigue, se parte de los textos autobiográficos de cinco mujeres. Dos representan al llamado *feminismo burgués*: Clara Campoamor y Victoria Kent, que nacieron, respectivamente, en 1888 y 1898. Las otras tres representan al llamado *feminismo revolucionario*: Dolores Ibárruri, Irene Falcón y Federica Montseny, que nacieron en 1895, 1907 y 1905, respectivamente. Sus escritos no sólo nos permitirán adentrarnos en los entresijos mismos de la historia de la República, la Guerra y el exilio, sino que nos ayudarán también a aproximarnos a sus *modos de subjetivación*, a sus sentimientos y vivencias, a sus emociones y convicciones, de modo que, desde la proximidad moral que nos ofrecen sus testimonios escritos, podemos comprender mejor el peso y las razones de sus políticas².

2. He trabajado textos autobiográficos de cinco mujeres comprometidas con la política: Clara CAMPOAMOR (2006), *El voto femenino y yo: Mi pecado mortal*, Madrid, Horas y Horas, 1935; Victoria KENT (1978), *Cuatro años de mi vida. 1940-1944*, Barcelona, Bruguera; Dolores IBÁRRURI (1984), *Memorias de Pasionaria. 1939-1977: Me faltaba España*, Barcelona, Planeta; Jaime CAMINO (1977), *Íntimas conversaciones con la Pasionaria*, Barcelona, Dopesa; Irene FALCÓN (1996), *Asalto a los cielos: Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy; Federica MONTSENY (1987), *Mis primeros cuarenta años*, Barcelona, Planeta; Federica MONTSENY (1911), *La indomable*, Madrid, Diario Público; Carmen ALCALDE (1983), *Federica Montseny: Biografía de una mujer comprometida*, Sant Feliu de Codines (Barcelona), Argos Vergara.

Como contrapunto, he optado por leer los textos de estas cinco mujeres en paralelo con algunos escritos autobiográficos de seis prohombres republicanos que representan, a su vez y respectivamente, las políticas reformistas y las políticas revolucionarias. Niceto Alcalá Zamora, Manuel Azaña y Francisco Ayala engloban el grupo de los republicanos. Jorge Semprún, Manuel Azcárate y Juan García Oliver, el de comunistas y anarquistas³.

1. Tres grandes barreras contra la igualdad

Históricamente, las tres grandes barreras que las mujeres tuvieron que superar para acceder a la política en los países mediterráneos de la Europa del sur fueron: la misoginia de la religión cristiana; los códigos legislativos que clausuraban a las mujeres en un estatuto de minoría, y las presuntas teorías médico-científicas que identificaban a los varones con la razón y a las mujeres, con las pasiones. Estas tres líneas de fuerza, fundidas en una especie de santa alianza, se levantaron como una muralla formidable para impedir la entrada de las mujeres en el coto vedado de la política.

La Iglesia católica, una organización jerárquica, antidemocrática, construyó, en el marco de las guerras de religión y de la reforma tridentina, el arquetipo de *la perfecta casada*, el estereotipo de la madre de familia abnegada, a la vez que esposa, virgen y mártir, de modo que relegó a las mujeres al estatuto de comparsas del sacralizado orden sacerdotal (Varela, 1997). La encíclica de Pío XI *Quadragesimo Anno*, promulgada en mayo de 1931, es decir, apenas un mes después de la proclamación de la Segunda República, subrayaba que «el hogar, ahí donde los trabajos de la casa la ligan a las diferentes ocupaciones domésticas, es el marco en el que debemos volver a colocar el oficio de la madre de familia». En este sentido, no deja de ser sintomático que, de las cinco mujeres de las que nos ocupamos aquí, ninguna en sus memorias se declare católica. Tan sólo Dolores Ibárruri, *Pasionaria*, perteneció, durante su infancia y juventud, a una familia obrera muy religiosa de Vizcaya vinculada al carlismo. Dolores se sintió obligada a romper con su familia cuando se casó en 1915 con un militante socialista. Tenía 16 años y sus padres se negaron a que estudiase magisterio tras haber aprobado el examen de ingreso en la Escuela Normal de Maestras. Ella misma reconoce, en *El único camino*, la fuerza con la que se transmitía la formación sexista *en la escuela, en la iglesia y en el hogar*. A los 21 años, con su hija Esther en los brazos, se desesperaba:

[...] al roce con la sangrienta verdad de cada día, el tejido de mis convicciones religiosas se adelgazaba, y un poco cada día iba desasiéndome por dentro de

3. He leído, concretamente, los escritos de Niceto ALCALÁ-ZAMORA (2011), *Asalto a la República. Enero-Abril 1936*, Madrid, La Esfera de los Libros; Francisco AYALA (2006), *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, Madrid, Alianza; Manuel AZAÑA (2011), *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Público; Manuel AZCÁRATE (1994), *Derrotas y esperanzas: La República, la Guerra Civil y la Resistencia*, Barcelona, Tusquets; Jorge SEMPRÚN (2011), *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Diario Público.

creencias, de supersticiones, de prejuicios, de viejas tradiciones, de temores ultra-terrenales. El origen de nuestra miseria no estaba en el cielo, sino en el suelo. (Ibárruri, 1965: 57, 79-81)

Poco tiempo después de contraer matrimonio, se produjeron sus primeras colaboraciones periodísticas en *El Minero Vizcaíno*.

Se podría afirmar que las cinco mujeres elegidas se liberaron de la ideología religiosa mediante la socialización en el pensamiento libre. Acudían a los ateneos, a las casas del pueblo, a los mítines, a los teatros, a los cafés. Irene Falcón comenta, en *Asalto a los cielos*, sus memorias autobiográficas, que, en unas vacaciones, viajó sola en el tren a casa de una amiga de su madre, que era maestra en Albacete. Un viaje que, en la época, se consideraba *todo un acontecimiento* para una señorita. Entre las lecturas de ese verano en la casa de la maestra, figuraba un libro que le causó una gran impresión, *La bolchevique enamorada*, de Kollontai, pero también novelas de Felipe Trigo y Blasco Ibáñez. Por su parte, Federica compartía una gran afición a los libros, pues *la biblioteca de sus padres*, como ella misma escribe en *La indomable*, «le franqueó las puertas de un mundo maravilloso, al que ella se entregó con alma y vida» (Montseny, 1911). Todas ellas compartieron una pasión común por el periodismo, que representaba el seguimiento al día de la rabiosa actualidad, la voluntad continuada de entender el presente, la búsqueda con otras mujeres de un estatuto de autonomía en pie de igualdad con los varones. En su proceso de crecimiento y de emancipación personal, desempeñaron un papel importante los valores modernos transmitidos por las pedagogías nuevas, pero también el nuevo aire de modernidad con el que irrumpieron los periódicos, el cine y las revistas de moda durante *los locos años veinte*. Todas ellas fueron también mujeres emancipadas por el trabajo, que les proporcionaba, a la vez, autonomía económica y redes sociales propias.

Irene Falcón nació en Madrid y estudió en el Instituto Alemán. Empezó a trabajar muy joven, con quince años, en el Instituto Cajal, en donde eran frecuentes las discusiones sobre política, literatura y arte. «Los científicos del Instituto Cajal», escribe, «me inocularon definitivamente la afición a la novela rusa [...] Todas mis horas libres las pasaba leyendo» (Falcón, 1996: 36). Irene frecuentaba la Cacharrería del Ateneo. Allí asistió a las charlas sobre el amor libre que pronunció la diputada socialista por Badajoz, y más tarde diputada comunista durante la guerra, Margarita Nelken:

Yo admiraba la audacia, la libertad y el criterio con que proclamaba su promiscuidad y su prolífica maternidad. [...] Gracias a ella, a Clara Campoamor, a Matilde Huici, y a otras mujeres de la época, entré en contacto con las avanzadas ideas del feminismo. Eran abogadas y profesionales, seguramente las primeras de España, y decían lo mismo que yo pensaba de la independencia y de la libertad de las mujeres. (Falcón, 1996: 38, 48)

Por su parte, Federica Montseny, nacida en una familia de clase media, con un elevado capital social y cultural, pero con escaso capital económico,

se resistió también a la domesticidad. El mundo que frecuentaban sus padres, tanto en Madrid como en Barcelona, era el de la bohemia, el periodismo, el teatro, el radicalismo político libertario. El mundo imaginario de la literatura le ofrecía una libertad que la sociedad machista de la época negaba a las mujeres. Fue consciente de que, ante ella, se abrían dos caminos diametralmente diferentes: uno era el del matrimonio, los hijos, la aceptación de las conveniencias sociales, que no necesariamente la obligaban a renunciar a la inteligencia, y el otro se encontraba «fuera de los senderos trillados de la mujer española». Eligió este último, el más difícil, que implicaba la libertad de pensamiento, el laicismo (Montseny, 1911).

Tanto Clara Campoamor como Victoria Kent estudiaron la carrera de Derecho y ejercieron como abogadas. Una gran parte de los políticos parlamentarios eran licenciados en Derecho, lo que indica que dicha disciplina se había convertido casi en un requisito para el acceso a la política profesional. En el caso de Clara Campoamor y Victoria Kent, sus estudios universitarios les ayudaron a comprender muy pronto la discriminación social de las mujeres que el código civil vigente convertía en una discriminación legal. Clara Campoamor fue, sin embargo, más allá de la crítica de los códigos y de la legislación, pues se enfrentó al prestigioso doctor Gregorio Marañón, que, en un ensayo titulado *Sexo y trabajo*, había defendido que «el organismo femenino no tiene aptitud para la lucha con el medio, es decir, para la actuación social». Para Marañón, las mujeres que desean salir del hogar para desempeñar funciones habitualmente ejercidas por varones son «mujeres de feminidad debilitada mezclada con elementos varoniles evidentes». Clara Campoamor cuestionó las diferencias basadas en esta peculiar *endocrinología diferencial* que, en último término, legitimaban la relegación social de las mujeres, justificándola en razón de diferencias biológicas, hormonales.

A Clara Campoamor y a Victoria Kent les interesaba particularmente la postergación jurídica de las mujeres que atribuían al machismo y a «la hegemonía exclusiva del varón en la construcción y aprobación de las leyes». A su juicio, la emancipación jurídica y política de las mujeres no se podría producir si ellas no se implicaban en la defensa de sus propios intereses, que son también los intereses del progreso social de la humanidad. Así pues, en plena dictadura de Primo de Rivera, desde la esfera jurídica, comprendieron la trascendencia de dar el paso a la esfera política.

En una conferencia de 1928, Clara Campoamor, *Clarita*, como la llamaban los periódicos, lanzó un alegato contra «la situación de incapacidad en la que la ley coloca a la mujer casada». De hecho, el dictador Primo de Rivera concedió el voto a las mujeres con la excepción de las que estaban casadas, las cuales precisaban de la autorización del marido para aceptar una herencia, establecer un contrato, acudir a los tribunales, arrendar, vender, comprar o tener un pasaporte. Clara Campoamor era consciente de que las leyes regulan tanto la esfera pública como la privada, y que, en un sistema democrático, la legislación es fruto de la acción parlamentaria. Si las mujeres no van al Parlamento, la legislación no sólo se hará sin ellas, sino también contra ellas.

En 1927, la maestra almeriense Carmen de Burgos había publicado *La mujer moderna y sus derechos*, un libro en el que trataba a la vez del divorcio y del sufragio femenino. Carmen colaboró en el *Diario Universal* con el nombre de Colombine. En 1930, ingresó en el Partido Republicano Radical Socialista, en el que defendió la abolición de la pena de muerte y el derecho al divorcio, así como el derecho al voto de las mujeres. A ella, estuvieron muy ligadas tanto Victoria Kent como Clara Campoamor. Carmen murió en octubre de 1932, es decir, un año y siete días después de que las mujeres españolas conquistasen, con el admirable empeño de Clara Campoamor, el derecho al voto el 1 de octubre de 1931. En 1927, por invitación de Acción Femenina, Clara Campoamor pronunció, en el Ateneo de Barcelona, dos conferencias: una titulada «La mujer ante el derecho» y otra, «La investigación de la paternidad». Unos días antes, había hablado en la Casa del Pueblo de Barcelona sobre «El código del trabajo» (Campoamor, 2007). No fue la única conquista legal por la que batalló, pues, el 12 de marzo de 1932, las Cortes aprobaron la Ley del divorcio y, en junio de ese mismo año, la Ley del matrimonio civil, las cuales, en la época, contaron con la oposición de la Iglesia católica. De hecho, la Ley del divorcio fue derogada por Franco en 1939. Hubo que esperar hasta 1981 para que se aprobase, ya en la transición democrática, una nueva ley del divorcio.

La conquista del derecho al voto femenino constituye el momento de institucionalización de la entrada de las mujeres en el campo político, pero no fue tarea fácil. Entre los que se oponían, se encontraban bastantes diputados progresistas y socialistas, y, entre ellos, las también diputadas Victoria Kent y Margarita Nelken, que temían que el voto de las mujeres se decantase por los partidos monárquicos, conservadores, los partidos enemigos de la República. Pero había otras argumentaciones, como, por ejemplo, la que abanderó en el Congreso el doctor Novoa Santos, autor del libro *La indigencia espiritual del sexo femenino*. Campoamor lo define como «un Moebius redivivo y apasionado» y transcribe algunas de las palabras que pronunció en el debate parlamentario:

El destino de la Republica, si en un futuro muy próximo hubiésemos de conceder el voto a las mujeres, seria seguramente una reversión, un salto atrás. El histerismo no es una enfermedad, es la propia estructura de la mujer; la mujer es eso: histerismo. (Campoamor, 2006: 67)

Su *razonamiento* no era una opinión pintoresca y aislada. Como la propia Campoamor reconoce, el voto femenino «gozaba de la más absoluta impopularidad entre la mayoría de los varones» (Campoamor, 2006: 139). El artículo 34 de la Constitución salió adelante en el Parlamento con el apoyo de 161 votos contra 121 y 188 abstenciones. Los socialistas votaron a favor, con algunas ruidosas excepciones, como el ostentoso abandono de la Cámara de los Diputados que escenificó Indalecio Prieto, quien, ya en los pasillos, definió textualmente el reconocimiento del derecho al voto de las mujeres como «una

cuchillada traperera en la espalda de la República»⁴. En 1933, había 7.955.461 mujeres censadas sobre un total de 15.164.349 electores. El voto de las mujeres resultaba decisivo en las contiendas electorales, es decir, cuando se abre el campo político parlamentario.

2. Contribuciones de las mujeres políticas a una política de mujeres

De los relatos de vida de estas cinco mujeres, se pueden extraer tres grandes vectores que conforman el común denominador de sus políticas. En primer lugar, todas ellas participaron en asociaciones de mujeres y sintieron la necesidad de luchar por la emancipación femenina. En segundo lugar, compartieron una preocupación común por las políticas sociales, por la protección social y política de los más desvalidos y desasistidos. En fin, en tercer lugar, fueron sensibles a los horrores de la violencia y de la guerra, y, desde posiciones diferentes, defendieron el pacifismo.

1. Clara Campoamor fundó, en 1931, la Unión Republicana Femenina, una asociación que llegó a contar en Madrid con más de mil afiliadas en apoyo de la República. Victoria Kent, por su parte, perteneció al Comité de Mujeres Antifascistas que el Partido Comunista, y especialmente Dolores Ibárruri, había impulsado a partir de la subida de Hitler al poder. El Primer Congreso Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo se celebró en París el 8 de agosto de 1934, y la delegación española estaba encabezada por Dolores Ibárruri. En ese mismo mes, tuvo lugar en Madrid el congreso fundacional del comité nacional de la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA), un movimiento que, según Irene Falcón, «ha tenido una influencia tremenda en el desarrollo posterior de todo el movimiento feminista en España» (Falcón, 1996: 101)⁵.

Mientras que el movimiento AMA agrupaba predominantemente a burguesas y a mujeres socialistas y comunistas, las libertarias crearon su propia asociación: Mujeres Libres. Según Mary Nash, el núcleo inicial estaba formado por Lucía Sánchez Saornil, telefonista, poeta y escritora autodidacta; por la doctora Amparo Poch y Gascón, y por la periodista Mercedes Comaposada. En una carta a Emma Goldman pidiéndole apoyo, le decían: «Intentamos despertar la conciencia femenina a las ideas libertarias sobre las que la inmensa mayoría de las mujeres españolas, que están muy atrasadas social y culturalmente, no saben nada». La revista *Mujeres Libres* fue el órgano de expresión de esta asociación, que preconizaba para las mujeres la necesidad de una doble lucha: de un lado, contra la explotación social y económica de las clases trabajadoras y, del otro, contra la dominación masculina en el interior de la propia clase y

4. En el debate, Clara Campoamor puso de manifiesto la inconsistencia de los republicanos, algo que estos nunca le perdonaron. Revista de Occidente, la editorial dirigida por Ortega, había publicado, en 1928, un libro del prestigioso psiquiatra Ernst Kretschmer titulado precisamente *La histeria*, una patología sexual que los psiquiatras identificaban con una especie de *infantilismo sexual* que padecían predominantemente las mujeres.
5. El movimiento AMA llegó a contar con unas 60.000 afiliadas en 1936.

contra la identidad que les ha sido impuesta a las mujeres. El primer número de la revista salió a la luz el 20 de mayo de 1936, es decir, casi dos meses antes del golpe de estado militar, y se agotó pronto. El siguiente se publicó el 15 de junio y el tercero, poco antes de estallar la guerra. En total, salieron a la luz 14 números mensuales hasta el año 1938, en el que la revista dejó de publicarse. *Mujeres Libres* llegó a contar con más de 20.000 afiliadas y 153 agrupaciones (Nash, 1999: 210-215).

Federica no estaba por completo de acuerdo en separar la emancipación femenina de la de los varones, pues, a su juicio, ambos colectivos debían de estar unidos en un proyecto de revolución social y personal. Decía: «No somos feministas, porque creemos en la libertad de todos». Ya en el exilio, en Francia, en una entrevista con Carmen Alcalde, señalaba: «Pensaba que si hacíamos una revolución social y política habíamos también de hacer una revolución cultural, una revolución de costumbres» (Alcalde, 1982: 59).

2. Pocos días después de la declaración de la república, en abril de 1931, Victoria Kent fue nombrada directora general de Prisiones. Una de sus primeras medidas fue liberar a los reclusos de la obligación de asistir a los actos religiosos, así como permitirles leer la prensa, si no estaban incomunicados. Victoria Kent apostó por la humanización de las penas y por las políticas de reinserción social. Prohibió los grilletes y las cadenas; cerró calabozos inmundos; combatió el maltrato vejatorio del preso, que «por muy irreductible que sea, siempre es un ser humano»; mejoró la alimentación y las condiciones higiénicas de las cárceles; permitió las conferencias y los conciertos a solicitud del director de cada prisión; estableció la libertad de cultos; hizo instalar calefacción, enfermerías y escuelas en los centros penitenciarios; repartió mantas para los reclusos; creó, en el patio de cada prisión, un buzón de reclamaciones que debían de ser cursadas a la Dirección General de Prisiones; creó una inspección central, un nuevo cuerpo femenino de prisiones y el Instituto de Estudios Penales bajo la dirección del profesor Jiménez de Asúa. En Madrid, cerró la cárcel de mujeres de las Madres Comendadoras de la calle de Quiñones y creó la cárcel de Ventas, en la que las monjas fueron sustituidas por un cuerpo especializado de funcionarias seleccionadas por el Instituto de Estudios Penales. Cuando, en mayo de 1932, fue cesada en un consejo de ministros, Manuel Azaña anotó, en sus Memorias políticas y de guerra: «Demasiado humanitaria, no ha tenido por compensación dotes de mando. El estado de las prisiones es alarmante. No hay disciplina. Los presos se fegan cuando quieren».

En las elecciones de 1933, las primeras en las que votaron las mujeres, había 42 candidatas en las listas electorales. Las cinco elegidas fueron Francisca Bohigas, Veneranda García Blanco, María Lejárraga, Margarita Nelken (que repetía como diputada, pues había sido elegida en 1931 para las Cortes Constituyentes) y Matilde de la Torre. Clara Campoamor no salió elegida por Madrid. En una carta al *Heraldo* de Madrid, Campoamor se ratificaba en su compromiso con los ideales que hasta entonces habían guiado su acción política: «igualdad jurídica de la mujer, protección al niño, pacifismo». En diciembre de 1933, fue nombrada, por el gobierno de Alejandro Lerroux, directora general de

Beneficencia, cargo en el que se mantuvo hasta octubre de 1934, cuando se produjo la revolución en Asturias. Durante ese tiempo, fue ella quien intentó organizar la hasta entonces inexistente asistencia pública, y trató de reunir partidas económicas para la asistencia pública domiciliaria, la lucha contra la mendicidad infantil y articular las actividades de las fundaciones privadas. Cuando, tras la revolución del 34, la diputada socialista Matilde de la Torre le informó de la brutalidad de la represión en Asturias, Clara Campoamor dimitió de su cargo. El 23 de febrero de 1935, dirigió una carta a Alejandro Lerroux en la que se daba de baja del Partido Radical. Un año después, tuvieron lugar las elecciones de febrero de 1936, en las que triunfó el Frente Popular y a las que Clara Campoamor no se pudo presentar, pese a su voluntad de ser candidata. De hecho, tras darse de baja en las filas del Partido Radical, pidió la admisión en Izquierda Republicana, el partido de Manuel Azaña. Solicitó el alta en dicha formación en julio de 1935, pero, por 183 votos frente a 68, no fue admitida en sus filas. En las elecciones de 1936, de nuevo cinco mujeres tuvieron su acta como diputadas: Julia Álvarez-Resano, Dolores Ibárruri, Victoria Kent, Margarita Nelken y Matilde de la Torre (Tavera, 2005).

Federica se describe a sí misma en *La indomable* como una mujer afectuosa y dulce con «los humildes, los viejos, los niños, las pobres mujeres, los presos, los desgraciados...» (Montseny, 1911). Fue ministra de Sanidad y Asistencia Social entre noviembre de 1936 y mayo de 1937, es decir, una de las primeras mujeres que tuvo a su cargo un ministerio en Europa.

Yo pretendía hacer de la Asistencia Social aquello que la Revolución había de hacer en España, [...] devolver al hombre el derecho a la vida, había que reconocer a los hombres el derecho al bienestar, a la justicia. (Montseny, 1911: 85-86)

Como señala Mary Nash, rompió con los criterios tradicionales de asistencia y promovió a algunas mujeres a puestos de responsabilidad, como, por ejemplo, a la doctora Amparo Posch y Gaston, cofundadora de Mujeres Libres, y a la doctora socialista Mercedes Maestre. Bajo la dirección de Montseny, escribe Nash, «se modernizaron las instituciones de asistencia social de la España republicana». Y añade: «En los primeros meses de la guerra, las mujeres desempeñaron un papel significativo en este proceso de reestructuración de los servicios médicos, higiénicos y asistenciales» (Nash, 1999).

Nos encontramos, por tanto, con una de las principales características de la política de las mujeres: la preocupación por los grupos más desfavorecidos de la sociedad. Algunos analistas sociales creen percibir en esta implicación en lo social la proyección de la maternidad fuera del hogar, pero se trata, a la vez, de un compromiso *político* fundamental con el ideal democrático, con una sociedad de iguales.

3. Las mujeres en general, y también las mujeres políticas, abogaron mayoritariamente por el pacifismo, se movilizaron contra el militarismo y la guerra. En este sentido, militaban codo con codo con toda una serie de escritores que, tras la Primera Guerra Mundial, escribieron novelas y ensayos en favor de la no violencia.

En el prólogo que realizó Irene Falcón para *Hypatia*, el libro de Dora Russell, escribía:

La emancipación femenina debe traer consigo la paz de los pueblos, debe evitar por todos los medios que se repitan los horrores de la guerra, que sus hijos, súbditos de naciones civilizadas, maten y se dejen matar, sin ninguna razón, obligados por un patriotismo falso, porque el verdadero patriotismo es el amor a la humanidad. Si las madres y las esposas saben explicar esto a sus hombres con inteligencia, lograrán vencer la atracción de las trompetas y tambores, y de todo el engaño decorativo del militarismo. (Falcón, 1996: 72-73)

La identificación del feminismo con el pacifismo era propia del feminismo burgués y, en menor medida, del feminismo revolucionario, pues tanto Marx como Bakunin, Lenin y Trotsky consideraban que la lucha de clases obligaba a los proletarios a promover una revolución armada para romper definitivamente los grilletes de las cadenas que los esclavizaban. Se explica, así, que fuesen las mujeres que militaban en los partidos revolucionarios, especialmente en el Partido Comunista y en los movimientos anarquistas, las que más alabasen las heroicas gestas de los milicianos contra los golpistas en defensa de la libertad y la democracia.

En *Cuatro años de mi vida*, Victoria Kent escribió: «la mujer ante la violencia estará siempre desarmada» (Kent, 1978). En unas jornadas organizadas por las mujeres españolas en Madrid, en abril y mayo de 1933, Matilde de la Torre impartió una conferencia sobre feminismo y pacifismo (Tavera, 2005: 214). En 1937, Clara Campoamor publicó en Francia *La revolución española vista por una republicana*, un libro en el que condena los horrores que tuvieron lugar en España durante los meses de julio y agosto de 1936, empezando por el golpe militar del 18 de julio lanzado contra la República, un golpe que dio comienzo a una cruel guerra civil que se prolongó durante casi tres años (Campoamor, 2011).

Clara Campoamor culpaba en su libro a Indalecio Prieto por haber impuesto a la República una ley electoral que favorecía a grandes coaliciones de partidos que terminaron por convertirse en dos grandes bloques en pugna, y reprochó a Azaña que no hubiese aceptado el gobierno moderado de Martínez Barrio. Abominaba de la intransigencia del Ejército y de la Iglesia, de un lado, y del socialismo y del comunismo revolucionarios, del otro. Ambos bandos apelaban, a su juicio, a la ley de la fuerza, a la barbarie, a la cruzada, a la redención o al martirio y concurrían, cada uno a su modo, a la gran derrota del régimen republicano surgido en abril de 1931. A esa derrota, contribuía también de forma decisiva una coyuntura internacional especialmente adversa, surgida de la Gran Depresión de 1929 y especialmente marcada por el enfrentamiento entre fascistas y comunistas⁶.

6. «Hoy España es el tablero donde las dos fuerzas internacionales en lucha, fascismo y comunismo, se juegan la hegemonía mundial», escribe en *La revolución española vista por una republicana*.

El análisis de Clara Campoamor concuerda en gran medida con los comentarios realizados en sus *Memorias* por Niceto Alcalá Zamora. Los dos compartían el temor a la bipolarización del país entre la derecha golpista y la izquierda revolucionaria favorecida por la ley electoral; los dos sentían una gran preocupación por el deterioro del orden público que desbordaba al gobierno; los dos confiaban en el papel del centro republicano para introducir la moderación, la concordia y el triunfo de la razón democrática; en fin, fueron conscientes de la descomposición del Partido Radical y del hundimiento del proyecto republicano de progreso, así como de la *tormenta* que se desataba en Europa entre fascistas y revolucionarios. Niceto Alcalá Zamora y Clara Campoamor compartían también un cierto resquemor contra Manuel Azaña, el político que, para muchos, encarnó la legitimidad republicana. Sin embargo, Azaña, en sus escritos recogidos con el título de *Causas de la guerra*, admite que el fracaso de la República provenía de que «la burguesía liberal española no tenía fuerza bastante para implantar por sí sola el nuevo régimen y defenderlo contra los ataques conjugados de la extrema derecha y de la extrema izquierda» (Azaña, 2011: 13).

3. Reflexiones finales: hacia una nueva cultura política

En el momento trágico de la Guerra Civil española, no se escucharon las voces de muchas mujeres que apelaban a la cordura, al respeto por la vida humana, al mantenimiento de la paz. No se escucharon esas voces porque, entre otras cosas, las mujeres carecían de suficientes cauces institucionales para que sus voces fuesen escuchadas. El resultado fue sangre, dolor y lágrimas, así como la implantación durante décadas de una dictadura militar que asoló el país y dejó una lastrada herencia que aún pervive. Las mujeres políticas no supieron o no pudieron mantener alta y fuerte una voz común. Los enfrentamientos entre ellas fueron frecuentes. Victoria Kent y Margarita Nelken se opusieron a la defensa del derecho al voto de Clara Campoamor. Dolores Ibárruri puso de manifiesto la incoherencia de Federica Montseny de oponerse a la existencia misma del Estado y aceptar una cartera ministerial. Incluso entre Irene Falcón y Dolores Ibárruri, a pesar de una unión de años, se interpuso el estalinismo, responsable del feroz asesinato del compañero checo de Irene, Geminder, que supuso para ella, durante un tiempo, la marginación del partido y el exilio a China. En fin, Margarita Nelken, la única mujer que fue elegida por el Partido Socialista en las tres elecciones republicanas en 1931, 1933 y 1936, se hizo comunista cuando estalló la guerra, pero, ya en el exilio en México, en octubre de 1942, fue expulsada del Partido Comunista, según la terminología oficial, por «realizar una política fraccional» y por «recurrir a los métodos clásicos de los enemigos del pueblo»⁷.

7. Sobre las elecciones y las mujeres, proporcionan información abundante: Carmen DOMINGO (2004), *Con voz y voto: La guerra y la política en España (1931-1945)*, Barcelona, Lumen; Pablo VILLALAIN (2000), *Mujer y política: La postura de las mujeres en las elecciones generales celebradas en Madrid durante la 2ª República*, Madrid, Ministerio de Trabajo.

El 9 de abril de 1977, el PCE fue legalizado. Atrás quedaban 38 largos años de exilio y clandestinidad. El 13 de mayo, en un avión de Aeroflot, Dolores Ibárruri iniciaba el viaje de retorno a España desde Moscú. En las elecciones generales del 15 de junio de 1977, salió elegida diputada por Asturias. La historia, como ella misma observa:

[...] tiene sus facetas curiosas. La Pasionaria, una de las personas más denostadas por la propaganda franquista a lo largo de tantos años, subía aquel 13 de julio a la mesa de las Cortes, y ocupaba la vicepresidencia de edad en la sesión constitutiva de las primeras cortes democráticas postfranquistas. Compartía conmigo esa vicepresidencia de edad Rafael Alberti, amigo y camarada mío de siempre, extraordinario poeta de nuestro siglo. (Ibárruri, 1984: 225)

Desde entonces, y con altibajos, la causa de la igualdad entre varones y mujeres ha avanzado en España. En las elecciones generales que tuvieron lugar el día 20 de noviembre de 2011, fueron elegidas como representantes para el Congreso de los Diputados un total de 124 mujeres diputadas, lo que, en términos de porcentajes, supone el 36% del total de los 350 parlamentarios elegidos. El gabinete conservador creado por el presidente del Gobierno Mariano Rajoy en diciembre del 2011 está formado por diez varones y cuatro mujeres. La presencia femenina representa, en este gobierno, un porcentaje del 28,5%, lo que supone un drástico descenso frente al último gobierno del socialista José Luis Rodríguez Zapatero del año 2008, en el que el porcentaje de mujeres alcanzó el 52,9%, es decir, fue este el primer gobierno de la democracia con mayoría de mujeres, lo que supuso un hecho insólito en la historia de la política española.

Una rápida comparación de los escritos autobiográficos de los varones implicados en el campo político con los de las mujeres que se adentraron en la política profesional (una comparación que requerirá un análisis específico más matizado) permite percibir evidentes contrastes. Mientras que las mujeres resaltan en sus memorias las relaciones sociales, los varones magnifican sus cualidades personales; mientras que las mujeres tienden a suavizar, e incluso a olvidar, los conflictos personales, los varones buscan directamente la confrontación y sacan a relucir las heridas recibidas; mientras que las mujeres muestran un alto grado de pragmatismo a la hora de acercarse a la realidad, los varones someten con frecuencia la realidad al tamiz de sus elucubraciones mentales; mientras que, en las mujeres, predomina la benevolencia en los juicios sobre las personas, en los varones, predomina la acritud y la agresividad. Las mujeres se entregan a una política del cuidado, los varones son muy sensibles a las políticas del prestigio personal. Las mujeres suelen anteponer el *nosotros* al *yo*; los varones casi siempre establecen la primacía del *yo* sobre el *nosotros*. De un lado, la valentía, la fuerza, el coraje, las convicciones férreas, la caballerosidad, el afán de destacar y de triunfar; del otro, el sentido, la sensibilidad, el sacrificio, la piedad, la solidaridad con los indefensos, la capacidad de vivir las emociones, el sueño de un mundo en paz.

Pierre Bourdieu señaló, en sus trabajos sobre el *campo político*, que este es un campo cerrado que requiere competencias, saberes especializados, el dominio práctico de la lógica del campo. Y señala también que, en buena medida, la lucha política se juega en la pugna por la definición de los propios límites del campo. A mi juicio, Bourdieu, a pesar de que trabajó sobre la dominación masculina, no fue, sin embargo, suficientemente consciente de los importantes efectos sociales y políticos que se derivaron de la entrada de las mujeres en la arena parlamentaria. Las *políticas profesionales* hicieron que las viejas fronteras establecidas saltasen en pedazos, hasta el punto de que el propio concepto de *lo político* se transformó, aunque aún no seamos suficientemente conscientes de este cambio. Para objetivarlo, será preciso realizar estudios de sociología comparada que nos permitan hacer un balance de los efectos derivados de la entrada de las mujeres en distintos países en el campo de la actividad parlamentaria y de gobierno.

La lucha por la igualdad entre todos los seres humanos, la búsqueda de una sociedad integrada, sin desafiados ni pobres, en fin, la globalización de una política de paz, constituyen hoy tres pilares básicos para una política progresista, son piezas esenciales a la hora de construir una nueva cultura política democrática. Las primeras mujeres que se adentraron en el territorio de la política profesional supieron hacer, de la relegación política de las mujeres, una fuerza, pues, circunscritas durante siglos al ámbito de lo privado y de lo social, optaron por dar un giro a la actividad parlamentaria y de gobierno a partir del nuevo espacio de las políticas sociales. Es cierto que, desde la perspectiva de los varones que ejercen como políticos profesionales, los asuntos sociales, la sanidad, los niños abandonados, los presos, el antimilitarismo y la defensa de la paz son algo así como *las marías* de los asuntos públicos, pero las primeras mujeres que abrieron y transformaron el campo político durante la Segunda República y la Guerra Civil supieron dotar a estas cuestiones, presuntamente secundarias respecto al Ministerio de Finanzas o al de Asuntos Exteriores, de una centralidad hasta entonces desconocida. Los ministerios menos valorados eran para ellas centrales, pues desde ellos se tomaban decisiones que afectaban directamente a los mimbres sobre los que se tejía la sociedad. Las mujeres políticas españolas nos han indicado un camino seguro a seguir que pasa, precisamente, por transformar el viejo modo de realizar la actividad parlamentaria y de gobierno. Tras el desencantamiento de la política, las alternativas no pasan, por tanto, por un nuevo reencantamiento, sino por situar la llamada *nueva cuestión social* en el centro mismo de la acción política y potenciar las redes de protección precisamente en los tiempos presentes, cuando más lo necesitamos, cuando nos vemos asediados por la crisis económica y la perplejidad en un mundo globalizado, regido por un capitalismo financiero, que corre el riesgo de deshacer las ya debilitadas redes de solidaridad que nos dan cobijo.

Referencias bibliográficas

- ACKERLSBERG, Martha A. (1999). *Mujeres libres: El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*. Barcelona: Virus.
- ALCALÁ ZAMORA, Niceto (2011). *Asalto a la República. Enero-Abril 1936*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- ALCALDE, Carmen (1982). *Federica Montseny: palabra en rojo y negro*. Barcelona: Argos Vergara.
- ÁLVAREZ-URÍA, Fernando (2008). «La otra escena: Sigmund Freud, el teatro y las mujeres histéricas». *Anuario de Sexología*, 10, 107-124.
- (2009). «El método genealógico: Ejemplificación a partir del análisis sociológico de la institución manicomial». En: GORDO, Ángel y SERRANO, Araceli (coords.). *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Madrid: Pearson.
- AYALA, Francisco (2006). *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*. Madrid: Alianza.
- AZANA, Manuel (2011). *Causas de la guerra de España*. Barcelona: Público.
- AZCÁRATE, Manuel (1994). *Derrotas y esperanzas: La República, la Guerra Civil y la Resistencia*. Barcelona: Tusquets.
- BORNAT, Joanna; CHAMBERLAIN, Prue y WENGRAF, Tom (2000). *The Turn to Biographical Methods in Social Science*. Londres: Routledge.
- BOURDIEU, Pierre (1979). *La distinción: Critique sociale du jugement*. París: Minuit.
- CAMINO, Jaime (1977). *Íntimas conversaciones con la Pasionaria*. Barcelona: Dopesa.
- CAMPOAMOR, Clara (2006). *El voto femenino y yo: Mi pecado mortal*. Madrid: Horas y Horas, 2006.
- (2007). *El derecho de la mujer: Recopilación de tres de las conferencias iniciadas en 1922*. Madrid: La Suma de Todos.
- (2011). *La revolución española vista por una republicana*. Bilbao: Espuela de Plata.
- CASTEL, Robert (1994). «“Problematization” as a Mode of Reading History». En: GOLDSTEIN, Jan (ed.). *Foucault and the Writing of History*. Oxford: Blackwell.
- DOMINGO, Carmen (2004). *Con voz y voto: La guerra y la política en España (1931-1945)*. Barcelona: Lumen.
- FALCÓN, Irene (1996). *Asalto a los cielos: Mi vida junto a Pasionaria*. Madrid: Temas de Hoy.
- IBÁRRURI, Dolores (1965). *El único camino*. París: Éditions Sociales.
- (1984). *Memorias de Pasionaria. 1939-1977: Me faltaba España*. Barcelona: Planeta.
- KENT, Victoria (1978). *Cuatro años de mi vida. 1940-1944*. Barcelona: Bruguera.
- MONTSENY, Federica (1911). *La indomable*. Madrid: Diario Público.
- (1987). *Mis primeros cuarenta años*. Barcelona: Planeta.
- MORCILLO GÓMEZ, Aurora (2007). «Feminismo y lucha política durante la II República y la guerra civil». En: FOLGUERA, Pilar. *El feminismo en España: Dos siglos de historia*. Madrid: Pablo Iglesias, 80-122.
- MORENO SECO, Mónica (2005). «Republicanas y República en la guerra civil: encuentros y desencuentros». *Ayer*, 60 (4), 165-195.
- NASH, Mary (1999). *Las mujeres republicanas en la guerra civil*. Madrid: Taurus.
- (2012). «Libertarias y anarcofeminismo». En: CASANOVA, Julián (coord.). *Tierra y libertad: Cien años de anarquismo en España*. Barcelona: Crítica.
- SEMPRÚN, Jorge (2011). *Autobiografía de Federico Sánchez*. Barcelona: Diario Público.
- SIMMEL, Georg (1989). «Le congrès des femmes et la social-démocratie». *Les Cahiers du Grif*, 40, 29-34.

- TAVERA, Susana (2005). «La memoria de las vencidas: política, género y exilio en la experiencia republicana». *Ayer*, 60 (4), 187-224.
- VARELA, Julia (1997). *Nacimiento de la mujer burguesa*. Madrid: La Piqueta.
- VILLALAIN, P. (2000). *Mujer y política: La postura de la mujer en las elecciones generales celebradas en Madrid durante la 2ª República*. Madrid: Ministerio de Trabajo.
- WEBER, Marianne (1989). «Souvenirs». *Les Cahiers du Griff*, 40, 35-39.
- (1995). *Max Weber: Una biografía*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.

Feminismo y libertad. Comentarios a los textos de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría

M.^a Dolores Avia

Universidad Complutense de Madrid
mariavia@psi.ucm.es



Recibido: 09-01-2013
Aceptado: 15-05-2013

Resumen

En mi trabajo, hago unas reflexiones críticas sobre los textos de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, autores que resaltan el papel de mujeres pioneras en el movimiento feminista español y de emancipación femenina. Comentando el texto de Varela, añado unos datos adicionales sobre otra mujer de la época, Mercedes Escribano, que comparte muchos rasgos con las mujeres que ella estudia. Sobre el texto de Álvarez-Uría, subrayo los aspectos diferenciales en el funcionamiento psicológico, interpersonal y social de mujeres y varones, un tema que él destaca. La coherencia entre las propuestas de los dos trabajos se destaca en el texto.

Palabras clave: movimiento feminista; anarquismo; emancipación de la mujer; España.

Abstract. *Feminism and Freedom: Comments on the Texts of Julia Varela and Fernando Álvarez-Uría*

In this paper, I make some critical comments about the contributions of Julia Varela and Fernando Álvarez-Uría in which they emphasize the role of pioneer women in Spanish feminism and the emancipation of women. In my comments to Varela's paper, I have added some biographical notes on a woman, Mercedes Escribano, who lived at the same time and shared many aspects with the women that she studies. My comments on Álvarez-Uría's text are based on the differential aspects of men and women in psychological, interpersonal and social functioning; a topic which he widely studies. The consistency among these two proposals is emphasized.

Keywords: feminist movement; anarchism; empowerment of women; Spain.

Sumario

Las aportaciones de las mujeres a una ética de nuestro tiempo	Oportunidades y desafíos de los movimientos anarquistas
La política femenina alternativa	Referencias bibliográficas

Los escritos «Mujeres y política: La política de las mujeres en la España de la II República y la Guerra Civil», de Fernando Álvarez-Uría, y «Tres mujeres en lucha por la emancipación: Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y M.^a Teresa León Goyri», de Julia Varela, abordan una temática semejante, que desarrollan a partir del análisis de textos biográficos. En el caso de Julia Varela, los de las mujeres que figuran en el título; en el de Álvarez-Uría, los de Clara Campoamor, Victoria Kent, Dolores Ibárruri, Irene Falcón y Federica Montseny. Existe una gran coherencia en el planteamiento de ambos escritos, que culmina en algunas proposiciones que figuran al final de ellos y que tendré especial interés en comentar.

Las aportaciones de las mujeres a una ética de nuestro tiempo

El trabajo de Julia Varela ofrece un claro y lúcido análisis del movimiento de emancipación de la mujer, del que las tres elegidas son un buen exponente. Analiza ese proceso partiendo de los orígenes burgueses de las tres mujeres, a las que acertadamente, en un momento, denomina «dominantes dominadas», y estructura sus comentarios alrededor de tres apartados: el trabajo que realizan, su participación en redes solidarias femeninas y su implicación con las vanguardias artísticas y la cultura popular.

Este análisis del proceso de emancipación de las tres autoras, así como sus dificultades, me ha llevado a examinar, por cuestiones de semejanza y cercanía, el caso de una cuarta mujer que coincide, en muchas de las características señaladas por Varela, con la vida de las tres protagonistas de su escrito. Me refiero al caso de Mercedes Escribano Pérez, de origen social semejante al de ellas, con las que comparte el mismo contexto sociopolítico. Mujer universitaria, profesora en la Escuela Normal de Magisterio de Cuenca, de la que llegó a ser directora, esposa de intelectual, madre de familia y autora de numerosos poemas y cuentos infantiles, que dejó también abundante material autobiográfico (Muñoz Olivares, 2008). Como señala Julia Varela, en ese contexto, abundaban elementos de misoginia, fácilmente detectables en muchos intelectuales de la época (Marañón, Ramón y Cajal, Ortega, Benavente, Cansinos Assens, etc.) y que están presentes también en otros que produjeron un gran impacto en la cultura de su época y en las épocas venideras, como es el caso de Freud y Pavlov. Si se leen las *Cartas a la novia*, de Freud (1984), se puede ver cómo el tufo misógino aparece enseguida. De Pavlov, recuerdo haber leído, asimismo, en una carta a su futura mujer, que esperaba que ella tuviera tanta devoción por la casa como él la tenía por el laboratorio.

Mercedes Escribano estudió en Madrid, en la Escuela Superior de Magisterio, donde obtuvo el título equivalente al de licenciatura en Pedagogía, a la vez que su marido, Valentín Aranda, después inspector de enseñanza primaria, de quien fue compañera de promoción entre los años 1911 y 1914. Su vocación le habría llevado a estudiar Medicina, pero, como las tres autoras seleccionadas por Julia Varela, tuvo que enfrentarse a la oposición familiar, en este caso, la de su propio padre, hombre de izquierdas, original y aventurero, pero reticente a

que su única hija pudiera seguir sus pasos y afrontar libremente su propia vida. Para cumplir el objetivo de matricularse en la universidad, tuvo que posponer sus planes y dedicarse un par de años a hacer de mujer de su casa y ama de llaves en las sucesivas viviendas de su padre, médico rural viudo que cambiaba frecuentemente de destino. Los planes del padre, como comenta en sus memorias, eran casarla con uno de sus pretendientes, pero ella se negó, aduciendo que lo suyo era seguir estudios superiores, que tuvo que sufragarse ella misma y que empezó cuando tenía 19 años. Fue allí donde conoció a su futuro marido, con el que inició una vida en la ciudad de Cuenca, donde obtuvo la cátedra de Geografía e Historia en la Normal de Magisterio, que desempeñó desde 1920 hasta 1940, año en el que recibió una sanción política que la apartó de su ciudad, de su casa y de los pilares sobre los que había sustentado toda su vida.

La actividad de Mercedes Escribano revela un afán de renovación pedagógica y un gran interés por los nuevos métodos de enseñanza, siguiendo los principios de la ILE. Durante unos años, coincide en su trabajo con Rodolfo Llopis, también catedrático de Geografía e Historia, posteriormente director general de Enseñanza Primaria. Con su esposo, organiza, en 1932, la Primera Semana Pedagógica Conquense (1932), que recibe la asistencia de Llopis y del entonces ministro de Instrucción Pública, Fernando de los Ríos, en la que imparte una conferencia que tiene un amplio eco en la prensa local, que reconoce y aplaude la utilización por parte de Mercedes de proyecciones de diapositivas en sus tareas pedagógicas, práctica muy novedosa en el momento (Escribano, 1932). Durante todos estos años, compartió su trabajo profesional con la casa (fue madre de cinco hijos), si bien en este segundo aspecto delegó a menudo en su cuñada y su suegra, con lo cual sacó un buen partido de una situación familiar que, aunque bien aceptada, le venía en cierto modo impuesta. Las dos mujeres, que se dedicaban a tareas tradicionales, hicieron de la casa su república, como dijo Luis Vives, mientras ella se refugiaba en su estudio, en el que preparaba sus clases, redactaba los *Apuntes de Historia*, que fueron varias veces reeditados y que desgraciadamente se han perdido, y trabajaba en el nuevo plan de formación de los docentes primarios, uno de los pilares más firmes de la República. Como las tres mujeres analizadas por Julia Varela, tuvo también una fina sensibilidad artística, que, en su caso, se plasmó en la escritura de poemas y cuentos infantiles (algunos de los cuales fueron ilustrados por el mayor de sus hijos, ver Muñoz Olivares, 2008) e impartió conferencias y cursillos (queda constancia de los realizados sobre Fray Luis de León). Tuvo una aguda conciencia social, enfocada muy especialmente a los niños más desfavorecidos, enfermos o víctimas en la primera parte de la contienda civil, a los que muchas veces se llevaba a su propia casa (el «capital altruista» al que se refiere Varela) y realizó múltiples actividades sociales, entre las que destacan la organización de roperos infantiles, la puesta en marcha del programa «La gota de leche» para ayudar a mujeres en la lactancia, la realización de escuelas de madres o su encendida defensa de las colonias escolares (García Salmerón, 2003). Colaboró frecuentemente en la prensa local con artículos de opinión, en los que firmaba siempre como «Una mujer», y dedicaba una atención espe-

cial a la educación y a las obligaciones femeninas (ver Muñoz Olivares, 2008: 106-107), así como en revistas profesionales. Sólo recientemente, sin embargo, ha sido recopilada y publicada su obra literaria, formada por una novela y los cuentos y los poemas para niños y adultos señalados más arriba (Muñoz Olivares, 2008). Vemos, pues, un caso más de mujer singular que, frente a las pautas frecuentes entre sus contemporáneas, se esforzó por realizar sus deseos de autonomía y crecimiento personal, llevando a cabo un trabajo intelectual riguroso que, si bien limitado a un ámbito local, ejerció una amplia influencia en ámbitos profesionales. Al igual que las tres mujeres analizadas por Varela, también ella quedó frecuentemente «invisibilizada», en este caso, por la fuerte personalidad de su marido, que recibió más reconocimiento, aunque con frecuencia su trabajo fuera fruto del esfuerzo de ambos. No queda constancia, en cambio, de que, frente a las tres otras mujeres, Mercedes Escribano formara parte de redes femeninas que de alguna manera la ayudaran en su esfuerzo. Si las hubo, sus escritos no las reflejan.

La política femenina alternativa

Del trabajo de Fernando Álvarez-Uría, riguroso y bien escrito, señalaré especialmente un aspecto: el que supone la principal conclusión del mismo, en el que recoge las diferencias que observa entre el funcionamiento psicológico, social e interpersonal de las mujeres y los hombres.

Subraya Fernando, a partir del examen de sus cinco protagonistas femeninas, que las mujeres se muestran como más espirituales, y los hombres, más tendentes a una cultura material; que ellas se centran más en las relaciones sociales, mientras ellos destacan sus cualidades personales; ellas son más benevolentes que ellos en los juicios sobre los demás; siguen una política de cuidado, cuando ellos buscan preferentemente el prestigio personal. En suma, y quizá sea ésta la expresión más precisa de tales diferencias, ellas anteponen el *nosotros* al *yo*, al revés que ellos. Si hubiera que mencionar algunos calificativos para resumir tales diferencias, Álvarez-Uría elige para los varones los de fuerza, valentía o coraje, mientras que para las mujeres utiliza los de sensibilidad, piedad o búsqueda de la paz.

Este análisis ofrece una gran semejanza con algunos trabajos recientes de psicología cognitiva que revelan unas diferencias muy marcadas en la identidad de las personas, que ponen de manifiesto visiones autocéntricas o alocéntricas del yo (Markus y Kitayama, 1990). Cuando la investigación en este campo estaba dando por supuesto que las características cognitivas del yo individual estaban formadas por una serie de atributos personales autodefinitorios, básicamente coincidentes con los que Álvarez-Uría señala como característicos de los varones, la ampliación de la investigación a países orientales puso de manifiesto que tal visión sólo estaba presente en culturas individualistas occidentales, mientras que en culturas colectivistas, como las orientales y las de países menos desarrollados, como algunos de Centroamérica, predominaba una visión de uno mismo basada en el noso-

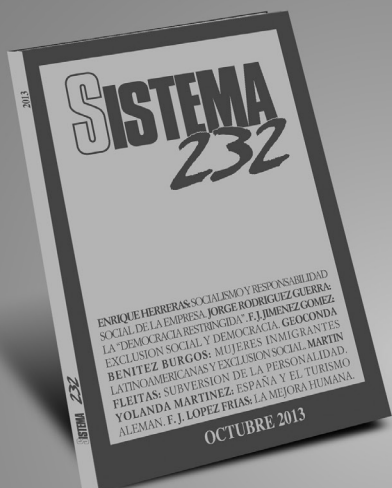
tros, tal y como Fernando sugiere para las mujeres. Según aquellos estudios, los miembros de países individualistas tienen una visión del yo autocéntrica, en cambio, la de los países colectivistas es aloécéntrica. He de reconocer que siempre que he tenido ocasión de comentar estos datos en mi trabajo didáctico, he añadido que, a mi juicio, el primer caso es más representativo de los varones y el segundo, de las mujeres, tal y como sugiere Álvarez-Uría. Pero no está solo: Victoria Camps, en su libro *Virtudes públicas*, señala una serie de características deseables de la identidad —responsabilidad, solidaridad, tolerancia— y discute posteriormente con amplitud la visión femenina y el grado en que estas cualidades están presentes en las mujeres (Camps, 1990). Revisa, asimismo, algunas posturas, como la de la psicóloga Carol Gilligan, que se refiere a la «ética de la justicia» frente a la «ética del cuidado», para contraponer, respectivamente, los puntos de vista del varón y los de la mujer, y, señalando el peligro de creer en dos éticas inconmensurables, con el cisma que ello supondría, acaba remarcando la conveniencia de una aportación femenina al discurso ético de nuestro tiempo.

En suma, los dos manuscritos, el de Álvarez-Uría y el de Varela, ofrecen, a partir de un trabajo basado en testimonios autobiográficos, un análisis certero y matizado de lo que supuso el proceso de emancipación femenina en nuestro pasado reciente, análisis que resulta muy oportuno y pertinente en este momento en el que, a pesar de los cambios experimentados y los indudables logros de las mujeres en el ámbito personal, familiar, laboral y social, aún se pueden percibir muchas de las actitudes a las que nuestras protagonistas tuvieron que enfrentarse. Yo también soy de las que cree que una visión femenina de los problemas y las soluciones sociales que se derivan de ella no pueden hacer más que enriquecernos y repercutir muy positivamente en nuestro futuro.

Referencias bibliográficas

- CAMPS, Victoria (1990). *Virtudes públicas*. Madrid: Espasa Calpe.
- ESCRIBANO, Mercedes (1932). «La geografía en la escuela», en *Semana Pedagógica Conquense* [existen referencias en las revistas *La Opinión* y *El Centro*].
- FREUD, Sigmund (1984). *Cartas a la novia*. Barcelona: Tusquets.
- GARCÍA SALMERÓN, M.^a Pilar (2003). *Educación y República en Cuenca, 1931-1939*. Cuenca: Diputación Provincial.
- MARKUS, Hazel Rose y KITAYAMA, Shinobu (1990). «Culture and the self: Implications for cognition, emotion and motivation». *Psychological Review*, 98 (2), 224-253.
- MUÑOZ OLIVARES, Carmen (2008). *Mercedes Escribano Pérez: Volviendo páginas de mi vida*. Cuenca: Diputación Provincial.
- Semana Pedagógica Conquense* (1932). Cuenca: Imprenta Artística.

SISTEMA



Editor: **José Félix Tezanos**

Director: **Elías Díaz**

Secretaria de Redacción: **María Rosario Sánchez Morales**

ISSN: 0210-0223

P.V.P.: 15 €

Enrique Herreras: Socialismo y responsabilidad social de la empresa.

Jorge Rodríguez Guerra: La "Democracia restringida".

F. J. Jiménez Gómez: Exclusión social y democracia.

Geoconda Benítez Burgos: Mujeres inmigrantes latinoamericanas y exclusión social.

Martín Fleitas: Subversión de la personalidad.

Yolanda Martínez: España y el turismo alemán.

F. J. López Frías: La mejora humana.

Edita **EDITORIAL SISTEMA**

www.sistemadigital.es www.fundacionsistema.com Teléfono: 914487319

ARTE, LITERATURA Y TRABAJO

Escritoras de la posguerra frente al espejo. Derrotas y conquistas de algunas antiheroínas

Natalia Izquierdo López

Profesora de lengua castellana y literatura de ESO. Región de Murcia
notesalvesahora@hotmail.com



Recibido: 25-10-2012
Aceptado: 29-04-2013

Resumen

El presente ensayo toma como punto de partida para su análisis el material autobiográfico de dos escritoras de la posguerra: Carmen Laforet y Carmen Martín Gaité. Siguiendo el método de la genealogía histórica, la investigación aborda el peso ejercido en sus vidas por los procesos de socialización, las formas y las estrategias de las que dichas autoras se sirvieron para romper, en la medida en que pudieron, con el *dispositivo de feminización* —entendido como programa de domesticación de la mujer—. Además, muestra las distintas imágenes que elaboraron de sí mismas en tanto plasmaciones de su lucha, más o menos fructífera, en aras de una mayor independencia y autonomía.

Palabras clave: Carmen Laforet; Carmen Martín Gaité; autobiografías; socialización; auto-percepción; independencia.

Abstract. *Post-war writers facing the mirror: Defeats and achievements of some anti-heroines*

This article takes as a starting point the autobiographical material of two writers of the post-war era: Carmen Laforet and Carmen Martín Gaité. Following the method of historical genealogy, this research deals with the weight exerted on their lives by the socialization processes, forms and strategies that these authors made use of, where they could, to break with the device of feminization – understood as a program of women’s domestication. The article also explores the different images that they developed of themselves as embodiments of their more or less successful struggle to gain greater independence and autonomy.

Keywords: Carmen Laforet; Carmen Martín Gaité; autobiographies; socialization; self-perception; independence.

Sumario

- | | |
|--|---|
| Introducción | 2. El mundo propio y el feminismo
«a su manera» de Carmen Martín Gaité |
| 1. El feminismo «sui generis»
de Carmen Laforet | 3. Conclusión |
| | Referencias bibliográficas |

Introducción

Este trabajo se basa en los textos autobiográficos de Carmen Laforet y de Carmen Martín Gaité, dos escritoras cuya adolescencia transcurrió en la posguerra inmediata, periodo histórico que entrañó un claro freno al proceso de emancipación puesto en marcha por las mujeres españolas en las primeras décadas del siglo XX. En dicho contexto, el nacionalcatolicismo y los distintos agentes de la moral instituida —Iglesia, poder político, Sección Femenina, etc.— implantaron un programa de domesticación de la mujer destinado a convertirla en madre ejemplar, amante esposa y sacrificada ama de casa. Dicho programa estaba en consonancia con la noción de *dispositivo de feminización* descrita por la catedrática de Sociología Julia Varela en su libro *El nacimiento de la mujer burguesa*. Con dicho concepto, la investigadora ha aludido a un sistema de racionalización de la vida de las mujeres que, desde tiempo atrás, nos ha negado la condición de sujetos de la historia y de conocimiento y nos ha recluido en el espacio doméstico, desde donde, a su vez, nos ha impedido el acceso al mundo social y al ejercicio del poder político en tanto nos ha atribuido otro ligado al gobierno de la casa y la crianza de los hijos, así como a la gestión de la esfera de la intimidad, sobre la que nuestra subjetividad femenina debía supuestamente girar (Varela, 1997). Este *dispositivo de feminización* ha sido, a su vez, uno de los elementos de los que el discurso de la razón patriarcal se ha servido históricamente para construir y afianzar la supuesta diferencia femenina, vinculándola, precisamente, a los valores de la vida, la inmanencia, la maternidad, la emocionalidad y la naturaleza por oposición a la cultura, la universalidad y la trascendencia que definirían a la masculinidad. En este contexto, numerosos estudios de género se han planteado la necesidad de impugnar la conceptualización masculina de nuestra diferencia y la de reconciliarnos con nuestra propia diferencialidad, dado que, como tales investigaciones sostienen, «ninguna lucha es posible ni nada podría ser construido desde la propia desvalorización, [...] producto de [...] la asunción como propia de la inferioridad que nos atribuye el otro» (Amorós, 1991: 137). Además, desde tales estudios de género, se ha defendido asimismo el postulado de que la autonomía y el cambio de la situación real de las mujeres pasa por dotarlas y que se doten de una «nueva conciencia de sí no inferiorizada», es decir, por la creación de «ciertos mecanismos de autoafirmación» (Amorós, 1991: 152). Teniendo en cuenta estas consideraciones como punto de partida, nuestro estudio lleva a cabo el análisis sociohistórico de las trayectorias vitales de Carmen Laforet y de Carmen Martín Gaité, poniendo el énfasis en la conciencia de sí de la que ambas artistas se dotaron a partir de los modelos y las conceptualizaciones de otras mujeres, de la influencia de y como reacción a sus medios sociales. No obstante, es posible que la elección de la conciencia de sí como categoría de análisis sea deslegitimada por quien piense más en términos de racionalidad científica o abstracta, así como por los adscritos y las adscritas a posiciones sociales dominantes que proporcionan, de suyo, seguridad y autoestima para batallar en la vida. Sin embargo, con la elección de esta categoría, nuestra investigación se inscribe de lleno en el marco de los

estudios de género sobre la crítica de la razón patriarcal referidos más arriba, al mismo tiempo que asume como hipótesis guía para su trabajo los postulados antes mencionados, a su vez recogidos por Celia Amorós en su homónima y ya célebre colección de ensayos (Amorós, 1991). Desde este punto de vista, nuestro estudio muestra la evolución de Carmen Laforet y de Carmen Martín Gaité desde el temprano menosprecio de sí, producto de la interiorización de la opresión del otro —entendiendo por «otro» tanto a los varones como a las féminas que habían aceptado la definición patriarcal acerca de su diferencia—, hasta el surgimiento en ambas mujeres de una conciencia emergente y dotada de un eminente potencial crítico, no sólo contra el programa de domesticación y el *dispositivo de feminización* ya aludidos, sino en relación con la manera en que la dominación masculina había construido la supuesta especificidad de lo femenino. Asimismo, nuestro estudio apunta cómo las dos artistas se reconciliaron con su propia diferencialidad y se dotaron de mecanismos de autoafirmación más o menos efectivos, manteniendo, precisamente, unas relaciones de aproximación distancia con distintos feminismos, más en particular el de la diferencia y el de la igualdad. En este sentido, Carmen Laforet abogó por un feminismo que hemos apelado «sui generis», en tanto que Carmen Martín Gaité dijo tener uno «a su manera». Diríase, pues, que, frente a los feminismos mencionados más arriba, ambas escritoras adoptaron una posición de «marginación integrada» o de «integración marginal». Ha sido precisamente esta posición la que nos ha llevado a calificarlas de «antiheroínas», ya que la misma parece ligada a su deseo de captar su propia especificidad, no sólo dejando atrás la desvalorización patriarcal, sino también los planteamientos más radicales del feminismo de la diferencia y del de la igualdad, así como la conciencia exaltada de sí de la que hacen gala a veces las mujeres que los defienden (Amorós, 1991: 73).

1. El feminismo «sui generis» de Carmen Laforet

Así soy yo, una batalla y una tormenta,
un puñado de sentimientos siempre en lucha. [...]

Sé que nací para vagabunda.
(Carmen LAFORET. *Música blanca*)

1.1. *La niña que no se gustaba a sí misma*

Carmen Laforet nació en Barcelona el 6 de septiembre de 1921. Enseguida, sus padres se mudaron a Las Palmas y, poco después, a un paraje cercano en la montaña. En plena mudanza, Carmen sufrió un accidente doméstico que le ocasionó una grave herida en el esófago, a raíz de la cual no pudo ingerir alimentos sólidos con normalidad hasta los ocho años, por lo que se percibió a sí misma como una «niña bastante feúcha y como raquítica» (Cereales, 2009: 242). Una vez pudo seguir un régimen alimenticio normal, comenzó a engordar y a «aborrecer su cara» (Cereales, 2009: 239). Su padre, Eduardo

Laforet, arquitecto del Cabildo Municipal de Las Palmas, había destacado en varias disciplinas deportivas y, puesto que «tener una hija gorda le desesperaba», sometió a la niña a un severo régimen que, por su desobediencia, no sirvió de nada (Cerezales, 2009: 239). El rechazo de su progenitor suscitó que Carmen no se sintiera jamás a gusto con su fisonomía, así como su preferencia por la extrema delgadez que siempre la caracterizaría, no dudando incluso a preservarla automedicándose durante un tiempo a base de anfetaminas.

A los cuatro años, la escritora comenzó a asistir a un parvulario regentado por monjas, del que dijo ser «un mundo mágico que *le* pertenecía» (Cerezales, 2009). Su infancia transcurrió entre cómplices y atrevidos juegos con sus dos hermanos —ambos menores que ella—, los niños y niñas de las casas de campo y las villas vecinas y los hijos e hijas de los pescadores de San Cristóbal, un poblado cercano. Todo esto fomentó en ella relaciones de igual a igual con el otro género, vínculos interclasistas y un fuerte deseo de autonomía. Mientras que su padre detentaba en la casa el poder jerárquico y la supremacía, su madre, Teodora Díaz, «una mujer menuda, de enorme energía espiritual, de agudísima inteligencia y un sentido castellano, inflexible, del deber», que había cursado la Primera Enseñanza en la sección gratuita para niñas pobres y obtenido una beca para estudiar la carrera de maestra, se consagraba a fomentar en sus hijos el afán de lectura y el desarrollo intelectual (Laforet, 1957). Además, se mostraba mucho más proclive que su marido a favorecer las inclinaciones de los mismos, a quienes Eduardo Laforet forzaba a que compartieran sus aficiones.

1.2. Una adolescencia vagabunda y huérfana

En 1934, Teodora Díaz falleció a causa de un proceso infeccioso. A raíz de este luctuoso hecho, la adolescente se declaró a sí misma mayor de edad, lo que puede interpretarse como un claro desafío a la autoridad del padre, que enseguida contrajo matrimonio con Blasa la Chica, una mujer de extracción popular que sentía celos de la niña. Por parte de ésta, comenzaron primero a sucederse gritos, rabietas y rotura de vajillas durante las comidas. Después, vendrían los encierros y las palizas, la prohibición de viajar con su padre a solas en el coche hasta Las Palmas —donde Carmen cursaba ya su enseñanza secundaria—, el distanciamiento forzoso de sus hermanos, convertidos por su madrastra en «carceleros de la jovencita», así como la destructora furia con que comenzó a romper las fotografías, los vídeos y las dedicatorias de Teodora Díaz. La reacción de su padre ante los desvaríos de Blasa no iba más allá de sentarse en un rincón confortable, encender su pipa y ponerse a leer hasta que se marchaba a Las Palmas. Durante este período, Carmen sintió una fuerte necesidad de afecto que intentó combatir vagabundeando, solitaria, por montes y playas cercanas. Fue entonces cuando arraigó en ella la pasión por el nomadismo y la bohemia, así como la contradicción entre, por un lado, sus carencias afectivas y, por otro, su acendrado orgullo y su deseo de autonomía (Cerezales, 2009: 174). Por la misma época, conoció también a Ricardo Lezcano, un joven canario que estaba estudiando profesorado mercantil en Barcelona cuando

estalló la guerra, en la que había combatido en el bando republicano. Cuatro años mayor que ella, Ricardo ya había conocido una vida sexual intensa. Sus relaciones con él, presentadas por la escritora desde su imaginario romántico de aquellos años como de una «sensualidad inocente», llevaron a su madrastra a planear su ingreso en un correccional y a acusarla de vida disoluta y descarriada (Cerezales, 2009: 127). Temiendo esta circunstancia, así como que se le prohibiera continuar sus estudios en la Península, en septiembre de 1939, Carmen siguió a Ricardo en su viaje de vuelta a la misma. Para ello, hubo de chantajear a su padre, a quien amenazó con mostrar a toda la familia un fajo de cartas amorosas que había encontrado, escritas por éste a Blasa la Chica aún en vida de Teodora Díaz. A este respecto, contó además con el apoyo de su nueva profesora de lengua y literatura, Consuello Burell, formada en la Institución Libre de Enseñanza y refugiada política por sus ideas republicanas, así como de otras amigas canarias —Lola de la Fe, Rosa Cajal, etc.—. Así, las restricciones, las prohibiciones y las injusticias que marcaron su adolescencia «significaron vientos favorables que empujaron las velas del barco de su independencia» (Cerezales, 2009: 231). También de este contexto de privación, rigor y violencia data su descubrimiento de la fantasía y la imaginación como formas de resistencia, y de la literatura como el «lugar en que ella podía expresar su malestar interior a los demás con cierta transparencia y libertad» (Caballé y Rolón, 2010: 345).

1.3. Barcelona: ciudad de «nada» y de muchas expectativas

A su llegada a Barcelona, Carmen se instaló en la casa de su abuela paterna, en el número 32 de la calle Aribau. El entorno empobrecido, desquiciado y de mentalidad reaccionaria de aquella casa hizo que pronto se truncaran sus relaciones con Ricardo Lezcano. Carente de nuevo de apoyo y afecto, se lanzó otra vez a vagar, solitaria, por la ciudad, hasta que, en 1940, se incorporó a la universidad. En el curso 1940-1941, se matriculó en siete asignaturas de Letras, a cuyos exámenes nunca se llegó a presentar. Tampoco hay constancia de que durante el siguiente continuara oficialmente en la universidad, aunque sí de que visitara el bar y el patio de la Facultad de Letras, donde los estudiantes improvisaban tertulias literarias. Fue en éstas donde conoció a sus dos mejores amigas de la época: Concha Ferrer y Linka Babecka. Por entonces, ambas eran estudiantes de Derecho y se dedicaban a buscar alojamiento a emigrantes polacos y anarquistas catalanistas exiliados en casas de la clase obrera, empresa en que Carmen les ayudaba. El entorno de las clases universitarias no le agradaba, porque, según algunos de sus compañeros, allí todos se reían de ella y la encontraban fuera de lugar por su desaliño al vestir, que ponía en evidencia la precaria condición de su hogar, así como el hecho de que ella cifraba la belleza, más que en el aspecto físico, en la inteligencia y la generosidad. Otros de los motivos que suscitaban el rechazo de sus compañeros eran, según éstos, su inclinación a la bohemia y sus «ideas pueriles, de un entusiasmo provinciano, atizado por lecturas tan entusiastas como desordenadas» (Caballé y Rolón, 2010: 123). En

cambio, la joven se sentía a sus anchas viviendo «la inconsciencia absoluta y la descuidada felicidad» de la tertulia que varios artistas irreverentes y bohemios, también compañeros suyos de la Universidad, habían instalado en la planta baja del Palacio de la Virreina. Allí se congregaban, entre otros, Ramón Eugenio de Goicoechea, Ramón Rogert, Javier Vilató Ruíz y Mauricio Monsuárez de Yos.

A finales de 1942, sus dos amigos se ausentaron de Barcelona. La desorientación, el desamparo y el «punto muerto» en el que entró su vida al marcharse éstas, decidieron a Carmen Laforet a mudarse, siguiendo a Linka, a la capital madrileña.

1.4. Madrid y el «envenenado reconocimiento» del Premio Nadal

En la capital, Carmen se instaló en la casa de su tía materna, Carmen Díaz Molina, madre soltera de dos hijos a los que había educado sin complejos de ilegitimidad a pesar de la época. Ésta pronto comprendió «su triste orfandad» y, pese a la estrechez económica del hogar, «le destinó de inmediato un dormitorio independiente [...], con una pequeña mesa para escribir», siendo así la primera vez que Carmen dispondría de tal autonomía. (Caballé y Rolón, 2010: 140). Aunque inicialmente quiso estudiar Derecho —carrera de la que aprobó algunas asignaturas en los primeros cursos—, Laforet pasó la mayor parte del tiempo leyendo y escribiendo en el Ateneo madrileño. Por entonces, «[...] no aspiraba a sueldo, sino a viajar con el circo. [...] Pensaba también que, a lo mejor, pronto podría salir al extranjero y hacer labores de servicio doméstico» (Castilla del Pino, 1997: 287).

Sin embargo, en 1944, tras sugerirle ciertas modificaciones en el manuscrito de *Nada*, Manuel Cerezales, director de la editorial Pace, le instó a que lo presentara al Premio Nadal, que se acababa de convocar. En enero de 1945, la novela obtenía dicho galardón y se convirtió en un fulgurante éxito de ventas, saludado por escritores y críticos de la talla de Juan Ramón Jiménez, R. J. Sender y José María de Cossío. La concesión del premio le trajo, por un lado, la ruptura de las relaciones con sus parientes barceloneses, a quienes había retratado ácidamente en su libro y, por otro, una vorágine de observación y fiscalización permanente acerca de su persona, vida y obra, que no había previsto. Ante ello, respondió negando la filiación autobiográfica de la novela, la naturaleza de sujeto censor y crítico de su personaje protagonista y hasta su misma condición de escritora. La impostura que hubo de adoptar ante los periodistas le ocasionó sonados enfrentamientos con algunos de ellos, sobre todo porque ni la forma de pensar ni de conducirse de «la escritora Carmen» encajaba en sus «literarios y masculinos estereotipos».

1.5. La fuga mística ante un «matrimonio luz de gas» y la falta de libertad

El 6 de mayo de 1946, Laforet contrajo matrimonio con Manuel Cerezales, con quien, entre 1946 y 1957, tuvo cinco hijos. Cerezales había nacido en 1909 en Villaciervos, una pequeña localidad minera de Orense. A los 15

años, había quedado huérfano de madre y a los 23, también de padre. Había cursado la enseñanza secundaria interno en un colegio religioso y después la carrera de Derecho, si bien nunca había llegado a ejercer como abogado, dado que su vocación había sido siempre la literatura y el periodismo. Se había trasladado a Madrid al finalizar la guerra, en la que había combatido en el bando nacional por su condición de carlista convencido y su ferviente catolicismo, pese al cual manifestó siempre en sus artículos una actitud religiosa abierta y tolerante. Su orfandad lo había forzado a valerse por sí mismo, así como lo había sumido en un estado de aislamiento que se acentuaría, debido a sus problemas de audición, con el paso del tiempo. De carácter melancólico y taciturno, Carmen pronto interpretó como reproches hacia ella su temperamento lánguido y decaído. Desde bien temprano, surgieron desavenencias entre la pareja, tanto relativas a las cuestiones domésticas como a las literarias, discrepancias acuciadas en ocasiones por los apuros económicos que la familia, de una burguesía modesta, atravesaba. Una de las crisis matrimoniales más graves, por la que Cerezales amenazó a Carmen con separarse, se produjo en el verano de 1958, con motivo de la estancia de ambos en Tánger, donde, desde julio de 1957, el primero se había trasladado en su condición de director del periódico *España*. Allí, de la mano de su amigo Emilio Sanz de Soto, y contrariando los deseos de su esposo, Carmen había entrado en contacto con el mundo cosmopolita y bohemio de la ciudad norteafricana, convertida por entonces en el refugio de toda una generación de escritores e intelectuales —Leonard Berstein, Virgil Thompson, Aaron Copland, Tennessee Williams, Truman Capote, etc.—, algunos de los cuales exhibían su homosexualidad sin reparos.

A Cerezales, que destacaba el vitalismo, la autenticidad y la generosidad de Carmen, le contrariaba en cambio su carácter distraído, desordenado y olvidadizo, de forma que le acusaba de ser incapaz de «llevar metódicamente sus cuentas y de negarse, con tozudez digna de mejor causa, a reglamentar cualquier aspecto de su vida» (Caballé y Rolón, 2010: 343-344). Por su parte, durante los primeros meses de convivencia de la pareja, la escritora ya había descubierto que Manuel Cerezales no iba a brindarle, contra lo que había supuesto, la seguridad que ansiaba, de forma que combatía su «yugo psicológico-depresivo» con la rabia (Cerezales, 2009: 151). Considerándose menos culta que su marido, de cuyo consejo literario se había dejado guiar al principio, pronto la escritora no supo cómo sustraerse a su influencia y a la persecución de unos sueños que no eran los de ella. A este respecto, Carmen confiesa que llegó a temer incluso que sus éxitos literarios despertaran los celos de su pareja, quien, tras la separación, publicó unas excelentes novelas para niños. Mientras que la autora escribía a partir de lo vivido, Cerezales, que afirmaba que su mujer no era una novelista «creadora», en el sentido de que no «inventaba», la instaba, en cambio, insistentemente a que dejara atrás el autobiografismo (Caballé y Rolón, 2010: 499). Es muy probable que la razón última de esta obstinación de Cerezales fuera el temor a verse convertido él mismo en protagonista de uno de sus libros. De hecho, en 1971, con motivo

de la separación del matrimonio, para que Carmen pudiera manejarse como soltera —puesto que sin el consentimiento del que fuera su marido no podía en aquellos tiempos alquilar una casa a su nombre, ni comprarla, ni disponer de una cuenta corriente, etc.—, éste le impuso la condición de que firmara un documento privado ante notario en el que se comprometía a no escribir nada que tuviera que ver con su largo matrimonio «luz de gas» (Caballé y Rolón, 2010: 499). Asimismo, en la única visita que su padre le hiciera en los años cincuenta, Carmen aceptó la petición de éste de «que no escribiera nada referente a su vida», y esto aun cuando la escritora se dijera a sí misma: «[...] pero su vida era también la mía. Y no es que yo quisiera contarla, pero esa petición era una mutilación, una cortapisa a mi capacidad creadora que nunca debí aceptar» (Cerezales, 2009: 252).

Para huir de aquella problemática, tanto doméstica como artística, en 1951, Carmen se creó para sí misma una «experiencia mística» que momentáneamente le permitió refugiarse

[...] en esa cómoda idea del oficio de ser mujer que una vieja esclavitud ha puesto en muchas mentes, tanto de hombres respecto a la mujer como de mujeres respecto a sí mismas. [...] Comprendo que es una forma de atarme yo sola, como los personajes de Buñuel en *El ángel exterminador*, que no pueden salir del cuarto porque no se deciden a dar un paso. (Cerezales, 2009: 106-108, 55)

Así, entre 1951 y 1957, aquella supuesta «revelación» le llevó a hacer «las mayores idioteces y a meterse por todos los vericuetos de nuestro catolicismo español en lo que tiene de veneno religioso y en lo que tiene de absurdo y enmohecido y todo» (Cerezales, 2009: 110-111). Dicha «deriva» vino precipitada por la relación amorosa que, durante aquellos mismos años, mantuvo con la tenista Lili Álvarez, mujer cosmopolita, culta, seductora y ansiosa de que la mujer adquiriera un papel más relevante en la defensa de la religión católica. Carmen encontró en ella la protección y el amparo que por entonces necesitaba. De dicha relación ha quedado como testimonio un revelador epistolario que aún no ha sido íntegramente publicado. La ruptura entre ambas se produjo en 1957, a causa del último embarazo de la escritora, que la deportista le reprochó hasta el punto de negarle en lo sucesivo la palabra. A su vez, Carmen respondió a su «estampida» con una última y esclarecedora carta:

Yo, en cambio, te espero con los brazos tendidos... Tengo que esperarte. O bien tirarme al surco y marcharme contigo todo recto, caminito del infierno, cosa que tú eres la primera en prohibir... como es natural. [...] No, niña mía. Aunque tú te obstines en creerlo y en disfrazarlo, en tu sufrimiento no hay nada espiritual (como nada espiritual hay en el mío, cuando sufro también) y hay que saberlo, y hay que querer purificarse.

La separación de Laforet coincidió también con el matrimonio de su hija Cristina, sostén fundamental en su vida, así como con la no menos impor-

tante marcha de la casa de Julia Muñoz, una criada avulense que, en 1953, había empezado a trabajar en ella, tomando enseguida sus riendas. «Julia liberó a Laforet de la colaboración que sí le solicitaban las sirvientas que había tenido hasta entonces [...]; significaría para ella la libertad doméstica, la garantía de que su necesidad permanente de vivir a su manera no debía repercutir en su familia» (Caballé y Rolón, 2010: 251). Sin embargo, en el momento de la separación, la escritora se vio también falta del apoyo de algunos de sus hijos. Sin duda, esto pudo deberse, por un lado, al hecho de que a éstos les «resultaba difícil complacer a su madre en sus dos modalidades: la distante y la cercana» (Cerezales, 2009: 20-21) y, por otro, a la negativa de Carmen a que sus hijos siguieran sus propias inclinaciones artísticas, puesto que proyectaba en ellos los padecimientos que éstas le ocasionaban. Así, por ejemplo, al hablar de la relación con su hijo Manuel, la propia escritora comentaba:

Créeme, si yo hubiera podido desviar tu destino, habría cometido el error de hacerlo. Pero tú elegiste ser artista y te querías bohemio y libre a pesar de mi dolor y de mi resistencia. La vida de un artista es terrible, te lo anuncié. [...] Yo no quería que mi hijo luchara contra todos los demonios. Yo quería algo más sencillo, más fácil. (Cerezales, 2009: 222-224)

1.6. *La imposible ficción y la enfermedad degenerativa*

Tras separarse, Carmen se alojó provisionalmente en varias ciudades, haciéndolo siempre en casas de fieles amigas —Linka, Concha Ferrer, etc.—, o de su hija Cristina. En marzo de 1971, alquiló un inmueble en Madrid, en la calle Lagasca, donde lo mismo proyectó montar un negocio de libros para bibliófilos que un viaje recorriendo todo el continente americano. Se mantenía gracias a las conferencias que pensaba impartir en distintas universidades. Con este propósito, le escribió a su amigo Ramón J. Sénder, quien logró que el nuevo *chairman* de la Universidad del Sur de California, Theodore Sackett, se ofreciera a la escritora como coordinador de una gira nacional por Estados Unidos, que finalmente se acordó para la primavera de 1972. Mientras llegaba esa fecha, Carmen Laforet no renovó el contrato de alquiler del piso de Lagasca y se instaló temporalmente en Torrelaguna, en la finca de sus amigos Jesús Alfonso Parra Garrigues y Dolores Viudes. Puede decirse que fue a partir de aquí cuando empezó de verdad su errancia. En casa de sus amigos, se propuso formar una colonia de artistas en algún lugar de Grecia, y le escribió a Sackett renunciando a la gira americana, porque no se veía con fuerzas para afrontar el desafío. Por su parte, a Sénder le decía en una carta que dar conferencias le horrorizaba y que tal vez pudiera «hacer el viaje más adelante en una compañía de circo cuidando elefantes o yendo a Estados Unidos a cuidar ancianos» (Caballé y Rolón, 2010). En el verano de 1972, la escritora dejó la casa del matrimonio Parra y se instaló de nuevo en Madrid, en la de su amiga Rosa Cajal, donde pensó en París como un posible destino, aunque Sénder, enamorado de ella, le seguía invitando a que lo visitara en

San Diego, propuesta que la escritora esquivaba. Entre tanto, planeó también la posibilidad de ir a Roma, aprovechando que el matrimonio Parra tenía previsto un viaje a la capital italiana. En Roma, permaneció entre 1972 y 1977, y contó con la ayuda maternal y protectora de otras tantas mujeres, María Teresa León entre ellas. A la accidentada y dura estancia en Roma, jalonada de no pocos viajes a España y dentro de Italia, le siguieron, entre 1982 y 1998, cinco viajes a Estados Unidos. En ellos, una de sus obsesiones era no quedarse sola. Debió de ser por esa época cuando la escritora comenzó a padecer los síntomas de la larga enfermedad degenerativa que, una vez avanzada, le forzó primero a ser atendida temporalmente por varios de sus hijos en sus casas y, finalmente, ingresada en una residencia de La Moraleja. Murió en Madrid el 28 de febrero de 2004. Como puede verse, el itinerario seguido por Laforet en esta etapa no es:

[...] el de alguien que se mueve en una dirección determinada. [...] Los lugares recorridos por Laforet [...] no le interesan más que como posibles lugares donde poder descansar de sus dramáticos esfuerzos por demostrar a los demás y a sí misma que puede valerse por sus medios. Lo único que importa [...] es que su talento creador se ha ido secando progresivamente, irremediadamente, y no sabe cómo combatir esta sensación de fracaso, más que huyendo. (Caballé y Rolón, 2010: 384-385)

Así, aunque tras sus cuatro primeras novelas, todas ellas autobiográficas —*Nada* (1945), *La isla y los demonios* (1952), *La mujer nueva* (1955) y *La insolación* (1963)—, Carmen se había propuesto, ya a comienzos de los años sesenta, componer una trilogía ficticia —*Tres pasos fuera del tiempo*—, lo cierto es que, tras su separación, pese a haberse alejado de la «alargada sombra» de su marido, carcomida por la inseguridad y enferma, no publicó en vida ningún otro libro. Sus mismas ideas acerca del feminismo, en el que veía un error que había conducido «a la mujer a liberarse de la presión masculina en las mismas profesiones y bajo las mismas convenciones sociales en las que se habían movido los hombres» (Caballé y Rolón, 2010: 212-213), están transidas de los avatares literarios, domésticos y amorosos de su propia vida:

[...] toda mujer por el hecho de serlo tendría desde que nace una renta asegurada para vivir, renta que entregaría el Estado sacándosela a todos los hombres. Cuando tuviera niños, mientras fueran pequeños las rentas se le multiplicarían muchísimo. A la mujer le estarían prohibidos toda clase de trabajos pesados. Los hombres guisarían, lavarían, serían ingenieros, negociantes, artistas, obreros de fábrica [...] A las mujeres se les exigiría que se cuidasen, y las que fueran más bonitas tendrían más dinero, también las más inteligentes porque la crítica de lo que hicieran los hombres estaría encomendada a la mujer. La mujer no podría pertenecer nunca a un partido político ni inventarlo, pero sería la única que tendría voto. No sería artista, pero sí crítico de arte, etc, etc. Nada de pisarles el terreno a los hombres, *sólo alentarlos o hundirlos de la manera más femenina*. (Caballé y Rolón, 2010)

2. El *mundo propio* y el feminismo «a su manera» de Carmen Martín Gaité

[...] como tampoco me atrevería a fugarme a la luz del sol, lo sabía, me escaparía por los vericuetos sombríos de la imaginación, por la espiral de los sueños, por dentro, sin armar escándalo ni derribar paredes, lo sabía, cada cual ha nacido para una cosa.

(Carmen MARTÍN GAITE. *El cuarto de atrás*)

2.1. *La niña solitaria que soñaba con ser actriz mirando por la ventana*

Carmen Martín Gaité nació en Salamanca el 8 de diciembre de 1925. Por decisión de su padre, José Martín, de profesión notario y afín a las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, la niña estudió sus cursos de primaria en el piso familiar de la plaza de los Bandos con ayuda de preceptores particulares. Su infancia estuvo sujeta a una fuerte disciplina y a una severa moral de trabajo, cuyo único contrapunto eran los juegos con su hermana Ana María en el trastero de la casa o «el cuarto de atrás» —título que la escritora daría en 1979 a su autobiografía—, donde «reinaban el desorden y la libertad [...] y nada estaba prohibido» (Martín Gaité, 1981: 187). Por entonces, Carmen sólo dejaba la casa, siempre «escoltada», para asistir los domingos a misa y confesar, acompañar a su madre, María Gaité, a las tiendas de telas y decoración, a las que, como ama de casa, era gran aficionada, y visitar, en Semana Santa y Navidad, la casa madrileña de su abuela paterna, donde el orden, la limpieza y la religiosidad eran «tres nociones distintas y un solo Dios verdadero al que había que rendir culto por todos los rincones de aquel convento», cuyo bostezo se le propagaba hasta el punto de sentirse «tragada por una ballena» (Martín Gaité, 1981: 75-78). Por estos motivos, apenas gozó de amigos y amigas durante su infancia, por lo que comenzó a aislarse, a crearse sus propios interlocutores secretos y a fantasear mirando por la ventana, umbral más allá del cual el mundo se volvía misterioso, un ámbito donde cabía lo inexplorado y que a ella le era negado. Su inconformidad con tales hábitos hizo que, desde bien pequeña, entreviera en el teatro y en su deseo de ser actriz la oportunidad de «ser otra» y de «llevar una vida distinta». No obstante, las únicas salidas que la autora recuerda particularmente asociadas a la sensación de espontaneidad y libertad son las de los veraneos en San Lorenzo de Piñor (Orense), la aldea materna. Allí jugaba con sus primos y los niños de la zona en contacto con la naturaleza, acudiendo a romerías y verbenas, aprendiendo gallego, etc.

A la coartada e insatisfecha curiosidad de su infancia vino a sumársele, durante su adolescencia, transcurrida en plena guerra, la imposición del silencio y del miedo suscitado por ella, alarma y cautela aún más intensa si tenemos en cuenta la condición de Salamanca de cuartel general de Franco durante la contienda y la frecuencia de los bombardeos en ésta.

2.2. *La adolescente novelera que se veía a sí misma como una antiheroína*

La adolescencia de Carmen estuvo presidida por dos sensaciones: el frío y el miedo (Martín Gaité, 1981: 57). Aunque José Martín quiso que cursara su enseñanza secundaria en el Instituto Escuela madrileño, el estallido de la guerra le obligó a inscribirla en el Instituto Femenino de Salamanca, un centro público, «donde había mucha mezcla» (Martín Gaité, 1981). Entre algunos de los profesores que le impartieron clase, se cuentan Salvador Fernández Ramírez y Rafael Lapesa. En este centro, Carmiña conoció a la primera amiga íntima de su vida: una niña, hija de maestros republicanos encarcelados, a la que, por su orgullo y valentía, presenta como antítesis de sí misma. Influenciada por su madre, gran lectora de folletines sentimentales, así como por sus lecturas de las exitosas novelas amorosas de la época, de autoras como Carmen de Icaza y Elizabeth Mulder, Carmen y su amiga comenzaron a escribir en común una novela rosa que transcurría en Bergai, una exótica isla. En dicha novela, la joven vertía, por un lado, su deseo de conocer, sola, la aventura de vivir al raso; por otro, su necesidad de verse a sí misma con los aparentes visos de modernidad que ponían de manifiesto sus literarias heroínas —mujeres que vivían solas, independientes, trabajadoras, fumadoras, de hábitos ligados a la sociedad de consumo que por entonces comenzaba ya a palpar y de un comportamiento sexual que en absoluto contravenía la moral de la época, que obligaba a la mujer a contenerse y saber esperar—; y por último, su pretensión de relacionarse con los varones con cierta seguridad, permitiéndose así en la literatura licencias e iniciativas amorosas que jamás se concedía en su vida real:

Me gustaría no hablar más, atreverme a apoyar la cabeza en su hombro. Me concentro en esta idea que me exalta, pero de inmediato se ve acosada por un ejército de razones. [...] Al final, mi cabeza permanece inmóvil, como era de esperar: caer en la tentación siempre ha sido más difícil que vencerla (Martín Gaité, 1981: 39).

Educada en la salvaguarda de la normalidad y en la oposición al riesgo, Carmen se presenta a sí misma como una de aquellas «chicas decentes y sensatas de la nueva España» (Martín Gaité, 1981: 154), a quien las grandes pasiones amorosas —aquellas que cantaban las coplas de la época, a las que por ello era tan aficionada— le estaban vedadas. A aquella educación presidida por el recato y el encorsetamiento hay que sumar la percepción que de sí tenía la escritora como un ser inseguro y torpe, sobre todo cuando se trataba de relacionarse con los varones:

De ahí me han venido siempre los fallos en el amor, del miedo a que alguien pudiera dejarme sin palabras, reducida al mero poder de mi mirada o de mi cuerpo. «Tú eres poco lanzada —me decían mis amigas, cuando empecé a ir a bailar al Casino—, no das pie». A los hombres había que darles pie, las chicas lanzadas sabían jugar con sus ojos, con su risa y con el movimiento de su cuer-

po, aunque no tuvieran nada que decir. Y los hombres que me gustaban, y a los que tal vez yo también gustaba, se iban haciendo novios de otra. Aprendí a convertir aquella derrota en literatura, [...] y así pasaba el tiempo [...]. (Martín Gaité, 1981: 182-183)

En las risibles torpezas en que incurrían los protagonistas de las películas del cine mudo —otra de las referencias que marcaron su adolescente educación sentimental—, la aislada, solitaria, ventanera y novelera Carmiña reconocía su «mediocridad patosa de anti-heroína» (Martín Gaité, 1981). El rechazo de sí misma le llevaba, en cambio, a proyectar su deseo de ser distinta en las audaces y desenvueltas mujeres de los films protagonizados por actrices como Ingrid Bergman, Shirley Temple, Paulette Godard, Ana Mariscal y, sobre todo, Diana Durbin —actriz y cantante canadiense que alcanzó gran popularidad en los años treinta y cuarenta protagonizando cándidas películas de corte romántico—. Sólo cuando supo ponerse los chifles para rizarse el pelo sin ayuda de su madre, Carmen Martín Gaité se consideró mayor de edad: «Fue como desprenderse del claustro materno», dirá (Martín Gaité, 1981: 66).

2.3. La estudiante universitaria que temía que se dijera de ella que era una fresca

El 19 de octubre de 1943, Carmen comenzó sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Salamanca, donde por fin disfrutó de sus primeras amistades masculinas, al poder alternar con chicos en las aulas. Ella era la única joven entre sus doce compañeros —Agustín García Calvo e Ignacio Aldecoa entre ellos—, procedentes casi todos de provincias del norte. Pronto se vio fascinada por la personalidad del vitoriano, un joven desinhibido y ácrata, que gustaba del contacto con los desheredados de carne y hueso y que renegaba de los «símbolos» que ella aún parecía tomar demasiado en serio: la distinción de la clase media, los estudios superiores y la cultura libresca. Con éste y sus amigos hizo pronto sus primeros novillos. Con el vitoriano compartía, asimismo, su bohemio deseo de enrolarse en una compañía de teatro o de circo. De hecho, durante su primer curso de carrera, representaría los *Entremeses* cervantinos con un grupo universitario. Sin embargo, siendo éste su principal anhelo, «a finales de los cuarenta, al menos para una chica, dedicarse al teatro llevaba aparejada cierta connotación peyorativa. “Quien mal anda, mal acaba: es una cómica —decían las señoras arrugando la nariz—» (Martín Gaité, 2006: 215). Miedosa y horrorizada por que alguien pudiera decir de ella que era una «fresca», Carmen renunció a aquel sueño por temor al qué dirán, aun cuando éste se le antojara «ponerse el mundo por montera» (Martín Gaité, 2006: 215).

En el verano de 1944, viajó con su padre al balneario de Cabreiroá, en Verín, donde, más que vivir, se creó para sí una experiencia amorosa con el displicente hijo del gerente, experiencia que interpretó en su obra *El balneario* (1954), otra vez en clave de novela rosa. Durante el estío de 1945, obtuvo una

beca de estudios para viajar a Coimbra (Portugal), a fin de documentarse sobre el cancionero galaico-portugués. Para ello, hubo primero de convencer a su padre y después cumplir con el Servicio Social, condición sine qua non para que una joven pudiera viajar al extranjero en aquellos tiempos. Sin embargo, no debió de dar las suficientes muestras de tener madera de futura madre y esposa, pues los informes no fueron muy satisfactorios y tuvo que cumplir a su regreso algunos meses más de prestación como sanción. Durante este viaje, mantuvo una nueva relación amorosa con un estudiante de Oporto, marcada también por un «casto y caballeresco» ritual de seducción. Durante esta estancia, visitó asimismo Oporto y Lisboa, así como entró en contacto con la literatura portuguesa, de la que más tarde haría magistrales traducciones. Durante el verano de 1948, viajó a la Universidad de verano de Cannes, donde, según dijo, conoció «por primera vez, a sus veintidós años, el sabor auténtico de la libertad» (Martín Gaité, 1993).

2.4. La escritora de la generación del 50 y su neorrealista himno de taberna

«Nos basta una cabaña
para poder vivir
y un pedazo de tierra
para poder morir.»

(Vittorio DE SICA y Cesare ZAVATTINI. *Milagro en Milán*)

En noviembre de 1948, Carmiña se trasladó sola a Madrid para cursar su doctorado en Románicas. Hasta que su familia se mudó en 1950 a la capital, se alojó en una pensión. Por entonces, trabajó haciendo fichas para el diccionario de la RAE y dando clases en un instituto de bachillerato a jovencitas. Aunque en aquella época ya había renunciado a sus sueños de ser actriz, pronto, por mediación también de Ignacio Aldecoa, entabló amistad con Alfonso Sastre y Mayra O'Wisiedo. Ésta le fascinó por «su desprecio por el qué dirán, su caminar con zapato plano a largas zancadas y aquellos gorritos tan atrevidos que se ponía» (Martín Gaité, 2006: 215), gorritos que serían más tarde un distintivo de la escritora misma. Gracias a ambos, conoció a gentes de la escena como Alicia Hermida, Berta Riaza, Agustín González, María Dolores Pradera, Adolfo Marsillach, etc. En aquel Madrid de finales de los cuarenta, también de la mano de Ignacio, se integró, asimismo, en un grupo de amigos, procedentes en su mayoría de provincias, y constituido, entre otros, por Jesús Fernández Santos, Medardo Fraile, Alfonso Sastre, Rafael Sánchez Ferlosio, Manolo Mampaso, etc. y el propio Ignacio. Mayra y Carmen fueron los únicos miembros femeninos del mismo hasta la incorporación a éste de Josefina Rodríguez en 1950. Por aquel entonces, Carmiña seguía aún sujeta a su severa disciplina de estudio, encaminada a doctorarse y a obtener una beca del Consejo de Investigaciones Científicas. Sin embargo, nuevamente, Ignacio y sus amigos le arrancaron de aquella y le pusieron en contacto con la vida madrileña, haciendo

que abandonara «aquellos remordimientos de buena estudiante que piensa que pasear y beber vino y oír historias es estar perdiendo un poco el tiempo, rota aquella barrera de superioridad y pena con que al principio los miraba» (Martín Gaité, 1973: 37-38). Aquel grupo de «malos estudiantes, pero buenos escritores» tenía uno de sus núcleos neurálgicos en la pensión Garde, situada en el número 41 de la calle de San Marcos. En aquel centro de bohemia y disparate, se habían venido a juntar, entre otros, Rafael Santos Torroella, Ángel Crespo, Pedro Bueno, Juan Arboleya, Carlos Edmundo de Ory e Ignacio Aldecoa. Junto a otros —Francisco Nieva, Chicharro hijo, Silvano Sernesi, etc.—, estos dos últimos habían creado, en 1945, el manifiesto poético del postismo, uno de los primeros «vanguardismos» de la posguerra. Otro de sus lugares de encuentro fue la tintorería, sita en la calle de la Libertad, de doña Lola, madre de su amigo Francisco Pérez Navarro. Doña Lola, una mujer «encantadora, inteligente y maternal», tan pronto les daba de merendar y les prestaba algún dinero, como recogía sus recados y escuchaba sus confidencias (Martín Gaité, 2006: 41, 43). Junto a alguno de aquellos compañeros, Carmen asistía también puntualmente a una tertulia literario-filosófica en un conocido restaurante de la calle Zorrilla. Pero, sin lugar a dudas, los lugares vitales de aquella generación llegada de provincias, sin casa propia en la capital, fueron, por excelencia, las calles y las tabernas, sobre todo las cercanas a la pensión de Ignacio, y las de los alledaños de San Marcos, entre las calles Colmenares, Válgame Dios, Barbieri, Libertad, Augusto Figueroa y la plaza de Chueca. Aunque no eran tan asiduos a ellos, también visitaban los cafés de la época: el Comercial, el Gijón, el Lyon, el Varela, etc, «que parecían concebidos como un refugio intemporal para hacer más llevadera la espera del porvenir» (Martín Gaité, 2006: 48-49). Aquella espera del porvenir pasaba, además, por visitar oficinas inconcretas, la mayoría de ellas redacciones de periódicos y revistas, donde nadie les hacía demasiado caso. Algunos de aquellos jóvenes, incluso ella misma, colaboraban ya por entonces esporádicamente en medios escritos como *La Hora*, *Juventud*, *Alcalá*, *Clavileño*, *Índice*, *Correo Literario* y *El Español*. Además de una carrera en vías de profesionalización, en los años cuarenta y cincuenta, «escribir era [...] un atributo muy desnudo de prestigio» (Martín Gaité, 2006: 55). La propia Carmen recuerda cómo ella misma tardó muchos años en atreverse a poner «escritora» en su pasaporte; fui «licenciada en Filosofía y Letras —dirá—, hasta bien entrados los sesenta, porque lo de “sus labores” tampoco lo admitía» (Martín Gaité, 2006: 55).

En 1953, contrajo matrimonio con Rafael Sánchez Ferlosio. La pareja se instaló en un pequeño apartamento de la calle Doctor Esquerdo, por entonces un bulevar sin semáforos de la periferia. Antes de vivir en él, el joven matrimonio residió unos meses en Roma, en casa de los abuelos maternos de Rafael, periodo durante el cual Carmiña se familiarizó con el neorealismo italiano.

El aldabonazo espiritual para toda aquella generación que vivía sus sueños profesionales en precario llegaría aquel mismo año. Éste fue producto del mecenazgo de Antonio Rodríguez Moñino. Durante la Guerra Civil, Rodríguez Moñino había pertenecido al grupo que había colaborado en *Hora de Espa-*

ña, aquella revista valenciana «donde se agruparon los últimos disidentes del franquismo, antes de morir o verse obligados a emigrar» (Martín Gaité, 2006: 55). En el verano de 1953, Moñino encargó la dirección de *Revista Española*, la única de la época no sujeta a subvención oficial, a Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa y Alfonso Sastre. Dificultades de la censura aparte, dicha revista tuvo una vida efímera —seis números—, lo que da una idea del panorama literario y de las dificultades que atravesaban los escritores en aquel momento. En sus páginas, confluyeron el existencialismo francés, el neorrealismo italiano y la novela norteamericana. Asimismo, dio acogida a muchos de los escritores españoles mencionados más arriba, Carmen Martín Gaité incluida. En el existencialismo, la escritora y toda su generación veían la antípoda de la falsa moral triunfalista que escamoteaba la realidad de la opresión política y la injusticia (Martín Gaité, 2006: 68). En cambio, la identificación de Gaité y sus amigos con las antiheroicas historias neorrealistas, protagonizadas por desarrapados del extrarradio, adolescentes sin oficio, jubilados, humildes oficinistas, etc., tenía que ver con su, por entonces, modesta precariedad, su condición de emigrantes de provincias que habían llegado a la gran ciudad, como aquellos, «con la noche y el día», en busca de un porvenir que se les resistía. Desde las ventanas de su apartamento de Doctor Esquerdo, en el que residió casi hasta el final de su vida, la propia Carmiña fue testigo, en los años cincuenta, del crecimiento del núcleo de chabolas edificado en la hondonada de La Elipa, uno de los barrios suburbiales que, como los del Puente de Vallecas, Entrevías, El Pozo del Tío Raimundo, Palomeras o El Cerro del Huevo, se expandieron sobremedida en aquella época. Dolores Martínez Quesada, la asistente del matrimonio Sánchez Ferlosio-Martín Gaité durante veinte años, había llegado a La Elipa el otoño de 1953 desde Bejijar (Jaén), junto con su esposo —que había estado en la cárcel—, tres hijos y uno en camino, que había perdido al haberse visto forzada a dormir en la calle. Además, de soltera, Carmen había prestado ayuda en un dispensario de Vallecas, donde había entrado en contacto con la descarnada realidad de los suburbios, experiencia que reflejó más tarde en algunos de sus cuentos, entre ellos, *La conciencia tranquila*, en el cual dirá: «la mía, de señorita burguesa de provincias había quedado sacudida para siempre» (Martín Gaité, 2006: 128). Pero, sin duda alguna, la escritora salmantina vio también en el neorrealismo italiano ciertas concomitancias con la doctrina evangélica y el humanismo cristiano, el mismo que por entonces comenzaba a predicar el clero contestatario en los arrabales. Ella misma andaba, en aquella época, intentando desahucarse de los últimos resabios de su «catolicismo oficial» anterior y abrazar, como opción de protesta frente a aquella religión acartonada y estéril en la que había sido educada, un incipiente laicismo, la estética neorrealista de la redención sin agresividad, que identificaba pobreza y salvación, y la fe mesiánica en la pedagogía y la solidaridad con los humildes heredada de las corrientes liberales fomentadas por la Institución Libre de Enseñanza y el pensamiento krausista. Su religiosidad católica evolucionó, así, desde la ortodoxia hacia un humanismo cristiano teñido de piedad para con los más desfavorecidos, y en él confluía, además, la fascinación por todos los seres marginales y perseguidos.

2.5. Una mujer abierta y secreta a la vez

El último número de *Revista Española* (1954) coincidió, para Carmiña, con su consagración literaria gracias a la obtención del Premio Café Gijón de Relato Corto por su novela *El balneario*, galardón impulsado e instituido en 1949, entre otros, por Fernando Fernán Gómez, Gerardo Diego, Enrique Jardiel Poncela y Camilo José Cela. En 1955, nació su primer hijo, Miguel, fallecido a causa de una meningitis a los pocos meses. Su hija Marta vendría al mundo al año siguiente. En 1957, obtuvo el Premio Nadal con su novela *Entre visillos*, ejemplo del realismo generacional. En 1970, se separaría de Rafael Sánchez Ferlosio, circunstancia que, coincidente en el tiempo con el boom de la literatura hispanoamericana en España y su relegación momentánea de nuestro panorama literario, le trajo consigo una grave crisis anímica, pronto agravada por la pérdida de sus padres (1978). Para hacerle frente, se consagró a recopilaciones de sus cuentos y poesías, ensayos historiográficos y de crítica. Asimismo, impartió clases de teoría literaria en el Barnard College de Nueva York (1978), además de conferencias en diversas universidades americanas: Nueva York, Columbia, Rutgers, Yale, Wellesley, Boston, Oberlin, Chicago, Texas, Virginia, Vassar...

Aunque son muy pocos los detalles que Carmen nos brinda, en su autobiografía y en sus escritos, acerca de su relación de pareja, en páginas dispersas nos ofrece, sin embargo, algún atisbo. Así, en 1972, ya separada, cuando presentó finalmente su tesis doctoral de Filología Románica, le dedicó esta obra a Ferlosio. En dicha dedicatoria, puede leerse: «Para Rafael, que me enseñó a habitar la soledad y a no ser una señora». En algunos de sus textos literarios, caso del cuento *Un día de libertad*, la autora parece evocar sus huidas del hogar matrimonial y sus paseos, sola o en compañía de su hija, por la sierra madrileña. En este sentido, desde 1960, Carmen había ido frecuentando y pasando largas temporadas sola en El Boalo, una población de aquélla, donde descansan sus restos en la actualidad. En 1985, murió su hija. Poco dice también la escritora acerca de la relación con ella. Aun cuando en ciertas páginas afirma que eran muy amigas, en otras diseminadas en su ingente obra deja entrever que ésta, pese a especial, no dejó de estar en cierto modo presidida por un desfase generacional que dificultaba el entendimiento entre ellas. Así, por ejemplo, en la dedicatoria de su ensayo *Usos amorosos de la postguerra*, leemos: «Para todas las mujeres españolas, entre cincuenta y sesenta años, que no entienden a sus hijos. Y para sus hijos, que no las entienden a ellas» (Martín Gaité, 1987b).

Aunque el éxito que le granjeó *Entre visillos* hizo que, durante mucho tiempo, se la encasillara en el género realista, lo cierto es que la mayor parte de su obra gira en torno a preocupaciones autobiográficas —la rutina, la comunicación y la incomunicación, la soledad, la relación entre padres e hijos, el poder de la fantasía, etc.—, en tanto que el resto de sus trabajos está más vinculado a la literatura infantil y a los cuentos de hadas. Así, como ella misma dijera de su amigo Ignacio Aldecoa, podría afirmarse que Carmiña «vivió sin

afianzarse del todo sobre la realidad, aunque no por eso negándose a explorarla y a entender, como pocos, lo insoportable que era. La conoció pactando con ella a ratos, y a ratos huyéndola para pedir albergue en la morada de la fantasía [...], donde le esperaba siempre una historia que le redimía del tedio de vivir» (Martín Gaité, 2006: 162). La escritora decía de sí misma que era muy suya, y que su intimidad tenía una «parte íntima inabordable». Fue por ello una mujer «abierta y secreta a la vez; tenía dos caras, una sonriente y otra trágica» (Martín Gaité, 2006: 24).

Al igual que su coetánea Carmen Laforet, Carmen Martín Gaité dijo tener «un feminismo a su manera», desde el que argumentaba que «cuando una mujer está ya picada por el feminismo, [...] suele tratar, sobre todo, de parecerse, aunque ella no lo cree, [...] suele imitar esos defectos del varón, que existen, y que tanto está denostando. [...] Es pasarse al bando de ese enemigo, que además no tiene por qué ser enemigo. Yo al hombre le tengo una enorme simpatía, cosa que las feministas me parece que no» (Soler Serrano, 1980).

3. Conclusión

Siguiendo el método de la sociología histórica y tomando como hipótesis de trabajo los presupuestos planteados por los estudios de género centrados en la crítica de la razón patriarcal —más concretamente, los que sostienen que la emancipación de las mujeres pasa por dotarlas y que se doten de mecanismos de autoafirmación desde los que poder superar la conciencia inferiorizada de sí que arrastran como resultado de la asunción como propia de la diferencia instituida por el discurso de la dominación masculina—, nuestra investigación ha abordado el proceso por el que Carmen Laforet y Carmen Martín Gaité fueron adquiriendo paulatinamente recursos para contrarrestar los perniciosos efectos de su socialización de género. Como hemos visto, dicha socialización se fundamentó en un *dispositivo de feminización* implantado en un contexto histórico en el que las distintas instancias de poder —educación, Iglesia, política, etc.— le dieron una nueva vuelta de tuerca al programa de racionalización de la vida de las mujeres que, desde tiempo atrás, había implantado una diferencia entre éstas y los varones, en función de la cual su destino era encarnar al «ángel del hogar». Así pues, como hemos tenido ocasión de comprobar, desde su más tierna infancia, las dos narradoras asumieron como propios el menosprecio y la inferioridad que les atribuyó el otro. En el caso de Laforet, esta circunstancia dio comienzo con la opresión ejercida sobre ella por la figura paterna, mientras que, en el caso de Martín Gaité, se debió a la coartada curiosidad y a la fuerte disciplina impuesta por su familia en aras de que su previsible destino doméstico no se frustrara. La falta de libertad de la que ya de niñas se resentían alentó sus deseos de ser actriz o de enrolarse en un circo, pensando acaso que tales oficios les permitirían llevar una vida distinta a la suya, que aborrecían. La asunción como propia de la infravaloración producto de su estatuto de dominadas tampoco halló coto en la adolescencia de ambas. Así, la marginación de la que Laforet fue víctima durante esta etapa se mani-

fiesta con rotundidad en las agresiones físicas y psicológicas de su madrastra, así como en la pasividad y complicidad para con ellas de los varones de la casa. En el caso de Martín Gaité, su conciencia inferiorizada guardó, en cambio, relación con otros modelos de mujeres —amiga, protagonistas literarias y fílmicas— con las que se comparaba y que, por entonces, representaban para ella valores de los que creía que carecía: desparpajo, desenvoltura, audacia, libertad, seguridad en sí misma, etc. A esta autopercepción peyorativa había que sumar la asunción por la escritora de la imagen negativa que la sociedad proyectaba sobre las actrices y mujeres «lanzadas», interiorización que le llevó a optar por una dedicación socialmente más aceptada, así como a ser una «chica decente y sensata de la nueva España». No obstante, la etapa universitaria representó para ambas una excepción en lo que se refería a dotarse de verdaderos mecanismos de autoafirmación, puesto que las dos mujeres se forjaron un grupo de amigos y amigas en el seno del cual se sintieron iguales, valoradas y reconocidas, quizá por primera vez en sus vidas —conviene especificar que, en el caso de Laforet, esto sucedió sólo en el marco de la Tertulia del Palacio de la Virreina, puesto que, como hemos visto, algunos de sus compañeros universitarios no sólo la denigraban y la menospreciaban por su gusto y su pasión por la bohemia, sino por la proletarización y el desclasamiento que le había sobrevenido en la Ciudad Condal—. En lo que respecta a las relaciones de pareja, parece que Laforet, dotada todavía de una conciencia desvalorizada durante buena parte de éstas, interiorizó la denigrante presunción de Cerezales de que sólo sabía escribir a partir de lo vivido y asumió las cortapisas a su capacidad creadora, tanto de su padre como de su marido. Asimismo, en su deriva religiosa y el conflicto entre ser lo que se le exigía —buena madre, amante esposa y abnegada ama de casa— y ser lo que quería —escritora—, llegó incluso a «atarse sola», aunque, eso sí, ya con plena y lúcida conciencia acerca de cómo y por qué lo hacía. Lúcida conciencia implícita también en la carta dirigida a Lili Álvarez en su despedida definitiva. En el caso de Martín Gaité, por el testimonio presentado en la investigación, parece que su relación de pareja sí le permitió dotarse de mecanismos de autovaloración. Por otro lado, la crisis en que ambas artistas se sumieron tras separarse entrañó un indiscutible intento de reconciliación consigo mismas, un periodo de reflexión, de toma de conciencia acerca de su «diferencia» y, lo que es más importante, de búsqueda y conquista, más o menos fructíferas, de sus propias referencias internas. Así, si atendemos a la identificación laforetiana del feminismo de la igualdad como un *error*, nos damos cuenta de que, junto a su desaprobación, la escritora se dotó de un feminismo sui géneris que, siendo más bien de la diferencia, no era ni mucho menos el del «discurso autocomplaciente que cae en la tediosa moralina del “nosotras somos formidables”, consuelo peligroso de tantos estancamientos, estafas e impotencias» (Amorós, 1991: 75). Por su parte, con su «feminismo a su manera», Martín Gaité rechazó de plano eso que Amelia Varcárcel, defensora de un feminismo de la igualdad de cuño ilustrado, ha reivindicado frente a los planteamientos del feminismo de la diferencia: el llamado «derecho al mal» (Varcárcel, 1980). Este «derecho al mal» presume que, «si en ética la

universalidad es en sí misma un valor, y si resulta por otra parte que los hombres no parecen dispuestos a comportarse a la altura de nuestras “virtudes”, deberíamos comportarnos todos «según el nivel de sus defectos y sus vicios» (Amorós, 1991: 157). Sin embargo, mientras que Varcárcel y Amorós han considerado revolucionaria esta igualdad de «igualar por abajo», Martín Gaité pensó que reproduciendo vicios y defectos no se contribuiría a crear una sociedad mejor, así como que su construcción pasaba por no imitar y mimetizar los elementos de la conducta propia del dominador, ya fuera éste mujer o varón. Parece, así, que nuestras antiheroínas rechazaron, del feminismo de la igualdad, lo que éste pudiera tener de un individualismo orientado hacia la afirmación exclusiva de la personalidad en el actual mundo del *homo oeconomicus* de las jerarquías, las promociones y los grados, y, del feminismo de la diferencia, aquel «¡qué hermoso es ser mujer!» que nos proyecta de nuevo a la esfera de la intimidad, la inmediatez y la inmanencia. Desde este punto de vista, y en este contexto, diríase que tanto Laforet como Martín Gaité aspiraron a una «diferencia en la igualdad» o a una «igualdad en la diferencia» (Amorós, 1991: 73) que les hizo ser no feministas de un cuño u otro, sino feministas sui generis, a su manera. Por otro lado, el análisis sociológico-histórico de sus trayectorias vitales nos ha permitido conocer la dura lucha por la autonomía y la libertad de estas dos mujeres, así como sus esfuerzos por encontrar un espacio propio. Al mismo tiempo, su combate contra el *dispositivo de feminización* nos alerta contra la ideología conservadora y neoliberal que irrumpe con fuerza en la actualidad, que reivindica la naturalización del amamantamiento, el retorno a la familia tradicional, etc. Por último, la memoria y la experiencia de Carmen Laforet y de Carmen Martín Gaité ha de servirnos, a las mujeres de hoy en día, para que no perdamos de vista cómo el brillo y el éxito social están subsumidos muchas veces en la densa malla de la urdimbre patriarcal que las convirtió a ambas en *élites discriminadas*, es decir, en estrellas y víctimas por igual (García de León, 2011a). Nuestras «antiheroínas» fueron, pues, mujeres poderosas, aunque «desempoderadas» por la «estructura social de género que les tocó vivir y que tenían fuertemente interiorizada, a pesar de ellas mismas y sus conatos de salirse de la *norma y de la norma de género*» (García de León, 2011b: 1021).

Referencias bibliográficas

- ALDECOA, Ignacio (1973). *Cuentos completos*. Madrid: Alianza.
- AMORÓS, Celia (1991). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos.
- CABALLÉ, Anna y ROLÓN, Israel (2010). *Carmen Laforet: Una mujer en fuga*. Barcelona: RBA.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos (1997). *Pretérito imperfecto*. Barcelona: Tusquets.
- CEREZALES LAFORET, Agustín (1982). *Carmen Laforet*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- CEREZALES LAFORET, Cristina (2009). *Música blanca*. Barcelona: Destino.
- ELÍAS, Norbert (1994). «El cambiante equilibrio de poder entre los sexos». En: *Conocimiento y poder*. Madrid: La Piqueta.
- FUENTE, Inmaculada de la (2002). *Mujeres de la postguerra: De Carmen Laforet a Rosa Chacel: historia de una generación*. Barcelona: Planeta.

- GARCÍA DE LEÓN, María Antonia (2011a). *Cabeza moderna/corazón patriarcal*. Barcelona: Anthropos.
- (2011b). «Clarice Lispector: una tragedia contemporánea de género». *Revista Estudios Feministas*, 19 (3), 1018-1022.
- LAFORET, Carmen (1957). *Novelas*. Barcelona: Planeta.
- (2001). *Nada*. Barcelona: Crítica.
- MARTÍN GAITE, Carmen (1972). *Usos amorosos del dieciocho en España*. Barcelona: Lumen.
- (1973). *La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas*. Madrid: Nostromo.
- (1981). *El cuarto de atrás*. Barcelona: Destino.
- (1987a). *Desde la ventana*. Madrid: Espasa Calpe.
- (1987b). *Usos amorosos de la posguerra española*. Barcelona: Anagrama.
- (1993). *Agua pasada*. Barcelona: Anagrama.
- (2006). *Esperando el porvenir: Homenaje a Ignacio Aldecoa*. Madrid: Siruela.
- SOLER SERRANO, Joaquín (1980). «Entrevista a Carmen Martín Gaité». *Programa A fondo*. Barcelona: Trasluz.
- SORIANO, Juan Carlos (2007). «Ana María Martín Gaité: “Nadie, ni siquiera yo, conoció del todo a Carmiña”». *Turia Revista Cultural*, 83, 267-279.
- SUBIRATS, Marina (2013). *Forjar un hombre, moldear una mujer*. Girona: Aresta.
- VALCÁRCEL, Amelia (1980). «El derecho al mal». *El Viejo Topo*, extra, n.º 10.
- VARELA, Julia (1997). *El nacimiento de la mujer burguesa*. Madrid: La Piqueta.
- VILLÁN, Javier (1974). «Entrevista con Carmen Martín Gaité». *La Estafeta Literaria*, 22.
- WOOLF, Virginia (2001). *Una habitación propia*. Barcelona: Seix Barral.

Bibliografía web

La memoria inédita de Carmen Laforet

<http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/9051/La_memoria_inedita_de_Carmen_Laforet>

Las cartas de amor entre Carmen Laforet y Lili Álvarez

<<http://www.vanitatis.com/noticias/carmen-laforet-lili-alvarez-cartas-amor-20101118-11820.html>>



Revista Española de Investigaciones Sociológicas

www.reis.cis.es
reis.metapress.com

143

Julio-Septiembre 2013

José Ramón Torregrosa
Laudatio del profesor
Juan Díez Nicolás

Juan Díez Nicolás
Teoría sociológica y
realidad social

**Adrià Caballé,
Pere Grima y
Lluís Marco-Almagro**
¿Aciertan los sondeos
electorales? Análisis
sobre la bondad de
predicción de los sondeos
electorales publicados en
la prensa

Teresa Mata López
Los factores de la
ecuación del voto: un
análisis empírico

**Iván Rodríguez-Pascual
y Elena Morales-Marente**
¿Cuántas veces dejamos
de ser niños? Un análisis
de la representación
social de la autonomía
infantil

**Virgínio Sá y
Fátima Antunes**
«Argumentos» para la
elección del centro
educativo: un estudio de
caso con padres
portugueses

**Carmen Ródenas y
Mónica Martí**
La nueva Estadística de
Migraciones: una buena
elección por parte del INE

Álvaro Morcillo Laiz
Naturaleza vs. situación
vital en Max Weber: dos
biografías desiguales

Director
Félix Requena Santos

Secretaría
M^a Paz Cristina Rodríguez Vela

Consejo Editorial
Inés Alberdi Alonso, Miquel Cainzos López,
Teresa Castro Martín, Elisa Chuliá Rodríguez, José
Ramón Flecha García, Luis Garrido Medina,
Rafael Gobernado Arribas, Rodolfo Gutiérrez
Palacios, Amparo Lasén Díaz, Francisco Llera
Ramo, Pablo Oñate Rubalcaba, Carlota Solé i
Puig, Benjamin Tejerina Montaña, Cristóbal
Torres Albero

Edita
Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS)
Montalbán, 8. 28014 Madrid
www.cis.es - E-mail: publicaciones@cis.es

Precios
Suscripción anual (4 números)

- Electrónica:
 - Instituciones 160 €
 - Particulares 50 €
- En papel y electrónica:

	España	Resto del mundo
Instituciones	180 €	220 €
Particulares	60 €	100 €
• Compra de números sueltos en papel: Cada número	20 €	

CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas

Solicitudes de suscripción
EBSCO Subscription Services España, S. L.
Avda. Bruselas, 7. 28109 Alcobendas (Madrid)
Tel.: 91 490 25 02 - Fax: 91 490 23 25
E-mail: ndiaz@ebSCO.es - www.ebsco.com

Metapress
E-mail: support@metapress.com
reis.metapress.com



La profesionalización de las mujeres artistas españolas. El caso de Maruja Mallo (1902-1995) y Amalia Avia (1926-2011)*

Alejandra Val Cubero

Universidad Carlos III de Madrid
alejandra.val@uc3m.es



Recibido: 26-10-2012
Aceptado: 13-05-0013

Resumen

El estudio de las memorias, los escritos y las obras de dos pintoras españolas del siglo XX, Maruja Mallo y Amalia Avia, la primera de ellas formada durante la Segunda República española y la segunda, tras la Guerra Civil, junto con el análisis del contexto histórico, político y social en el que vivieron, nos va a permitir dilucidar el peso que determinadas instituciones, como la educativa o la familiar, tuvieron en su profesión y cuáles fueron las prácticas que alentaron o restringieron su devenir como artistas.

Palabras clave: autobiografías; educación artística; campo artístico; socialización; familia; pintoras; España.

Abstract. *The Professionalization of Spanish Female Artists: The case of Maruja Mallo (1902-1995) and Amalia Avia (1926-2011)*

The study of the memories, writings and works of two 20th-century Spanish painters, Maruja Mallo and Amalia Avia, the first of which was trained during the Spanish Republic and the second during the Civil War, together with the analysis of the historical, political and social context in which they lived, allows us to clarify the weight that certain institutions such as education or the family had in their profession and the practices that encouraged or restricted their evolution as artists.

Keywords: autobiographies; artistic education; artistic field; socialization; family; painters; Spain.

* Este texto está vinculado al proyecto de investigación dirigido por Julia Varela Fernández y financiado por la Secretaría de Estado de Universidades del Ministerio de Ciencia e Innovación (SEJ2006-04140).

Sumario

- | | |
|-----------------|----------------------------|
| 1. Introducción | 3. Amalia Avia |
| 2. Maruja Mallo | 4. A modo de conclusión |
| | Referencias bibliográficas |

1. Introducción

A mediados del siglo XIX, la pintora Emily Mary Osborn destacó las dificultades de las mujeres artistas en su cuadro *Nameless and Friendless*, que fue presentado en la exposición de verano de la Royal Academy en 1857. El lienzo mostraba una joven empobrecida que acude a un marchante para vender su obra ante la mirada atónita del galerista. La pintora quería reflejar, a través de esta representación, los conflictos que las mujeres artistas padecían a la hora de pintar, exponer y vivir de su arte debido a su escasa consideración como artistas y la falta de relaciones en el mundo del arte.

En la actualidad, conocemos las obras de cientos de mujeres artistas y sabemos que fueron relegadas de las enseñanzas plásticas y de los circuitos de intercambio, exposición y compra durante más de dos siglos, por lo que su oficio pasó a ser una actividad de ocio, una afición o un entretenimiento, y aunque hubo mujeres que rompieron moldes y pudieron vivir de su arte, éstas fueron una minoría hasta bien entrado el siglo XX. La llegada de la primera mujer a la Royal Academy de Londres data de 1860. En Francia, no será hasta 1897 cuando se les permita la asistencia a clase tras un examen organizado exclusivamente para ellas, aunque ciertos aprendizajes, como el dibujo del cuerpo desnudo, estuvieron prohibidos hasta bien entrado el siglo XX, por ser una enseñanza que atentaba contra su «honorabilidad y debilitaba su feminidad» (Val, 2003: 102).

El desarrollo de los movimientos feministas en la década de 1970 puso en evidencia que la construcción de la sexualidad femenina, la definición de lo permitido y lo prohibido, de lo subversivo y lo legítimo se llega a reflejar de una manera clara en los códigos artísticos. Estas teorías han denunciado principalmente las imágenes estereotipadas que se han creado en el arte occidental a lo largo de siglos y varios han sido los campos de estudio. El primero trataría de responder a la pregunta que Linda Nochlin planteó en la revista *ArtNews* en 1971: «¿Por qué no hay grandes mujeres artistas?», y el segundo respondería a una cuestión complementaria: «¿Por qué las mujeres artistas que han existido han sido silenciadas?».

En esta primera década del siglo XXI, se han llevado a cabo nuevas propuestas de visibilización desde diferentes instituciones artísticas: la Tate londinense comenzó, en el año 2007, a estudiar sus colecciones para evitar ciertas carencias de representación y el centro Georges Pompidou parisino, por medio del proyecto *elles@pompidou*, está adquiriendo nuevas obras que amplíen su repertorio. Siguiendo la misma lógica, las grandes exhibiciones y ferias internacionales se han sumado a la nueva ola de cambio, así, el Documenta XII de

Kassel propuso que la mitad de las artistas fueran mujeres, al mismo tiempo que, en Estados Unidos, se estaban celebrando las exposiciones *WACK! Art and Feminist Revolution* y *Global Feminisms*, que dieron nuevas claves de interpretación y análisis al campo artístico (De la Villa, 2011: 53-54). En España, la exposición *Genealogías feministas en el arte español 1960-2010*, que ha tenido lugar en el año 2013 en el Museo de Arte Contemporáneo de León, ha pretendido subrayar la importancia que han tenido los discursos sobre el género y la identidad sexual en la producción artística española desde la década de 1960 hasta la actualidad, y ha tratado de hacer visible las obras de numerosas artistas españolas —la mayoría mujeres— desdeñadas u olvidadas.

A través de las páginas de este artículo, y mediante el estudio de las memorias y los escritos de dos pintoras españolas del siglo XX con trayectorias vitales y profesionales muy diferentes, vamos a tratar de valorar el peso que determinadas instituciones tuvieron en su devenir profesional. De esta manera, se analizará el sistema educativo, la familia y el peso de la religión, así como el contexto histórico, político y social en el que vivieron y que alentaron o restringieron determinadas prácticas artísticas. Al contrario que la joven pintora Emily Mary Osborn, Maruja Mallo y Amalia Avia lograron vivir de su arte y alcanzaron un éxito relativo, pues sus obras se encuentran en colecciones particulares y museos nacionales e internacionales. Maruja Mallo, formada en los albores de la Segunda República y exiliada a Buenos Aires durante la Guerra Civil, pudo formarse como pintora en la Academia de Bellas Artes en Madrid y desde su juventud contó con el soporte familiar y con el apoyo de un nutrido grupo de intelectuales que confirmaron su valía públicamente y compraron sus cuadros, lo que impulsó su carrera como artista. Sin embargo, Amalia Avia, nacida en los años veinte y residente en un pueblo de Toledo durante la posguerra española, no cursó estudios formales de arte y se integró en el campo artístico de manera tardía. Su familia veía el *arte de pintar* como un entretenimiento, pero no como una futura profesión, y el contexto social y político de la España franquista hizo que las mujeres, en cuanto agentes activos, fueran relegadas del relato público, porque su papel principal pasaba por ser madres y esposas.

Maruja Mallo y Amalia Avia son, por el contexto histórico y social en el que vivieron, dos figuras representativas para el análisis de la profesionalización de la mujer artista en las primeras décadas del siglo XX en España, y sus trayectorias vitales y profesionales nos permiten comprender las dificultades y las oportunidades que ambas mujeres tuvieron para pintar y vivir de su arte.

2. Maruja Mallo

Maruja Mallo vivió en un momento de intensos cambios políticos, sociales, económicos y culturales. En 1909, se estableció la escolarización obligatoria hasta los 12 años, medida que favoreció la caída progresiva de las tasas de analfabetismo femenino, y las aulas universitarias, cerradas a las mujeres en los siglos anteriores, abrieron al fin sus puertas (Del Amo, 2009: 8-22). La

Constitución de 1931, promulgada con la llegada de la Segunda República, otorgó los mismos derechos electorales para los ciudadanos y las ciudadanas, y la Ley del divorcio y de matrimonio civil de 1932 afirmaron la creación de un estado laico (Capel, 1982).

Mallo, nacida en 1902, el mismo año que se estrenó la película *Viaje a la Luna*, de Georges Méliès, en París, pasó la mayor parte de su infancia entre Asturias y Galicia. La pintora era la cuarta hija de una familia numerosa y aunque poco se conoce sobre su madre —fallecida cuando la artista tenía veinte años de edad—, su padre, próximo a las ideas krausistas, tuvo un papel decisivo en la formación de sus hijos:

[...] mi padre era un hombre muy culto, leía mucho, sobre todo de literatura francesa, y se dio cuenta de mi vocación. Mi padre vino conmigo al examen previo para ingresar en Bellas Artes, y a la salida, los profesores dijeron: la única, la única señorita que ha sido aprobada y de lo mejor de lo mejor. Esto a mi padre, como yo era una cría, le puso muy contento. (Escribano, 2010: 27)

El soporte moral y económico de su familia y la sintonía intelectual con varios de sus hermanos —que le introducirían en el grupo de artistas, poetas y literatos del Madrid de los años veinte— fue clave en el desarrollo de su profesión como artista, pues, como menciona la historiadora de arte Estrella de Diego: «a la hora de estudiar a las pintoras resultan decisivas la educación y las expectativas del entorno» (De Diego, 1987: 13). La temprana vocación artística de Mallo y el apoyo de sus padres hizo que no tuviera la educación que parecía corresponder a las «señoritas» de principios del siglo XX, centrada en el estudio de la música, el dibujo y el francés, y adoctrinadas para ser buenas madres y esposas. Para las mujeres de la clase burguesa, la práctica artística era «adecuada», porque educaba el buen gusto además de entretener, pero Mallo dio un paso más y perfeccionó la técnica del dibujo y la composición desde muy temprana edad, primero en la escuela de arte de Avilés y, a partir de 1922, en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Madrid.

En los años veinte, germinaba en toda Europa, y también en España, un nuevo tipo de artista comprometido con la sociedad y con su arte, al tiempo que surgía una nueva concepción de mujer entre las páginas de las escritoras, las pintoras y las filósofas, todas ellas conscientes de su derecho a opinar sobre el arte, la política o la vida. Las primeras obras de Mallo muestran ya esa libertad y reflejan, por una parte, las transformaciones del mundo urbano con la aparición de los primeros tranvías y vehículos que tanto cambiarán la estructura de las propias ciudades y, por otra, el nacimiento de una mujer que lee, viaja, hace deporte y se pasea sola, sin los corsés que amenazaban su cuerpo en los años anteriores.

2.1. Un campo artístico en transformación

Los estragos de la Primera Guerra Mundial habían tambaleado en toda Europa el sistema de representación, y las vanguardias artísticas de principios del siglo

XX se enfrentaron a las tradiciones de las academias: el arte tenía que innovar y experimentar y el artista debía buscar la libertad individual para componer, escribir o pintar. *Las señoritas de Avignon*, el cuadro pintado por Picasso en 1906, fue la obra fetiche que abriría paso a toda una nueva forma de entender la pintura, alejada de un arte académico regido por las proporciones y el realismo.

En España, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando estaba perdiendo el valor institucional de los siglos anteriores. Las academias, máxima expresión del gusto de la nación, porque a través de ellas se gestionaban y se apoyaban a todos los grandes premios y exposiciones a los que estaba «obligado» a asistir el «artista» si quería ser reconocido y si pretendía vender sus obras, estaban dejando paso a otro tipo de formación, más libre y autodidacta, a través de los estudios de arte. Mallo inició su carrera de pintora en un momento en el que el artista académico estaba dejando paso al artista vanguardista. El artista académico era un profesional en el sentido weberiano del término, porque en su actividad existía una vocación, una competencia especializada, y una posibilidad de reconocimiento social, cualidades que supuestamente se conseguían tras pasar por la academia: vocación porque sólo los más dotados lograban superar las pruebas de selección, las cuales no eran fáciles; la competencia especializada porque tras cuatro o cinco años de estudio teórico-práctico se presumía que el artista había aprendido todos los conocimientos necesarios para ejercer su actividad de una manera profesional y, por último, el pertenecer a la institución académica dotaba a los artistas de un reconocimiento social que les iba a permitir tener un número de clientes a los que vender sus obras. Maruja Mallo vivió entre los dos mundos: la institución académica le permitió relacionarse con otros estudiantes, como José Moreno Villa y Dalí —a través del cual conocería a todo el grupo de la Residencia de Estudiantes integrada por Buñuel, Lorca y Alberti—; en la Academia perfeccionó las técnicas clásicas del dibujo, y obtuvo el diploma con el que podría presentarse a las oposiciones de profesora años más tarde. Pero la inquietud y el interés en descubrir nuevos horizontes artísticos llevaron a Mallo a integrarse en las clases de dibujo libre del pintor Julio Moisés, espacio que compartió con otros jóvenes artistas vanguardistas, un lugar donde no sólo se esculpía o se pintaba, sino que también se debatía sobre temas políticos y sociales, porque el artista estaba convencido que el arte podía y debía ser un instrumento de cambio y mejora social.

Las exposiciones nacionales de bellas artes celebradas desde 1856 hasta 1968 en Madrid fueron la ventana oficial donde exponer y ser reconocido públicamente, aunque los pintores vanguardistas inauguraron otros canales alternativos en los que mostrar sus obras. Mallo comenzó a exponer a la edad de veinte años en la II Exposición de Arte Avilesino y, desde su segunda exposición en la Feria de Muestras de Gijón, en 1927, tuvo el reconocimiento de jóvenes críticos como Miguel Pérez Ferrero, Ernesto Giménez Caballero y José María Quiroga Plá, que reseñaron sus obras *La isleña* y varios cuadros pertenecientes a las series «Verbenas» y «Estampas», pero la exposición que le dio el empuje definitivo fue la inaugurada el 26 de mayo de 1928 en los salones de la

Revista de Occidente. El encuentro entre Mallo y el filósofo madrileño Ortega y Gasset surgió a través del crítico literario y periodista Melchor Fernández Almagro, quien le habló de la singularidad de la pintora. La exposición fue un punto de inflexión en su carrera artística, y numerosos intelectuales, escritores, periodistas y poetas pertenecientes a la escena intelectual madrileña comenzaron a escribir sobre su trayectoria profesional, como Francisco Ayala, Manuel Abril, Enrique Azcoaga, José Bergamín, Josefina Carabias, Federico García Lorca y el crítico cinematográfico Luis Gómez Mesa, entre otros.

Bourdieu, en *Las reglas del arte*, señala que el productor de la obra de arte no es el artista, sino el campo de producción artístico, pues es en este campo donde se origina el valor de la obra de arte como fetiche, al producir la creencia en el poder creador del artista. La obra de arte sólo sirve como objeto simbólico provista de valor si es conocida y está reconocida, es decir, si está socialmente instituida como obra de arte por academias, prensa especializada, críticos y espectadores dotados de la disposición y de la competencia estéticas necesarias para conocerla y reconocerla como tal (Bourdieu, 1992). Mallo contó, desde sus primeros años en Madrid y prácticamente hasta el final de sus días, con el apoyo de una crítica que conectaba con los presupuestos de su pintura, un arte que trataba de innovar y romper con el pasado por medio de la renovación formal y estética o, como señalara la política y ministra durante la Segunda República Federica Montseny en la *Revista Blanca*, en 1926, «un arte del pueblo y para el pueblo» (Muñoz López, 2003: 186).

2.2. Socialización profesional

La joven Mallo vivió en un Madrid de más de ochocientos mil habitantes por la que circulaban coches y tranvías, y cuyos ciudadanos se desplazaban de Chamartín a Sol a través de la primera línea de metro inaugurada a principios del siglo XX. La capital estaba viviendo una etapa de relativa prosperidad y era un hervidero de teatros, cafés y salas de cine: el Cine Doré abrió sus puertas en 1912; el Real Cinema, en 1918; el Monumental Cinema, en 1923, o el Cine Pavó, en 1924. La Gran Vía, con el cine Callao, el Palacio de la Música, el cine Avenida o el Palacio de la Prensa, era la arteria que acogía las salas de los espectáculos más modernos e ir al cine comenzaba a ser toda una actividad de ocio para la clase media. Maruja Mallo, al igual que toda la vanguardia española, estuvo muy influida por la gran pantalla concediendo al cine el papel de *arte moderno por excelencia* y desde Alberti hasta Dalí o Buñuel escribieron o teorizaron sobre esta nueva fuente de creación. Mallo pintó las *Estampas cinematográficas* entre 1927 y 1928 y décadas más tarde recibió el encargo de una obra mural de gran tamaño para la sala principal del cine de Los Ángeles, en Buenos Aires, sobre la que experimentó con una amplia gama de soluciones técnicas: papel celofán, botones, bombillas de colores, conchas y estrellas de mar incrustadas, etc. y de la que hoy solo se conservan fotografías. (Muñoz López, 2003: 197).

En este Madrid en pleno crecimiento y desarrollo social y cultural, Mallo gozó de una libertad de movimiento que no era habitual entre las mujeres

de la clase burguesa. Era una «paseante» que, sola o en compañía de amigos, exploró ambientes muy diversos: de las visitas al Prado, a las tascas de los proletarios que surgían en los barrios más periféricos, de los hoteles como el café del Rector Club's en el Palace, donde se bailaba al son del jazz o de las nuevas danzas, a las zonas más deprimidas de Madrid en compañía de los artistas Alberto Sánchez y Benjamín Palencia o del poeta Pablo Neruda (Neruda, 1979: 135, 136). Caminar sin destino o pasear sin rumbo fijo eran actos que trastocaban las normas establecidas, en una sociedad que, pese a los tímidos avances en materias educativas o sociales, es aún muy conservadora. Mallo, además, se inmiscuye en espacios exclusivamente masculinos, como los cafés y los debates que en ellos tenían lugar, participando en las tertulias de la *Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset, la de Cruz y Raya de Bergamín, la del Café de San Millán en la Latina y la de la Residencia de Estudiantes invitada por Buñuel y Lorca, a los que conocería gracias a Dalí y con quienes colaboró en múltiples ocasiones. Rafael Alberti se convertiría en su pareja en estos años de formación, y el intercambio intelectual y artístico entre ambos quedó patente en muchos de los poemas de Alberti:

De la mano de Maruja [Mallo] recorrí tantas veces aquellas galerías subterráneas, aquellas realidades antes no vistas que ella, de manera genial, comenzó a revelar en sus lienzos. «Los ángeles muertos», ese poema de mi libro, podría ser una transcripción de algún cuadro suyo. (Alberti: 1987: 29)

Mientras que las tertulias de los cafés tenían un claro sesgo masculino, un nutrido grupo de mujeres de clase media alta, con una amplia formación y muchas inquietudes intelectuales tuvieron la idea de crear un club femenino que se convertiría en un referente para la generación de mujeres más jóvenes, entre las que se encontraba Mallo. El Lyceum Club fundado en 1926 por María de Maeztu, Victoria Kent, Zenobia Camprubí, Amalia Salaverría y Carmen Baroja, entre otras, fue un lugar de encuentro en el que participaron poetas, dramaturgos, científicos y artistas¹. El cuadro *La tertulia*, de la pintora Ángeles Santos refleja parte del espíritu de estas reuniones: cuatro mujeres —algunas con rasgos andróginos y corte de pelo a lo *garçon*— están leyendo, fumando, hablando y mirando directamente al espectador sin ningún tipo de pudor, controlando su espacio y sus poses. La pintura presentaba a un grupo de jóvenes abanderadas que, tanto por su forma de vida, como por su profesión o su actividad política, fueron capaces de inaugurar nuevos espacios de libertad, como fue el caso de Carmen de Burgos o María Martínez Sierra. Burgos fue presidenta de la Cruzada de Mujeres Españolas y la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Iberoamericanas y escribió sobre la situación de la mujer contemporánea en su obra *La mujer moderna y sus derechos*, en 1927. Martínez Sierra escribió cinco libros sobre mujer y feminismo entre 1916 y 1932

1. Mallo colaboró en los decorados y en los figurines de la obra *El ángel cartero*, de su amiga Concha Méndez, representada en el Lyceum en la noche de Reyes de 1929.

y ejerció como secretaria de la Alianza Internacional del Sufragio de la Mujer y a finales de los años veinte formaba parte de la fundación de la Asociación Femenina de Educación Cívica (Kirkpatrick, 2003: 218). Otras mujeres con voz propia en la España de los años veinte fueron Margarita Nelken, con sus obras *La condición social de la mujer* (1919) y *Las escritoras españolas* (1930), y Victoria Kent y Clara Campoamor, quienes tuvieron un papel decisivo en los tribunales. Este nutrido grupo de mujeres, gracias a su esfuerzo y a su implicación por crear una sociedad más igualitaria, influyó en la siguiente generación de mujeres que hallaron un terreno fértil en el que la nueva imagen femenina ofrecía sugestivas intersecciones con los florecientes movimientos de vanguardia (Kirkpatrick: 2003: 220).

El Lyceum cerró sus puertas durante la Guerra Civil y tras la contienda se convirtió en la sede del Círculo Medina, un lugar de reunión de la Sección Femenina de Falange que devolvió a la mujer el papel de madre atenta y esposa cuidadosa, a través de las tareas que la Sección Femenina propuso: labores, puericultura, bailes regionales y cocina. Atrás quedarían los debates, las lecturas, los viajes y las acciones culturales y sociales de este grupo de intelectuales que vieron acallar sus propuestas con el exilio y cuya memoria permaneció oculta durante los años que duró la dictadura.

Maruja Mallo bebió de las inquietudes de todas estas mujeres y formó redes de amistad que le facilitaron apoyo económico y moral en los momentos más difíciles. Durante sus años de formación, conoció a la escritora Concha Méndez y a la pintora Margarita Manso Robledo. Con ellas, formó un trío de jóvenes deseosas de transgredir las normas sociales y pasarlo bien, pues salían a la calle sin sombrero ante el asombro del gentío o se paseaban por espacios todavía reservados a los hombres: «[...] Estaba prohibido que las mujeres entraran en las tabernas; y nosotras, para protestar, nos pegábamos a los ventanales a mirar lo que pasaba dentro» (Ulacia, 1990: 51). Estas mujeres estaban siendo conscientes de la importancia de sus aportaciones intelectuales y buscaron lugares de encuentro y creación sin la presencia masculina. Entre ellas, se formaron fuertes lazos de apego, pero también de admiración y de respeto: Maruja Mallo pintó a Concha Méndez como a una mujer deportista y libre, Méndez dedicó poesías a Rosa Chacel, a María Zambrano y a Ángeles Santos; Norah Borges, Chacel y Mallo colaboraron en la revista de vanguardia *La Gaceta Literaria*; Mallo participó en la tertulia de los domingos en casa de Zambrano y se cartearon durante años y una de las últimas entrevistas de Mallo antes de marcharse a París fue realizada por la periodista Josefina Carabias, que alaba la trayectoria de la pintora y se interesa por su obra y por las exposiciones que va a realizar en la capital francesa y en donde Mallo destaca que la clave de su éxito es «el trabajo y el ansia de aprendizaje de nuevas ramas artísticas como la escenografía» (Carabias, 1931). La guerra detuvo estos encuentros, aunque formó nuevas relaciones en el exilio, de las que surgieron interesantes colaboraciones, como es el caso de Mallo y la editora Victoria Ocampo, que le abrió las puertas a la clase adinerada bonaerense y a través de la cual accedió a compradores y galevistas, a los que pudo vender sus obras y ser económicamente independiente.

En el rico ambiente cultural e intelectual de los años veinte e inicios de los treinta, Mallo se empapó de la vida urbana y fue formando su propia idea del arte a través de sus paseos, la asistencia a reuniones, las visitas a museos y las lecturas de poetas y otros teóricos en boga en aquellos años, como Marx y Freud. La artista participó y se integró en un universo muy masculino que la acogió por su valía y posiblemente también por su excentricidad². En 1932, la Junta de Ampliación de Estudios de Madrid le otorgó una pensión en París y, gracias a sus relaciones con Picasso, Bretón, Miró, Aragon, Arp y Magritte, expuso un total de diecisiete obras de sus series «Estampas», «Cloacas y campañarios» en la galería fetiche del surrealismo francés Pierre Loeb. Con ello inició un proceso de metamorfosis que la alejó del naturalismo de la serie «Verbenas», de gran colorido y vitalidad, y se adentró en un mundo onírico más tenebroso, posiblemente como preludio del desmembramiento de la España de los años posteriores.

2.3. Exilio y retorno

En los primeros meses posteriores al estallido de la Guerra Civil, Mallo se desplazó a Portugal y, desde Lisboa, tomó un barco a Buenos Aires auspiciada por la poeta y embajadora de Chile en Portugal, Gabriela Mistral. El horror vivido durante la Guerra Civil quedará reflejado en cuatro artículos publicados en *La Vanguardia* en el mes de agosto de 1938, bajo el título de «Relato veraz de la realidad de Galicia». Mallo permaneció en la capital argentina de 1937 a 1964, donde prosiguió con su intensa vida social, codeándose con intelectuales, pero también con la élite financiera y cultural bonarense. Durante aquellos años, viajó, expuso y dio conferencias en toda Sudamérica y Estados Unidos y vivió por el arte y gracias al arte a través de la venta de sus obras y de los ingresos de sus libros, premios y conferencias³.

La pintora viajó a España por primera vez en 1961 y se instaló definitivamente, cuatro años más tarde, en Madrid, una ciudad que tímidamente abría sus puertas a los influjos extranjeros. Sus primeros años fueron solitarios. La mayoría de sus amigos habían muerto o seguían en el exilio y la falta de relaciones sociales a las que estaba tan acostumbrada calaron en la vida de la pintora: «[...] y yo sola en el Hotel Palace y las galerías llenas de pintura informalista, que es un estilo totalmente franquista» (Vázquez, 1993: 22). A esta soledad, se unían los recuerdos placenteros del Madrid de su juventud, cuando la artista contaba con el apoyo de intelectuales, escritores y amigos con el idílico proyecto de alterar la vida cultural de un país en movimiento. Sin embargo, la fuerza intelectual y artística de la pintora hizo que conectara con un grupo de jóvenes deseosos de nuevos aires de libertad tras años de oscurantismo artístico. Sus

2. El escritor Ernesto Jiménez Caballero convirtió a Mallo en uno de los personajes de su novela *La Venus mecánica*.
3. En 1948, ganó el Primer Premio de Pintura en la XII Exposición de Nueva York, con una de las obras de su serie «Cabeza de mujer».

nuevos amigos, muchos de ellos artistas, críticos de arte o comisarios, dieron a conocer a la pintora: Consuelo de la Gángara publicó la primera monografía sobre Mallo en 1976, y en 1982 recibió la Medalla de Oro de Bellas Artes concedida por el Ministerio de Cultura, aunque el verdadero reconocimiento le llegará —como a la mayoría de las mujeres artistas españolas— tras su muerte.

3. Amalia Avia

Amalia Avia tenía cinco años cuando se promulgó la Segunda República española y diez años cuando estalló la Guerra Civil. La pintora nació a mediados de los años veinte en el pueblo de Santa Cruz de la Zarza en Toledo y sus primeros recuerdos se remontan a la llegada de la guerra, que marcaría un antes y un después en la vida de su familia, debido a la temprana muerte del padre y de uno de sus tíos, y que enfrentó a su madre al reto de criar a todos sus hijos y dirigir la hacienda, trabajo al que no estaba muy acostumbrada, pero que desempeñó con soltura.

La guerra perturbó la estabilidad económica de la familia que hasta aquel momento vivía entre Madrid —donde disponía de una gran casa con chofer, cocinera y sirvientes— y el pueblo. Mientras que, en la capital, pasaron a pertenecer a una clase media con dificultades para llegar a final de mes, en el pueblo mantuvieron un cierto estatus propiciado por la madre, que vigiló cuidadosamente el respeto de ciertas normas sociales que recayeron principalmente en sus hijas, y con mayor incidencia en las más pequeñas. Para mantener su condición de clase y ante el temor que la guerra había inoculado en la sociedad española, las más jóvenes pasaron la mayor parte de su infancia recluidas en casa, sin poder salir solas a la calle o jugar con las niñas del pueblo.

En ese limbo en el que no pertenecían a la clase privilegiada pero tampoco a la clase popular, la pintora experimentó fuertes contradicciones que la acompañaron a lo largo de su trayectoria vital. Avia percibió a temprana edad las diferencias de clase y también de género. La sobreprotección de una madre convertida en cabeza de familia hizo que no pudiera disfrutar de la libertad que otorgaba criarse en un ambiente rural, y solo participó en las tareas del campo —la matanza, la cosecha, hacer pan o queso— como observadora, admirando el duro trabajo del campesinado y su libertad para burlar las imposiciones de la Iglesia a través de las canciones y de los bailes en las noches de verano. Solo había un aspecto en el que su familia se acercaba a las costumbres del pueblo y eran los hábitos alimenticios, con copiosas comidas de varios platos y numerosos invitados que se reunían para comer y jugar a las cartas hasta bien entrada la madrugada.

Las relaciones con sus padres y, fundamentalmente, con su madre estaban basadas en el respeto y la obediencia. Las órdenes no se cuestionaban, ni se rebatían, ni se ponían en duda. El peso de la jerarquía, ya fuera familiar, eclesiástica o militar, trataba de imponer una cierta armonía, pero sobre todo funcionaban a través del miedo. Las referencias de la pintora en sus primeros años fueron su abuela materna, que alentó y apoyó a que todos sus nietos estudiaran,

y su hermana mayor, que disfrutó de las prebendas de la Segunda República y estudió abogacía, profesión que no pudo ejercer debido a su muerte temprana, desgracia familiar que incrementó el sentimiento de tristeza, soledad y miedo de la artista. A la dureza de la pérdida de sus seres queridos, se sumó la imposición del luto: el duelo impedía asistir a bailes, fiestas y celebraciones, a veces durante varios años, costumbre que era mucho menos estricta con los varones, «quienes podían salir y entrar según su antojo» (Avia, 2004). De nuevo, las diferencias de género y de clase marcarían el devenir de esta jovencita durante los primeros años de posguerra.

3.1. *Casa, religión y campo*

El ritmo de las labores del campo y las celebraciones religiosas impregnaban todas las actividades sociales y lúdicas del pueblo, tal y como señala Avia en sus memorias:

El otoño se celebraba la vendimia y la matanza, el invierno era la época de las misas diarias eternas y el frío imposibilitaba hacer otra cosa que no fuera estar en casa y recibir visitas, la primavera y los meses de verano eran los más divertidos pese a ser los meses de mayor trabajo, porque tenía lugar la recolección de trigo y cebada. El calor de julio y agosto daba lugar a las noches más frescas en donde los jóvenes agricultores se reunían después del duro trabajo. (Avia, 2004: 148)

La Iglesia y la religión católica también vertebraron, en estos años posteriores a la Guerra Civil, los modos y las costumbres de la sociedad española: desde la educación, hasta la moral, desde las relaciones personales, hasta las relaciones de género. En las zonas rurales, el peso de la religión fue, si cabe, aún más presente. Avía pasó la infancia y la adolescencia asistiendo a misa casi a diario y tal fue el impacto de estas celebraciones que se pasó varios años deseando ser monaguillo, condición que no pudo llevar a cabo, al estar este «oficio» reservado a los varones. Quizá la joven viera en esta práctica una puerta de salida al aburrimiento y la rutina de su vida cotidiana.

La casa del pueblo fue su espacio de recogimiento y espera, así como también el lugar en el que comenzó a esbozar sus primeros dibujos de una manera autodidacta. En el salón, atendía a las visitas de su madre, cosía, bordaba y escuchaba las novelas de la radio, único entretenimiento colectivo en los duros meses de invierno, cuando toda la familia se sentaba a escuchar «el parte» y las telenovelas radiofónicas al calor del brasero. La radio se había popularizado con la llegada de la Segunda República, y durante los años cuarenta y cincuenta fue una de las principales actividades de ocio y de información de la sociedad española. Las horas que Avía pasaba en casa, que eran muchas, las dedicaba a escuchar a las sirvientas y aprender de las dificultades de la vida en el campo. Desde muy joven, también la lectura se convirtió en otro de sus entretenimientos. Repasaba los mismos cuentos que su madre compraba durante sus viajes a Madrid, entre los que figuraban los libros de Elena Fortún, una escritora

republicana y adepta de las ideas feministas que logró, a través del personaje de Celia, escapar y burlar a la censura y plantear ciertos temas como el de la maternidad o el trabajo desde una perspectiva que no se adecuaba al papel de mujer impuesto por el régimen. Con la llegada de la adolescencia, Avía inició sus paseos al monte para estar sola, sin otra compañía que alguno de los perros de la finca. En sus estancias en Madrid, también fueron muy importantes las visitas al cine. Sus películas preferidas eran las de la Pandilla, el Gordo y el Flaco, Charlot o Pamplinas.

Avía pasó los primeros veinte años rodeada de mujeres y, a excepción de su hermana, por mujeres más mayores que ella, con escaso contacto con sus hermanos, a los que, en cierta manera, «trataba de evitar». El colegio de niñas al que asistió en la adolescencia tampoco ayudó a que su mundo se abriera a otras realidades. En la España de finales de los años treinta y cuarenta, la división de género estaba muy definida: cada uno ocupaba su espacio social según sus orígenes y la madre de Avía, como venimos diciendo, desempeñó un papel importante en la socialización de sus hijos en roles de género diferenciados, puesto que permitió a sus hijos varones ciertas actividades —viajar, asistir a fiestas y bailes— prohibidas para las jóvenes. La disciplina, el tedio hacía ciertas actividades y la monotonía de la vida de Avía lo encontramos en las memorias de otras mujeres nacidas en los albores del siglo XX, como Carmen Baroja, Concha Méndez o Ernestina de Champourcín, que confirman que, para muchas jóvenes de clase media, el arnés que las mantenía dentro de la rutina del trabajo doméstico, la costura y las prácticas religiosas resultaba atrozmente doloroso (Kirkpatrick, 2003: 34). Tedio que se veía incrementado por su condición de «hijas de familia», que restringía su libertad a través de la realización de actividades que tenían lugar principalmente en el interior de su hogar, pues el mundo externo era considerado peligroso y no indicado para las señoritas de buena familia.

3.2. Campo artístico y educación en los años de posguerra

Tras la Guerra Civil, se derogaron las leyes civiles de la etapa republicana y se revalidó el control ideológico de la Iglesia sobre la enseñanza, además, la Sección Femenina se convirtió en elemento de transmisión del papel secundario de las mujeres en la sociedad. Economía doméstica, labores, música y baile son las nuevas tareas que toda mujer española debe saber realizar. El nuevo régimen prohibió la coeducación y dificultó y a veces imposibilitó realizar ciertos trabajos, porque, según el Fuero de los Españoles, se pretendía «liberar a la mujer del taller y de la fábrica» (Del Amo, 2009: 17).

Amalia Avía inició sus estudios con una profesora particular y en su adolescencia pasó a estar interna en el colegio aristocrático de la Asunción de Madrid. Los recuerdos de estos años giran en torno a los retiros espirituales y a las confesiones casi diarias. A ese colegio había asistido su hermana mayor cuando la familia tenía una mejor posición económica y Avía fue testigo de la desigualdad en el trato causado por la pérdida de poder adquisitivo. La ense-

ñanza artística en este colegio estaba encaminada a adquirir buenas maneras y no cubrió las expectativas de Avía, que no finalizó el bachillerato, posiblemente porque no se sentía integrada en la institución y echaba de menos la vida en el pueblo. Como ha señalado Julia Varela, la presión de su madre junto con la de los colegios religiosos de señoritas «lejos de contribuir a la formación de un yo para la libertad, fueron en realidad más bien dos instancias clave que actuaron en tenaza para reproducir, y por tanto contribuir a perpetuar la domesticación de las mujeres» (Varela, 2009).

La pintora finaliza el servicio social en el castillo de la Mota, de Medina del Campo, a los veintitrés años. Tras completar esta formación, se traslada definitivamente, junto a su familia, a Madrid. El Servicio Social establecido en 1937 era obligatorio para todas las mujeres comprendidas entre los 17 y los 35 años durante un tiempo mínimo de seis meses y era imprescindible para tomar parte en oposiciones y concursos, obtener títulos, desempeñar empleos retribuidos en entidades oficiales o empresas estatales, al tiempo que sin su cumplimiento no se podía obtener el pasaporte. De esta manera, la Sección Femenina se hacía con el control de la formación, una formación que trataba de inculcar patrones supuestamente femeninos y que otorgaba a las mujeres los roles de ama de casa, esposa y madre.

El Madrid de los años cuarenta se estaba recuperando de los bombardeos y destrozos de los años de contienda y era una ciudad pobre donde aún existían serios problemas para encontrar alimentos y puestos de trabajo. La madre de Avia creía que, en la ciudad, sus hijas tendrían mayores posibilidades de encontrar marido que en el campo y esta fue una de las razones principales de su traslado. Madrid le abrió nuevas oportunidades educativas y también sociales y, aunque en la sociedad española de posguerra, la pintura era vista como una distracción, un pasatiempo formativo en la educación de toda señorita y en ningún caso una posible opción profesional, para Avia asistir a las clases de pintura en el estudio del pintor y profesor Peña fue concluyente en su devenir como pintora: «Es difícil precisar lo que allí aprendí, pero sí puedo decir que el momento de poner el pie en su estudio fue tan decisivo en mi vida que ésta bien se puede dividir en antes o después de Peña» (Avia, 2004: 185). Avia inició, a partir de este momento, un periodo de gran actividad social y cultural que le llevan a visitar el Museo del Prado, leer a Machado, Lorca o Miguel Hernández y asistir a las clases nocturnas en el Círculo de Bellas Artes, una de las instituciones artística con más prestigio en el país, lugar de reunión de literatos, filósofos y pintores, además de centro de conferencias y debates, donde la pintora pudo dibujar por primera vez con modelo vivo, en un país donde aún no era bien visto este tipo de aprendizajes por considerarse inmorales, sobre todo si eran realizados por una joven artista.

Acabada la Guerra Civil, las enseñanzas artísticas se impartían principalmente en las escuelas superiores de bellas artes de Madrid y Valencia. Las artesanales, en las escuelas de artes y oficios y en las escuelas de cerámica. Mediante las escuelas superiores de bellas artes, se pretendía formar artistas y profesores de dibujo para la enseñanza y por las de artes y oficios y artes decorativas

se trataba de obtener artesanos y obreros cualificados (Llorente, 1995: 170). Mientras que el franquismo pretendió, con mayor o menor éxito, convertir el arte en política y el régimen concedió mucha importancia al arte religioso, las vanguardias artísticas fueron señaladas como responsables de la pérdida de identidad nacional, por ser consideradas antinacionales y cosmopolitas (Llorente, 1995: 94). La mayoría de los artistas vanguardistas comprometidos con la República y críticos con el bando nacional se exiliaron, con ello dejaron el país en manos de aquellos que preconizaban un arte clásico canalizado desde la Academia de Artes de San Fernando y promovido a través de las exposiciones nacionales de bellas artes y de los salones de otoño que tuvieron lugar en Barcelona.

En este ambiente conservador comenzaron a despuntar los primeros indicios de cambio artístico con la llegada del movimiento abstracto o informalista. Amalia Avia alquiló un estudio junto a sus amigas y pintoras Esperanza Parada, Gloria Alcahud y Coro Salis y fue en este periodo cuando inició sus viajes al extranjero, primero a París, en compañía de Luis Feito, Carmen Laffón y Lucio Muñoz —que más tarde se convertiría en su esposo—, y posteriormente a Roma. La libertad que le concedió tener una «habitación propia» en la que poder pintar y reunirse le dio un gran respiro, y este espacio en el que recibir a sus amigos le permitió conocer las nuevas tendencias vanguardistas que estaban llegando a España y entablar relación con otros pintores, consciente de sus obstáculos: «[...] en el oficio de pintar no sólo valía hacerlo bien, sino hacer otras cosas que yo nunca alcanzaría» (Avia, 2004: 199).

A comienzos de la década de los cincuenta, cuando la artista tenía veinticuatro años, tímidos aires de renovación llegaron al país y pese a que el régimen había distinguido un arte que enalteciera los valores nacionales bajo la sospecha del arte abstracto, ciertos artistas españoles fueron invitados a las exposiciones internacionales: Jorge de Oteiza ganó la IV Bienal de Sao Paulo en 1957 y empezó a destacar el grupo de pintores informalistas entre los que se encontraban Tàpies, Canogar, Millares, Saura, Suárez, Vela, Cuixart y Feito, entre otros. Las galerías de arte de reciente creación en aquel momento pasaron a ser los centros de reunión de intelectuales y poetas. La galería Biosca propiedad de Aurelio Biosca contrató a Juana Mordó como directora en 1958 y la galerista reunió y alentó en aquellos años a los nuevos pintores, en concreto, a los artistas del grupo El Paso. Juana Mordó, que abrió su propia galería con una exposición colectiva en 1964, invitó a un nutrido grupo de pintores abstractos, entre los que figuraban las pintoras Amalia Avia y Carmen Laffón, que, alejadas de los presupuestos informalistas, siguieron la estela del realismo que preconizaba Antonio López⁴. Es interesante destacar este hecho porque,

4. Avia y Laffón fueron las dos únicas mujeres que participaron en esta exhibición, entre los que se encontraban Rafael Canogar, Eduardo Chillida, José Guerrero, Antonio López García, Manuel Millares, Manuel Hernández Mompó, Lucio Muñoz, Manuel Rivera, Antonio Saura, Eusebio Sempere, Pablo Serrano, Antonio Suárez, Antoni Tàpies, Gustavo Torner i Fernando Zóbel.

mientras la vanguardia española parecía ir de la mano del arte informalista, Avia y Laffón transgredieron esta tónica general y optaron por un arte más realista. Fueron, en definitiva, contra corriente y lograron salir airoso en el difícil mundo del arte.

3.3. *Conciliar*

Hasta bien entrada la juventud, Amalia Avia estuvo rodeada de sus hermanas, su madre, las amigas de su madre y las sirvientas, y no tuvo muchas amigas hasta sus años de formación en el Madrid de los años cincuenta, y cuando ya contaba veinticinco años. La moral cristiana impuesta durante la dictadura había calado duramente en las relaciones entre hombres y mujeres, y el régimen de Franco desarrolló una legislación que excluía a las mujeres de numerosas actividades, en el intento de mantenerlas en roles muy tradicionales. A finales de 1939, se prohibió a las mujeres inscribirse como obreras en las oficinas de colocación, salvo si eran cabezas de familia y mantenían a ésta con su trabajo, estaban separadas, se hallaba incapacitado su marido o eran solteras. Posteriormente, se prohibió el trabajo de la mujer casada si el marido tenía un mínimo de ingresos y la Ley de reglamentaciones de 1942 implantó la obligatoriedad de abandono del trabajo por parte de la mujer si se casaba, medida que se suprimió tras la aprobación de la ley de julio de 1961, que recogió el principio de igualdad de derechos laborales de los trabajadores de ambos sexos, pero la mujer todavía no podía firmar un contrato de trabajo, abrir una cuenta corriente o realizar una operación de compraventa sin la autorización de su marido. La profesión de artista era, aún si cabe, más difícil de ejercer, porque a las dificultades de aprendizaje estaban unidas las relaciones que se tenían que establecer en el campo artístico y que iban más allá de su destreza y habilidad o, por decirlo de otra manera, de su capacidad de creación. Amalia Avia fue consciente de la complejidad de ser artista por el hecho de tratarse de una mujer autodidacta en un ambiente donde incluso las pintoras dudaban de su valía:

[...] mis compañeras llevaban tantos años como ellos pintando y, sin embargo, todas adoptaron la misma actitud humilde y supeditada que posponía siempre nuestras inquietudes y nuestra vocación a las suyas. Me podrían decir que nuestra vocación era menor que la de ellos; puede que así fuera, aunque habría que ver el porqué. (Avia, 2004: 207)

En los años cuarenta, por primera vez, una mujer, Julia Minguillón, consiguió una medalla de primera clase en la Exposición Nacional de 1941 por la obra *La Escuela de Doloriñas* y Marisa Roësset obtuvo una medalla de segunda clase con la pintura *La Anunciación*, y si bien fue constante y significativa la presencia de mujeres en las exposiciones nacionales de bellas artes, su participación estaba dentro de una línea estilística general que se situaba dentro de los cánones del naturalismo academicista cuando las vanguardias parecían señalar otros horizontes (Muñoz, 2003: 233).

Durante los años cincuenta, las pintoras que van emergiendo en la escena artística lo hacen muy lentamente y casi siempre a la sombra de sus compañeros. Su papel es secundario, como si no creyeran en su valía o dudaran que ellas también tienen interesantes ideas que aportar. La rígida moral cristiana impuesta en los años de posguerra y una educación centrada en la casa, el marido y los hijos había calado tanto en los hombres como en las mujeres, para quienes fue difícil encontrar referentes distintos a los que proponía la Sección Femenina:

Mi grupo femenino era un grupo conservador. Entonces, viniendo de donde yo venía, no era consciente de ello. Pintar desnudos y beber vino en los estudios me parecía la revolución; pero la verdad es que constituíamos un grupo bastante conformista y aceptábamos sin rechistar nuestro papel de segundonas. Eso era precisamente lo que buscaban los hombres en las mujeres, y las artistas no constituían una excepción. Esperanza Parada decía con frecuencia: «Cuando os guste un chico no se os ocurra confesar que habéis leído el Quijote; os abandonará inmediatamente». Lo que Parada decía medio en broma era una gran verdad, y las palabras *sabionda*, *intelectual* o *pedante* eran las empleadas para designar a la chica que simplemente opinaba. (Avia, 2004: 208)

El enlace de Amalia Avia con el pintor Lucio Muñoz y su posterior maternidad marcaron otro punto de inflexión en su vida, al tener que compaginar los pinceles con las faenas del hogar y la educación de sus cuatro hijos varones: «de forma que, mientras pintaba, no dejaba de estar con ellos» (Avia, 2004: 312). El matrimonio o unión de mujeres pintoras con hombres artistas no era nuevo y venía siendo una relación habitual desde el Renacimiento, al otorgar a las mujeres un ambiente más propenso a la creación y a las indagaciones artísticas, aunque generalmente subordinado al de sus compañeros, pues tenían que encargarse de otras tareas, como la casa y el cuidado de los hijos que restaba horas a su actividad profesional. Avia realizó su primera exposición meses antes de casarse y su segunda exposición en abril del año 1961 en la Galería Biosca y aunque en sus memorias considera que el matrimonio y la maternidad supone un cambio más fuerte en la mujer que en el hombre, también señala la importancia que tuvo en su vida personal la complicidad con su pareja durante sus años de vida en común.

4. A modo de conclusión

Se nos pregunta, con indulgente ironía, cuantas grandes artistas ha habido. ¡Eh! ¡Señores! Vistas las enormes dificultades que estas han tenido, lo sorprendente es precisamente eso; que haya habido tantas. Marie Bashkirtseff (1858-1884)

En la profesionalización de las mujeres artistas, las características de los contextos nacionales desempeñaron un papel decisivo, como lo demuestra el caso de Rusia y también el de España en las primeras décadas del siglo XX. En ambos países, se promovió la educación femenina a todos los niveles y se aprobaron

leyes que contribuyeron a su emancipación en el mundo laboral y político, lo cual dio origen a la presencia de muchas e importantes artistas. En España, la Institución Libre de Enseñanza impulsó un tipo de educación que caló en ciertas élites y fue pionera a la hora de poner en marcha una serie de iniciativas pedagógicas destinadas a mejorar la condición de la mujer española. La Institución defendió el papel de la mujer como maestra, su derecho a acceder a todos los niveles de la enseñanza y la coeducación desde la primera infancia. Reformas que fueron decisivas para que un grupo de mujeres entraran con voz propia en el mundo tan masculino como el artístico. La España de Mallo aprobó el voto femenino y el divorcio, el peso de la religión y de la Iglesia estuvo puesto en entredicho durante la República y, aunque la sociedad española seguía siendo muy conservadora, Malló contó con el apoyo de su familia y sus amigos, además, la pertenencia a ciertas redes de poder fue decisiva para que prosiguiera su carrera como artista y pudiera ser económicamente autónoma. El peso de la educación artística fue clave en su desarrollo como pintora por varios motivos: la asistencia como alumna a la Academia de Bellas Artes le otorgó unos conocimientos formales (teóricos y técnicos) y le permitió entrar en el círculo de los artistas y, con ello, la posibilidad de exponer, obtener becas, viajar y afirmarse y reafirmarse ante los demás como pintora.

Maruja Mallo consiguió vivir de su obra, se apartó de los convencionalismos impuestos por la tradición, siempre manifestó ideas de acentuado carácter anticlerical y apostó por los cambios que preconizaba la República. Un espíritu emprendedor y rebelde y el beneplácito de otros artistas, críticos e intelectuales que la concedieron legitimidad y posición en el mercado artístico fueron claves para que la pintora adquiriese una fuerte confianza en sí misma y se hiciera visible en un mundo copado por artistas varones. Otra de las mujeres referentes y pioneras del campo artístico español de principios de siglo fue la pintora cántabra María Gutiérrez Blanchard (1881-1932). Blanchard y Mallo viajaron a París siendo muy jóvenes y allí conocieron a otros artistas vanguardistas, con quienes compartieron los mismos cafés y salas de exposiciones; las dos fueron profesoras de dibujo por poco tiempo, puesto que abandonaron la docencia por el ambiente conservador que se vivía en las escuelas y permanecieron solteras y sin hijos, lo que les permitió una cierta libertad de movimiento⁵. El caso de Blanchard o Mallo no es único, a la misma generación que la pintora gallega pertenecen las pintoras Ángeles Santos (1911) y Remedios Varo (1908-1963) que iniciaron sus estudios de dibujo siendo niñas. El crítico Giménez Caballero comparó a Santos con Mallo en *La Gaceta Literaria* y Santos, al igual que Varo, se casó con un pintor. Remedios Varo se incorporó a la Escuela de Bellas Artes de 1924 a 1930 y, su tras su exilio a México, tuvo un gran éxito como pintora surrealista, a diferencia de Santos, que permaneció en España y dirigió su pintura hacia una posición más conservadora. Las tres artistas se nutrieron de los presupuestos ideológicos del surrealismo y en los tres casos,

5. . A la muerte de Blanchard, en 1932, Federico García Lorca leyó un elogio póstumo en el homenaje organizado por Clara Campoamor en el Ateneo de Madrid.

pero especialmente en Varo y Mallo, se aprecia el carácter multidisciplinario del artista de vanguardia que toca todos los palos de la creación, ya sea la pintura, la fotografía, la escenografía o la literatura⁶.

Estas mujeres nacidas en los albores del siglo XX fueron, sin duda, figuras abanderadas en una sociedad donde aún estaba mal visto que las jóvenes acudieran a la Academia de San Fernando de Madrid sin la presencia de una señorita de compañía, lo que indica que las jóvenes que estudiaban arte pertenecían a las clases medias altas. Estas mujeres no se incorporaron a la práctica artística por pasatiempo ni siguiendo la tradición familiar, aunque en muchos casos contarán con hermanos o esposos pintores. El acceso a los estudios artísticos y la libertad de movimientos que tuvo Maruja Mallo le posicionaron en los lugares en los que se hablaba y se debatía sobre temas artísticos y literarios, lo que le brindó nuevos y continuos conocimientos que aplicó a su arte y a su vida.

Podemos deducir que las mujeres que formarían parte de las vanguardias de los años veinte encontraron menos obstáculos para desarrollar una vocación artística que la generación de mujeres formadas durante los años que duró la dictadura franquista, como es el caso de Amalia Avia. La pintora toledana vivió en un contexto donde el matrimonio, la maternidad y el repliegue de la mujer en el ámbito de lo privado era el camino que toda mujer «decente» debía seguir. El peso de la Iglesia en los asuntos morales, los problemas económicos a los que había sumido la Guerra Civil a su familia, las leyes laborales discriminatorias para las mujeres y la vuelta a la tradición impuesta en la Academia de Arte dificultaron el acceso de las mujeres a las enseñanzas artísticas: pintar para una mujer volvía a ser un asunto para entretenerse y entretener. No debemos olvidar que, durante el franquismo, la institución eclesiástica articuló un sistema educativo que dificultó la formación intelectual de las mujeres, con unos planes de estudio diferenciados en el que destacaban cursos de puericultura, hogar y economía doméstica, con el fin de prepararlas para el rol de madres y esposas. Además, el restablecimiento del Código Civil de 1889 durante la dictadura franquista representó un retroceso en los derechos de las mujeres, al elevar su mayoría de edad legal a los veinticinco años, obligarles a obedecer a su marido (art. 57), a adoptar su residencia (art. 58), su nacionalidad (art. 22) y otorgar sistemáticamente al esposo la administración de los bienes conyugales (art. 59) (Toboso, 2009: 71-98).

Avia no se planteó su vocación artística hasta muy tarde, cuando se instaló en Madrid a finales de los cuarenta y empezó a frecuentar a un nutrido grupo de pintores, pero incluso en ese momento sintió «que nadie se tomaba en serio el papel de mujer artista» (Avia, 2004). Atrás quedaba el asociacionismo femenino que tan importante fue para las mujeres artistas, al ofrecer a las socias apoyo, relaciones, espacios de exposición y clientes. Estos grupos de mujeres que progresaron en Europa y en Estados Unidos desde la segunda mitad del

6. Remedios Varo participó junto a Maruja Mallo en la Exposición Logicofobista patrocinada por el movimiento de arte vanguardista ADLAN, o Amigos del Arte Nuevo, dos meses antes del estallido de la Guerra Civil.

siglo XIX, como la Union des Femmes Peintres et Sculpteurs, que nace en 1882; la Society of Lady Painters, creada en Londres en 1857, o la Verein der Berliner Künstlerinnen alemana, con sede en Berlín y que llegó a contar con más de mil miembros en la década de 1930 no encuentra su contrapartida en la España de los años cuarenta y cincuenta, y habrá que esperar hasta los años sesenta para los primeros atisbos de asociacionismo femenino en España (Trasforini, 2009: 127, 128).

Cuando Berthe Morisot murió en París en 1895, la familia quiso que, en su certificado de defunción, pusiera: «Sin profesión» (Wilhelm, 2002: 82). Maruja Mallo y Amalia Avia tuvieron distintos devenires artísticos, pero ambas fueron mujeres comprometidas con el momento en el que les tocó vivir. Mallo valoró el arte popular, ironizó contra los poderes de la jerarquía eclesiástica, militar y política, y apoyó los presupuestos de la República. Avia vivió durante la posguerra su oposición al régimen y, al tiempo que criaba a sus hijos y compaginaba los lienzos con los pañales, logró ser algo más que la esposa de un pintor reconocido, además, tuvo la osadía de alejarse de las modas artísticas que preconizaba el arte abstracto. Las dos se sintieron artistas, y con la libertad y la dificultad que otorga el lienzo en blanco, trataron de vivir de su creación. Sin doblegarse a tendencias o influencias externas, las dos consiguieron que sus cuadros fueran reconocidos por la crítica y expuestos en las salas de arte para que pudieran ser contemplados por todos nosotros.

Referencias bibliográficas

- ALBERTI, Rafael (1987). *La arboleda perdida*. Barcelona: Seix Barral.
- ÁLVAREZ-URÍA, Fernando y VARELA, Julia (2008). *Materiales de Sociología del Arte*. Madrid: Siglo XXI.
- (2009). *Sociología de las instituciones*. Barcelona: Morata.
- AMO, María Cruz del (2009). «La educación de las mujeres en España». *CEE Participación Educativa*, 11, 8-22.
- AVIA, Amalia (2004). *De puertas adentro: Memorias*. Madrid: Taurus.
- BAROJA Y NESSI, Carmen (1998). *Memorias de una mujer del 98*. Barcelona: Tusquets.
- BOURDIEU, Pierre (1992). *Les Règles de l'art: Genèse et structure du champ littéraire*. París: Seuil.
- CAPEL, Rosa María (1982). *El trabajo y la educación de la mujer en España 1900-1930*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- CARABIAS, Josefina (1931). «La pintora Maruja Mallo marcha a París». *Estampa*, 201.
- CHAMPOURCÍN, Ernestina (1997). *La ardilla y la rosa*. Huelva: Fundación Juan Ramón Jiménez.
- DIEGO, Estrella de (1987). *La mujer y la pintura en la España del siglo XIX*. Madrid: Cátedra.
- (1995) «María, Maruja, Mallo». *Revista de Occidente*, 168, 77-92.
- (2008). *Maruja Mallo*. Madrid: Fundación Mapfre.
- ESCRIBANO, María (2010). «Maruja Clara». En: *Maruja Mallo*. Madrid: Real Academia de las Artes de San Fernando, 21-31.
- FERRIS, José Luis (2004). *Maruja Mallo: la gran transgresora del 27*. Madrid: Temas de Hoy.

- GÁNGARA, Concepción de la (1978). *Maruja Mallo*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón (1929). *Maruja Mallo*. Madrid: El Sol.
- HIERRO, Guadalupe del (2006). «Identidad femenina y modernidad pictórica: Maruja Mallo y Remedios Varo». En: *Género y géneros: Escritura y escritoras iberoamericanas*. Universidad Autónoma de Madrid, 217-226.
- HUICI, Fernando y DIEGO, Estrella de (1999). *Fuera de orden: Mujeres de la vanguardia española: María Blanchard, Norah Borges, Maruja Mallo, Olga Sacharoff, Angeles Santos, Remedios Varo*. Madrid: Fundación Cultural Mapfre Vida.
- KIRKPATRICK, Susan (2003). *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*. Madrid: Cátedra.
- LEÓN, María Teresa (1999). *Memorias de la melancolía*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- LORENTE, Ángel (1995). *Arte e ideología en el franquismo (1936-1951)*. Madrid: Antonio Machado.
- MADERUELO, Javier y BONET, Juan Manuel (1997). *Catálogo del Museo de Arte Abstracto Español*. Madrid: Arte y Ciencia.
- MALLO, Maruja (1939). *Lo popular en la plástica española a través de mi obra: 1928-1936*. Buenos Aires: Losada.
- MANGINI, Shirley (2001). *Las modernas de Madrid, las grandes intelectuales españolas de vanguardia*. Barcelona: Península.
- MUÑOZ LÓPEZ, Pilar (2003). *Mujeres españolas en las artes plásticas*. Madrid: Síntesis.
- NERUDA, Pablo (1979). *Confieso que he vivido*. Barcelona: Argos Vergara.
- TOBOSO, Pilar (2009). «Las mujeres en la Transición. Una perspectiva histórica: antecedentes y retos». En: GONZÁLEZ RUIZ, Pilar; MARTÍNEZ TEN, Carmen y GUTIÉRREZ LÓPEZ, Purificación (eds.). *Movimiento Feminista en España años setenta*. Universidad de Valencia / Cátedra, 71-98.
- TRASFORINI, María Antonietta (2009). *Bajo el signo de las artistas: Mujeres, profesiones de arte y modernidad*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.
- ULACIA, Paloma (1990). *Memorias habladas, memorias armadas*. Madrid: Mondadori.
- VAL CUBERO, Alejandra (2003). *La percepción social del desnudo femenino en el arte. Siglos XVI-XIX: Mujer, arte y sociedad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2010). «Una aproximación metodológica en el análisis de las obras de arte». *Arte, Individuo y Sociedad*, 22 (2), 63-72.
- VARELA, Julia (2009). «Mujeres con voz propia: El peso de la socialización primaria en tres mujeres de la burguesía liberal española». *Propuesta Educativa* [en línea], 32. <www.propuestaeducativa.flaco.org.ar/archivos/articulos/17.pdf> [Consulta: 20 febrero 2013].
- (2011). *Mujeres con voz propia. Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Campubí Aymar y María Teresa León Goyri: Análisis sociológico de la biografía de tres mujeres de la burguesía liberal española*. Madrid: Morata.
- VÁZQUEZ, Ana (1993). *Maruja Mallo*. La Coruña: Centro de Arte Contemporáneo.
- VICENT, Manuel (1981). «Maruja Mallo: la diosa de los cuatro brazos». *El País*, 12 de agosto.
- VILLA, Rocío de la (2011). «Artistas heroínas». En: *Heroínas*. Madrid: Museo Thyssen-Bornemisza.
- VVAA (2002). *Maruja Mallo*. Madrid. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- WILHELM, H. (2002). *Berthe Morisot. Regards pluriels / Plural vision*. París: Mazzotta.

Igualdad y diferencia en la profesionalización de las artistas. Comentarios a los textos de Alejandra Val Cubero y Natalia Izquierdo

Constanza Tobío

Universidad Carlos III de Madrid. Departamento de Ciencia Política y Sociología
ctobio@polsoc.uc3m.es



Recibido: 26-10-2012
Aceptado: 11-03-2013

Resumen

A partir de los conceptos de igualdad y diferencia, se discuten las formas de profesionalización de cuatro mujeres artistas españolas. Solo en el caso de Maruja Mallo se observa una trayectoria equiparable a la de los hombres artistas, tanto en lo que se refiere a la formación académica en las escuelas de bellas artes, como al reconocimiento por parte de la crítica especializada, a la autonomía económica que le confiere su actividad como pintora y a la separación de su vida personal y amorosa respecto de su trabajo profesional. En los otros tres casos, los de la pintora Amalia Avía y las escritoras Carmen Martín Gaité y Carmen Laforet, hay una tensión entre la vida artística y la vida personal, en especial en lo que se refiere a la relación con los hombres, que se resuelve en supeditación, evasión o conflicto.

Palabras clave: mujeres; profesiones liberales; pintura; literatura; estudios de las mujeres.

Abstract. *Equality and difference in the professionalization of women artists: Comments on the Texts of Alejandra Val Cubero and Natalia Izquierdo*

The paths to professionalization of four Spanish women artists are discussed from an equality-difference perspective. Maruja Mallo is the only woman with a trajectory comparable to that of male artists in terms of formal fine arts training, recognition by specialized critics, economic independence through painting, and the separation between her personal and sentimental life and professional activity. In the case of the painter Amalia Avía and the writers Carmen Martín Gaité and Carmen Laforet, there existed a tension between their lives as artists and their personal lives, particularly regarding men, which was resolved through dependence, evasion or conflict.

Keywords: women; liberal professions; painting; literature; women's studies.

Sumario

Vocación, formación y reconocimiento	Antes y después de la Guerra Civil
Los hombres	Conclusión
Las amigas artistas	Referencias bibliográficas

Alejandra Val Cubero y Natalia Izquierdo nos presentan cuatro historias, hermosamente contadas, de mujeres maravillosas con vidas difíciles y una obra artística destacable. Ser artista entraña, sin lugar a dudas, una identidad compleja, pero en el caso de los hombres el hecho de serlo no añade complejidad, a diferencia de lo que ocurre con las mujeres. En este caso, ser artista es superar el ser mujer: son artistas a pesar de ser mujeres. Y ese sobreponerse al propio género puede interpretarse en clave de igualdad o diferencia, seguramente el gran debate del feminismo.

La lucha por la igualdad tiene, para las mujeres, el peligro de minimizar u obviar los poderosos obstáculos que la impiden, con lo cual se reproduce la desigualdad. Por el contrario, el énfasis en la diferencia tiende a naturalizarla, como si fuera inherente al género femenino, y se reproduce, también así, la desigualdad con los hombres. Tal como ha puesto de relieve Carole Pateman (1989), el dilema de Wollstonecraft, así denominado en homenaje a la pensadora feminista pionera¹, no tiene solución en el marco de la dominación patriarcal. Las mujeres están condenadas a desenvolverse entre la reivindicación de hacer lo que pueden hacer los hombres y la de aquello que hacen como mujeres. De una u otra manera, vuelven a la subordinación y, sin embargo, en el camino, avanzan.

De manera similar a lo que ocurre con el resto de las mujeres, también las artistas eligen —o se sitúan sin haberlo decidido— en la igualdad o la diferencia. Maruja Mallo representa bien una trayectoria de asimilación a los comportamientos masculinos, que hubiera podido ser la de un hombre. Adquiere una formación artística académica, lo cual no le impide familiarizarse también con las corrientes pictóricas de vanguardia, de las que acabará formando parte. Desde muy pronto, participa en exposiciones en las que presenta su obra, bien acogida por la crítica, y se gana un creciente reconocimiento como pintora. Ser artista constituye su identidad y el arte es su forma de ganarse la vida.

Carmen Laforet representa un caso opuesto. Su vida es el desgarramiento entre ser mujer y ser artista. Fracásó como madre —o así lo percibía—, a pesar de haber tenido cinco hijos, y fracasó como escritora, ya que no escribía lo que quería, al final no sabía lo que quería escribir y, en los últimos años de su vida, ni siquiera podía escribir. Sin embargo, escribió un libro mítico y perdurable. Carmen Laforet quería encontrar una forma de ser escritora siendo mujer,

1. Mary Wollstonecraft, pensadora feminista del siglo XVIII que reivindicó los derechos de las mujeres en los años de la Revolución Francesa (1977).

una forma diferente, femenina, de ser artista e incluso habla de un «feminismo femenino» como utopía superadora de las tensiones a las que se enfrentan las mujeres en la construcción de su identidad. Quizá eso sea lo que sí encuentra, sin haberlo buscado ni esperado, Amalia Avia, artista y esposa de artista, artista y madre de artista. Pero su condición de pintora está en un segundo plano respecto de su marido, Lucio Muñoz, y probablemente respecto de sus propias prioridades. El reconocimiento de su obra es muy tardío, solo llegará al final de su vida e incluso después. Carmen Martín Gaité también fue esposa de artista, del escritor Rafael Sánchez Ferlosio, además de madre. Aunque desarrolló una carrera académica y literaria, toda su vida tiene algo huidizo, difícil de aprehender. Hay algo opaco y misterioso en su forma de vivir y de ser, de lo que su autobiografía *El cuarto de atrás* solo da algunas claves. La regresión a un mundo propio parece haber sido una de sus estrategias de supervivencia en un entorno que se adivina hostil a su vocación.

Vocación, formación y reconocimiento

Alejandra Val Cubero señala varias condiciones que debe reunir el artista profesional: la vocación, la competencia especializada y el reconocimiento social, que, supuestamente, se consiguen tras el paso por la academia, en el caso de la pintura. Todo ello es problemático para las mujeres. Su vocación, es decir, la capacidad para crear, ha sido, implícita o explícitamente, puesta en duda, aunque ha encontrado, ya desde el siglo XIX, defensores como Stuart Mill, quien, probablemente inspirado por su mujer, la feminista Harriet Taylor, afirmó que la supuesta falta de creatividad femenina no es más que el resultado de sus carencias en materia de educación (Stuart Mill y Taylor Mill, 2001). Manuel Cerezales, el marido de Carmen Laforet, comparte esas dudas acerca de su mujer y se refiere de distintas maneras a su falta de capacidad creadora, por no inventar sino escribir siempre sobre algo ocurrido o vivido (Izquierdo López, 2013), tendencia que procurará infructuosamente modificar. Late, sin embargo, la sospecha de que el rechazo al realismo literario fuera el temor a verse él mismo retratado o a una comparación que no le fuera favorable.

Tampoco el acceso a la formación es un camino fácil para las mujeres. En el pasado, la prohibición era con frecuencia explícita, como denuncia Virginia Woolf (2008) cuando se le prohíbe entrar en la biblioteca de Oxbridge, aunque más frecuentemente era una opción descartada, en especial, cuando se trataba de enseñanzas muy especializadas, como las artísticas. Maruja Mallo es la excepción en este sentido. Su vocación y su capacidad se reconocieron muy pronto. Superó brillantemente los exámenes de acceso a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando con los elogios de los profesores, aunque, a la vez que felicitan a la candidata, hacen notar que fue la «única señorita aprobada» (Val Cubero, 2013). Las dotes excepcionales de Maruja Mallo se ponen de manifiesto en su expediente académico, que revela, en la mayor parte de las materias, las máximas calificaciones (Nuevo Cal e Ínsua López, 2011: 41-42). Ninguna de las otras artistas estudiadas tuvo una educación formal en el campo

del arte. Carmen Martín Gaité estudió en la universidad y terminó la carrera, pero ello tenía más que ver con una actividad aceptable socialmente para una joven de clase media provinciana y conservadora que con un proyecto vital como escritora. Para Carmen Laforet y Amalia Avia la dedicación artística tuvo algo de sobrevenido e inesperado.

La cuestión del reconocimiento de la obra artística plantea, en primer lugar, preguntas acerca de cómo se constituye el «campo» artístico, en el sentido que Bourdieu (1988, 1991) da al concepto, además de quién y cómo reconoce qué y por qué. Por otra parte, el reconocimiento puede entenderse en oposición a la redistribución, como la otra cara de la desigualdad de clase, de género o de otro tipo, tal como plantea Fraser (Fraser y Honneth, 2006). El reconocimiento se asocia, así, al estatus weberiano, frente a la dimensión del acceso a los recursos materiales.

Maruja Mallo consigue un temprano reconocimiento de la crítica especializada y de la intelectualidad de la época, entre las cuales destaca la muy favorable de Ortega y Gasset, así como la de Gómez de la Serna y de Giménez Caballero. También hubo personajes destacados, como Juan Ramón Jiménez o Luis Buñuel (Nuevo Cal e Ínsua López, 2011: 155), que emitieron juicios muy negativos sobre su pintura, pero, en todo caso, nunca generó indiferencia, sino que, de ella y de su pintura, se hablaba y se escribía, y lo hacían los grandes personajes de la vida pública.

Para Carmen Laforet, el reconocimiento fue muy temprano e imprevisto y tuvo insospechadas consecuencias sobre su trayectoria posterior. Gana el Premio Nadal con solo veinticuatro años y su novela *Nada* se convierte en un gran éxito editorial, ante el que la sociedad española no permanece indiferente. Muestra el mundo mediocre y mezquino de los vencedores del franquismo, un retrato sutil que no pueden dejar de mirar, aunque tampoco, quizá, de vengarse después. El libro le costó a Carmen Laforet la ruptura con su familia de Barcelona, con la que había vivido un año y cuyo mundo reflejó, así como el temor de su padre y de su futuro marido a verse ellos también retratados en sus libros posteriores. Ninguno, sin embargo, es comparable a *Nada*, quizá porque ya no pudo permitirse escribir con la libertad de la que disfrutó con el primero.

Si la trayectoria de Maruja Mallo muestra un camino de búsqueda del reconocimiento a través de los medios habituales en el mundo de la pintura y la de Carmen Laforet, su encuentro inesperado, en los otros dos casos estudiados no hay ni una cosa ni otra, sino más bien una cierta modestia que se corresponde con su logro tardío y más limitado.

Mallo es la única de estas cuatro artistas cuya actividad está plenamente profesionalizada, según los cauces establecidos y por los que discurre habitualmente la carrera artística de los hombres. Tiene a su alcance, en cada momento, los medios necesarios para pintar y acceso a espacios de difusión de su obra. Para las otras tres artistas, el propio acceso a los medios que requiere su trabajo es problemático. Carmen Laforet, por ejemplo, recuerda la temporada que pasó en Madrid, en casa de una tía suya que, a pesar de vivir en un piso pequeño, le dejó una habitación para ella sola con una mesa para escribir, el único lugar en

el que lo pudo hacer sin angustia. También Amalia Avia descubre la importancia de un lugar para la creación, la habitación propia de Virginia Wolf, cuando comparte con otras pintoras un estudio en Madrid. Y quizá «el cuarto de atrás» de Carmen Martín Gaité, rememoración del único espacio de libertad en su infancia, sea una habitación propia interior que la acompañará toda la vida.

Hay, sin embargo, otros factores que, en el caso de estas cuatro artistas, intervienen, a veces de forma decisiva, en su quehacer artístico. En primer lugar, la relación con los hombres, tanto maridos y parejas como padres. En segundo lugar, las amigas que aportan una red de ayuda y complicidad a mujeres pioneras en muchos momentos invadidas por el desasosiego o la inseguridad. Otro factor determinante es el momento histórico que les toca vivir: la República, la guerra y la posguerra. En unos pocos años, la sociedad española avanza primero y retrocede después, lo cual incide fuertemente, aunque de distintas maneras, en las cuatro vidas estudiadas.

Los hombres

Maruja Mallo no se casó nunca, ni tampoco tuvo hijos. Entabla con los hombres relaciones, sin duda, muy distintas de lo que era habitual en su época. Relaciones que se pueden calificar de igualdad. Tuvo con Rafael Alberti una larga historia de amor y compañerismo. Hay una influencia mutua en la obra de los dos artistas durante ese periodo y una declarada admiración del poeta hacia la pintora (Nuevo Cal e Ínsua López, 2011: 59). Entre los amigos de la residencia de estudiantes, Mallo es una más, así como en las tertulias del Madrid de los años treinta, generalmente masculinas, y más aún en París, donde va becada por la Junta de Ampliación de Estudios y se relaciona con pintores como Picasso, Bretón, Aragón o Magritte.

Hay, sin embargo, un hombre que ejerció una influencia fundamental en la trayectoria artística de Maruja Mallo, su padre, sin cuyo decidido y temprano apoyo a su formación como pintora seguramente no habría alcanzado la sólida base que adquirió en la escuela de arte de Avilés y en la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Ello le permitió, además, acceder a una plaza de profesora de dibujo mediante oposición, lo cual marca claramente la voluntad de hacer de su arte una actividad profesional.

Las otras tres artistas estudiadas se casaron y tuvieron hijos, aunque solo en el caso de Amalia Avia fue un matrimonio feliz y duradero. Su marido era un pintor consagrado con quien compartió el mundo artístico de la vanguardia española de la posguerra, aunque ella seguiría su propio camino realista, menos valorado en su medio. En la autobiografía que escribió, hace un retrato lúcido de la subordinación de las mujeres pintoras de su tiempo, a las que llega a calificar de «segundonas», frente a los hombres, los auténticos protagonistas. Y así fue también en su vida, a pesar de la complicidad con su marido.

Los matrimonios de Carmen Martín Gaité y Carmen Laforet, en cambio, fueron mucho más complicados y acabaron en divorcio. De Martín Gaité, no se sabe mucho, en realidad, a pesar de que escribiera una novela autobiográfica.

Tampoco el que fue su marido, Rafael Sánchez Ferlosio, ha escrito o hablado de su vida en común, aunque todavía podría hacerlo. Pero quizá se pueda leer entre líneas en algunos de los escritos de Martín Gaité, en especial de la permanente idea de fuga, de refugio o fantasía frente a una realidad seguramente distinta de la que desearía. La fuga o huída fue también una idea recurrente en Carmen Laforet, quien se definía como «vagabunda». De ella y de las relaciones con su padre y con su marido, sabemos mucho más. Ambos temieron y exigieron no verse convertidos en personajes de sus novelas, lo cual sin duda plantea interrogantes acerca de su relación con la escritora. Manuel Cerezales intentó incluso que desaparecieran las cartas intercambiadas con su mujer. No son, sin embargo, casos únicos. Por ejemplo: Manuel Murguía, el marido de Rosalía de Castro, quemó su correspondencia y desaparecieron prácticamente todas sus cartas, sin que falten sospechas acerca de sus auténticos motivos.

Cerezales de alguna manera descubrió a Laforet como escritora, descubrió que tenía algo especial, seguramente único. De hecho, fue quien la animó a presentarse al Premio Nadal y la orientó en el mundo literario. En los primeros momentos de su relación, él la admira y la promueve. Parece ser lo que ella busca, alguien —un hombre— que la guíe, y deposita en él una confianza plena. Al poco tiempo de su matrimonio, la percepción cambia. Carmen Laforet llega a escribir que tenía miedo de que su éxito literario despertara los celos de su marido, al fin y al cabo, también escritor. Él la guía, tal como ella deseaba, pero su intento de hacerle cambiar la forma de escribir acaba produciendo en Laforet una inhibición, una dificultad creciente para escribir de la que no se recuperará, ni siquiera cuando se divorcia de él. De forma recurrente, buscará la huída en diferentes formas, del misticismo al desapego de la cotidianidad o la fantasía, y cuando efectivamente huye, está demasiado desgarrada como para poder encontrarse.

La relación de las artistas con sus maridos o, dicho de otra manera, de los hombres con mujeres artistas no parece ser fácil. Con frecuencia, ellos frustran, directa o indirectamente, su capacidad artística individual, tal como ocurrió en el caso de Carmen Laforet. Pero hay casos todavía más extremos, como la prohibición de ejercer su profesión después de casarse, casi la norma general hasta no hace tanto tiempo. Puede, por ejemplo, recordarse como Gustav Mahler prohibió a su mujer Alma, compositora como él, que siguiera trabajando, y solo al final de su vida accedió a que publicara algunas canciones (VVAA, 2008). Frecuentemente, del talento femenino se beneficiaba el hombre a través de su ayuda anónima, como ocurrió con Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez o, ya en forma de plagio, con Martínez Sierra y María Lejárraga, quien había en realidad escrito algunas de las obras de teatro que él publicó con su nombre. Hay que decir, sin embargo, en cierto descargo de estos hombres, que esa apropiación de las capacidades de sus mujeres se produce en el marco de un modelo familiar en el que el hombre representa al conjunto de sus miembros y el grado de individualización es menor que el de hoy. Pero pocas veces encontramos lo contrario, el marido que, consciente de la capacidad de su mujer artista, dedica su vida a estimularla y desarrollarla. Fue, por ejemplo, el

papel que asumió Leonard Woolf con Virginia (Quentin Bell, 1972) o que se encuentra con más frecuencia en otros ámbitos artísticos, donde la presencia de las mujeres es mayor, como en la ópera. Ello implica la aceptación de una posición secundaria en la que, a los hombres, no les resulta fácil desenvolverse.

En resumen, el papel de los hombres en las vidas de estas artistas no puede ser más dispar. Para Maruja Mallo, los hombres parecen haber sido una influencia benefactora, desde su padre hasta Alberti y los muchos que reconocieron su valía, los cuales la ayudaron en su consolidación artística. Pero ella no parece haber pedido o esperado algo diferente de lo que pediría un hombre. No delegaba el timón de su vida, sino que lo empuñó con determinación. Y nunca tuvo un marido.

Amalia Avia podría representar una armónica relación de complementariedad con Lucío Muñoz. Con él, descubre y comparte una vocación afín, aunque, cuando hace balance de su vida y de las mujeres de su entorno, se da cuenta de que hay regularidades en clave de género que relegan a las artistas a un lugar secundario. Carmen Laforet, en cambio, tiene que llevar la pesada carga del éxito inesperado sin ser consciente de que a las mujeres no se les perdona fácilmente.

Las amigas artistas

Trabajar en el arte, más allá de un adorno cultural femenino, supone para las mujeres oponerse a la socialización de género, ser distintas. Por ello, probablemente, el apoyo y la ayuda mutua entre las artistas tienen una importancia especial para las pioneras. La mera existencia de otras pintoras o escritoras, sin duda, fortalece la dedicación profesional al arte como camino posible también para las mujeres. En todos los relatos de vida, aparecen compañeras o amigas como relaciones muy especiales. Maruja Mallo, por ejemplo, compartía con Concha Méndez transgresiones como el ir por la calle sin sombrero o a tertulias masculinas (Nuevo Cal e Ínsua López, 2011: 55-57). Amalia Avia recuerda a las pintoras con las que trabajaba en el mismo estudio y se atrevía a hacer cosas que, en los años cuarenta, no se consideraban apropiadas para las mujeres, como pintar desnudos o beber vino.

A través de las amigas, también se descubrían otros mundos; durante los años de la República, en círculos de debate como el Lyceum Club Femenino y otras asociaciones culturales de mujeres. Después de la guerra, todo se vuelve clandestino, pero será una hija de maestros represaliados, amiga de la infancia de Carmen Martín Gaité, quien le desvele la otra cara de la realidad del franquismo. Hay también amigas literarias que, en un envoltorio rosa, parecen lanzar algunos mensajes de emancipación o al menos de independencia, como Elena Fortún o Elisabeth Mulder.

Quien más cultivó la relación con las amigas fue Carmen Laforet, y de ello se conservan variados testimonios y documentos. Frente a la difícil relación con los hombres, en las amigas encontró comprensión y ayuda, tanto para las cuestiones prácticas de la vida, como para sobreponerse a su recurrente

inseguridad. Entre esas amistades, corresponde un papel especial a la tenista e intelectual Lili Álvarez, quien acabó en un feminismo *sui generis*², una relación que, en otro contexto social e histórico, podría, quizá, haber liberado su yo íntimo y su voz como escritora.

Antes y después de la Guerra Civil

Por razones de edad, Maruja Mallo fue la única de las cuatro artistas que vivió plenamente los años de la República, más aún, por su propio carácter que, seguramente, le permitió disfrutar al máximo la libertad y la apertura de aquella hermosa época. Vivió lo que después, en los años cuarenta y cincuenta, era impensable en la Nueva España de la Sección Femenina y mantuvo siempre una libertad de costumbres, hasta en la propia forma de vestir, que, cuando vuelve a España, en los años sesenta, sigue siendo transgresora. El exilio le ahorró los peores años de la posguerra.

Laforet, Martín Gaité y Avia, en cambio, sufren el retraso cultural de la España franquista como artistas, y probablemente también como personas. Las dos primeras tienen rasgos en común en las ideas de fuga o de huida, siempre frustradas, en ambas escritoras. Analizan extensamente ese aspecto de su personalidad que les impide ir más allá de las barreras que su medio social les impone. Son conscientes del deseo de huida y lo expresan de mil maneras, pero no encuentran una salida. El temor o el desconcierto fueron más fuertes. Cabe preguntarse qué hubieran pensado de Maruja Mallo de haberla conocido en aquellos años. ¿Hubiera sido un referente o, por el contrario, la hubieran visto como una «loca»?

Para Amalia Avia, proveniente de la España provinciana de clase media, Lucio Muñoz representó la modernidad y la vanguardia. A través de él, se integra en el mundo artístico más avanzado y cosmopolita, dentro de lo que permitía la dictadura. Lo que no está claro es si pertenece a ese mundo como artista de pleno derecho o más bien como consorte. En todo caso, encontró un medio en el que poder desarrollar su actividad como pintora y enriquecerse del contacto con los creadores más abiertos e interesantes que había en la España de aquellos años.

Conclusión

La investigación de Natalia Izquierdo y Alejandra Val Cubero indaga en la profesionalización de cuatro mujeres artistas, un punto de vista que apunta a las particularidades, a los obstáculos o a las formas como se produce, en comparación con el modelo masculino de ejercicio del arte como actividad laboral. Este es el punto que permite diferenciar el caso de Maruja Mallo de los otros tres. La pintora aprende a pintar para trabajar, primero como profesora y

2. Lili Álvarez escribió la introducción a la primera edición en español del libro de Betty FRIEDAN (1974), *La mística de la feminidad*, de quien se declara gran admiradora.

después como artista liberal. Una trayectoria igual a la que, sin duda, siguieron sus otros compañeros de la Escuela de Bellas Artes, entre ellos Salvador Dalí. Se podría decir que pone en práctica el feminismo de la igualdad. La pregunta que queda es por qué no se casó nunca ni tuvo hijos. ¿Intuyó que, de haberlo hecho, no habría podido actuar de la misma manera?

Laforet, Avia o Martín Gaité no buscaron ejercer una actividad profesional, aunque lo acabaron haciendo, incluso en ciertas fases de sus vidas, muy intensamente. Las dos primeras anticipan, de distintas maneras, cuestiones de hoy sobre la identidad y la diferencia entre mujeres y hombres. Carmen Laforet reflexiona sobre cómo ser mujer y escritora, sin que parezca conciliar fácilmente uno y otro aspecto de su personalidad. Amalia Avia, en cambio, parece haber podido compaginar sus roles familiares con una dedicación parcial al arte. Solo al final de su vida, al hacer balance, se pregunta si no hubo en ello una renuncia. En el discurso o en la realidad, ambas construyen una forma de ser artista diferente de la de los hombres. El retrato de Carmen Martín Gaité es el más incompleto. Parecen faltar piezas para reconstruir mínimamente su historia de vida, en la que, además, hay fases muy distintas, desde la incipiente o parcial dedicación a la literatura en su juventud hasta el trabajo continuo de escritora que desarrolla durante las dos últimas décadas de su vida.

Alejandra Val Cubero se refiere al frecuente reconocimiento póstumo de las artistas españolas, incluso en el caso de Mallo, al menos en su país. Sin embargo, a la vez se van conociendo cada vez más casos de artistas mujeres, en España y fuera de España, que alcanzaron notoriedad y éxito durante su vida, es decir, consiguieron hacer de su arte una profesión, pero que fueron después olvidadas por historiadores y cánones artísticos. Podrían mencionarse pintoras como Sofonisba Anguisola, olvidada durante siglos, o escultoras como La Roldana o Camille Claudel, solo recientemente recuperadas del olvido. Urge, por tanto, una doble recuperación de las artistas, tanto de las que alcanzaron en vida fama y reconocimiento, como de aquellas a las que solo póstumamente se les reconoce su arte.

Referencias bibliográficas

- BELL, Quentin (1972). *Virginia Woolf: A biography*. Londres: Harvest Books.
- BOURDIEU, Pierre (1988). *La distinción: Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- FRASER, Nancy y HONNETH, Axel (2006). *¿Redistribución y reconocimiento?: Un debate político-filosófico*. Madrid: Morata.
- FRIEDAN, Betty (1974). *La mística de la feminidad*. Madrid: Júcar.
- IZQUIERDO LÓPEZ, Natalia (2013). «Escritoras de la posguerra frente al espejo. Derrotas y conquistas de algunas *antiheroínas*». *Papers*, 98 (4), xx-xx
- NUEVO CAL, Carlos e ÍNSUA LÓPEZ, Emilio (2011). *Maruja Mallo: De Prometedora Pioneira a Artista Universal*. A Coruña: Fundación Caixa Galicia.
- PATEMAN, Carol (1989). *The Disorder of Women*. Cambridge: Polity Press.

- STUART MILL, John y TAYLOR MILL, Harriet (2001). *Ensayos sobre la igualdad sexual*. Madrid: Cátedra.
- VAL CUBERO, Sandra (2013). «La profesionalización de las mujeres artistas españolas. El caso de Maruja Mallo (1902-1995) y Amalia Avia (1926-2011)». *Papers*, 98 (4), xx-xx
- VVAA (2008). *Los lieder de Gustav y Alma Mahler*. Madrid: Hiperión.
- WOLLSTONECRAFT, M. (1977). *Vindicación de los derechos de la mujer*. Madrid: Debate.
- WOOLF, V. (2008). *Una habitación propia*. Barcelona: Seix-Barral.

TRAYECTORIAS Y POSICIONES
DE LAS HIJAS DE LA TRANSICIÓN

El peso de la familia y del sistema educativo en las trayectorias de tres mujeres de clases populares, urbanas y rurales

Pilar Parra Contreras

Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Sociología IV
pparra@cps.ucm.es



Recibido: 28-10-2012
Aceptado: 10-06-2013

Resumen

En este artículo, se analiza el peso que ejercen algunas instituciones como la familia y el sistema educativo, junto con el grupo de iguales, el ámbito laboral y los cambios legislativos, en las trayectorias de vida de tres mujeres de clases populares que pertenecen al mundo urbano y al rural. La presentación y la interpretación de las tres historias se han organizado sobre el telón de fondo de la historia de España de las últimas décadas del siglo XX, de modo que podemos comparar sus vivencias con las de sus madres —y, en algunos casos, también con las de sus abuelas—. El principal objetivo es poder recuperar los marcos estructurales en los que se insertan y cobran sentido los relatos, para poder trascender la individualidad de cada una de estas historias y ser conscientes del peso de las inercias históricas y las lógicas sociales e institucionales. La caracterización sociológica de las tres trayectorias se ha realizado teniendo en cuenta las interrelaciones que se producen entre el capital económico, el capital cultural y el capital social o relacional (Bourdieu, 1998).

Palabras clave: historias de vida; capital económico; capital cultural; capital relacional; trayectorias educativas; mercado de trabajo; identidad de género.

Abstract. *The role of the family and the educational system in the trajectories of working-class rural and urban women*

This article analyzes the influence of institutions such as the family, the educational system, peer groups, the workplace and legislative changes in the life accounts of three working-class rural and urban women. The presentation and interpretation of their three life stories is organized against the backdrop of the history of Spain in the last decades of the twentieth century in order to compare their life trajectories with those of their mothers, and in some cases their grandmothers'. Our main purpose is to recapture the structural frame and social milieu which inform and give meaning to these life accounts in order to transcend their particularity and gain awareness of the role of historical inertias and social and institutional logics. The sociological portrayal of the life trajectories presented in the article takes into account the interrelationships between Bourdieu's economic capital, cultural capital and social or relational capital.

Keywords: life stories; economic capital; capital cultural; social capital; educational trajectories; labor market; gender identities.

Sumario

- | | |
|--|---|
| 1. Introducción | 4. Lucía y Blanca: desde el extrarradio metropolitano |
| 2. Cambios legislativos en el ámbito laboral y educativo | 5. Reflexiones finales |
| 3. Mónica: del campo a la ciudad | Referencias bibliográficas |

1. Introducción

Una de las principales funciones de la sociología es poner de manifiesto el peso de lo social en lo individual. Al objetivar el funcionamiento de las instituciones y de las normas que ejercen una regulación de la vida colectiva y que, por tanto, inciden de forma decisiva en nuestras propias vidas, las trayectorias individuales dejan de ser percibidas bajo el prisma de lo que el sociólogo Pierre Bourdieu denominó *ilusión biográfica*. Somos libres, pero lo somos en condiciones que nosotros mismos no hemos elegido, en condiciones que, en buena medida, hemos heredado y que nos han sido impuestas. Ser conscientes del peso de las inercias históricas, asumir que estamos condicionados y coaccionados por coyunturas históricas, por lógicas sociales e institucionales formadas al margen de nuestras decisiones, nos permite, precisamente, adquirir una mayor conciencia de nuestras dependencias y, por tanto, ampliar nuestra capacidad para asumir cotas de libertad más elevadas con mayor conocimiento de causa.

Tratar de comprender una vida como una serie única y suficiente en sí de acontecimientos sucesivos, [...], sin más vínculos que la asociación a un «sujeto» cuya constancia no es sin duda más que la de un nombre propio, es más o menos igual de absurdo que tratar de dar razón de un trayecto en el metro sin tener en cuenta la estructura de la red, es decir, la matriz de relaciones objetivas entre las diferentes estaciones. (Bourdieu, 2002: 82)

En las tres historias de vida que se presentan a continuación se pone bien de manifiesto el decisivo papel que desempeñaron determinados procesos de cambio social en las trayectorias personales. En concreto el desarrollo de la industria y las modificaciones de normativas reguladoras de la actividad laboral y de las instituciones educativas, en relación con un contexto más amplio que tiene como referentes principales la gran transformación que se experimentó en la década de 1960 y el paso de la dictadura a la democracia.

La primera historia de vida corresponde a Mónica, una mujer que nació en 1960 en un pueblo de Castilla y se trasladó a Madrid para realizar estudios de bachillerato. Las otras dos historias de vida están protagonizadas por dos mujeres jóvenes, Lucía y Blanca, ambas nacidas en 1986, en municipios obreros del sur de la Comunidad de Madrid. Nuestras protagonistas son mujeres cuyas familias tienen recursos económicos entre bajos y medios, carecen de títulos escolares y ellas mismas o han interrumpido su trayectoria académica o no han continuado los estudios. Si tuviésemos que asignarles una posición en la

estratificación social, las tres se ubicarían en los estratos de las clases populares de origen rural (Mónica) y urbano (Lucía y Blanca). Al referirnos al término *clases populares* somos conscientes de utilizar una terminología de *límites difusos*, como señala Martín Criado (2010). En nuestro caso, para asignarles esta posición social, se han tenido en cuenta sobre todo dos variables relativas a las familias de origen: el hecho de que tanto el padre como la madre realizasen un trabajo manual (asalariado o autónomo), ya sea en el medio rural o urbano, y que hubiesen cursado estudios primarios o no los hubiesen terminado.

Estas historias de vida complementan a las realizadas por Ángel Gordo López, quien se ha centrado en mujeres de clase media, y la realizada por Bárbara Biglia, hija de migrantes campesinos con estudios universitarios, todas ellas pertenecientes a la generación de los años setenta. En este caso, y teniendo como referencia trabajos previos (Parra, 2009), se ha tratado de profundizar en la relación existente entre género y clases sociales, con el propósito de sacar a la luz el peso de las instituciones sociales en las biografías personales y, especialmente, en sus trayectorias educativas y laborales. Sobre el telón de fondo de la historia de España de las últimas décadas del siglo XX, los relatos de las tres protagonistas a veces también permiten comparar sus trayectorias con las de sus madres —y, en algunos casos, también las de sus abuelas— en el interior de la configuración social de principios del siglo XXI.

El análisis de las historias de vida está estructurado, principalmente, en relación con el origen social, la trayectoria educativa y la incorporación al trabajo, en un contexto caracterizado por la continua relación entre campo y ciudad que ha tenido lugar durante las últimas décadas del siglo XX. En el apartado «Reflexiones finales», y tras convertir en referente teórico el concepto de *dispositivo de feminización* (Varela, 1997), se abordan las distintas configuraciones familiares de las que proceden las tres protagonistas, para poner de relieve su influencia en la conformación de las identidades de género que producen, y se profundiza en aspectos relacionados con sus trayectorias educativas.

2. Cambios legislativos en el ámbito laboral y educativo

Durante la década de 1970 las comunidades rurales españolas asistieron a uno de los procesos de transformación económica y social más relevante de su historia contemporánea. La puesta en marcha del Plan de Estabilización de 1959 y el Primer Plan de Desarrollo Económico y Social de 1964 constituyeron el detonante para un cambio pronunciado en la política económica franquista, con la apertura al exterior y el comienzo de lo que durante la década de 1960 se denominó *modernización* y, también *desarrollismo*. Este cambio reforzó el tejido industrial de las regiones ya industrializadas históricamente y relegó a las regiones pobres, y predominantemente agrícolas, al papel de suministro de fuerza de trabajo barata.

Para muchas mujeres y hombres la demanda de mano de obra para el desarrollo de la industria supuso cambiar las formas tradicionales de vivir y de trabajar, al protagonizar el progresivo proceso de emigración al extranjero, especialmente

a otros países de Europa, y el éxodo del campo a la ciudad, que implicó el desdoblamiento de muchas localidades y regiones. El proceso migratorio produjo, además, una modificación acelerada de la estructura social de España hasta el punto de que el 48% de la población activa que se dedicaba a la agricultura y a la pesca en 1950 se redujo 11 puntos en 1960, y cayó hasta el 23% en 1970. Y «los dos millones de asalariados agrícolas que había en 1960 se redujeron a un millón en 1970» (Juliá, 2003: 170).

Para los que vivían en grandes ciudades el llamado *desarrollismo* supuso también la transformación de muchos de sus barrios en ciudades «dormitorio» del extrarradio, repletas de casas baratas. Las familias de *los recién llegados* tuvieron que adaptarse a nuevas condiciones de vida y a nuevos valores culturales. La demanda de mano de obra hizo que muchas de las mujeres que emigraron a las ciudades junto con sus familias comenzasen a trabajar como asalariadas, sobre todo en el sector servicios. La incorporación paulatina de las mujeres al trabajo asalariado constituye, de esta forma, uno de los fenómenos sociales característicos de la segunda mitad del siglo XX. Si bien este proceso se produjo en relación con el contexto de modernización que se estaba produciendo, fue preciso, no obstante, que se realizaran cambios en el ámbito político y legislativo que paulatinamente tendrían efecto en el espacio social y cultural. Determinadas leyes, como la Ley de derechos políticos, profesionales y de trabajo de la mujer, que se promulgó en 1961, fueron importantes, ya que se reconocieron a las mujeres los mismos derechos que a los varones para realizar actividades políticas y profesionales, salvo en algunos ámbitos, como el Ejército de Tierra, Mar y Aire, la Marina Mercante o cualquier actividad que implicase la utilización de armas, así como trabajos penosos, insalubres y peligrosos, en general, aunque seguían sin poder acceder a ciertas profesiones, como las de magistrado, juez y fiscal —salvo las jurisdicciones de tutelar de menores y laboral— (Folguera, 1997). Esta ley superaba algunas de las limitaciones de leyes franquistas, como la Ley de reglamentaciones de 1942, que implantó la obligación de que las mujeres abandonaran el trabajo una vez que se casaran para ocuparse del cuidado de la familia (Folguera, 1997). Los cambios legislativos más notables para desarrollar el principio de igualdad tuvieron lugar, no obstante, en la etapa de la transición democrática, a partir de la Constitución de 1978.

Durante los años de la transición las mujeres también comenzaron a ocupar otros espacios, además del laboral y el doméstico. Desde su experiencia en la lucha clandestina antifranquista muchas de ellas comenzaron a organizarse en movimientos femeninos en defensa del derecho al trabajo, a la educación y a la igualdad jurídica. Estos movimientos plantearon también reivindicaciones relacionadas con la sexualidad, la planificación familiar y la participación de las mujeres en la vida política y social. Estas movilizaciones por la emancipación tuvieron una marcada influencia en las medidas legislativas introducidas por el gobierno de la Unión de Centro Democrático (UCD) en relación con la Ley del divorcio de 1981 y, posteriormente, en la despenalización del aborto en varios supuestos en 1985 por parte del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). En 1983 el PSOE creó, además, el Instituto de la Mujer, desde

el que se pusieron en marcha los planes de igualdad, así como medidas de acción positiva que pretendían compensar el desequilibrio de poder existente en la sociedad española entre hombres y mujeres. Este contexto institucional favoreció también la participación femenina en la actividad política del país en diferentes niveles, desde el gobierno central y el autonómico hasta el local o municipal.

Uno de los factores que influyó de forma decisiva en la promoción de las mujeres fue el incremento del nivel académico de la población en general, pero sobre todo del femenino, en parte gracias a la reforma educativa de 1970, la Ley general de educación (LGE), denominada Ley Villar, que comenzó a tener incidencia en la generación de mujeres y hombres que nacieron durante la década de los años sesenta, conocida como la generación del *baby boom*. La principal innovación de la Ley Villar fue acabar con las dos redes paralelas instituidas por el plan de estudios de 1953 impulsado por el ministro Ruiz-Giménez. En el plan de 1953, los que querían continuar los estudios tenían que hacer el ingreso en el bachillerato a los 10 años y, por tanto, abandonar la enseñanza primaria antes de culminarla, mientras los que continuaban en la escuela hasta completar la escolaridad, la mayor parte procedentes de las clases populares, se encontraban sin apenas posibilidad de iniciar el bachillerato. Únicamente podían prolongar los estudios a través de las universidades laborales. El plan de estudios de 1953 favorecía la existencia de dos redes. La que podemos denominar *red noble*, que daba acceso al bachillerato y, posteriormente, a la universidad a los grupos de población con mayores recursos económicos y culturales, y la *red popular*, que relegaba a la educación primaria a las clases más pobres y, más específicamente, a las mujeres.

Durante la última etapa del PSOE en el poder (1982-1996), se promulgó otra reforma educativa, la LOGSE¹, que prolongó la enseñanza obligatoria hasta los 16 años para beneficiar, principalmente, a los jóvenes que abandonaban previamente el sistema escolar a los 14 años².

Todos estos cambios han tenido un marcado efecto en la incorporación de las mujeres al ámbito laboral. En 1982, las mujeres que formaban parte de la población activa eran poco más de 4 millones (un 29,4% del total de personas activas), pero en 2007 ya eran más de 9 millones (un 42,3%) y en 2012 superaban los 10,5 millones (un 45,6%). La población ocupada femenina también ha experimentado cambios notables, al pasar de 3.646.000 de trabajadoras en 1987 a 8.368.800 en 2007 y a 7.849.700 en 2012. El incremento del nivel

1. Esta reforma organizó la educación básica en relación con los seis cursos de educación primaria, entre los 6-7 y los 12-13 años, y los cuatro cursos de ESO (educación secundaria obligatoria), entre los 12-13 años y los 15-16 años, al final de cuya etapa los jóvenes obtienen el título de graduado en ESO.
2. A la LOGSE, le siguió la Ley orgánica de calidad de la educación (LOCE), en 2002, por parte del Partido Popular, aunque no llegó a aplicarse, ya que el Partido Socialista la suspendió, y la Ley orgánica de educación (LOE), en 2006, cuando gobernaba el Partido Socialista, que implantó la asignatura de educación para la ciudadanía y los programas de cualificación profesional inicial, sustitutos del antiguo «certificado» de garantía social.

educativo de las mujeres también ha sido una constante durante todos estos años. En 1982 las mujeres con titulación universitaria representaban el 42,7% de las personas con este nivel de estudios; en 2007 el porcentaje alcanzaba el 53,8%, y en 2012 el 55,5% (Instituto de la Mujer, 2008, 2013). Si bien la tasa de ocupación es mayor entre los hombres que entre las mujeres, se iguala a medida que aumenta el nivel educativo femenino.

Las mujeres han superado la posición de desventaja de la que partían en el acceso a los estudios, y en algunos niveles, como los superiores, han sobrepasado a los hombres. En 2010, entre la población con edades comprendidas entre los 25 y los 64 años, las mujeres registraban porcentajes del 22% en estudios secundarios postobligatorios y del 32% en estudios superiores, frente al 22,4% y el 29%, respectivamente, que registraban los hombres. Entre los 25 y los 34 años los porcentajes son del 25,4% y el 44,8% para las mujeres (estudios secundarios postobligatorios y superiores, respectivamente), y del 25,7% y el 33,7% para los hombres en relación con los mismos niveles (Ministerio de Educación, 2012: 61).

A lo largo de las últimas décadas se han producido cambios acentuados en la estructura social española en relación con el proceso de movilidad ascendente intergeneracional entre padres e hijos. Ello es debido, en parte, al notable aumento del nivel educativo de la población. La educación, además de determinar en gran medida la posición social que ocupan las personas, ha contribuido a reducir la rigidez entre las clases sociales heredada del pasado franquista. No obstante, como mantienen Celorrio y Marín, no se puede ignorar que en la España actual la educación todavía «se muestra matizada por la influencia de los orígenes de clase» (Celorrio y Marín, 2012: 169).

Durante los últimos años distintos trabajos han centrado la atención en el análisis de las relaciones entre el sistema educativo y la clase social (Calero, 2007; Fernández Enguita, 2003). El estudio realizado por Marina Subirats sobre la sociedad metropolitana de Barcelona, con datos de la Encuesta de Condiciones de Vida y Hábitos de la Población (ECVHP), da cuenta del progreso que se ha producido en las ciudades que surgieron durante los años del *desarrollismo* —pobladas en su origen, principalmente, por emigrantes y clase obrera—, en cuanto a las probabilidades de obtener un título universitario según el origen social, ya que, desde 1985 hasta 2006, las desigualdades se han reducido a casi la mitad (Subirats, 2010: 131).

El informe *Fracaso y abandono escolar en España* permite matizar la relación entre clase y género, al destacar que, aunque está aceptado que las mujeres tienden a obtener mejores resultados en sus trayectorias escolares que sus compañeros de clase, esto ocurre mucho más entre los alumnos procedentes de familias de clase media que entre los de familias de clase trabajadora (Fernández et al., 2010: 184).

El análisis realizado por José Saturnino Martínez en cuanto a la relación entre clase social, género y desigualdad de oportunidades educativas, con datos de la Encuesta de Población Activa, ayuda también a analizar la evolución de las trayectorias educativas de las mujeres. El autor tiene en cuenta el origen

social de las jóvenes que cursaban o habían terminado bachillerato a los 19 o 20 años de edad. El análisis realizado teniendo en cuenta la clase social de la familia³ permite observar la tendencia ascendente entre todas las clases sociales entre 1977 y 2001. En 2004 (en comparación con los datos de 2001), esta tendencia es descendente solo para tres grupos: las hijas de empleados de oficina, administrativos, vendedores, con un descenso de 3 puntos porcentuales (el 59%); las hijas de los trabajadores autónomos, con una diferencia de 10 puntos (el 57%), y las hijas de obreros, con un descenso de 7 puntos porcentuales (el 45%). Pero, más allá de las cifras y los porcentajes, que ayudan a representar una realidad social, están los seres humanos, mujeres y hombres sin los cuales no existiría la estadística en tanto que ciencia del estado. Pasamos a continuación a acercarnos a tres actores sociales, a Mónica, Lucía y Blanca y sus historias de vida, para dar cuenta del peso que tienen las relaciones entre familia, origen social y sistema educativo, además de otros factores, en la conformación de sus trayectorias.

3. Mónica: del campo a la ciudad

Mónica nació en 1960 en un pueblo de Castilla que tenía entonces 2.500 habitantes. Sus abuelos paternos eran la típica familia de agricultores con tierras, «de las consideradas ricas del pueblo», como dice ella, en el sentido de contar con tierras en propiedad y suficientes recursos para contratar a jornaleros que realizaran las tareas del campo. Los abuelos paternos murieron cuando ella era pequeña, por lo que apenas los recuerda. Su abuelo materno era *resinero*: recogía la resina de los pinares cercanos y la preparaba siguiendo procedimientos artesanales, «pero eso cada vez daba menos dinero». Los principales ingresos provenían del negocio que regentaba la abuela Inés: la fonda del pueblo. La abuela nació y vivió en Madrid hasta los 14 años. Abrió la fonda cuando se casó, siendo joven, y en ella trabajaron también las tres hijas que tuvo el matrimonio. El padre de Mónica no continuó la explotación de las tierras familiares y decidió dedicarse a la compra y venta de ganado, como tratante, y a gestionar una vaquería. Su madre dejó de trabajar en la fonda cuando se casó y pasó a ocuparse de la casa y de los siete hijos que tuvo, seis mujeres, entre las que Mónica ocupaba el quinto lugar, y su único hermano, el sexto.

A partir del relato de Mónica sobre sus orígenes familiares se pueden identificar los principales grupos laborales que conformaban la sociedad rural de la época: propietarios agrícolas —entre los que existían diferencias en función

3. El esquema de clases utilizado es el de Goldthorpe. El análisis está centrado en cinco clases: clase de servicio (I-II: incluye a los empresarios con asalariados y los profesionales liberales, trabajen como autónomos o como asalariados); las clases intermedias, formadas por personas en ocupaciones tradicionalmente conocidas como «cuellos blancos» (III-V: empleados de oficina, administrativos, vendedores, etc.), así como por supervisores y capataces; la pequeña burguesía, compuesta por trabajadores autónomos que no son ni profesionales liberales ni agricultores (IVab); la clase obrera (VI-VIIa), y las clases agrarias (IVc-VIIb, tanto jornaleros como propietarios de su propia explotación agrícola).

del volumen de tierras en propiedad—, artesanos y comerciantes y, por último, los jornaleros sin tierra. Pero existían además otros indicadores de estatus relacionados con aspectos culturales y sociales en función de la pertenencia a los diferentes grupos sociales, el género y los cambios políticos que tuvieron lugar a lo largo del siglo XX. Mónica así lo refleja al hablar de su bisabuelo materno, padre de la abuela Inés, quien había vivido en Madrid y, posteriormente, inauguró el casino del pueblo: «Era un señor de un nivel intelectual alto para la época, un señor republicano que leía el periódico todos los días». De hecho, lo equipara con el médico, el cura y el maestro, tres figuras que solían tener entonces un gran peso social en el ámbito rural. La abuela Inés se educó en Madrid en tiempos de la República. Mónica recuerda que en el desván de la casa de la abuela «había baúles con libros, de esos de antes, de cuero, y las páginas así amarillas, en latín y en castellano». Su madre aprendió a leer y escribir y, como el maestro y el médico vivían en la fonda de forma permanente, las tres hijas de la abuela Inés recibieron clases particulares del maestro. Cuando Mónica habla de ello, pone de manifiesto la situación de privilegio de su madre y sus tías, ya que durante el franquismo la educación de las niñas de clases populares privilegiaba los aspectos relacionados con la religión y el cuidado de la casa, en función de la separación por sexos vigente y del sistema de enseñanza confesional católica.

A su abuelo Ángel lo recuerda alto «con mucho pelo y con un temperamento tranquilo», mientras que la abuela Inés «era el carácter fuerte y la que organizaba la casa; ella era la que llevaba el negocio». Cuando habla de los abuelos establece un claro antagonismo entre los roles que desempeñaba cada uno, si se tiene en cuenta que el modelo de sociedad político y religioso del franquismo vinculaba a la mujer con lo privado, con el cuidado y el afecto, y al varón con lo público y la actividad laboral. Comenta:

El abuelo era el compañero de mi abuela. El abuelo era siempre, pues detrás de la abuela, por decirlo de alguna manera, la figura en la sombra, pero es verdad que era el que transmitía unidad y tranquilidad.

Mónica se refiere a la abuela como una mujer «con un peso específico» dentro del pueblo y, para ilustrarlo, recuerda que cuando pusieron las cartillas de racionamiento en la posguerra le impidieron continuar con la actividad de la fonda, pero gracias a sus contactos y a su determinación, consiguió una entrevista con el obispo y «quizá el obispo debió hablar con el gobernador y la consideraron como una actividad económica, y a partir de ahí no faltó ni pan blanco ni fruta fresca en su casa durante toda la posguerra». Mónica también cuenta que la abuela mostraba tendencias muy liberales en una época en la que en las casas no se hablaba de política ni de religión. Nos dice:

No recuerdo del abuelo enseñanzas como de mi abuela, o formas de pensamiento político que la abuela sí tenía. Del abuelo Ángel no recuerdo que tuviera una opinión sobre la política o sobre la religión.

El padre y la madre de Mónica concedieron importancia a la educación de las hijas para que fuesen fuertes e independientes a través del trabajo y los estudios. Desde pequeñas todas las hermanas asumieron la tarea del reparto de leche por las casas del pueblo, pero también ayudaban al padre en la cuadra y salían al campo a recoger paja, aunque la que prestaba más ayuda en estas labores era Cristina, una hermana mayor de Mónica que será un referente a lo largo de su vida. En su casa también «había mucha conciencia de que había que estudiar, de que los libros eran buenos, por lo que el poco o mucho dinero que hubiera era para eso», y todas las hijas (y posteriormente el único hijo) continuaron los estudios, porque su padre no quería que en el futuro dependieran de ningún hombre, y a su madre le habría gustado continuar los estudios, algo que no pudo hacer por haber crecido en el mundo social de la posguerra.

La trayectoria académica de Mónica comenzó con el examen de ingreso al bachillerato a los 10 años, según el plan de 1953 del ministro Ruiz-Giménez, tras obtener la segunda mejor nota en una convocatoria de becas de ámbito provincial. Sus hermanas mayores también estudiaban bachillerato y Mónica se trasladó pronto a la capital de la provincia a vivir con ellas. Durante estos años hay una gran influencia del grupo de iguales, sobre todo de las amigas y los amigos de sus hermanas y también de otros estudiantes, hijos e hijas de las familias más adineradas que continuaron los estudios. Este ámbito de relación contrasta con el del pueblo, al que se trasladaba durante los fines de semana y las vacaciones. Recuerda que cuando todavía era niña, con 12 años, se sentía acosada por los chicos del pueblo, porque comenta:

[...] corrían detrás de las chicas que ellos consideraban que estaban más macizorras o más desarrolladas, [...] para tocarte las tetas o levantarte las faldas, y yo con lo orgullosa que era, ¡yo he repartido lecherazos!, ¿sabés? Imagínate ¡qué acoso!

Durante estos años, empieza también a tener roces con su madre. En un primer momento porque quiere hacer de su habitación un espacio propio. Nos cuenta:

Yo tenía toda la habitación llena de dibujos, los ponía, pegaditos con celo, mis dibujos, mis pinturas, y mi madre me los quitaba. «¡Los dormitorios son para dormir!», decía, y los fines de semana: «¡Levántate para hacer la cama!».

Y más tarde, porque tanto sus hermanas como ella van alcanzando la edad de relacionarse con los chicos y se genera una situación de continuo enfrentamiento en el hogar.

Es en este clima familiar en el que Mónica muestra el peso del control social dominante hacia las mujeres durante el franquismo y su contraste con la sociedad en la que creció la abuela Inés. Señala:

Para mi madre, las mujeres tenían que ser de uno para uno y para siempre. Mi madre era de las de «¡No te salgas de la norma!», «¡Que nadie te señale con el

dedo!» y, en cambio, mi abuela [Inés] era mucho más avanzada. Nos decía: «Ten dos velas encendidas, si se te apaga una, tienes otra», o «Un hombre es muy importante en tu vida, pero tú tienes que tener tu propia vida». La abuela era una mujer que creció en la República. La República fue mucho más avanzada, una mujer se podía separar, empezaban a reconocer sus derechos, podía tener un negocio, pero con Franco todo volvió atrás. No podían ser independientes [...], no podían tener una cuenta corriente en un banco a su nombre, a no ser que se lo permitiera o bien su padre o bien su marido. Mi madre lloraba cuando llegábamos un poco más tarde y se le pasaba por la imaginación que, en el pueblo pudieran pensar que habíamos perdido la honra. La abuela, sin embargo, quería que viviéramos, que viajáramos, lo que daba un poco la dimensión de lo avanzada que era socialmente, y mi madre, que creció en una represión brutal en su adolescencia, socialmente es muchísimo más conservadora, o al menos lo era.

Cuando tiene 14 años, y tras suspender el cuarto curso de bachillerato, acompaña a sus hermanas a Madrid para seguir estudiando. Al llegar a la capital coincide con la puesta en marcha de la nueva Ley Villar de 1970. Estos años fueron también el escenario del enfrentamiento entre la herencia del régimen y la explosión de libertad que estaba a punto de llegar. Mónica muestra bien esta oposición al recordar su llegada a la ciudad:

Cuando vine todavía los bandos de Cristo Rey campaban un poco, porque, claro, Franco acababa de morir. [...] En el lado duro estaban la policía, los cargos políticos, las grandes corporaciones empresariales. Todo venía del franquismo. En el lado más amable estaban todas las generaciones jóvenes, que era gente con ansias de libertad, de pelea y de lucha, como Luisa y Teresa, mis amigas, que venían de la lucha antifranquista clandestina y estuvieron exiliadas en París porque estaban condenadas por el franquismo, de ahí que en los ochenta empezara lo que llaman la *movida* [...], y fueron unos años mucho más amables, socialmente hablando, muy permisivos.

En el contexto de la transición española, la *movida madrileña* se instaló como la expresión lúdica del cambio político, y enarbó como principales señas de identidad el ocio y la diversión, la creación artística, en tanto que nuevas formas de expresión y de valores, pero también el consumo de drogas y la libertad sexual. Cuando Mónica habla de esta etapa detalla que en su grupo de amigos y amigas, se consumían drogas, sobre todo porros, había bisexuales, lesbianas, gays, tanto entre las universitarias como entre los hijos y las hijas de obreros. Pero frente a la falta de compromiso ideológico en aras de la diversión, el sexo, las drogas y la sociedad de consumo, con los que también se identifica a estos jóvenes para desmitificar la *movida* (Fouce, 2006), para Mónica es precisamente este contexto de relaciones el que le posibilita, en plena adolescencia, la adquisición de referentes ideológicos y de compromiso:

Esos años me marcaron mucho, porque ahí conocí también a Daniel, a María, que siguen siendo muy amigos míos, todos de clase obrera, muy baja, sin cua-

lificación, trabajando desde que tienen 14 años porque sus padres eran pobres, paupérrimos, de barrios como Lavapiés, muy de izquierdas [...] era gente muy comprometida socialmente y eso sí que me marcó, me marcó mucho.

Los viajes al extranjero, sobre todo a Inglaterra y Europa, figuran también como referente de la «movida» y del contexto de mayor libertad y relación con el exterior. Como muchos de estos jóvenes, Mónica viajó a Dublín tras realizar los exámenes de COU (curso de orientación universitaria) para pasar el verano con una de sus hermanas mayores, y decidió quedarse a vivir un año en la capital irlandesa.

A su vuelta inicia estudios de Publicidad, aunque abandona en cuarto curso. Su trayectoria laboral se muestra a partir de este momento muy vinculada también a la red de relaciones de su hermana Cristina y a sus amigos y amigas de la universidad. Durante estos años se registra un acusado índice de paro, sobre todo entre los jóvenes universitarios, por la devaluación que comienzan a sufrir los títulos. Los trabajos que realiza son siempre cualificados, aunque algunos los lleva a cabo en condiciones precarias. Durante estos años, conoce también a Manuel, quien será su pareja durante más de tres años. Según comenta, Mónica ha buscado siempre hombres independientes en sus relaciones:

Quando yo empecé mi relación con Manuel, era porque me parecía muy independiente, y que iba a ser la relación que yo siempre había soñado, yo en mi casa, tú en la tuya y de vez en cuando nos vemos, nos apoyamos, nos queremos, sabemos que nos tenemos el uno al otro, porque cuando yo le conocí estaba yendo y viniendo, y estaba preparando un viaje para África y, de hecho hizo ese viaje, pero luego todo se complicó por un problema que tuvo Manuel y estuve a su lado hasta que lo superó.

Tras la ruptura, volvió a Madrid y comenzó una nueva experiencia laboral, ayudada de nuevo por su hermana Cristina. Atravesó entonces una fase de mayor inestabilidad laboral, salidas nocturnas, evasión y relaciones ocasionales. Posteriormente conoció a un joven 15 años menor que ella, originario del norte de África, con el que se casó. Pero ésta «era una relación con fecha de caducidad» y, tras la separación, se divorciaron. Actualmente tiene una relación con un chico croata, pero cada uno vive en su casa, y coinciden los fines de semana y en vacaciones. Él vive en el campo, es pintor y, en el momento de realizar esta historia de vida, preparaba una exposición.

Mónica ha renunciado a la maternidad, pese a haber quedado embarazada. Su narración ilustra bien algunas de las circunstancias y de las implicaciones relacionadas con esta decisión y el rol que ha adoptado de «mujer independiente». Dice:

En parte, porque en el entorno de amigas en el que crecí nadie tenía perspectivas de tener hijos, ni estaba en sus planes, ni en sus proyectos, ni siquiera casarse [...] y de hecho nadie de todas estas personas que te estoy diciendo están casadas ni tienen hijos, la única de esa pandilla que tiene un hijo es mi

hermana Cristina [...]. Después hubo un momento que dije: «Si alguna vez siento la necesidad, o la llamada, de que quiero tener un hijo, pues ya veré, me lo plantearé», y luego eso no pasó nunca, no sé si no pasó porque no sentí esa necesidad o porque también es verdad que las parejas que yo he tenido no han ayudado, y yo no quería tener un hijo sola, eso sí que lo tenía claro, que no quería tener un hijo sola, no quiero decir no casada, sino sola, sin un padre. ¿Por qué? Porque me parecía muy complicado, me parecía mucho trabajo, me parecía muy sacrificado, y mucho esfuerzo, eso sí que lo he tenido claro. Entonces, como he tenido parejas que ni siquiera eran autosuficientes, pues entonces nunca más volví a aparecer en mi cabeza ni tan siquiera el interrogante. Sí que me he quedado embarazada, más de una vez, y he abortado. La primera vez siempre se pasa mal, la primera vez tenía 18 años y me tuve que ir a Francia [...] pero, aun así, nunca jamás se lo he dicho a los chicos de los que me he quedado embarazada, jamás les he pedido ayuda a ellos, siempre me he buscado yo la vida, me he buscado yo el dinero, me he buscado los sitios donde hacerlo [...], quizás por un rollo de mi prepotencia también, de que muchas veces es verdad que yo voy un poco con los hombres, un poco en plan de «¡No os necesito para nada, no me vais a ayudar para nada!».

Hace años Mónica compró un piso en el centro de Madrid, en el que vive actualmente, y es codirectora, junto con una de sus hermanas, de una pequeña empresa de marketing que había formado anteriormente también su hermana Cristina. Se relaciona sobre todo con los amigos que conoció cuando llegó a Madrid, María y Daniel, con los que muestra un alto grado de solidaridad, ya que habitualmente han tenido trabajos precarios.

4. Lucía y Blanca: desde el extrarradio metropolitano

Mientras Mónica accedía a la edad adulta en el Madrid de la transición como estudiante universitaria que compatibilizaba estudios y trabajo, otros jóvenes conectaban con el cambio que estaba teniendo lugar desde posiciones más periféricas, como los padres de Lucía. De origen obrero, sus padres habían nacido en Carabanchel, uno de los barrios populares más característicos de Madrid. La madre de Lucía creció en un ambiente muy familiar. Vivían en casitas bajas y jugaban en el patio, pero la familia no tenía apenas recursos económicos. El abuelo materno de Lucía estuvo trabajando primero de lechero, luego de camarero y, tras pasar un tiempo como botones en un ministerio, se incorporó a una empresa de droguería. Su abuela cuidaba a los tres hijos, la madre de Lucía y dos hermanos más.

Lucía no ha conocido a sus abuelos paternos porque cuando su padre nació el abuelo emigró a Suiza y más tarde la abuela se reunió con él. El padre de Lucía creció con su abuela materna, aunque luego estuvo en un colegio. Tras dejar el colegio, a los 16 años, viajó, junto con otro amigo mayor que él a Valencia y, posteriormente, solo a Francia, Italia, Ámsterdam y Londres, donde estuvo viviendo cinco años. Al volver de Londres conoció a su madre y se casaron. Para Lucía forman una pareja y, en general, una familia que se sale de lo tradicional. Sus padres se casaron tras haber vivido *grandes experiencias* en sus

vidas de solteros. Comenta: «Para la época esa, en la que todas las madres se casaban superjovencitas, mi madre se casó supermayor, con 33 o con 34 años».

Lucía es la mayor de las dos hijas que tuvo el matrimonio. Su madre siempre ha trabajado fuera de casa y, aunque estudió corte y confección, comenzó a trabajar en «una asociación que había iniciado una mujer que ayudaba a los chicos que estaban enganchados a la heroína y vagabundean por las calles. Los subía a su casa, les daba libros y les enseñaba a leer, a escribir, hasta que consiguió un local, y ya empezó a darles allí las clases». Se presentó como voluntaria y empezó dando clases a las chicas, «porque estudió corte y confección, pero no tiene titulación de trabajadora social, aunque lleva allí 23 o 24 años». Actualmente se ocupa de hacer las entrevistas para contratar a la gente que imparte clases de informática, hostelería, corte y confección, etc., para chicos, la mayoría inmigrantes, y mujeres, aunque la asociación cuenta con pocos recursos, ya que el dinero lo obtienen de subvenciones o de ayudas de socios.

El trabajo que realiza su madre es, además, una fuente de ingresos fundamental para mantener la unidad familiar, ya que:

[...] todo el sueldo de mi padre se va en los gastos de la casa, en los gastos del piso, la luz, el agua [...] porque cobra superpoquito. Entonces, pues, estamos con el sueldo de mi madre y con el mío ¿sabes? Cuando yo trabajo, también doy mi dinero.

Su padre actualmente trabaja de pintor. Antes era autónomo, pero surgieron problemas con el socio que tenía y ahora está en una empresa donde cobra un sueldo bajo.

Blanca, la tercera mujer entrevistada, también nació en una localidad del área metropolitana del sur de Madrid, pero en el seno de una familia obrera de emigrantes andaluces. Su abuela materna sabía coser con patronas a medida y cosía para la gente del pueblo. Cuando la madre de Blanca estaba todavía soltera, su abuela y ella ejercían de modistas. El abuelo materno trabajaba en el campo: «Tenía su campo, sus tierras, su casa, se iba con su mula y sus animales y de eso vivían». Su abuelo paterno era obrero.

Blanca es la menor de los tres hijos que tuvo el matrimonio, un hermano y una hermana, 9 y 6 años, respectivamente, mayores que ella, que han realizado estudios de FP de grado superior y universitarios, en el caso del hermano, y de FP de grado medio por parte de la hermana. Su padre trabajó como agente comercial, pero la empresa cerró y estuvo dos años en paro. «Ahora trabaja como taxista con una empresa, hace carreras y se lleva un porcentaje, y el resto para la empresa», cuenta. La madre de Blanca nunca ha trabajado fuera de casa. Se ha dedicado a cuidar de los hijos y del hogar desde que se casó, con poco más de 20 años. Según comenta Blanca: «siempre ha sido ama de casa, de las de toda la vida».

El contexto en el que crecen ambas jóvenes se caracteriza por la promulgación de la LOGSE, que prolonga la escolarización obligatoria hasta los 16 años. Una de las principales novedades que introduce esta reforma educativa

es que los jóvenes se incorporan a los institutos de enseñanza secundaria a la edad de 12 o 13 años. Lucía y Blanca reflejan este cambio en sus narraciones, sobre todo en el ámbito de las relaciones que mantienen con el resto de chicos y chicas. La etapa del instituto, comenta Lucía, «era diferente, porque mis amigas ya se creían aquí supermayores. Iban con botas de tacón a clase, con 13 años ¿sabes?». Para Blanca, el cambio al instituto para realizar el primer curso de ESO no supuso disminución en su rendimiento, de hecho era considerada como una de las empollonas, pero sí en cuanto a la relación que establece con el resto de compañeros y compañeras, porque

[...] había repetidores, de todo, gente más mayor, gente problemática, con los que luego empecé a ir durante el verano, pero [...] estuve con ellos muy poquito tiempo, te das cuenta de las cosas y prefieres cortar por lo sano, y no volver a saber nada.

De primero a cuarto de ESO ambas jóvenes aprobaron todos los cursos, aunque acusando progresivamente una mayor dificultad, como sucede en el caso de Blanca, a quien en tercero de ESO sus padres le aconsejaron que fuera a una academia para recibir clases de apoyo y poder aprobar. Pero al pasar a primero de bachillerato ambas suspendieron y decidieron abandonar los estudios. Lucía llegó a repetir el mismo curso hasta cuatro veces.

En sus narraciones las dos jóvenes vinculan el abandono de los estudios con el ámbito relacional, con el grupo de iguales, al cual hacían referencia también para dar cuenta de lo que supuso el cambio del colegio al instituto. En el caso de Lucía, porque las faltas reiteradas a clase suponían muchas veces ir «al parque, a las típicas mesas de ajedrez, a fumar porros». Algunos días incluso llegaban «a las mesitas a las ocho y media» y se marchaban a las dos y media. En el caso de Blanca, porque «me decían que estaba castigada por las notas y en primero de bachillerato ya decías tú, además de los estudios hay más vida, [...] y yo quería un poquito más de libertad, la verdad». A ello se sumaba el hecho de querer disponer de más dinero «para salir o decir “me voy a tomar algo”, y para poder tener algún capricho».

El abandono de los estudios supone, para ambas jóvenes, la búsqueda de trabajos poco cualificados en la incorporación posterior al mercado laboral. Lucía comenzó con un contrato de prácticas en la asociación donde trabajaba su madre, gracias a su influencia, porque «yo estaba supermal [...], no encontraba curro ni nada, y fue un favor que me hicieron». Después de este trabajo, pasó a una asesoría, donde ejerció de auxiliar administrativa. Lo describe como un trabajo muy duro y con un trato vejatorio por parte de sus jefas. A continuación estuvo en un colegio oficial haciendo una suplencia, donde recibió un trato *guay*. Posteriormente trabajó de teleoperadora, y luego en una tienda de zapatos, gracias a la recomendación de su hermana. En esta ocasión Lucía mantuvo conflictos personales con la encargada. Sentía que habían vulnerado su dignidad como persona y no dudó en enfrentarse a ella. En el momento de realizar las entrevistas estaba en paro, colaboraba como voluntaria en la

asociación en la que trabaja su madre y mantenía una relación estable con un joven, con el que convive durante los días laborables.

Para Blanca su primer trabajo «fue una explotación, porque era en una lavandería por una empresa de trabajo temporal, y te pagaban por horas, te pagaban 3 euros». De ahí pasó a una perfumería, en la misma ciudad en la que vivía. Cuando llevaba trabajando seis meses, la trasladaron a una tienda más grande y la nombraron segunda encargada. Comenta que cambió su actitud durante este periodo por el estrés y la presión en el trabajo: «Yo no era la misma. Yo siempre estaba enfadada». Tras otros seis meses le hicieron un contrato indefinido como segunda encargada, pero sin que esta asunción de responsabilidad y trabajo se reflejara en su nómina.

Blanca no se sentía a gusto en la ciudad, porque prefería el ritmo y el tipo de sociabilidad de las zonas rurales. Mantenía una relación con un joven de la localidad en la que nació su madre y decidió marcharse, dejar el trabajo y trasladarse a vivir con su novio. Tras un tiempo de descanso, trabajó como camarera en un bar hasta el tercer mes de su embarazo. Tras nacer su hija, cuando Blanca tenía 22 años, estuvo cobrando el paro y, en el momento de realizar la historia de vida, la pareja hacía frente a todos los gastos, incluida la hipoteca del piso que habían comprado, con un solo sueldo, el de su pareja, militar de profesión.

5. Reflexiones finales

¿Qué peso han tenido la familia, especialmente las mujeres, la escuela, el origen social, el grupo de iguales, el trabajo y las relaciones con el otro sexo en las trayectorias vitales y las identidades de estas tres mujeres? Al pasar de la exposición del relato al análisis de las tres historias de vida se pueden identificar tres perfiles sociológicos que superan la dimensión individual y permiten establecer categorías de referencia más generales.

Mónica, cuando habla sobre su forma de pensar, sobre su identidad, se refiere especialmente a la influencia que ejercieron en su vida dos mujeres de su familia: su abuela Inés y su hermana Cristina. La abuela constituyó, en este sentido, un referente y no sólo porque fue la responsable de los ingresos familiares, sino también porque transmitió a sus hijas el gusto por la lectura, se preocupó de que adquiriesen una formación escolar y su casa constituyó un centro de sociabilidad para toda la familia. De su hermana Cristina destaca sus ideas modernas en relación con el cambio de valores que se estaba produciendo en la España de la transición.

La continuación de los estudios le permitió trasladarse del pueblo a Madrid y tener un mayor grado de independencia con respecto al control de los padres, así como asumir responsabilidades en la gestión de gastos e ingresos desde una edad temprana. En su casa de Lavapiés también convivió con amigas, muchas de ellas ligadas a los movimientos feministas que se organizaron durante la transición. Mónica nunca se vinculó formalmente con estos movimientos, al igual que muchas otras jóvenes de entonces, aunque sí compartió buena parte de sus reivindicaciones desde la convicción de que «el machismo es un sistema

social y cultural que es preciso cambiar día a día». La desafección hacia la militancia activa se vio influenciada «porque muchas confundieron el feminismo con ciertas cabezas feministas radicales que eran las que más se veían, que solían ser mujeres que consideraban a los hombres, pero a cada uno individualmente». El rol de mujer independiente y feminista es percibido por parte de los varones como mujer poco femenina. A ello se refiere cuando afirma que Manuel, su pareja, a veces le decía: «Mónica, ¡es que estar contigo a veces es como estar con mi amigo Paco!».

Mónica se define a sí misma políticamente como una persona de izquierda. Sus relaciones de pareja se han basado siempre en un principio de igualdad muy alejado del amor romántico:

Yo nunca he sufrido mucho por amor, esas cosas que dice la gente, de que lo pasa fatal y de que se quedan delgadísimas. A mí me costaba romper mis vínculos humanos, como amigos, pero cuando se acababa la atracción y el cariño, yo lo planteaba rápidamente. Eso sí, luego me costaba desligarme de ellos, y a veces seguía pagándoles los alquileres de las casas o el seguro del coche.

Este perfil sociológico se caracteriza por haber logrado un alto grado de independencia gracias a un trabajo autónomo (lo que supuso una renuncia a la maternidad), por adoptar pautas de liberalidad en sus relaciones sexuales y estar próxima (aunque no vinculada formalmente) a movimientos sociales y reivindicativos. Ha podido decidir sobre la maternidad y se muestra claramente contraria a ser madre soltera, ya que renuncia a asumir la responsabilidad completa del cuidado de los hijos por el sacrificio que ello implica, ante la falta de corresponsabilidad de muchos hombres y de apoyo institucional. Ha optado por tener relaciones de pareja con las que no convive habitualmente, decisión que se puede vincular con el fenómeno conocido como *Living Apart Together* (LAT), protagonizado, principalmente, por mujeres de mediana edad independientes laboralmente (Ayuso, 2012).

Este perfil reenvía a una familia de origen con trabajo autónomo en el medio rural, nivel económico medio, nivel cultural bajo por lo que se refiere a títulos académicos, aunque medio en cuanto a nivel básico de lectura y escritura de la madre y de la abuela (y del padre), así como un alto capital social o relacional mediado por la actividad laboral, comercial y autónoma de la abuela materna, y del padre, de donde se deriva la continuación de los estudios por parte de los hijos y de las hijas en el contexto de la gran transformación que se produjo en el medio rural, y que se vio favorecida por la reforma educativa de 1970. En este perfil, destacan la influencia de las mujeres de la familia de generaciones anteriores, así como el acceso a los estudios superiores —que terminó veinte años después—, lo que contribuyó a que se moviese en un contexto relacional amplio.

En el caso de Lucía encontramos un núcleo familiar en el que la madre tiene un papel destacado: su sueldo es el que ayuda a salir adelante a la familia, se preocupa de la educación de Lucía, a pesar de que carece de títulos académi-

cos, y también tiene un peso importante en la adquisición de capital social, al ser la responsable de contratar a las personas que imparten las clases en la asociación en la que trabaja. Su incorporación al mundo laboral conecta también con la paulatina modificación de las relaciones de poder que se ha producido en algunos hogares españoles, en cuanto a conseguir mayor nivel de autonomía y libertad, y el cambio en los modelos de educación de los hijos. Lucía da cuenta de ello cuando habla de sus padres, ya que los considera «superliberales», muy diferentes de los padres de sus amigas del colegio, más jóvenes que ellos, pero que son «muy clásicos y muy estrictos».

Para Lucía el acceso a la ESO supuso una mayor vinculación con su interés por la fotografía y la pintura, pero también un entorno relacional nuevo. Habla del grupo de amistades, chicos y chicas, en el contexto de las salidas de ocio pero, principalmente, de las amigas de la infancia y de las amigas de la etapa del instituto. En su relato destaca el hecho de que se refiera a este grupo de iguales con el término de *sectarias*, en cuanto a la dificultad que encuentra para reivindicar su independencia, y el hecho de que supediten la relación de amistad a la relación de pareja:

Yo las quiero mucho, porque son mis amigas del alma, ¿sabes?, pero hay muchos detalles que no me gustan. Lo tienen que hacer todo juntos, y yo quiero tener libertad [...]. Yo sola con Julia no puedo quedar, porque o está el novio o quien sea, y ya no tengo la misma intimidad.

En su relación anterior, que comenzó con 17 años y duró 3, se sintió aprisionada en un *bucle* del que no sabía salir, pese a ver que su pareja la trataba mal, «y saber que no quería estar con él». Se ponen de manifiesto, de esta forma, actitudes estereotipadas, sobre todo en cuanto a «aguantar», a los celos, porque «celoso era mazo de celoso, muy celoso, muy egoísta», y a la situación de no comunicarse con nadie de su entorno hasta que no pudo más, pese a la confianza que tiene sobre todo con su madre. Este aspecto ha sido también destacado en otras investigaciones que han utilizado las biografías, y se refieren al hecho de que, en muchas ocasiones, entre las parejas de las jóvenes entrevistadas, «abunda el rechazo, la incompreensión y la violencia», aunque no siempre sea así (Parrilla, 2004: 357). En el informe de la Federación de Mujeres Progresistas, titulado *¿Igualmente?*, realizado a partir de encuestas, se señala también que el 80% de los adolescentes cree que la chica debe complacer a su novio, el 40% piensa que el chico tiene la obligación de protegerla y cerca del 60% está de acuerdo en que los celos son normales en una relación (Federación de Mujeres Progresistas, 2011).

Cuando habla de su pareja actual destaca el grado de amistad que existe entre ambos y una relación de igualdad emocional, algo que no tuvo en sus relaciones anteriores:

Me quiere un montón y se porta superbien. ¡Es que es tan amigo mío!, ¿sabes?, ¡es que es tan colega! Entonces, me llena tanto que yo también se lo doy a él y entonces él también está feliz y entonces eso ya es el amor.

Cuando Lucía abandonó el instituto realizó cursos de auxiliar administrativo a través de asociaciones que ofrecen cursos para mujeres — similares a la asociación en la que trabaja su madre— y en el INEM. Tras la experiencia laboral y estar un tiempo en paro, participa como voluntaria en la asociación en la que trabaja su madre «con niños de 5 años, que son los más chiquititos, hasta los 12 años», y se plantea realizar un módulo de FP, el módulo de integración social, «porque es un año de teoría y luego el otro es de prácticas y las prácticas se hacen allí, en la asociación».

El entorno familiar de Lucía representa a los hogares de clase obrera metropolitana de la época de la transición. Se caracteriza por un capital económico entre bajo y medio, ausencia de títulos escolares, pero con un fuerte capital relacional mediado por la incorporación de la madre al mundo laboral. A modo de síntesis, se puede apuntar que este perfil se encuadra en un nivel intermedio en cuanto a autonomía e independencia. Ante su inestabilidad laboral cuenta con el apoyo económico de sus padres gracias al ambiente de confianza que mantiene con ellos. En cuanto a las relaciones de pareja, también se encuentra en un proceso de transición desde modelos estereotipados de sumisión y «aguante», hasta otros en los que predomina una mayor comunicación e igualdad. Aunque Lucía no continuó los estudios después de obtener el título de ESO, los itinerarios previstos en la LOGSE, en concreto los módulos de FP, permiten su vuelta a los estudios conectados con la práctica laboral. La conjunción de la disposición familiar y la organización del sistema educativo permiten, en este caso, una salida laboral estable, diferente a la precariedad previa en el trabajo, y dar cuenta de cómo se gestan a veces también las resistencias por parte de los sujetos (Willis, 1998).

Este perfil es exponente, además, de la acción social de muchos jóvenes de finales del siglo XX y principios del XXI, y pone de manifiesto la evolución que se ha producido desde la identificación política y feminista de épocas anteriores entre diferentes grupos de población.

La trayectoria de Blanca, por último, reenvía a los entornos de clase obrera procedentes del ámbito rural con madres amas de casa y padres cabezas de familia, ya que aportan con su trabajo asalariado los recursos económicos. En muchas de estas familias, con escaso capital económico, cultural y social, los padres han realizado un gran esfuerzo monetario para facilitar la continuación de los estudios de sus hijos e hijas en sintonía con las posibilidades que ofrecía la organización del sistema educativo. A pesar de que Blanca no continuó los estudios, su hermana realizó un módulo de FP de grado medio y trabaja como auxiliar en una clínica veterinaria con buenas condiciones laborales. Su hermano cursó estudios de FP superior y luego Arquitectura Técnica, y ha estado trabajando desde que comenzó a realizar las prácticas.

Con el padre de su hija las decisiones las toman conjuntamente «y ven todas las cosas económicamente por parte de los dos, es compartirlo todo». Cuando se realizó la historia de vida Blanca no trabajaba. De la convivencia destaca que con la niña es él quien más le ayuda «si se tiene que quedar con ella, si le tiene que dar de comer o si la tiene que cambiar, sin ningún problema», y en

las labores de la casa, también, aunque él trabaja pero «si tiene unos días libres él hace conmigo las cosas, él comparte conmigo las cosas».

Blanca se ha planteado terminar el bachillerato a distancia cuando la niña requiera menos cuidados. Su trayectoria individual queda, de esta forma, supe-
ditada a la familiar. Da cuenta de una relación de igualdad en el ámbito domés-
tico en cuanto a las decisiones que adoptan ella y su pareja. En su caso, no
obstante, como en el de otras muchas mujeres jóvenes con hijos que dependen
económicamente de sus parejas, se produciría una situación de mayor vulnera-
bilidad en el caso de que tuviera lugar una separación. En el contexto actual de
crisis, de creciente empleo precario y de diversificación de los tipos de hogares,
se están generando nuevos perfiles sociales, entre los que destacan las mujeres
con cargas familiares, separadas o solas (Pérez et al., 2004).

En los tres modelos de familia presentados se ejemplifica el fuerte cam-
bio social que se ha producido en España, así como el influjo que en él han
tenido las dos reformas educativas. La no continuación de los estudios de
Blanca y Lucía podría entenderse como un efecto no deseado de la LOGSE.
Según muestran los datos estadísticos expuestos al principio, el origen social
sigue siendo el principal factor que condiciona el nivel de logro educativo. No
obstante, intervienen otros factores que facilitan o dificultan el éxito escolar.

Al comenzar la ESO, los jóvenes, chicos y chicas, suelen sentirse a gusto,
sobre todo durante los dos primeros años, y acusan de forma pronunciada el
cambio a tercero, que es identificado como uno de los cursos más problemá-
ticos de la etapa escolar, tal y como muestran Lucía y Blanca, así como otros
estudios que recogen la opinión de los jóvenes mediante encuesta (Fundación
Encuentro, 2010: 130). Uno de los factores que destaca en relación con esta
etapa es la influencia del grupo de iguales (Parrilla, 2004). Al iniciar el insti-
tuto, los jóvenes y las jóvenes sienten una fuerte presión del nuevo entorno
relacional y, a veces, como en el caso concreto de Blanca, de grupos *conflictivos*,
tanto de chicos como de chicas⁴. En determinado momento, nuestras infor-
mantes tuvieron que optar por formar parte de estos grupos o rechazarlos: «Sí,
las dejé, vamos, duré menos de un año, no estuve más de un año, [...], yo era
una chica más tranquila, y no quería jaleos».

Este tipo de ambiente escolar, entendido como entorno relacional «com-
plejo» que puede condicionar la actividad y la cultura escolar de algunos insti-
tutos, se inscribe en un contexto más amplio caracterizado por toda una serie
de dificultades, como destacan algunos especialistas implicados en cuestiones
educativas (Varela, 2007). Entre ellas, el hecho de que con la promulgación
de la LOGSE en 1990 el PSOE puso en marcha un ambicioso proyecto, el
de la educación comprensiva y obligatoria hasta los 16 años, pero sin que la
reforma contase con la asignación presupuestaria suficiente. En consecuencia,
se concertaron plazas en la red privada, lo que supuso que, a lo largo de los

4. «Con las chicas, estaba más metida en movidas, más metida en temas de fumar chocolate, vamos, hachís, iban buscando bulla [...], luego estaba el grupito de los chicos, que a veces venían y era peor, porque no era solo hachís, también eran otras cosas más duras.»

años, muchos padres de las clases medias comenzaran a llevar a sus hijos e hijas a centros privados y concertados, proceso que se ha acentuado con la paulatina entrada de inmigrantes en los centros públicos.

Cuando se analizan las trayectorias de vida de nuestras tres protagonistas, sus experiencias, vivencias y percepciones, se observa que las tres muestran una actitud favorable hacia la continuación de los estudios, aunque dos de ellas no los hayan continuado. Como se ha señalado, Mónica terminó sus estudios universitarios veinte años después. Lucía intentó realizar primero de bachillerato hasta en cuatro ocasiones y, posteriormente, se planteó realizar un módulo de FP. Y Blanca espera a que su hija crezca para poder matricularse en bachillerato. También se observa el esfuerzo realizado por muchas familias para favorecer la continuación de los estudios de sus hijos e hijas, así como la importancia que adquiere el papel desempeñado por muchas mujeres en estas familias.

Las historias de vida de Mónica, Lucía y Blanca nos han permitido entender algunas de las causas de la no continuación de los estudios y permiten cuestionar determinados discursos que, sobre todo en el momento actual, contribuyen a profundizar en la dualización del sistema escolar y a desprestigiar lo público. Los agentes de estos discursos olvidan, además, que las reformas que favorecen una mayor igualdad tienen efectos beneficiosos para muchos sectores de la población y, en especial, para las mujeres que proceden de las clases más desfavorecidas.

Referencias bibliográficas

- AYUSO, Luis (2012). «*Living Apart Together* en España: ¿Noviazgos o parejas independientes?». *Revista Internacional de Sociología*, 70 (3), 587-613.
- BOURDIEU, Pierre (1998). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- (2002). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- CALERO, Jorge (2007). *Desigualdades socioeconómicas en el sistema educativo español*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia / CIDE.
- CELORRIO, Xavier y MARÍN, Antoni (2012). «Educación y movilidad social en España». En: *Informe España 2012: Una interpretación de su realidad social*. Madrid: Fundación Encuentro.
- FEDERACIÓN DE MUJERES PROGRESISTAS (2011). *¿Igualmente?: Alumnado y género, actitudes y comportamientos*. Madrid.
- FERNÁNDEZ, Mariano; MENA, Luis y RIVIERE, Jaime (2010). *Fracaso y abandono escolar en España*. Madrid: Fundación La Caixa. Estudios Sociales, 29.
- FERNÁNDEZ ENGUIA, Mariano (2003). «Los desiguales resultados de las políticas igualitarias: Clase, género y etnia en la educación». *Papeles de Economía Española*, 1, 15-28.
- FOLGUERA, Pilar (1997). «El franquismo: El retorno a la esfera privada (1939-1975)». En: GARRIDO, Elisa M.; FOLGUERA, Pilar; ORTEGA, Margarita y SEGURA, Cristina. *Historia de las mujeres en España*. Madrid: Síntesis.
- FOUCE, Héctor (2006). *El futuro ya está aquí: Música pop y cambio cultural*. Madrid: Velecio.

- FUNDACIÓN ENCUENTRO (2010). «Los adolescentes en la ESO». En: *Informe España 2010: Una interpretación de su realidad social*. Madrid.
- INSTITUTO DE LA MUJER (2008). *Las mujeres en cifras 1983-2008*. Madrid.
- (2013). Estadísticas. Instituto de la Mujer [en línea]. <<http://www.inmujer.es/estadisticas/portada/home.htm>>.
- JULIÁ, Santos (2003). «Política y sociedad». En: JULIÁ, Santos; GARCÍA, José Luís y JIMÉNEZ, Juan Carlos. *La España del siglo XX*. Madrid: Marcial Pons.
- MARTÍN CRIADO, Enrique (2010). «Las tallas grandes perjudican seriamente la salud». *Revista Internacional de Sociología*, 68 (2), 349-373.
- MARTÍNEZ, José Saturnino (2007). «Clase social, género y desigualdad de oportunidades educativas». *Revista de Educación*, 342, 287-306.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN (2012). *Sistema estatal de indicadores de la educación*. Madrid: Instituto de Evaluación.
- PARRA, Pilar (2009). «Narrativas del yo de mujeres de clases populares: Dimensiones de análisis para el estudio del cambio social». *XIV Congreso Nacional de Sociología en Castilla La Mancha*. Almagro.
- PARRILLA, Ángeles (2004). *La construcción del proceso de exclusión social en las mujeres: Origen, formas, consecuencias e implicaciones formativas*. Madrid. Instituto de la Mujer.
- PÉREZ, Manuel; RODRÍGUEZ, Gregorio y TRUJILLO, Manuel (2004). *Pobreza y exclusión social en el Principado de Asturias*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- SUBIRATS, Marina (2010). «Els nivells educatius de la població i la transmissió del capital cultural». *Papers*, 52, 64-77.
- VARELA, Julia (1997). *Nacimiento de la mujer burguesa: El cambiante equilibrio de poder entre los sexos*. Madrid: La Piqueta.
- (2007). *Las reformas educativas a debate (1982-2006)*. Madrid: Morata.
- WILLIS, Paul (1988). *Aprendiendo a trabajar: Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Madrid: Akal.

Los procesos de subjetivación de las nuevas élites culturales. Itinerarios de autonomía e (in)dependencia emocional de mujeres de clase media

Ángel J. Gordo López

Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Sociología IV
ajgordol@cps.ucm.es



Recibido: 25-10-2012
Aceptado: 10-06-2013

Resumen

En este artículo se analizan los relatos de vida de dos mujeres de clase media nacidas a finales de los años sesenta en España. En un primer momento se presenta el contexto familiar, a modo de panorámica de la posición social de partida, para ilustrar, seguidamente, la importancia de la educación y de las prácticas de socialización en las trayectorias vitales y afectivas de estas dos informantes, denominadas aquí Alba y Elsa. Este primer momento narrativo, más próximo a las declaraciones de las protagonistas, dará paso a la interpretación de los relatos de vida en un contexto sociológico más amplio. Sus trayectorias vitales y emocionales responden, en parte, a posicionamientos familiares de partida distintos, si bien algunas de sus características comunes se forjan al amparo de un escenario social, con grandes cambios políticos y culturales, en el que coexisten códigos de género, percepciones del mundo y sistemas de valores distintos.

Palabras clave: capital cultural; capital relacional; conciencia de clase; cultura de la excelencia; identidad; *madres coraje*; participación política; relatos de vida; repertorios de subjetividad; trayectorias afectivas.

Abstract. *Subjectification processes of the new cultural elites: Routes of autonomy and emotional in/dependency of middle-class women*

In this article we analyze two life accounts of middle-class women born in the late sixties in Spain. We begin by outlining their family background with a view to providing an overall sociodemographic and then illustrate the influence of education and other socialization practices in the emotional and political routes of these two informants to whom we shall refer to as Alba and Elsa. This first narrative moment, which runs closer to the statements and accounts of our protagonists, is followed by the interpretation of their life stories in a broader sociological context. We argue that their emotional and life trajectories partly respond to different starting family positionings. We also suggest that some of their common features are forged under a social scenario which underwent large social changes and where different gender codes, worldviews and value systems coexisted.

Keywords: cultural capital; social capital; class consciousness; excellence culture; identity; *mother courage*; political participation; life stories; life accounts; subjectivity repertoires; affective trajectories

Sumario

- | | |
|-----------------|--|
| 1. Introducción | 3. De la narración a la interpretación |
| 2. Alba y Elsa | 4. Conclusiones |
| | Referencias bibliográficas |

1. Introducción

Este trabajo forma parte de un estudio más amplio sobre el papel de las mujeres en la vida social y política de la España contemporánea. El objetivo principal de esta investigación era contribuir a visibilizar la presencia de las mujeres a lo largo del siglo XX y su incidencia en la vida social y política de España a partir del análisis del sentido que confieren las mujeres a sus vidas¹. Desde una perspectiva atenta a los procesos y a los cambios sociales, proponíamos identificar las líneas de fuerza que configuran problemáticas sociales actuales en las que las relaciones de género y de poder están muy presentes. Para ello utilizamos documentos biográficos, narraciones autobiográficas e historias de vida de mujeres españolas de posición social diferente.

Como señalamos en la introducción de este monográfico (Varela y Gordo, en este volumen), nuestra mirada e interpretación de los materiales analizados están en deuda con los trabajos de Michel Foucault (1979), Norbert Elias (1994), Robert Castel (1999) y, en el panorama sociológico español, con los trabajos genealógicos de Julia Varela y Álvarez-Uría (1997). Nos guiamos por el modo que tienen todos ellos de apelar a la memoria de los conflictos para poder comprender cómo se han gestado las condiciones que conforman el presente y elaborar, así, nuevos conocimientos que puedan ser útiles para explicar lo que está sucediendo en la actualidad. Al igual que el resto de los artículos publicados en este volumen, a la hora de estructurar nuestro análisis, tuvimos en cuenta las dimensiones clásicas de socialización (la familia, la escuela, el trabajo, la pareja y la participación política), inspirándonos, para ello, en los trabajos sobre el posicionamiento y la estructuración social de Pierre Bourdieu (1988, 1997), así como en los estudios de sociología histórica acerca de las cambiantes relaciones entre los sexos de Norbert Elias (1994). Esta perspectiva teórico-metodológica invita a construir una mirada atenta a las tendencias y a los procesos, así como a las discontinuidades, con lo cual se evita reproducir lógicas de progreso lineal o evolutivo. También permite entender cómo, en una misma época y en una misma sociedad, los mismos procesos pueden afectar de forma distinta a las mujeres de las distintas clases sociales e incluso a las mujeres procedentes de la misma clase social, como veremos en este artículo, en función de sus «capitales» de partida y sus procesos de socialización.

1. *Mujeres, cambio social y modos de subjetivación: Análisis sociológico de historias de vida de mujeres en la España contemporánea*, Ministerio de Educación y Ciencia, I+D, convocatoria 2004-2007 (Ref. SEJ2006-04140), dirigida por Julia Varela.

Antes de dar paso a la presentación y al análisis de los relatos de vida, debemos señalar que nuestra práctica metodológica también está en deuda con los trabajos fundacionales que inauguraron la investigación sociológica basada en historias de vida. Entre estos, queremos destacar los trabajos de Ferraroti (1993), Lewis (1969) y Shaw (1996), los estudios igualmente clásicos de Bertaux (1981) y los de Thompson (1978) sobre la historia oral, al igual que el ensayo metodológico de Atkinson (1998) sobre las prácticas de entrevista en la producción y el análisis de historias de vida. También han servido de guía metodológica los análisis de itinerarios vitales de exclusión social y pobreza realizados por Arribas y Serrano (1998), así como el capítulo metodológico de Varela (2008), basado en el trabajo de campo recogido en *A Ulife* (2004), sobre historias de vida de varones y mujeres del mundo rural. Igualmente útiles han sido los trabajos de Stanley (1992) sobre la teoría y la práctica de análisis autobiográficos feministas.

2. Alba y Elsa

La periodización establecida en la investigación en la que se enmarca el presente trabajo incluía las siguientes etapas: del 98 a la Segunda República, de la República al final de la Guerra Civil, el franquismo y de la transición democrática hasta la actualidad. Nuestra contribución a este estudio se sitúa en la última etapa, la que va desde la transición democrática, tras la muerte de Franco, hasta la actualidad. El análisis de esta etapa comprendía el estudio de mujeres procedentes de clases populares con movilidad social ascendente (véanse Parra y Biglia en este monográfico) y mujeres de clase media, todas ellas nacidas a finales de los años sesenta. No obstante, en este texto, nos limitamos al estudio de dos historias de vida representativas de las mujeres de clase media de este periodo: una primera, basada en el relato de vida de Alba, en la que predominan concepciones de género y relaciones afectivas altamente codificadas, próximas a nociones de amor romántico, idealizaciones de la familia y del mundo emocional individual; y una segunda, la de Elsa, que ejemplifica la importancia de las redes sociales y de los repertorios amplios de socialización a la hora de transitar, en lugar de interiorizar mandatos culturales relacionados con dinámicas de género.

En un primer momento presentamos un resumen del contexto familiar, para ilustrar, seguidamente, la importancia de la educación y de las prácticas de socialización en las trayectorias vitales y afectivas de estas dos mujeres. Esta primera fase, más circunscrita a las declaraciones de nuestras informantes, dará paso a la interpretación de los relatos de vida en un contexto sociológico más amplio, con el propósito de comprender mejor sus posicionamientos diferenciados ante los procesos que, en un escenario sociocultural y político específico, favorecen o dificultan un mayor equilibrio de poder entre hombres y mujeres (Elias, 1994; Foucault, 1985, 1990; Hollway, 1996; Subirats, 2013; Varela, 2011) o posicionamientos más (des)iguales en el sistema cultural formado por el sexo o el género (Rubin, 1975).

2.1. Alba: hija de la transición

Alba procede de una familia de clase media baja y es artista de profesión. Nació a finales de los sesenta en Barcelona, separada y sin hijos. Su madre, con estudios básicos, pero muy inquieta y autodidacta, trabajó como administrativa en un laboratorio hasta que contrajo matrimonio y se dedicó a la educación de Alba y de su hermana, dos años menor que ella. El padre, aparejador en una empresa de construcción, se ausentaba durante largos periodos «para prosperar en el trabajo». Para evitar desplazarse de un sitio a otro con las niñas, la madre decidió mantener el domicilio en Barcelona, una decisión que Alba identifica como una de las muchas renunciadas y sacrificios en la vida de su madre, a quien le está muy agradecida, porque fue quien le dijo: “¿Quieres estudiar música? ¿Quieres ir al conservatorio?”. Durante los últimos años la relación con su padre se limita a «llamadas en mis cumpleaños, navidades y esas cosas».

Los abuelos maternos eran de Burgos y, según Alba, «para la época, era gente con un nivel». La abuela fue ama de casa y el abuelo, guardia civil, «pro régimen, muy significado». Por el contrario, los abuelos maternos, que se conocieron en Barcelona en la posguerra, tenían una procedencia más humilde: la abuela era aragonesa y señora de la limpieza en épocas de escasez y el abuelo había nacido en un pueblo de Málaga, en el seno de una familia numerosa de agricultores. Resalta que su abuelo «aprendió a leer solo» y militó en la Casa del Pueblo hasta que tuvo que salir huyendo a Barcelona tras un enfrentamiento con los terratenientes del lugar. Alba afirma haberse sentido muy querida por sus abuelos paternos y maternos, si bien destaca la importancia de estos últimos, ya que, según ella, «el núcleo familiar que yo nunca he tenido en mi casa, sí lo tenía con mis abuelos».

2.1.1. Educación, socialización y vocación profesional temprana

En la casa de sus padres disponía de una habitación propia llena de libros y juguetes. De aquellos años de infancia recalca la necesidad vital de inventar y crear canciones y letras, así como su facilidad para alegrar la vida a los demás, porque siempre, «cuando llegaba a cualquier lado, era la que cantaba, la que bailaba». A diferencia de otros niños, le encantaba diseñar sus propios recordables y afirma que con dos años tenía «dibujos que son alucinantes [...] y a partir de los seis años hacía cuentos que ilustraba yo, y que luego ponía letras “para mayores de diez años”». Al contrario que a la mayoría de los niños, le gustaba ir al colegio y «estar haciendo cosas», hasta el punto de pedir a los maestros que le mandaran deberes para el verano. Cursó estudios de primaria y bachillerato en un colegio concertado de monjas, y superó los cursos con brillantez, a pesar de las cargas añadidas que suponían las clases extraescolares de inglés en el Instituto Británico, desde los tres años, y de solfeo, piano y canto en el Conservatorio, desde los nueve. No resulta extraño, pues, que, ante nuestra pregunta sobre sus principales recuerdos de infancia, responda que se ve a sí misma yendo de camino al colegio, sin apenas tiempo para jugar, porque, según Alba, cuando «no bajas a la calle, no conoces los juegos, no has

practicado los juegos, con lo cual llegaba la hora del recreo y tampoco me dejaban jugar demasiado».

Sus compañeras de colegio la consideraban un poco repelente, porque se le daba todo bien, desde las matemáticas y el canto, hasta el teatro y la gimnasia. Dice que su intensiva dedicación a las tareas escolares no estaba movida por el afán de destacar, sino porque, para ella, «lo normal era hacerlo bien». Añade con pesadumbre que nunca tuvo «el grupito ese de dos, tres amigas, que van siempre a todos lados», si bien, con doce años, formó parte de una pandilla en su barrio, algo que recuerda como una de las experiencias más gratas de aquella época. Estaba muy ilusionada por sentirse parte de un grupo, pero los cabecillas de la pandilla no tardaron en excluirla, según Alba, «por mi forma de ser, siempre dispuesta a agradar a los demás». Aunque para ella fue un trauma, «ya tenía claro que yo era quien era, y que estaba por encima de un colectivo». Afirma que no volvería a experimentar «esa sensación de pertenecer a un grupo social».

A este sentimiento de desarraigo e incompreensión, se suma la mala relación con su hermana, para quien ella era «el objeto de su frustración, porque desde pequeña yo era la mona, la inteligente, no sé qué, la cariñosa». En su familia, también se siente una «extraterrestre». La relación tan estrecha con su madre se trunca cuando empieza a salir con un chico, su futuro marido, a la edad de dieciséis años, pues «la tragedia que ella estaba viviendo, toda esa frustración, la canalizó contra mí». Esta situación provoca que Alba, desde muy joven, se refugie en su cuarto y en la música, «porque no podía relacionarme con ellas, porque mi madre y mi hermana hacían piña, y entonces la historia era: “¡Eres igual que tu padre...!”».

La experiencia de soledad en el interior de la familia se vio reforzada por la ausencia de un grupo de iguales. Sin embargo, en momentos posteriores, ya no se siente una extraterrestre, aunque predomina la sensación de soledad, de no sentirse acompañada ni identificada con sus amigos, porque «no hablas el mismo lenguaje que ellos, de modo que tus sentimientos, en el fondo, tampoco pueden ser comprendidos por ellos». Aún así, afirma que nunca ha estado del todo «sola y abandonada», porque «soy una persona tremendamente social y, en el fondo, [...] mi hábitat es el contacto con el otro».

A los nueve años, comienza sus estudios en el Conservatorio, donde se siente ella misma. Afirma que allí «era como más dicharachera para todo», y a los once era capaz de procesar y descifrar el lenguaje musical con facilidad. Con dieciséis años ganó un concurso nacional de jóvenes promesas de la canción y le ofrecieron contratos de trabajo que su madre declinó: «Si quería ser algo, lo que tenía que hacer era continuar mis estudios y, cuando realmente estuviese preparada al cien por cien, aspirar a lo mejor».

La falta de relaciones sociales sólidas en su entorno más próximo, en el colegio y en el barrio, junto con las fricciones y el distanciamiento con su madre y su hermana cuando empieza a salir con el primer chico, generan en ella un sentimiento sostenido de desasosiego y profunda soledad, más aún en una persona como Alba, quien se define como «tremendamente social». Este sentimiento de abandono se compensa en parte con percepciones y sen-

timientos extraños que dice tener desde jovencita, cuando juega «a descubrir qué cartas estaban boca abajo, a mover cosas». Más tarde, experimenta sueños premonitorios y experiencias extrañas, «porque de repente tocabas a alguien y tenías sensaciones de ese alguien o visiones». Señala que hubo gente que la buscó en determinados momentos y que le decían a su madre: «Oye, tu hija es una iniciada». Es esta una parte de sí misma que ha querido dejar al margen, «porque desequilibra mucho, te hacen sentir más rara de lo que eres [riendo]». En momentos posteriores del relato establece un paralelismo entre las tareas de composición musical y sus poderes premonitorios cuando afirma que «a veces, estaba componiendo algo y sabía que estaba bien, que iba a funcionar y tal. Notaba la misma sensación que cuando tenía un sueño premonitorio y, de repente, sin saber por qué, sabía que eso iba a ser realidad».

La necesidad imperiosa de hacer cosas, de crear e inventar, junto con una infancia y una juventud «totalmente copada» por las actividades extraescolares, la obligaron a llevar un ritmo frenético que se ha convertido en una especie de *habitus*, pues se prolonga hasta el momento actual, porque, según ella: «Me siento feliz haciendo eso. Me siento realizada». Durante los últimos años ha compaginado numerosos conciertos con trabajos de composición y la gestión de su propia empresa y su casa discográfica, además de cargos de representación en distintas sociedades y gremios de las artes escénicas y de la interpretación. A lo largo de su relato subraya su carácter extrovertido y la tendencia a procurar la diversión y el bienestar de su gente, lo cual, según Alba, obedece «a un exceso de necesidad de amor de los demás».

2.1.2. *Vida afectiva y reconocimiento:*

las relaciones de pareja y la falta de referentes familiares

A los once años, recuerda que veranearon con unos amigos de sus padres en la Rioja, en donde se sintió muy cuidada y reconocida, además de tener mucho éxito con los niños, debido, según ella, a ser «la catalana, y es que era muy mona», lo cual le resultó curioso, porque en su barrio se sentía muy «chiquinina», muy frustrada, ya que, a diferencia de las otras niñas, «ya mujeronas», no desarrolló hasta los dieciséis años. Nos confiesa: «estaba muy preocupada, porque» a los niños de su barrio «les gustaban las que tenían tetas». Afirma que siempre ha sido «muy de fijarme en los chicos», sobre todo en el Conservatorio, donde tenía muchos amigos y donde conoció a su primer novio y futuro marido. Según Alba, «nada más verle, supe que iba a ser un hombre muy importante en mi vida». Se casaron y mantuvieron una relación de diez años. Comenta que, por aquel entonces, ella tenía una intensa vida social, porque «me encanta compartir las cosas, la gente», sin embargo, a su ex marido, no le interesaban los eventos sociales, era de su «grupito de amigos».

A lo largo del relato recalca que la ausencia de una familia nuclear ha supuesto para ella una desestabilización emocional importante, sobre todo por la falta de «referencias con respecto a la pareja». También afirma que en las relaciones siempre ha sido la que ha tomado la iniciativa, quien ha «promovido las relaciones con los otros», lo cual le hubiese gustado que fuera diferente, porque

«si tú eres la que da ese paso, el otro ya nunca te busca». En las relaciones de pareja, se define como «extremadamente impulsiva», como una «locomotora», y comenta que cuando deja de ser «la que tira adelante, la que se inventa», se pierde a sí misma. Así lo ilustra cuando alude a la relación que mantuvo, después de romper con su marido, con una persona que consideró «el hombre de mi vida». Al igual que en su relación anterior, también experimentó un flechazo: «No le había visto, le tenía a mi espalda, y se me hizo un rollo aquí, y me di la vuelta y le vi». No obstante, siente que él no se involucra, lo que, a la postre, le supondrá vivir la relación como «absolutamente destructiva. Estuve a punto de perder mi vida, precisamente porque me quedé en una vía muerta, y no era capaz de moverme a ningún sitio».

Desde hace un par de años Alba convive con una nueva pareja, con una persona muy creativa y dinámica, que le comenta que vivir con ella es muy divertido, porque, según ella, «yo me invento la vida, cada día me invento una cosa, todo me emociona... Pero, es que esa soy yo, ¿sabes? Me despierto por la mañana contenta, y me encanta hacer felices a los demás. A veces, tengo un poco la sensación de ser adicta, de “¿qué es lo que te hace feliz? No te preocupes, que yo te lo consigo”».

2.2. *Elsa: nieta de la República*

Elsa, hija única, periodista de profesión y madre de una niña cuya custodia comparte con su ex compañero, nació a finales de los sesenta en la ciudad de Madrid, en una familia de clase media. Hasta el matrimonio, la madre de Elsa tenía un buen trabajo de gestión y administración, antes de obtener por concurso una plaza de funcionaria en un ministerio. Cuando nació Elsa, la madre decidió dedicarse al cuidado de su hija y, más tarde, a trabajos esporádicos. El abuelo materno es oriundo de un pueblo de Extremadura y la abuela, del barrio madrileño de La Latina. Ambos son de procedencia muy humilde, republicanos y socialistas de origen, aunque «no muy significados». El abuelo obtuvo un trabajo bien remunerado en unos prestigiosos almacenes de Madrid, lo que les permitió costear una buena educación privada a la madre de Elsa.

El padre trabajaba como redactor en un periódico y procedía «de una zona muy deprimida» del País Vasco. El abuelo paterno era electricista, «carlista y católico, apostólico y romano». La abuela, ama de casa. Tras unos años en el seminario, el padre abandonó la formación religiosa y se fue a estudiar a Madrid, donde, posteriormente, ejerció la profesión de periodista hasta llegar a ser el redactor jefe de un prestigioso periódico. Los padres de Elsa se conocieron en un acto político en los años cincuenta. Elsa recalca el hecho de que su madre, a pesar de ser «una niña *bien* que, de pronto, va a un colegio bilingüe», ya militaba en el PCE antes de conocer a su padre: «Iba a Francia y pasaba el *Mundo Obrero*, y cosas así, y como iba bien vestida y era una niña pija, pues en las aduanas nunca la paraban». En esta misma línea, señala que «es mi madre la que socializa a mi padre en el ámbito político e intelectual de Madrid. Mi padre es un chico de pueblo, cultivado, pero de pueblo».

En la época del desarrollismo, en los tiempos de los gobiernos tecnocráticos de López Rodó, Ullastres y López Bravo, en la época de las bases americanas, cuando Semprún y Claudín estaban a punto de ser expulsados del Partido Comunista por desviacionistas, el padre entró en una crisis ideológica y propuso iniciar una nueva vida en una comunidad rural en el sur de España. La madre, que no quería trabajar para el aparato del Estado, «está en la misma onda que mi padre y deciden dejarlo todo», a pesar de que, según Elsa, sus padres, al igual que los abuelos maternos, «nunca hayan sido militantes de primera fila». La madre pidió una excedencia en el Ministerio y, durante cuatro años, vivieron en esta comunidad. Elsa afirma que entre la progresía que constituía el círculo de amistades de sus padres y, en particular, en aquella comunidad, la fidelidad sexual, en tanto propiedad privada, se vivía con sospecha ideológica. Y añade que su padre se sentía más cómodo en este ambiente, si bien a su madre le «suponía bastantes quebraderos de cabeza».

Regresan a Madrid una vez agotados los ahorros familiares procedentes de un piso en propiedad de la madre. Elsa, siguiendo la trayectoria educativa de su madre, inicia una nueva etapa educativa en un colegio bilingüe. A finales de los setenta el padre retoma el trabajo de redactor y la madre, que ha perdido la plaza en el Ministerio, retoma su antiguo trabajo como secretaria. Con la llegada al poder del PSOE en el ochenta y dos, el padre acepta un cargo político en la Administración y, con ello, retos contrarios a sus planteamientos ideológicos anteriores, los cuales, recuerda Elsa, supusieron un fuerte sacrificio económico y profesional para su madre, a quien «la echan del curro, y como no tiene pensión, ni tiene recursos, pues eso, se convierte en precaria».

Tras un tiempo de convivencia tortuosa, sus padres se separan. Elsa tiene diecisiete años y no vive la separación especialmente mal, pero sí todo el preludio, porque «pasó de ser una familia, un núcleo familiar muy estable, a de repente eso, una madre deprimida que abandona la vida, un padre que está muy a disgusto. Se deteriora el entorno y deja de venir la gente a casa».

2.2.1. Educación y sociabilidad temprana

Elsa identifica su contexto familiar de procedencia en la clase media alta. Lleva una vida desahogada, pero austera y consciente del valor de las cosas, porque «desde pequeña, yo sé que las cosas no son gratis, sino que responden a un esfuerzo de trabajo». Es consciente de que la inversión de sus padres «no fue en ladrillos, sino en su educación». Sus años en la comunidad rural los recuerda como una vida asilvestrada, «todo el día en el campo», y en un entorno con otros niños y niñas donde se «debatía muchísimo, se cuestionaba todo de alguna manera». Una vez transcurrida la etapa rural, y de vuelta a Madrid, ingresó, como ya se ha señalado, en un colegio bilingüe en el que convivía con jóvenes «con un nivel adquisitivo muy alto». Las diferencias sociales le resultaban chocantes y trató de sortearlas entablando amistad con los estudiantes más progres, con vidas y niveles adquisitivos similares a los suyos. Como señala Elsa, era como vivir en dos mundos bien distintos, pero no necesariamente

incompatibles, porque, «a pesar de que iba a un colegio bilingüe, en mi casa no había televisión, no se compraban cosas superfluamente. Pero entre medias me podía ir a pasar el fin de semana a la Moraleja, a un pedazo de casa, con tías sirviéndome con cofia el desayuno. ¡Yo flipaba! Sí, era bastante choque, pero nunca lo llevé especialmente mal».

Desde pequeña el padre le inculca la idea de que, en lugar de buscar la riqueza personal y la paz a través de un hombre o una pareja, tenía que encontrarlas en ella misma, «con tus historias y tal. Lee tus libros y haz tu vida, viaja y conoce gente». En ocasiones, la educación de Elsa en los valores de autonomía e independencia la hacen sentirse como «un bicho raro» frente a sus amigas: «Ellas se maquillaban, yo no. Ellas llevaban tacones, yo no». También recuerda que, al contrario que sus amigas, «tenía muy metido en la cabeza esto de no ser una mujer objeto: los tíos tenían que ser amigos, antes que amantes. Y los tenía que seducir no por mi físico o mis cualidades de mujer, sino por una cosa más intelectual». Este sistema de valores no le permiten creer en el príncipe azul, ni en la idea de «un hombre para toda la vida», ya que, según Elsa, «mi madre también se encargó de “no hagas también lo que yo he hecho, no te supedites a ningún hombre, no lo admires como yo admiro a tu padre y valórate a ti misma por encima de todo”».

2.2.2. *La universidad, participación política y cultura del esfuerzo*

Durante los años de sus estudios en la universidad participó en la Asamblea de Mujeres y conoció a personas que entendían el papel femenino y las relaciones como ella, «sin haber pasado por la militancia, casi de un modo existencial, pero no educacional». Sin embargo, se alejó de una militancia feminista diciendo que no tardaría mucho en darse «cuenta de que no funcionaba, que veía muchas contradicciones». También participó en el movimiento *okupa* de finales de los ochenta, cuya idea era tomar edificios deshabitados «y convertirlos en un centro social en el cual el barrio tenga voz, que la gente haga cosas». Ante nuestra pregunta sobre los referentes de este movimiento, afirma que eran grupos de procedencia antifascista, antisistema, muy influidos por el movimiento autónomo alemán, y «sobre todo muy de guerrilla» urbana. Puntualiza que, en estos grupos, las prácticas no eran tan abiertas como era de suponer, ni tan respetuosas con las mujeres. A finales de los ochenta se integró en un grupo de mujeres dentro de este movimiento, con el propósito de cuestionar las dinámicas de género que el propio movimiento reproducía. Elsa apunta que este grupo no fue bien entendido, «más bien poco reconocido». Con la *okupación* de una casa en Vallecas, el movimiento se abrió a la participación de la clase trabajadora, algunos de ellos maltrechos y marginalizados por la droga, al igual que el ala izquierda del Colectivo de Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales de Madrid (COGAM) y antiguos militantes del Movimiento Comunista (MC). Esta apertura permitió la consolidación de dos grandes líneas: la del núcleo duro, más cercana a «la guerrilla del Salvador, lo serio es estar con ETA», y otra línea más experiencial, en la que, como señala Elsa, «el Salvador me queda bastante más lejos que el hecho de que mi amigo salga

del armario y me cuente sus historias». Años después rompió con la estética femenina dominante en el movimiento y pasó a una postura periférica: «De repente, me maquillo y me pongo tacones y me pongo ropa ajustada y escotes, y encajo fatal en el mundo *okupa*».

A pesar de la igualdad y del sentido de no propiedad que prevalecen en estos círculos que Elsa sigue frecuentando actualmente, «en el fondo hay bastante conservadurismo en ciertas cosas». Afirma que es habitual que los hombres piensen que «los hijos son cosa de mujeres» y que, entre ellos, haya un hervor generacional permanente: «De hecho, los tíos de mi edad ligan con tías de veintiocho, generalmente, vamos. Las otras, las de mi edad, son compañeras, no son ligues». Entre las mujeres destaca la figura de las *madres coraje*, valoradas de modo positivo por la comunidad, y a las que Elsa se refiere como mujeres que ostentan el monopolio de la educación y la crianza de los hijos e hijas, porque piensan que «es algo nuestro, somos nosotras y nos obligamos a través de esto, y somos las que realmente decidimos, las que parimos con dolor, las que, en el fondo, sufrimos más». La figura de la *madre coraje*, procedente «de un núcleo de clase media alta, gente que ha ido a colegios privados», encuentra en la crianza y la educación de los hijos la posibilidad de hacerse valer y, de este modo, contrarrestar el poder de los hombres en su comunidad. Elsa no acaba de entender la manera militante de vivir la maternidad por parte de estas amigas suyas, porque «si yo pienso en un compañero con el que voy a tener un hijo, es que lo máximo que aspiro es a que él asuma las mismas responsabilidades que yo».

En los años de resaca de la movida madrileña, de las grandes decepciones políticas posteriores a la transición (ingreso en la OTAN, huelgas generales, 14F), antesala de años de bonanza económica y la liberación de la vida social y política en el amplio sentido del término, Elsa promovió, con otros amigos, una asociación cultural en un barrio céntrico de Madrid. De repente, el local se convirtió en lugar de encuentro de grupos e idearios hasta entonces incompatibles. En este sentido, enfatiza que lo más bonito de esta iniciativa fue el modo de ayudar a romper la fragmentación y la compartimentación que prevalecía hasta la época entre los distintos grupos activistas de Madrid: «Lo mismo iban marroquíes, que gays, que punkies, que lesbianas, que feministas, o sea, se montó una cosa entre política y a la vez lúdica».

Tras varios años de participación activa en esta iniciativa, Elsa sentía la necesidad de obtener una seguridad económica y vital a través de un trabajo estable, y, con veintiocho años, pasó a formar parte de la plantilla de un periódico. Desde entonces, intercala periodos de contratos indefinidos con colaboraciones periodísticas esporádicas.

2.2.3. *Las relaciones de pareja y la maternidad*

A lo largo de su juventud, sale con hombres de distintas esferas y procedencias sociales, desde el guaperas de «ojos azules», el «majete» de los suburbios de Madrid, hasta el hijo de un gran empresario español, «absolutamente desprendido de los afectos» y con el que se siente maltratada. Más tarde se

enamora de un chaval a quien describe como «super buena persona», que fallece en un accidente de tráfico poco después de iniciar una relación. Tras este fuerte varapalo, vive unos años en los que se siente «muy poco comprometida con la pareja en general». No quiere sufrir y le da miedo centrarlo todo en una sola persona. Más tarde mantiene relaciones abiertas y flexibles en las que dice encontrar cierto equilibrio, «pero vuelvo a acabar deseando a otra gente y dejando la relación [...] por mi necesidad de estar socializando permanentemente».

Tras años de mucho salir, de volcarse al exterior, sin comprometerse con nadie, cuando su vida se aproxima a los cuarenta años, se embarca en una relación de pareja que define como «superconvencional» en la que decide ser madre. Vive la maternidad «de un modo muy esquizofrénico», pues, por una parte, se siente «biológica y mentalmente» inmersa en el cuidado de su criatura y, por otra, las múltiples exigencias en el trabajo, la propia maternidad y una pareja muy absorbente le producen un profundo sentimiento de culpa: siente que no está siendo lo suficientemente generosa, «sobre todo con la niña», que algo le está fallando. Según va creciendo su hija, Elsa experimenta un cierto alivio y recobra en parte su autonomía: «Vuelvo a ser yo, y esta cosa está aquí, ya no me necesita todo el rato, no me demanda, entonces, incluso a veces quiere que no esté [a media risa], incluso yo quiero que ella no quiera que yo esté [a media risa]». Empieza a ser consciente, según ella, de la impostura en la que ha decidido vivir: esforzarse por ser «normal» y vivir en valores socialmente inculcados. Cuando iniciamos el relato de vida Elsa llevaba seis meses separada del padre de su hija, con el que convivió ocho años.

Tras la separación, vuelve a un estilo de vida en el que prima la tranquilidad, tanto en sus nuevas relaciones esporádicas, como en la relación con la hija. Desde esta posición intenta inculcar a su hija el sentimiento de independencia. Quiere estar con ella para disfrutar y comunicarse en lugar de hacerlo desde la dependencia o la culpa: «No quiero que dependa mi vida de ella, tampoco quiero que me necesite más de la cuenta. Y eso a veces cuesta, porque veo a otras amigas mías que están mucho más volcadas».

Elsa retoma amistades y relaciones sociales del pasado, basadas en la afinidad experiencial, en lugar de identidades y códigos féreos. Así lo expresa cuando se refiere a su amplio círculo de amistades: «A estas alturas de mi vida puedo decir que incluso tengo amigos fachas, que son del Colegio [bilingüe], que son muy conservadores, con los que puedo hablar sin ningún problema, y me gusta hablar con ellos. Hay amigos que tengo de mi entorno [*okupación*, movimiento autónomo] que jamás hablarían con una persona así». En la parte final de su relato, afirma que, actualmente, entre sus grupos de amigas, además de las *madres coraje*, también hay «mujeres que son muy feministas, que están en montones de cosas de género, trabajando muchísimo a todos los niveles, y luego algunas que no, que para nada, que el análisis de género incluso no lo entienden. En realidad, me entiendo bien con todas y con todos, porque, a la hora de la verdad, tienes más afinidades que desencuentros ¿no?».

3. De la narración a la interpretación

Alba vive una vida acaparada por el estudio sin apenas tiempo para ser niña. Su madre se vuelca en la educación y la crianza de sus hijas, y sabe detectar y fomentar, a través de la educación extraescolar, las aptitudes artísticas de Alba. El éxito profesional de nuestra informante no aminora un sentimiento de fuerte desequilibrio. Como ella misma afirma:

En lo profesional, soy una persona tremendamente segura y gestiono muy bien las cosas buenas y malas ¿no? Y pongo todo en su sitio. Sin embargo, en esa parte emocional, pues hay un desequilibrio grande. [...] Entonces, alguien que es así, ¿cómo puñetas se puede llegar en lo personal a ser todo lo contrario? Una persona con una dependencia emocional, cuando yo tengo en mi mano más que muchos hombres y más que otras muchas mujeres, la capacidad para relacionarme con los demás, para poder hacer, para poder crear mi universo, [...], ¿cómo puedo en lo personal, de repente, caer en los tópicos más estúpidos?

Alba considera que «la falta de una familia tradicional» le ha privado de referentes válidos para sus relaciones de pareja, lo que interfiere, a su vez, en la imposibilidad de disfrutar de lleno con sus éxitos profesionales, porque «sé lo que es tener a dos mil personas adorándote y de pie, y aplaudiéndote y demás; después ellos se van con su familia y tú te vas a un hotel y empiezas a llorar en el *jacuzzi*». La literatura especializada en el análisis del sentimiento de dependencia emocional femenina, de corte psicologista o psicodinámica, remarcaría como una respuesta clásica la tensión que experimenta Alba entre la necesidad de agrandar, de complacer, y el deseo de autoafirmación. Nos encontramos, en fin, ante dinámicas que sobrevaloran la familia y la pareja, y que remiten a formas de feminidad basadas en la abnegación, en ponerse al servicio de los otros, así como en la capacidad de entrega, aunque ello suponga la postergación y la renuncia a los deseos y a los proyectos personales (véase una revisión interesante de estos estudios en Esteban y Távora, 2008).

Al final del relato, Alba señala que ha aprendido a gestionar este desequilibrio a través de la aceptación de su forma distinta de ser y de sentir la vida, «para bien o para mal», de su capacidad ilimitada de sentir y de sufrir. Afirma que ha llegado a comprender que si quería seguir haciendo lo que hacía, que si no quería vivir a medias, «también tenía que aceptar que había esa otra parte terrible que era sufrir también más que los demás, vaya, pero cuando soy feliz también soy mucho más feliz que los demás». Este discurso, próximo a la psicología positiva y la noción de «resiliencia psicológica»², asoma de nuevo cuando

2. Entendida como la capacidad de sobreponerse a contratiempos, al dolor emocional o a traumas y salir fortalecido o fortalecida en el proceso. El concepto de «resiliencia psicológica» ha cobrado un gran protagonismo al amparo de la efervescencia (desde la década de los años noventa) de la emoción (y, por ende, la regulación e instrumentalización de la misma como modelos de apaciguamiento del malestar social generado por dinámicas y estructuras alejadas de lógicas individuales o psicológicas) y el surgimiento coetáneo del fenómeno *coaching*, la programación neurolingüística (PNL) y las terapias complementarias (psicodrama, conste-

afirma haber descubierto que «en esencia, soy un ser feliz y energético, y con capacidad de conseguir las cosas que realmente me propongo. Y por eso soy pionera en tantas cosas, posiblemente porque, mientras que hay gente que pone límites a su existencia, yo jamás he tenido la sensación de que existan límites».

Las historias de vida nos brindan la posibilidad de entender los procesos sociales a partir de las explicaciones y las experiencias subjetivas de los informantes, y permiten atisbar otras relaciones y correspondencias biográficas en un contexto social más amplio. Y así, por ejemplo, la sensación acrecentada de soledad y frustración de Alba —una persona que considera el contacto con el otro su principal hábitat— no es ajena a una infancia y a una adolescencia copadas por actividades formativas, ni a una educación tan unilateralmente proyectada al logro personal que le impide socializarse con los niños de su barrio, con el grupo de iguales. La socialización primaria en la familia y las instituciones educativas reforzó su mundo interior, generó incluso las sensaciones paranormales que, en última instancia, revierten en nociones de un yo fuerte, una especie de *omnipotencia del yo* alimentada por un sentimiento mesiánico, sin límites, que deriva tanto en sentimientos positivos y negativos como en la realización artística. Estos procesos de subjetivación quedaron reforzados a lo largo de las incursiones frustradas de Alba en grupos de pertenencia y afinidad, tanto en las compañeras de colegio (por ser empollona y hacerlo todo bien), como en la pandilla del barrio («por mi forma de ser, siempre dispuesta a agradar a los demás»). Estas carencias en la sociabilidad primaria le impidieron «experimentar esa sensación de pertenecer a un grupo social». Estos procesos son relevantes a la hora de entender cómo se fraguó su posterior sensación de ser *diferente* y, por ende, su afianzamiento en una toma de conciencia respecto a su forma de ser *diferente*. Así lo expresa Alba cuando, tras ser excluida de la pandilla del barrio, dice darse cuenta de que «yo era quien era, y por eso estaba por encima de un colectivo». El afianzamiento de estas relaciones sociales, y su forma de alimentar una forma de ser «diferente», se agranda aún más con la ruptura de la relación fusional con su madre en el momento en el que Alba empieza a salir con su primer novio. La madre vive este espacio afectivo y de autonomía de su hija como una amenaza y una traición, porque siente en aquel momento, según nuestra protagonista, que todos sus esfuerzos y sus sacrificios vitales han sido invertidos en el cuidado y en la educación de sus hijas, especialmente de Alba, a la que considera su obra de arte, además de un asidero, o refugio vital, ante un matrimonio cuya ruptura era encubierta por unos tiempos de democracia incipiente, con códigos de género muy codificados y desiguales, más aún entre las clases medias emergentes, con mayor capital económico que cultural. A partir de este momento la madre identifica a Alba con la figura ausente («eres igual que tu padre»), causa primigenia de todo el desequilibrio familiar y personal (o «fantasma»), lo cual la sitúa en una posición de enfrentamiento ante la díada formada por su madre y su hermana menor.

laciones familiares, reiki, etc.), al igual que la psicología positiva y transpersonal (para una visión crítica de estas nuevas tendencias, véase Parker, 2010, y Álvarez-Uría et al., 2010).

Como señala Alba, en ese momento, la tragedia personal que estaba viviendo la madre, «toda esa frustración, la canalizó contra mí». No de extrañar, pues, que la niña se refugie en su cuarto, en sus estudios de música, en su mundo de percepciones extrañas «porque no podía relacionarme con ellas, porque mi madre y mi hermana hacían piña».

Elsa, al igual que Alba, procede de un entorno familiar de clase media, pero parte de una posición más elevada en la estratificación social. Elsa, a diferencia de Alba, posee un mayor capital cultural y relacional que económico, lo que le proporciona una amplia red de amistades que seguirá ampliando a lo largo de su educación y posterior participación política (véase el análisis realizado por Pilar Parra en este mismo número monográfico para una presentación más detallada de los distintos tipos de capitales según Bourdieu, 1997). Este posicionamiento social de partida, sumado a una educación familiar que le inculca valores de autonomía e independencia, le permiten adoptar una distancia crítica hacia las relaciones de género y hacia ideologías fuertemente codificadas. También la predisponen a apreciar la realidad desde múltiples lecturas, lo cual da paso a lógicas y relaciones más abiertas, mediadas por una revalorización del mundo experiencial y la empatía. Asume su identidad social desde discursos y prácticas marcados por la lógica de la afinidad, en lugar de la búsqueda de un yo interior fuerte (como en el caso de Alba). No obstante, la diversidad de repertorios de Elsa y su socialización primaria en una familia socializada en la cultura del esfuerzo, a diferencia de muchos de sus amigos y amigas, le permiten transitar a través de los estilos de pensar y de vivir asociados al paradigma de la precariedad desde finales de los años ochenta y compaginar el trabajo remunerado, la diversión y la movilización política³.

Lejos de marginarla o restarle oportunidades, este tipo de actitud durante la transición española le permite ampliar y diversificar aún más sus afinidades y sus redes (capital relacional), a la par que sus recursos y sus repertorios de subjetividad (entendidos como los recursos disponibles para pensar y actuar sobre uno mismo y sobre las demás personas —Rose, 1990). Así lo apreciamos en el relato de Elsa cuando afirma saberse distinta al resto de las niñas en su adolescencia, lo cual no evita que ella también se enganche al guaperas de turno o, más tarde, establezca una relación «superconvencional» con el padre de su hija. Este constante transitar, en lugar de interiorizar mandatos culturales respecto a las relaciones de género, la pareja y, entre otros, la maternidad, queda claramente manifiesto en la siguiente declaración de Elsa cuando afirma que «el mundo es más variado que eso; hay muchas lecturas dentro de un orden».

3. En otro lugar y momento previo a la gran crisis financiera, en el intento de abordar fenómenos relacionados con la psicologización de la cultura, utilizamos el concepto «ensimismados» para intentar comprender la adscripción de algunos sectores de jóvenes, principalmente de clases medias, a estilos de pensar y vivir próximos a la noción de «precariedad» que se forja en décadas pasadas (Álvarez-Uría et al., 2008, 2010). Para la realización de este trabajo, encontramos un excelente referente en los trabajos de antropología cultural de Douglas (1998) y su noción de *outsiders*.

Asimismo, queda patente en sus participaciones políticas (asamblea de mujeres, movimiento de *okupación*), a las que ella misma alude a lo largo de su relato con los calificativos de «periférica», «satélite» o «no significada» (al igual que el posicionamiento político de sus padres y de sus abuelos maternos), porque, según Elsa, «me resulta imposible adscribirme a un solo grupo». Por tanto, los múltiples repertorios de subjetividad le proporcionan recursos para contrarrestar lógicas muy codificadas, bien sean de participación política o estilos de pensar y vivir las relaciones de género, de pareja o de maternidad.

En lo relativo a los procesos de transitar (Elsa) o adscribirse y gestionar dilemáticamente a los mandatos culturales o códigos de género estereotipados (Alba), Cristina Santamarina (2004) recuerda que, a pesar de los muchos logros conseguidos a favor de relaciones de género más simétricas, las mujeres de clases medias y medias altas encuentran un obstáculo común, la maternidad, hasta la fecha insalvable para la mayoría y que las devuelve a una noción de «feminidad verdadera». De manera similar Elisabeth Badinter (2011) plantea que el tan venerado «instinto maternal» ha adoptado un cariz exacerbado en el mundo occidental industrializado, incluso dentro de sectores aparentemente progresistas. La defensa a ultranza de la maternidad, envuelta ahora en discursos ecofeministas que celebran procedimientos naturales en el parto, el pecho a discreción y los pañales reciclables suponen, según Badinter (2011), un retroceso y una vuelta a valores tradicionales, una regresión a formas «naturales» de maternidad, en la tendencia cada vez más patente de hacer del hijo o de la hija «su pieza de arte», máximo exponente de la autorrealización maternal y, por ende, de «la nueva mujer». Una tendencia que, según los análisis de Badinter, debe ser entendida como una respuesta ante los sinsabores de la política laboral actual, más exacerbada desde la gran crisis financiera, y también en respuesta a las posiciones actuales maltrechas de algunas de las madres, mujeres militantes y mujeres combativas (como la madre de Elsa), quienes, bajo el discurso de la libertad sexual tan frecuente en determinados entornos progresistas en décadas pasadas (Hollway, 1996), ven cómo las diferencias y las asimetrías quedan subsumidas en discursos más amplios de transformación social (como hemos apreciado en el caso de la madre de Elsa y su experiencia en la comunidad rural o la incursión de Elsa en el movimiento de *okupación*) y que, en última instancia, reproducen fuertes asimetrías de género (por ejemplo, la posición actual de *madres coraje* entre estos colectivos del movimiento autónomo y de *okupación*). Por su parte, en los márgenes más tradicionales con menor capital sociocultural, como sucede en el entorno familiar de Alba, prevalecen códigos de género más codificados y explícitos, acompañados en épocas pasadas de la figura de la *madre coraje* (a la vieja usanza), abnegada y volcada al cuidado y a la educación de sus hijas. En dichos entornos apreciamos como el yugo de «la normalidad», sus códigos morales y de género dominantes, permitieron que mujeres con gran inquietud, como la madre de Alba, se vieran abocadas estructuralmente a la posición de *madres coraje* de la transición (casadas pero solteras, solas pero dependientes), sin poder desarrollar sus inquietudes ni habilidades hasta bien avanzadas sus vidas.

Estas dinámicas estructurales también afectan al modo en que Alba, tan segura y resolutiva en lo profesional, y tan dependiente e inestable en las relaciones de pareja, encuentra la respuesta última de su forma de ser en la falta de referentes familiares propiciada por un padre ausente, en lugar de, por una parte, en su adscripción y reproducción de códigos de género altamente codificados y, por otra, en un espacio de relación fusional con la madre, quien, al igual que las nuevas madres de las que nos habla Badinter, también hizo de Alba su propia obra de arte, su asidero vital ante un matrimonio cuya ruptura era encubierta por unos tiempos de democracia incipiente, con reglas de género muy codificadas y desiguales, más aún entre las clases medias emergentes con mayor capital económico que cultural. Algo parecido ocurre en la biografía de Elsa y la insistencia de su madre de no depender de un solo hombre, como hizo ella con su padre, lo que, en última instancia, le supuso abandonar su profesión, su proyecto vital, para terminar, tras la separación del padre de Elsa, en una decrepitud vital y anímica.

Las figuras de la *madre coraje*, bien sea en la modalidad de la «nueva mujer» (o madre intensiva) envuelta en valores ecofeministas, y en respuesta a la crisis económica y desafección política (Badinter, 2011) o como resultado de luchas explícitas de género (en los colectivos procedentes del movimiento autónomo y de *okupación* de Madrid), coexisten en el escenario actual, a pesar de su muy distinta procedencia, lo cual, a nuestro parecer, debería ser motivo de un análisis sociológico más detallado.

4. Conclusiones

A partir de sus relatos biográficos hemos «construido» las historias de vida de dos mujeres de clases medias con perfiles socioeconómicos similares pero con marcadas diferencias en lo relativo a la formación cultural, las redes sociales y los niveles de participación sociopolítica. En lo relativo al contexto familiar, Alba procede de un hogar con escasa vida social fuera del entorno familiar, con marcadas diferencias en el posicionamiento social de los padres: una madre de familia humilde, con estudios básicos, dedicada a sus labores, y un padre con estudios técnicos y profesión cualificada procedente de una familia de clase media baja conservadora. Por el contrario, en la familia de Elsa prevalece el capital socio-cultural (inversión en cultura, intensa vida sociopolítica, amplias y diversas redes de amistades) sobre el capital económico y existen diferencias menos marcadas entre el capital cultural de partida del padre (estudios superiores) y el de la madre (estudios medios en colegio bilingüe). Por ello podríamos decir que la familia de Alba es representativa de la clase «media» española tradicional, producto de la transición hacia una democracia incipiente, mientras que la familia de Elsa es más típica de las nuevas clases medias, de la «progresía» española, afín a ciertos valores republicanos que incluyen una apuesta por relaciones de género y niveles educativos más igualitarios y autónomos. De ahí que hayamos titulado nuestra interpretación de sus relatos de vida, respectivamente, con las denominaciones «hija de la transición» (Alba) y «nieta de la República» (Elsa).

Los posicionamientos familiares de partida afectan inevitablemente a la socialización primaria y secundaria, así como a los estilos de pensar y de vivir el mundo emocional, además de las relaciones de género. Como hemos señalado, la escasa sociabilidad de Alba en su infancia y adolescencia, salvo en la esfera profesional del conservatorio, además de su nula participación en actividades sociales y políticas, encuentra una fuerte correspondencia con su forma de interiorizar y hacer suyos relaciones y códigos estereotipados de género en sus relaciones de pareja y el modo que explica sus vivencias negativas de la misma, en primer lugar, a partir de la falta de referentes familiares (de un padre ausente) y, más tarde, el modo que tiene de resolver la situación dilemática que ella misma establece entre sus grandes dotes y su trayectoria profesional y el malestar y la dependencia emocional que experimenta en la pareja, a través de su capacidad ilimitada de sentir y sufrir, como estrategia de aceptación de su manera «distinta» de ser y sentir la vida, «para bien o para mal», y como parte de un discurso adscrito al plano psicológico. La gestión de este tipo de situaciones dilemáticas, el dominio de las mismas a través de la flexibilización de las situaciones sociales o, en el caso de Alba, a través de la capacidad ilimitada de sentir y sufrir, encuentra correspondencia con los análisis de Erving Goffman (2000) sobre el rubor en la vida social del individuo, cuya función sería mantener la identidad de la persona al enfrentarse a situaciones problemáticas, flexibilizando las estructuras o las situaciones sociales, tras una previa pérdida transitoria del control o de la seneridad.

El relato de vida de Alba permite comprender tendencias sociales actuales. Tras largas décadas de deterioro del tejido y de las afinidades sociales, coincidiendo con la primera gran crisis del Estado del bienestar a principios de la década de los setenta, y con la instauración de las lógicas liberales (años ochenta) y neoliberales (años noventa), el individualismo de siglos pasados, inherente a los procesos de modernización, dio paso a las lógicas del *new age* en coexistencia con la efervescencia de las emociones, todo ello acelerado por la gran crisis financiera, así como por la psicologización de la cultura y de lo social, por el auge, en fin, de una cultura psicológica (Álvarez-Uría, 2005; Varela, 2006). Coincidiendo con el capitalismo neocon, nuevas versiones de la psicología positiva y de la psicología transpersonal coadyuvan a encerrar nuestras vidas en los laberintos del yo (Parker, 2010) (sobre la psicologización del mundo social, véanse también los trabajos de Rose, 1990, y Rendueles, 2005).

En el caso de Elsa, las redes sociales de partida que le proporcionó el entorno familiar, ampliadas a lo largo de su socialización posterior o secundaria, además del sentido de autonomía e independencia que le inculcaron sus padres, le ayudaron a romper con nociones naturalizadas y naturalizantes de feminidad, en lugar de interiorizarlas y hacerlas suyas. Su fuerte capital relacional y, por ende, sus múltiples repertorios de subjetividad, le permitieron transitar a través de mandatos culturales reavivados durante las últimas décadas, tales como el instinto maternal o la «maternidad intensiva» (Badinter, 2011), en lugar de interiorizarlos o hacer de los mismos un rasgo identitario de «feminidad verdadera» (Foucault, 1985; Santamarina, 2004). También le confieren

versatilidad a la hora de enfrentarse a distintas relaciones de pareja, formas de activismo, además de permitirle conjugar amistades a menudo incompatibles, y redes sociales y de apoyo emergentes como las redes de mujeres (véase Castellá y Subirats, 2008; Subirats, 2013).

Estas diferencias quedan en parte diluidas si apreciamos la ausencia en ambas biografías de un relato del yo coherente y consistente, de un proyecto vital claro (Goffman, 2000; Sennett, 2000; 2003), producto de un escenario compartido en el que se produjeron cambios acelerados, la transición española, y en el que coexistieron diferentes códigos de género, distintas percepciones del mundo, distintos sistemas de valores, en fin, distintos estilos de vida. Ambos relatos, a pesar de sus diferentes perfiles sociológicos, muestran procesos de subjetivación un tanto fragmentarios, muy dependientes de las circunstancias, algo que suele ser frecuente en las nuevas clases medias con expectativas de ascenso. Según los estudios de Pinçon y Pinçon-Charlot (1997, 2000), en el momento actual, son únicamente las clases altas, las elites representativas de la cultura de la excelencia, las que manifiestan una conciencia de clase clara y consciente.

Por último, debemos decir que nuestra interpretación de los relatos de vida de Alba y Elsa se aleja de cierres interpretativos, de lecturas psicológicas como las de Esteban y Távora (2008), y encuentra referentes válidos en los estudios sociológicos recientes sobre las mujeres de clases medias ascendentes de Cristina Santamarina (2004) y Elisabeth Badinter (2011), como hemos señalado. No obstante, consideramos importante reparar en dimensiones sociológicas básicas, sus relaciones con los capitales económicos y socioculturales de partida, y el desarrollo de su posicionamiento social a lo largo de la sociabilidad primaria (familia, escuela) y secundaria (amistades, participación política, instituciones, etc.) (Álvarez-Uría y Varela, 2009; Bourdieu, 1988; Varela, 1998, 2011). Estas dimensiones son especialmente importantes en la construcción y el análisis de las historias de vida, como las presentadas aquí, en la medida en que permiten dilucidar correspondencias entre itinerarios y trayectorias de autonomía e (in) dependencia emocional y determinados procesos de subjetivación⁴.

Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ-URÍA, Fernando (2005). «Viaje al interior del yo: La psicologización del yo en la sociedad de los individuos». *Claves de la Razón Práctica*, 153, 61-67.
- ÁLVAREZ-URÍA, Fernando y VARELA, Julia (2009). *Sociología de las instituciones: Bases sociales y culturales de la conducta*. Madrid: Morata.
- ÁLVAREZ-URÍA, Fernando; VARELA, Julia; GORDO, Ángel y PARRA, Pilar (2008). «El estudiante de psicología: La socialización profesional de los futuros psicólogos y la cultura». *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* [en línea], 28 (1), 167-196. <<http://dx.doi.org/10.4321/S0211-57352008000100011>>.

4. Quisiera agradecer a Julia Varela y a Fernando Álvarez-Uría sus comentarios y sus aportaciones a este texto y, en particular, sus puntualizaciones sobre la conciencia de clase de las culturas de excelencia.

- (2010). «Psychologised life and thought styles». *Annual Review of Critical Psychology*, 8, 11-28. DE VOS, Jan y GORDO LÓPEZ, Ángel Juan (eds.). Monográfico «Psychology under Scrutiny» [en línea]. <<http://www.discourseunit.com/arcp8/arcp8full.pdf>>.
- ARRIBAS, Ana y SERRANO, Amparo (1998). *¿Pobres o excluidos?: El IMI en perspectiva comparada*. Madrid: Visor / Argentina.
- ATKINSON, Robert (1998). *The Life Story Interview*. Londres: Sage.
- BADINTER, Elisabeth (2011). *La mujer y la madre: Un libro polémico sobre la maternidad como nueva forma de esclavitud*. Madrid: Esfera de los Libros.
- BERTAUX, Daniel (1981). *Biography and Society: The Life History Approach in the Social Sciences*. Londres: Sage.
- BOURDIEU, Pierre (1997). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- (1988). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- CASTEL, Robert (1999). *Las metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- CASTELLS, Manuel y SUBIRATS, Marina (2008). *Mujeres y hombres: ¿Un amor imposible?* Madrid: Alianza.
- DOUGLAS, Mary (1998). *Estilos de pensar: Ensayos críticos sobre el buen gusto*. Barcelona: Gedisa.
- ELIAS, Norbert (1994). «El cambiante equilibrio de poder entre los sexos». En: *Conocimiento y poder*. Madrid: La Piqueta. Edición y traducción de Julia Varela.
- ESTEBAN, María Luz y TÁVORA, Ana (2008). «El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: revisiones y propuestas». *Anuario de Psicología*, 39 (1), 59-73.
- FERRAROTTI, Franco (1993). «Las biografías como instrumento analítico». En: MARINAS, José Miguel y SANTAMARINA, Cristina (eds.). *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate.
- FOUCAULT, Michel (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta. Edición y traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría.
- (1985). *El sexo verdadero*. Madrid: Revolución. Selección de Antonio Serrano.
- (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós.
- GOFFMAN, Erving (2000). «Rubor y organización social». En: DÍAZ, Félix (ed. y trad.). *Erving Goffman, Harvey Sacks, Aaron Cicourel, Melvin Pollner: Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta.
- HOLLWAY, Wendy (1996). «Hacer el amor sin contracepción: Hacia una teoría para el análisis de las explicaciones». En: GORDO LÓPEZ, Ángel J. y LINAZA, José Luis (eds.). *Psicologías, discursos y poder (PDP)*. Madrid: Visor.
- LEWIS, Oscar (1969). *Los hijos de Sánchez*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PARKER, Ian (2010). *La psicología como ideología: Contra la disciplina*. Madrid: Libros de la Catarata.
- PINÇON, Michel y PINÇON CHARLOT, Monique (1997). *Voyage en grande bourgeoisie*. París: Presses Universitaires de France.
- (2000). *Sociologie de la bourgeoisie*. París: Éditions La Découverte.
- RENDUELES, Guillermo (2005). *Egología*. Oviedo: KRK.
- ROSE, Nikolas (1990). *Governing the Soul: The Shaping of the Private Self*. Londres: Routledge.
- RUBIN, Gayle (1975). «The traffic in women: Notes on the political economy of sex». En: REITER, Rayna (ed.). *Toward and Anthropology of Women*. Nueva York: Monthly Review Press.
- SANTAMARINA, Cristina (2004). «Conflicto de géneros y construcciones discursivas». En: CIMOP [en línea]. <<http://www.cimop.com/articulos/Articulos.html>>.

- SENNETT, Richard (2000). *La corrosión del carácter: Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- (2003). *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.
- SHAW, Clifford R. (1966). *The Jack-Roller: A delinquent boy's own story*. Chicago: The University of Chicago Press.
- STANLEY, Liz (1992). *The Auto/biographical I: The Theory and Practice of Feminist Autobiography*. Manchester: Manchester University Press.
- SUBIRATS, Marina (2013). *Forjar a un hombre, moldear a una mujer*. Barcelona: Aresta.
- THOMPSON, Paul (1978). *The Voices of the Past: Oral History*. Oxford / Londres: Oxford University Press.
- VARELA, Julia (1998). *El nacimiento de la mujer burguesa*. Madrid: La Piqueta.
- (2004). *A Uffe: Socioloxía dunha comunidade rural galega*. La Coruña: Sotelo Blanco Edicions.
- (2006). «El descubrimiento del mundo interior». *Claves de la Razón Práctica*, 161, 42-48.
- (2008). «Historias de vida; la crisis del mundo rural». En: GORDO LÓPEZ, Ángel J. y SERRANO PASCUAL, Araceli (coords.). *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Madrid: Pearson.
- (2011). *Mujeres con voz propia: Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubi Aymar y María Teresa León Goyri: Análisis sociológico de la biografía de tres mujeres de la burguesía liberal española*. Madrid: Morata.
- VARELA, Julia y ÁLVAREZ-URÍA, Fernando (1997). *Genealogía y sociología: Materiales para repensar la modernidad*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

Experiencias fronterizas y efectos de las movilidades sociales y de clase

Barbara Biglia

Universitat Rovira i Virgili. Facultat de Ciències de l'Educació. Departament de Pedagogia
barbara.biglia@urv.cat



Recibido: 25-10-2012
Aceptado: 18-07-2013

Resumen

En el contexto actual de estructuración social organizada alrededor de la estratificación de los grupos sociales en una realidad de tránsitos continuos; la superación de la definición del sujeto «mujer» ha sido fundamental para lograr comprensiones sociológicas menos restrictivas. Sin embargo, las movilidades y los tránsitos, cuando impuestos, se acompañan frecuentemente por la experiencia de una precariedad emocional y vivencial aún poco estudiada. En este texto, se analizan algunos efectos de la condición fronteriza que experimentan algunas mujeres que tratamos de ejemplificar a través del relato de vida de Frida, cuya posición social experimenta una movilidad ascendente gracias a sus estudios y a su activismo político. Sus vivencias, no obstante, quedan muy marcadas por habitar al mismo tiempo mundos diferentes: clases sociales, géneros, identidad nacional, poseer/ser poseída, capitalismo/activismo. A través del análisis de su experiencia y del diálogo con la teoría, proponemos profundizar en los efectos de la interacción entre elementos vitales más estructurales (lugar de proveniencia, antecedentes familiares) y contingentes (experiencias de socialización primaria y secundaria, presiones sociales generizadas), así como la vivencia de habitar en espacios simbólicos fronterizos.

Palabras clave: subjetividades; fronteras; movilidad social; cambio social; precariedad vivencial.

Abstract. *Borderline experiences and the effect of social and class mobilities*

In the current context of a social structure organized around the stratification of social groups in a reality of continuous transits, overcoming the definition of woman and womanhood has been central to achieving a less restrictive sociological understanding of subjects. However, imposed mobilities and transits are often accompanied by the experience of emotional and existential precariousness that are still poorly studied. In this paper, we analyze some effects of the borderline condition experienced by women. We illustrate them through the story life of Frida, a woman who experienced upward social mobility through her studies and political activism, across a life trajectory that straddled different worlds:

social class, gender, national identity, possessing/being possessed, and capitalism/activism. Through the analysis of her experience and a dialogue with theories, we further investigate the effects of the interaction between both structural (place of origin, family background) and contingent (experiences of primary and secondary socialization, gendered social pressures) vital elements on the experience of living on symbolic borderlines.

Keywords: subjectivities; borders; mobilities; vital precariousness

Sumario

- | | |
|--|---|
| 1. Subjetividades, movilidades, barreras y fronteras para las mujeres de fin del siglo xx: apuntes teóricos contextualizados | 3. Dibujando a Frida |
| 2. Cuando la experiencia informa la teoría: de lo personal a lo político el paso es breve | 4. Activismos: nuevos mundos e inflexiones |
| | 5. Vivir en las fronteras |
| | 6. De conclusiones a aprendizajes; de límites a fronteras |
| | Referencias bibliográficas |

1. Subjetividades, movilidades, barreras y fronteras para las mujeres de fin del siglo xx: apuntes teóricos contextualizados

El saber occidental se funda en la definición de dicotomías y jerarquías rígidas delimitadas por los extremos inalcanzables y antinómicos de la nada y el infinito (Placer, 1997). La misma construcción del sujeto completo y maduro (Lloret, 1997) se realiza a través de un *yo* que se define frente a *las otras* en un diálogo dirigido por normas y leyes, frecuentemente no escritas, que dictaminan lo permitido y lo imposible. Esta dinámica, que nos empuja a definirnos de manera coherente con los estereotipos del rol social asignado, está, además, enmascarada de autoconstrucción: «Te harás libremente como ha sido establecido para ti». De la misma manera, varias identidades, por su propia definición, nunca llegan a ser consideradas la expresión de sujetos de pleno derecho, con lo cual se crea una sensación de malestar o de inferioridad en quienes las habitan y tienen que conformarse con roles sociales subalternos siendo, por otra parte responsabilizadas por ello. En este sentido, por ejemplo, mujeres y personas con discapacidad funcional son frecuentemente infantilizadas, de la misma manera que sujetos de grupos étnicos minorizados o de clase social baja son animalizados. Es más, todas aquellas que no se posicionan claramente en un polo de las dicotomías (transexuales, afeminados, marimachos, envidiosas del pene, etc.) o que no se construyen como sujetos unitarios y unívocos (esquizofrénicas, histéricas, migrantes, precarias¹, etc.) están sometidas a exclusión, marginación, rechazo y burla.

Sin embargo, la elección de una identidad frente a otra está socialmente controlada y limitada por normas y reglamentos que impiden autodefinirse.

1. Nos referimos, en este contexto, a la precariedad vivencial descrita en Biglia y Bonet (2014).

Confines identitarios provistos de controles que los configuran como fronteras, que permiten la libre circulación sólo a sujetos privilegiados, tal como ocurre en el caso de las fronteras geográficas. Si bien varias personas retan los límites impuestos entre las categorías y transitan por los diferentes roles mostrando que los confines identitarios son permeables, el tránsito tiende a ser negando a las minorías excluidas, abyectas. De hecho, las geógrafas nos enseñan como las características de los sujetos (género, estatus social, lugar de residencia, etc.) (im)posibilitan su movilidad y de qué manera el tránsito, en lugar que difuminar los límites entre las categorías, puede llevar a la intensificación de las desigualdades (Sasunkevich, 2011) y a crear o reforzar los sentidos y las prácticas de género (Hanson, 2010). Sin embargo, si bien las fronteras se configuran, por un lado, en la materialidad de la barrera, por el otro, se conforman como intersticios, espacios de nadie, que pueden llegar a ser habitados por sujetos no normalizados. Aquí, algunas personas se sienten confinadas, reprimidas y sometidas en estos no-lugares, y aspiran a desplazarse hacia identidades reconocidas y dotadas de autonomía propia. Quienes quieren atravesar fronteras identitarias o de roles, no obstante, han de renunciar a algunas de sus características precedentes y conformarse con las del otro lado. Este tránsito, pues, no deja indemnes a las que lo realizan, como bien se explica en la metanarrativa *Nieve Marrón y los siete detergentes* (Subramaniam, 2000)², en la cual la joven oriental Sneha, en el intento de ser aceptada y reconocida por la comunidad científica, va eliminando una por una sus especificidades hasta quedarse en nada y perecer.

Sin embargo, como se mencionaba anteriormente, es en esta misma frontera donde hay la posibilidad de construir otras realidades, experiencias desacralizantes y perturbadoras del orden constituido (Heyman, 2012). Quizás sea por esto que algunos sujetos deciden quedarse en las fronteras en lugar de cruzarlas, convencidos de que «A borderland is a vague and undetermined place created by the emotional residue of an unnatural boundary [...] a constant state of transition. Los *atravesados* live here [...] those who crossover, pass over, or go through the confines of the normal³» (Anzaldúa, 1987: 3).

La situación, como hemos visto, es extremadamente compleja. Algunos sujetos se quedan confinados en la frontera porque no se les permite atravesarla, mientras que otros deciden habitarla en lugar de situarse en uno de sus lados. En cualquiera de los casos, estar en la frontera, ser *atravesado*, se configura como una posición ambigua, de dificultades y posibilidades, así como el atravesarla y posicionarse en el otro lado. Además, como bien dice Elena Casado (1999: 86): «No solo “viajamos” atravesando las fronteras, sino que la propia identidad es un juego de fronteras móviles, productoras de significado, poderes, estructuras».

Esta vivencia identitaria se hace aun más compleja si tenemos en cuenta la interseccionalidad. Si, en los debates teóricos (Pujal, 2004), se subraya la

2. Agradezco a Alessandra Consolaro la indicación de esta increíble obra.

3. Se mantiene esta cita en sus idiomas originales para respetar la desafiante propuesta de Anzaldúa de mezclar el inglés con el castellano.

importancia de reconocer que la pertenencia a diferentes categorías sociales nos lleva a asumir «identidades múltiples», éstas se presentan frecuentemente como capas en lugar de hacerlo como una intrincada red de vivencias, experiencias, deseos, frustraciones y prohibiciones. Así, mientras en algunas teorías se exalta la flexibilidad y la movilidad identitarias con una cierta banalización de la materialidad (experiencias, presiones sociales, condiciones de posibilidad, etc.), en otras se tiende a negar la agencia de los sujetos subalternos en sus construcciones identitarias. Creemos importante romper esta dinámica y, en este contexto, indagar sobre los efectos de las materialidades en la construcción de las condiciones de posibilidad de los sujetos, al mismo tiempo que averiguar las consecuencias que tienen las elecciones de habitar o atravesar las fronteras identitarias en la cotidianidad y el bienestar de las personas.

Para ello, en este artículo, después de una breve introducción metodológica en la que explicaremos el sentido del uso de un caso individual para reflexionar sobre la contradictoria vivencia que nos proponemos analizar, presentaremos algunos elementos de la historia vital de nuestra protagonista: familia de origen, identificación generizada y relaciones de pareja, estudios y experiencias laborales. Seguidamente, analizaremos los cruces entre sus experiencias como activista y sus vivencias fronterizas. Finalmente, antes de presentar unas breves conclusiones, analizaremos la ambigüedad de la experiencia de vivir en espacios fronterizos.

2. Cuando la experiencia informa la teoría: de lo personal a lo político el paso es breve

Tal y como sugiere Nicolas Marín (2007), la vida de los individuos tiende a desaparecer en las narraciones de la historia política, así que las historias de vida devienen necesarias para recuperar el protagonismo de la acción humana. Éstas, se vuelven aun más relevantes por el reconocimiento de la olvidada, cuando no negada, experiencia de las mujeres. Por esto, durante la llamada *segunda ola feminista*, se popularizaron el análisis genealógico y la realización de biografías e historias de vida. Sin embargo, hay múltiples maneras de conceptualizar y utilizar estas técnicas.

En este trabajo, usaremos⁴ la *story-life* entendida como ejercicio de reflexión sobre lo social a partir de las vivencias personales (Mallimaci y Giménez, 2006), dado que nuestro fin no es recrear una historia particular para reconocer su existencia, como ocurría en los primeros trabajos feministas, sino aprender de una experiencia personal para entender mejor una realidad social. De alguna manera, proponemos un desplazamiento que lleve a reconocer el «sujeto mujer», no solo como protagonista de su vida, sino también como coproductor de realidades. La valiosa experiencia estudiada nos permitirá establecer un

4. El uso del plural en este artículo no pretende marcar una posición de impersonalidad u objetividad, sino reconocer la importancia de los debates que han llevado a confeccionarlo y que hacen difícil reconocer como única autora a la que lo firma.

diálogo entre la narración oral del sujeto, la comprensión e interpretación de la investigadora que la escucha (Biglia y Bonet, 2009) y algunos debates teóricos relevantes. De esta manera, y coherentemente con el lema «Lo personal es político», intentaremos informar las teorías a partir de las experiencias.

En este camino, Frida, una profesional del tercer sector de unos cuarenta años y residente en el área metropolitana de Barcelona, es la persona que ha compartido sus vivencias con nosotras⁵. La recolección de su historia se enmarca en un proyecto de más amplio abasto dirigido por Julia Varela⁶, con el fin de recuperar y analizar la experiencia de mujeres en la España contemporánea para construir lo que en inglés se suele denominar *Her-stories*⁷. Más específicamente, el trabajo realizado con Frida forma parte de la sección en la que se han entrevistado sujetos nacidos entre las décadas de los sesenta y los ochenta, que han vivido su infancia o su juventud durante la transición española. En esta franja temporal, Ángel Gordo López ha dirigido su atención hacia mujeres de clase media, mientras que Pilar Parra ha recuperado la historia de las de clase popular. En línea con mis trabajos previos (Biglia, 2003, 2006; Zavos et al., 2005), en este contexto, mi cometido consiste en acercarme a la experiencia de alguien que ha transitado por los movimientos sociales y que, finalmente, en relación con la cuestión de clase, ha resultado situarse como nexo de conexión entre las mujeres que han compartido sus vivencias con Pilar y las que lo han hecho con Ángel. En el análisis propuesto, iremos reflexionando y/o resaltando aquellos elementos de la vida narrada de Frida que nos permitan ejemplificar las prácticas de poder generizadas y generizantes, así como interrogar sobre las maneras en las que las identidades están (re)producidas, resistidas y configuradas (Peterson, 2000). La importancia analítica de este elemento se debe a que los roles generizados mantienen una influencia muy temprana en la constitución del sujeto y el género (o quizás el sexo, según quien pregunte), lo que sigue siendo considerado un elemento fundacional del ser⁸. Así, nos interesa poner en evidencia la influencia mutua existente entre los significados culturales y las vidas psíquicas de Frida para analizar sus procesos de construcción identitaria, entendiendo esta última «como posibilidad de práctica, capacidad de acción» (Butler, 2001: 176). Sin embargo, siendo conscientes de que el género no es ni mucho menos la única categoría social a la que estamos adscritas, prestaremos

5. Frida es el pseudónimo escogido por la informante con la que hemos realizado tres sesiones de trabajo, todas en su casa, por un total de 6 horas y 10 minutos. Ella ha tenido acceso a la transcripción íntegra de la entrevista, ha revisado este artículo, ha aprobado su publicación y ha declinado la oferta de firmar como coautora. Aprovechamos para agradecerle su alta disponibilidad en todo el proceso.
6. *Mujeres, cambio social y modos de subjetivación: Análisis sociológico de historias de vida de mujeres en la España contemporánea*, Ministerio de Educación y Ciencia, I+D, convocatoria 2004-2007 (Ref. SEJ2006-04140).
7. El término inglés *histories* ('historias') se puede descomponer en *his* (adjetivo posesivo masculino) y *stories* ('relatos'). El juego de palabras recuerda la importancia de las historias de ellas, las *her* (adjetivo posesivo femenino) *-stories*.
8. ¡Aun antes de que realmente seamos! Sobrepasa las posibilidades de este artículo reflexionar en profundidad sobre estas cuestiones ontológicas que merecerían una profunda atención.

atención a aquellos factores de la vida de Frida que las feministas negras definirían como *interseccionales* (Crenshaw, 1989). En este sentido, conviene hacer una aclaración teórica: el uso que haremos del término *interseccional* no quiere restar importancia a las particularidades de las experiencias de la colectividad negra o «desarticular la interseccionalidad desde sus raíces teóricas políticas y metodológicas, substituyéndolas por reificantes formas esencialistas de identidades políticas y/o modelos de investigación dominantes» (Alexander-Floyd, 2012: 18-9), sino, muy al contrario, aprendiendo de su peculiaridad, establecer una política de alianzas.

La alta capacidad autorreflexiva de Frida, marcada específicamente por el ejercicio de la misma en la práctica militante y por su relación ambivalente con el feminismo, nos ha dotado de un material extremadamente elaborado y complejo que ha estimulado nuestro interés hacia el trabajo analítico sobre los efectos de la condición fronteriza que viven determinadas mujeres.

A través de las vivencias de nuestra informante, nos proponemos dirigir una mirada crítica, tanto hacia los procesos de subjetivación generizada, como hacia ciertas simplificaciones de las teorías posmodernas que ven solamente las potencialidades de las fragmentaciones de los sujetos, descuidando la experiencia cotidiana de las personas. No nos interesa tanto proponer una interpretación de la vida de Frida, como utilizar las descripciones de su saber experto para corporeizar debates teóricos que, en literatura, quedan frecuentemente convertidos en hechos abstractos.

3. Dibujando a Frida

3.1. *La (sagrada) familia y la llamada socialización primaria*

Los padres de Frida pertenecen a los que se suelen denominar *migrantes internos* (con movilidad rural-urbana), provenientes de familias campesinas del sur del Estado español con escasos recursos económicos. Su situación es compartida por un elevado número de personas. Fue exactamente en las décadas de 1960 y 1970 cuando se produjo la migración más numerosa desde otros lugares del Estado hacia Cataluña (Pascual et al., 2002).

El padre, en cuanto hijo mayor de su familia, estaba destinado a heredar la tierra y la casa del pueblo, sin embargo, cuando cumplió los 30 años, decidió romper la tradición familiar y, tras una fuerte pelea con su progenitor, se mudó a Barcelona. En la Ciudad Condal, después de realizar varios trabajos precarios, encontró estabilidad como obrero en una fábrica, compró un piso y volvió al pueblo para «traer a su novia», con la cual se casó en Barcelona. A los nueve meses, nació Frida, dos años después, el primer hermano y, en un segundo momento, un nuevo «paquete de hermanos», todos varones, que tienen 10, 12 y 14 años menos que la primogénita. El último parto trajo complicaciones de salud a la madre, que, por otra parte, tenía que cuidar de un hijo de 2 años y otro de 5, así que Frida se hizo cargo del hermano menor: «El pequeño fue mi paquete».

A nivel educativo, hay que destacar que ambos padres tienen una formación primaria, si bien la madre, «la lista de la clase», lamentaba mucho no haber podido seguir con los estudios. Por lo que concierne a las relaciones de género en el seno de la familia, Frida cuenta que, en casa de la madre, era la abuela quien mandaba, y en la del padre, el abuelo hizo de «Padre Padrone» hasta que, después de pelearse con toda la prole, la tía monja se convirtió en figura de autoridad familiar.

Las relaciones de poder en casa de Frida son intrincadas, pues, si bien el padre «manda de cara afuera, los hijos saben que manda la madre». Sin embargo, el padre, frecuentemente ausente por cuestiones de trabajo, ejerce ocasionalmente su control a través de castigos corporales, y la madre, que se dedica completamente al cuidado familiar y que «nunca jamás dedicaba tiempo a sí misma o a su feminidad», ejercita su control más bien a través de chantajes emocionales. No obstante, según nos cuenta Frida, esta reproducción de roles tradicionalmente generizados se va difuminando con el transcurrir de los años gracias al contacto con nuevos modelos relacionales, hasta el punto de que el padre, al caer la madre enferma, se transforma en el cuidador de su mujer.

El padre de Frida, en la infancia, la trata con frecuencia como si fuera un niño: le encarga trabajos de bricolaje y llega a exponerla delante de una vaquilla, conjuntamente con todos los coetáneos varones, en una fiesta popular. El análisis que Frida nos presenta de esta actitud es que se trataba de un intento, además exitoso, de hacerla fuerte. Al mismo tiempo que juega «con amigas a comprar, a cocinar, a hacer de mamá», no desdén los juegos físicos con los chicos y, con sus hermanos, tiene una relación que incluye la libre expresión de la agresividad. Ella se adapta a las formas de relación masculinizadas en la infancia, y sus hermanos, aceptando su autoridad como «madre sustitutoria», se exponen a un modelo de femineidad no estereotipado, por lo que, de adultos, «son más dulces y femeninos de lo que es habitual en nuestro entorno».

En general, Frida recuerda muy poco de su época de juegos, pero menciona la fascinación que tenía hacia «mujeres distintas»: las que usaban la violencia, «como las polis de las teleseries», o las que eran «malas, brujas».

3.2. Identificaciones de género y relaciones de pareja

Si la infancia, como acabamos de ver, está marcada por una no aceptación de los roles femeninos clásicos y por una fascinación hacia las mujeres fuertes y poco corrientes, como la madre soltera y activista de una compañera del instituto, en cuanto empieza a desarrollarse físicamente, Frida experimenta una fuerte atracción hacia la identidad femenina estereotipada. Tal y como propone en su estudio exploratorio La Parra (2000), el pasaje a la vida adulta es un momento particularmente delicado en la configuración de la identidad de género. En esta época, las resistencias de las jóvenes a reconocer las discriminaciones de género parecería ser muy alta (Biglia y Velasco, 2012), y Frida no es una excepción en este sentido. Al poco de tener la regla, y al darse cuenta

de que su cuerpo es objeto de miradas, experimenta una sensación de placer por el poder de atracción que provoca.

A los 11 años, estaba jugando a mamás y a papás, a hacer comiditas con mis amigas, y de repente, al año siguiente, yo ya era una chica con tacones, y los tíos me miraban, y los tíos me decían cosas; [...] exageraba mi feminidad mucho y estaba en plena potencia.

Es en esta época cuando los progenitores comienzan a controlarla y a reprimirla. El padre le repite continuamente: «Como vengas con un bombo, te mato». Esta amenaza se produce en un contexto de falta de educación sexual total, hasta el punto que descubre los tampones gracias a la compañera de su hermano (menor que ella).

Poco después de su florecimiento sexual, inicia sus relaciones de pareja, muy marcadas por los roles de género y la búsqueda de chicos muy masculinos y fuertes. Se deleita al sentirse deseada en un juego peligroso en el que, si bien no goza plenamente de la sexualidad, disfruta del poder de controlar el deseo masculino de poseerla. El descubrimiento de la masturbación (a los 14 o 15 años) es vivido como algo pecaminoso, algo que no se puede hablar con nadie, sentimiento que no se modifica hasta muchos años más tarde, con el descubrimiento del feminismo.

Durante su primera relación de pareja, «era la novia de, me pintaba los morros, me colocaba los tacones, [...] y no abría la boca». Sin embargo, en un contexto social en el que el uso y el abuso de heroína diezman a las y los jóvenes, él, ejerciendo su rol de varón controlador, la mantiene alejada de la droga: «Ni la probé, ni dejé de estudiar, porque él no quería que la probara, porque él no quería que yo dejara de estudiar». La relación con este chico se resquebraja más tarde, cuando ella empieza a adquirir nuevas actitudes generizadas, no obstante, durante largo tiempo, él seguirá representando el vínculo con su mundo «barriobajero».

Así que Frida llega a la universidad con un aspecto y una actitud fuertemente marcados, tanto por los roles de género como por los de clase: «Yo soy la Juani, [...] una niña de barrio [con] esos pantalones, ajustados, los tops, los tangas, los tacones, [...] unos aros en las orejas y después cuelgan los loros, súper grandes, súper maqueaditas, ese look.... quinqu [...] muy lolai». En esta época, empieza a tener su primera relación con un amigo de la universidad, menos desigual que la anterior, pero siempre marcada por los roles de género. Se promete con él muy pronto. El sueño dura hasta que lo encuentra en la cama con otra mujer, cosa que vive como una fuerte traición y que la desilusiona mucho, hasta el punto de hacerle cambiar su idea sobre las relaciones, pero también sobre los varones en general.

Frida va modificándose como persona y asumiendo una identidad de género menos estereotipada (gracias a los encuentros a los que haremos referencia en el próximo apartado), al mismo tiempo que sus relaciones se hacen más complejas y se abre a experiencias no monogámicas consensuadas. De hecho, Frida suele tener como parejas a amigos de los grupos en los que se mueve,

con los cuales, una vez acabada la relación propiamente dicha, mantiene un fuerte vínculo con un alto grado de intimidad. Ella asocia el tener múltiples relaciones con la necesidad de encontrar diferentes «cosas» en las parejas, con una continua sensación de insuficiencia, así como con una «incapacidad de romper con el pasado». En diferentes momentos de su narración, cuenta que no sabe estar sola, y que por esto busca continuamente parejas. Hay que destacar, finalmente, que los compañeros que tiene a partir de esta época son generalmente más jóvenes que ella (quizás quiere tener el control después de las fallidas experiencias anteriores), y que, con el pasar de los años, acaba sintiéndose atraída por sujetos de masculinidades cada vez menos estereotipadas.

3.3. Educación

Frida se sitúa en una generación que «se ha educado en pleno auge de las escuelas de masas» (Fachelli y Planas, 2011: 1284). No obstante, como vivía en un barrio marginal, no fue «al colegio hasta mayor: me enseñó a leer mi madre. En el barrio, no había escuelas públicas, ni servicios, y muchos migrantes, así que hubo muchas luchas para que abrieran escuelas públicas, al final consiguieron dos». Asiste a una «academia privada» mixta: un negocio familiar en que los estudiantes estaban «hacinados y con Franco encima de la cabeza y rezando. Si hablabas mientras rezabas, te ponían cinta aislante en la boca». Allí, a pesar de sus buenos resultados, tuvo que hacer clases de repaso por la presión de la escuela. Ella vivió esta situación con «un fuerte sentimiento de injusticia mezclado con inseguridad (¿igual no era tan buena como pensaba?)». Poco después de la desaparición de Franco, y a raíz de un problema de vista debido a las insalubres condiciones de la academia, Frida hace su ingreso, en cuarto de EGB, en una escuela pública. Allí, «sin retrato de Franco ni crucifijo», las relaciones de poder eran menos marcadas. No obstante, «había dos grupos distintos bien separados: las listas y las que no lo eran».

Con una formación inicial muy pobre, Frida, hija de su tiempo, estaba convencida de la importancia de la educación reglada para la movilidad social ascendente (Fachelli y Planas, 2011): «Yo también, tenía muy claro que, para mí, los libros eran importantes, estudiar era importante, que eso era lo que me podía sacar de [...] mi rol de clase». Esta impresión se vio reforzada más tarde, cuando, trabajando como camarera, «me di cuenta de que yo tenía que estudiar para no ser una obrera, porque yo eso no lo podía soportar»⁹.

Quizás por no haber podido estudiar, la madre de Frida también estaba empeñada en que su hija tuviese dicha oportunidad, mientras que la opinión del padre era distinta:

[...] no dudaba de que yo pudiera, pero decía: «¿Para qué? ¡Si se va a casar! ¡Y es un dinero tirado!». No obstante, no hubo negociación, [...] yo simplemente

9. Sin embargo, no era consciente de que, tanto el conseguir una titulación universitaria (Fachelli y Planas, 2011), como el obtener una buena inserción laboral gracias a ella (Lindely y Machin, 2012), seguía siendo un elemento directamente relacionado con la formación de los progenitores y, teniendo en cuenta la época, con la clase social de origen.

iba a seguir estudiando [...] si mi madre decía que yo estudiaba, yo estudiaba. Eso no se ponía en cuestión.

La madre empuja, por tanto, a Frida para que estudie, pero no influye en la elección de carrera cuando llega a la universidad, tal como ocurre unos años después con las chicas protagonistas del trabajo de La Parra (2000). De hecho, a diferencia de algunos de sus compañeros de universidad, que, provenientes de la elite catalana, disponían de un capital social y cultural mucho más alto, los padres de Frida no le pudieron «servir de ayuda para escoger una carrera ni para ayudarme a matricularme ni para ayudarme con asignaturas, todo eso era algo que se les escapaba completamente». Esto le dio mucho margen de autonomía, al mismo tiempo que la cargó de responsabilidades: «lo que estábamos decidiendo caía sobre nuestras espaldas, porque nadie más iba a decidir por nosotros». Estudió, por lo tanto, la carrera que había escogido de pequeña, cuando a raíz de los revuelos provocados por la muerte de Franco y el golpe de Estado, decide ser periodista «porque los periodistas tienen poder», el poder de ser escuchados y de crear alboroto en las casas:

[...] la rutina se había roto, mi tía lloraba, había que mirar la tele, la tele no daba programación habitual, entonces ese día pues yo recuerdo como que algo estaba pasando, y algo que afectaba mucho a todo el mundo. [...] yo escribí aquella semana: «Voy a ser periodista».

La universidad fue una etapa de apertura a nuevas realidades: «sobre todo los primeros cursos era un poco aventura [...] geográfica y emocionalmente», pero también de choques. Se siente por primera vez perteneciente a un grupo de migrantes y vive en su piel las diferencias de clase. Socializada y educada en castellano, al llegar a la Universidad Autónoma de Barcelona, descubre que «en Cataluña se habla catalán, y que existía Cataluña [...] ¡Si todo el mundo habla catalán! [...], era otro mundo realmente». Ella y sus amigos son identificados como los migrantes, los barriobajeros y se juntan preferentemente con otros jóvenes de condiciones similares. Algunas compañeras y profesores les miran raro, pero, por lo general, «no nos sentíamos rechazados ni nada», sin embargo, se sienten rodeados de un cierto paternalismo: «Fíjate estos chicos hijos de andaluces que han llegado hasta aquí». Así, Frida vive en su piel las diferencias de clase: «Los hijos de determinada gente [...] podían perder el tiempo, podían dedicarse a vivir la vida loca [...] pero nosotros teníamos la obligación de hacer algo con nuestros estudios». Sin embargo, es trabajando de niñera en verano cuando se dio «perfecta cuenta del trato diferencial, casi esclavista, que se les daba a las filipinas y gallegas internas y del trato preferente que teníamos las cuidadoras de niños universitarias».

3.4. *Experiencias laborales*

De acuerdo con su conciencia de clase, la motivación para estudiar era fuerte. Progresar y conseguir un trabajo mejor del que habían tenido sus padres era sentido como una obligación. De hecho, según ella, la mayoría de la gente de su

instituto escogió carreras útiles porque eran hijos e hijas de obreros, y el estudio era entendido como una posibilidad de movilidad social. Frida disfrutó de becas, pero, dado su alto sentimiento de responsabilidad, asumió muy pronto trabajos temporales y de tiempo parcial hasta que en «cuarto y quinto prácticamente no fui a clase [...] trabajaba por las mañanas y estudiaba por la tarde». Este ritmo se intensificó cuando el padre abrió una panadería: «Estaba en medio de un mercado, con mi bata blanca y levantándome a las seis de la mañana».

Al acabar la carrera, empieza un postgrado y, gracias a un amigo, consigue un trabajo temporal como administrativa en la Universidad. Su dedicación gusta a los jefes, que le van renovando contratos y subiendo de categoría durante cuatro años seguidos, hasta que pierde la posibilidad de consolidar su plaza por un problema laboral. Recuerda que, por lo general, hay buen clima entre los miembros del equipo, pero las relaciones íntimas que mantiene con algunos compañeros tensionan el ambiente. Al terminar esta experiencia, y como se le agota el paro, decide abandonar la idea de volver a estudiar y acepta un trabajo de comercial en el sector turístico. Empieza atendiendo al teléfono, pero llega a ser directora de marketing debido a su alta dedicación y al sentimiento de que «es absolutamente imprescindible que yo lo haga lo mejor posible». Los espacios de trabajo estaban divididos por género:

[...] en la oficina, eran todo chicas y el resto del personal eran hombres y entre los dos grupos había como una especie de barrera. Cuando nosotras bajábamos a la cocina [...], las conversaciones se cortaban. Al mismo tiempo, las mujeres percibían un mundo salvaje masculino del cual querían mantenerse al margen.

Finalmente, las relaciones se vuelven insoportables y Frida, que ejerce por un periodo un rol de mediadora entre los dos mundos, decide dejar el trabajo, al encontrar otra ocupación en una organización no gubernamental, en la que sigue en el momento en que se realiza la entrevista.

4. Activismos: nuevos mundos e inflexiones

El «cura rojo», como ella misma lo llama, es una persona que ha ejercido una gran influencia en la vida de Frida. Cuando tiene alrededor de 17 años y todavía se describe como «la novia de», es él quien la estimula a verse como una persona completa, a tener un papel autónomo. Intuyendo que «tenía posibilidades, que me tenía que sacar un poco de aquel ambiente», apuesta por ella: «Me potenciaba, me animaba a decir cosas, a expresar mi opinión».

En esta época, si bien en el tiempo libre Frida continúa siendo «la Juani, que sigue a su novio sin hablar en la discoteca, pintándose los labios como a él le gusta», en la parroquia, se transforma en la pequeña líder intelectual que hace enmudecer a su pareja.

La otra gran influencia que Frida recibe de este encuentro es el acercamiento a espacios de compromiso social que la llevarán, más tarde, a la militancia. Esto le ayuda, además, a reconocer una conciencia de clase latente:

Yo eso lo tenía clarísimo, que yo tenía menos derechos, por haber nacido en determinado barrio, por ser hija de determinada gente, y eso es lo que ha dirigido mi lucha política [...] durante mucho tiempo.

Finalmente, cabe destacar que es también en la parroquia donde se forma un grupo de amigos y amigas, con los cuales, pasando los años, Frida compartirá gran parte de su militancia, así como sus espacios de vida: «Nuestra formación política fue esa de la Iglesia obrera y roja, [...] donde nos dieron una estructura política muy clara, muy comunista».

A sus 25 años, entra en contacto con la teoría de la liberación y se siente fascinada con su ideario. Su activismo se desplaza entonces de la lógica del voluntariado a la de la acción política. Así, motivada por conocer en primera persona el trabajo de los jesuitas, cruza por primera vez fronteras geográficas y se va, con su amiga del alma, a una brigada de trabajo destinada a El Salvador. Inaugura, de este modo, un activismo internacionalista que seguirá en el tiempo. De hecho, Frida y sus amigos, después de montar un grupo de apoyo a enfermos terminales de sida, fundan otro de soporte a Nicaragua, ambos en el seno de la estructura católica.

Sin embargo, es en esta misma época cuando Frida y sus amigos conocen el movimiento *okupa*. La primera toma de contacto se produce cuando intentan crear redes locales para proyectos de solidaridad internacional. Entre risas, Frida cuenta el choque del primer encuentro: entra en el centro social *okupado*, en el cual «estaban todos fumándose sus petas», y se presenta como miembro de «un grupo de solidaridad de la parroquia». Los presentes la miran con sorpresa y no parecen entender el porqué de su visita. Sin embargo, Frida, que ya había experimentado en la universidad el contacto con realidades lejanas, «tenía muy claro que tenía que investigar, que había que saber, y que esa gente a mí me interesaba conocerla», así que, haciendo frente a ese desconcierto, entabla relaciones y reconoce que, en realidad, «nos acogieron muy bien y nos respetaron mucho siempre».

Envuelta en una realidad en la que las reglas no son tan rígidas y la alegría flexibiliza la posibilidad de realizar acciones políticas, se le abren nuevas perspectivas:

Conocer todo el tema *okupa* o todo el tema zapatista que era puro romper las reglas. [...] Sobre todo de cuestionar precisamente muchos temas de jerarquía de estructuras [...] Las maneras también de relacionarnos en la militancia, pues todo el rollo más cultural y más libre [...] de la relación con el sexo, con la política [...] bueno todo eso fue un descubrimiento absoluto.

Por un tiempo, el grupo al que Frida pertenece sigue enmarcado en la parroquia e intenta conjugar las dos realidades, introduciendo en ella debates procedentes del entorno más radical. Finalmente, deciden independizarse de la estructura eclesial y mantienen activos únicamente vínculos personales con la parroquia y con el cura.

Al poco tiempo de entrar en contacto con los *okupas*, Frida empieza una relación con uno de los miembros más carismáticos del colectivo, por el cual siente un fuerte respeto intelectual. Y, si bien «el *okupa* y la cristiana» eran «la atracción de feria», esta relación y la alta implicación del grupo de la parroquia en las actividades del centro los llevó pronto a ser reconocidos como miembros del movimiento. En esta época, Frida experimenta con relaciones no monogámicas reconocidas; además, conoce varias chicas que considera «ejemplo de fortaleza y de valentía [...] porque iban desnudas siempre por la vida y porque se enrollaban con cualquiera y, sobre todo, porque, en el momento de los desalojos, se colgaban de los cables igual que ellos».

Frida, que, dentro del movimiento, asume un rol de comunicadora (de texto), se ve envuelta en una situación esquizofrénica entre su trabajo de comercial y su activismo político. Como ella misma señala, en el trabajo:

[...] en Noche Vieja hacíamos cenas especiales, llenaba el local con 100 personas, que pagaban 25.000, 30.000 pesetas [y], a la mañana siguiente me iba a la calle, a un chiringuito de los que se iban a Nicaragua para sacar 3.000 pesetas.

La relación de Frida con el feminismo no es menos contradictoria que la que mantiene con otros ámbitos de su vida. Por un lado, muestra una inconformidad temprana con las limitaciones de su rol generizado y responsabiliza al padre de todas sus desgracias, «porque era autoritario, machista, porque no me dejaba estudiar ni me dejaba salir». Por otro lado, si bien tiene buenas amigas, reconoce que «durante mucho tiempo, mis mejores amigos eran tíos», quizás porque considera «que los hombres son más fáciles de controlar», de hecho, ha experimentado «muchas relaciones de mal rollo con tíos». Finalmente, en algunos momentos, parece considerar a las mujeres más responsables de poner en práctica tecnologías de género: «Ahora sé que la que me ha vuelto loca ha sido mi madre, la que me estaba obligando a un doble rol era mi madre [...], mi padre en cierta manera hacía lo que le tocaba hacer».

En el plano político, declara que su primera y fundamental lucha ha sido la de clase y parece haber relegado, por mucho tiempo, el trabajo contra las discriminaciones de género a un plano mucho más privado. En los últimos años, esto ha ido cambiando, aunque tiene:

[...] la sensación que yo no quería, pero todo mi alrededor se había dispuesto para que yo entrara [en el feminismo]: yo no quería echarme un novio que supiera de género y que se dedicara a eso, no quería hacerme amiga de chicas que se dedicaran a eso y, sin embargo, bueno, me he ido encontrando con eso [...] si la vida me ha ido llevando hasta allí, [...] pues por algo será.

Este encuentro no buscado con el feminismo, o incluso resistido, se configura, sin embargo, como una fuente de crecimiento que le permite dotar de sentido muchas de sus experiencias y reconocerse en la vida de otras mujeres:

En el momento en que yo me encuentro con las teorías feministas, con todo el tema de género, pienso: «Madre mía, pero si esto le ha pasado a montones de mujeres antes que a mí. Si yo no soy la única. Si todo esto estaba escrito desde hace un montón de años». Y es mucho de reconocimiento.

No obstante, sigue siendo escéptica respecto al feminismo, en cuanto afirma haberse encontrado más con teóricas que con activistas y haber conocido pocas feministas de clase baja. Así, por un lado, muestra una gran fascinación intelectual por dicho movimiento, cuyo encuentro considera que le ha cambiado la vida, y, por otro, mantiene una cierta resistencia hacia él en cuando siente que la aleja de su primera lucha: la lucha de clases.

5. Vivir en las fronteras

La artista y activista mexicana Frida Kahlo representa muy bien, en su *Auto-retrato en la frontera entre México y los Estados Unidos* (1932), la vivencia de permanecer entre mundos diferentes.



1. Self-Portrait Along the Border Line Between Mexico and the United States (Khalo, 1932)

Una sensación similar a la de la pintora parece ser la que experimenta «nuestra» Frida:

Yo me siento una persona de frontera, absolutamente [...] a nivel de identidad sexual entre comillas, de identidad de clase, de identidad cultural, nacional [...] lo que no entiendo es solo ser de un sitio, solo ser de una manera [...] puedo construir una identidad muy fuerte, entonces, bueno, a mí me dicen desde ser roja, feminista, creyente, tener una identidad de clase muy marcada [...], sentirme muy maternal y al mismo tiempo muy masculina, todo eso [...] igual que sé que nunca voy a dejar de ser hija de campesinos, también sé que [...] leo cosas de élite [...] intelectual.

Tal y como hace Gloria Anzaldúa (1987), y muchas otras mujeres con ella, Frida parece preguntarse todo el tiempo, a través de su cuerpo, de sus acciones, de sus decisiones, pero también de sus reflexiones: «Who am I?», «¿Quién es este sujeto que habita las fronteras?».

Escuchando y leyendo su historia, se tiene la sensación de que, en algunos casos, es ella la que escoge estar *atravesada*, quedarse habitando la frontera. Por ejemplo, si bien sus estudios y su situación profesional le permitirían identificarse con la clase media, no quiere dejar de lado su origen de barrio. Reitera constantemente la importancia de no renunciar a su pasado, de no esconder su procedencia, de no pasar por la experiencia de «lavado» de Sneha (Subramaniam, 2000). Apuesta, por el contrario, a que se reconozca y se valore su identidad híbrida.

En otros casos, en cambio, parece que el posicionamiento en la frontera es debido más a coyunturas estructurales que a elecciones personales. Por ejemplo, como muchas otras mujeres, Frida crece con la idea de tener que conseguir las metas masculinizadas (negadas a las mujeres), sin por ello dejar de internalizar los mandatos de feminidad (cuidado de los demás, ocupación siempre de todo y de todos). Esto la lleva a asumir una pose de mujer fuerte, sensual, liberada, que puede con todo y con todos, bien representada en esta imagen que ha realizado el colectivo Sexyshock (2007) para mostrar la condición de muchas mujeres de nuestra época.

Sin embargo, estas peticiones y aspiraciones sociales no son muy nuevas, como bien muestra la descripción de Segá en relación con mujeres que han vivido a caballo entre los siglos XIX y XX.

Mujeres que, en el deseo de construir su subjetividad sin constreñirla a los límites socialmente impuestos al sexo femenino [...], rompen con la tradición del modelo materno para aspirar a un mundo más grande, más rico, capaz de acoger su deseo de libre búsqueda identitaria, habiendo recibido una formación más compleja que las autoriza a diseñar un futuro abstraído al destino de esposa y madre, que entrará rápidamente en conflicto con el hecho de ser mujeres. (Segá, 1995: 28)

Conflicto permanente, interno, entre los roles generizados que no pasa por los cuerpos sin dejar rastros. Frida, por ejemplo, nos cuenta como, en el intento



2. Wonder Bra. Meglio battere che combattere. (Sexyshock, 2007)

de conformarse con el mandato femenino de control de la agresividad, llega a descargarla hacia sí misma.

Esta dureza, esta tensión permanente a mí también me hace daño [...] esta violencia tengo que reprimirla, reconducirla, reorientarla [...] desde que empecé a racionalizar esto y dejé de ser violenta [...] empecé a tener problemas de salud, a somatizar mi histeria, mi rabia.

Cuando va a un psiquiatra, por recomendación de una amiga médica preocupada por su incesante pérdida de peso, se resiste a aceptar el diagnóstico de depresión que le hace: «No tengo una depresión, porque los que están deprimidos lloran, están tristes, están en la cama, no tienen ganas de hacer cosas y a mí no me pasa nada de eso, a mí lo que me pasa es que no puedo tragar». ¿Qué es lo que no puede tragar?

Frida lo describe como una crisis de crecimiento, sin embargo, escuchándola, se tiene la sensación de que no podía resistir todos los dobles vínculos y contradicciones a los que estaba sometida. Ser hiperdedicada en un trabajo con el cual se sentía éticamente inconforme, ser independiente y fuerte pero cuidadora y cariñosa, mantener roles ambiguos en las parejas:

Era la crisis existencial, ¿qué [...] estoy haciendo con mi vida?, ¿qué [...] estoy haciendo en este trabajo?, ¿que [...] estoy haciendo con mis parejas?, [...] mi sentimiento existencial de fracaso [...], ¿qué [...] estoy haciendo yo aquí?

Sus palabras nos hacen pensar que quizás estaba harta de actuar como la supermujer que lo puede todo, la que cuida pero no necesita ser cuidada. El elemento del cuidado queda, de hecho, patente cuando nos explica: «Estaba en mi peor momento de ansiedad y depresión, me estaba empastillando y tenía algunos problemas serios, [...] de movilidad, por ejemplo [...]». Y llegaba a extremos de llamar a su pareja para que la fuera a buscar al trabajo «porque soy incapaz de llegar a mi casa». Vemos aquí como Frida se permite pedir atención y cuidado solo porque está «enferma», debido posiblemente a haber somatizado su malestar más profundo. Podemos preguntarnos si esta «depresión» no es, por tanto, una forma de rebelión contra la realidad y los mandatos sociales, muy parecida, aunque menos radical, a la que, unos años después, sufrirá su madre:

Mi abuela tenía un *alzheimer* [...] terminal, [...] y mi madre se estaba dejando la piel cuidándola. [...] Estábamos mi abuela, mi madre y yo. Mi abuela empezó como a ahogarse, [...] mi madre, que siempre ha sido la logista, la que ha organizado todo, se desesperó, se desorganizó, se descontroló. [...] Al año siguiente, tenemos otro diagnóstico de *alzheimer* para mi madre. Mi madre, en ese momento, *plegó* [...], desconectó de su propia responsabilidad, y dijo: «Yo ya he acabado, te toca a ti».

También podemos ver las similitudes entre esta experiencia y la que viven las numerosas mujeres diagnosticadas de fibromialgia (Barker, 2005).

Sin embargo, por lo general, Frida, como muchas otras mujeres, no busca apoyo externo y se enfrenta, de manera individual y privada, a los mandatos de género. Parece ponerse continuamente a prueba y no permitirse ser débil. Decide, por ejemplo, irse a Nicaragua sola, en plena crisis:

Estaba absolutamente condicionada físicamente por mis fobias, por mis ansiedades [...] me encontraba muy mal, muy insegura [...] pero hubo cosas que no dejé de hacer aunque con mucho miedo. Yo toda la vida he tenido mucho miedo a muchas cosas, pero también he sentido que era muy malo que ese miedo no me dejara hacer cosas.

Como vemos, Frida, muy hábil en hacer elaborados análisis de su realidad, sigue en la práctica con la lucha individual por ser reconocida. Esta misma actitud la ha llevado a ganar a pulso reconocimiento en el mundo masculino, cosa que le vuelve como un bumerán a la hora de establecer relaciones de pareja heterosexuales (recordamos que otra de las fronteras de Frida es la relacionada con las sexualidades anormativas). De hecho, tiene la sensación de que los amigos que querían ligar con ella lo hacían para alcanzar un trofeo, pero que luego no la aguantaban: «[...] les gustaba esta tía poderosa, pero luego eran incapaces de gestionar esto en la intimidad [...] conmigo se enrollan, a mí me desean, les gusto mucho, pero se casan y tienen hijas con otras». Quizás se deba, también, a que Frida, acostumbrada a un nivel de autoexigencia extremadamente alto, no pide menos a los demás. De nuevo, esta experiencia no es aislada, muy al contrario, parece ser compartida por mujeres de diferentes



3. The Broken Column (Khalo, 1944)

épocas. El hijo de Regina García López, *la Asturianita*, explica que su madre, nacida a finales del siglo XIX,

[...] tenía una personalidad arrolladora. Era un cerebro y los hombres en aquella época querían ser tutores de las mujeres [...] Lo mismo que [a mi padre] le atrajo de ella fue lo que les separó. Tengo la impresión de que mi padre se sentía desbordado por ella. (Junquera, 2012)¹⁰

Así que, como hemos visto, Frida es un ejemplo de mujer atravesada por deseos propios, contruidos e impuestos, frecuentemente contradictorios, que la hacen vivir en la frontera, e intenta solucionar de manera individual las contradicciones a las que se enfrenta. Sin embargo, «las situaciones de quiebra nos colocan ante la certeza de que la potencia en la que se basa el ideal de independencia es una potencia falsa» (Gil, 2011: 306) y, cuando no nos damos

10. ¡Gracias Viti (Ana Vitores) por la referencia en Facebook, aunque no iba dirigida explícitamente a mí!

cuenta de ello, es el cuerpo el que paga las consecuencias. Quizás por dicho motivo la vivencia aislada en la frontera hace que Frida se configure como una mujer rota:

Tengo muchas contradicciones en mí misma que vienen de este doble papel [...] supongo que de lo que esperaba mi padre de mí, de lo que esperaba mi madre de mí, [...] Soy el típico ejemplo [...] de mujer rota.

De nuevo, es a través de las pinceladas de su homónima Kahlo que podemos ver representada esta situación de ruptura, de dolor, pero también de tenacidad, de fuerza, de resistencia. Así como Kahlo dibujó unas cintas para aguantar su cuerpo quebrado y ayudar a sostener su columna rota, muchas Fridas buscan y encuentran amigos, relaciones, actividades que les ayudan a sostenerse y a seguir activas.

6. De conclusiones a aprendizajes; de límites a fronteras

Cuando se llega a la escritura de la parte final de un artículo, suelen esperarse unas conclusiones. Sin embargo, delimitar la producción de saberes es condenarlos a una finitud, crear un límite insuperable. En lugar de conclusiones, y con la finalidad de posicionarnos en las fronteras de la producción del conocimiento colectivo, usaremos este espacio para presentar algunos de los aprendizajes que el encuentro con Frida, el camino hecho en el proceso de análisis y la escritura de este artículo nos han permitido desarrollar.

A nivel metodológico, queremos destacar que hemos vuelto a ser conscientes de la importancia del reconocimiento de la producción del conocimiento a través del diálogo. La relevancia de estimular reflexiones personales a las que da pie el uso de las historias de vida no debe de ser desestimada cuando pensamos en el valor y en el interés social de una investigación: «Te cuento cosas que a mis amigos no les he dicho nunca, porque nunca me puse a pensar en estas cosas».

Nos gustaría subrayar, por otra parte, que las experiencias de Frida nos han sido personalmente útiles para comprender, de una manera más emocional, más encarnada, algo conocido a nivel teórico: las dificultades de habitar los espacios fronterizos. Es más, tal y como Frida declara haberse reconocido en los escritos feministas, yo me encuentro en sus palabras. A pesar de las diferencias de nación, edad, contexto y cultura, muchas de las experiencias, emociones y contradicciones narradas por ella han hecho eco en mí. Esperamos, así, con este artículo, haber sabido transmitir a más personas las dificultades y los retos que conlleva el vivir en las fronteras, con una especial atención a las fronteras de clase y de género.

Cuando envié a Frida el resumen del proyecto de este artículo, me dijo que no entendía bien si yo interpretaba el vivir en las fronteras como algo negativo o positivo. Ella misma tenía muchas dudas al respecto y no se podía decantar por ninguna de las dos interpretaciones. Insistió, por otra parte, que algo que

tenía claro era que no quería quedar representada como una víctima de estas fronteras. De acuerdo con ella, y consciente de que victimizar es una forma de inferiorizar la otra, espero haber conseguido no transmitir esta impresión. Mi intención era mostrar el juego continuo entre las presiones sociales y las decisiones de los sujetos. Si bien no podemos abstraernos de la realidad social que nos envuelve y hemos de ser conscientes de que las posibilidades de elección que tenemos son frecuentemente limitadas, además de que los grupos desfavorecidos son los que tienen menos opciones, no reconocer el ejercicio de decisión de los sujetos, incluso en condiciones de posibilidades extremadamente limitadas, equivale a no respetarles. Mi impresión, escuchando a Frida, es que ella ha puesto en práctica su agencia y ha tomado decisiones sobre su vida, independientemente de que esta haya sido limitada por las condiciones de posibilidad o de que, a posteriori, pueda pensar que ha adoptado la elección equivocada.

Finalmente, y volviendo al tema del artículo (vivir en las fronteras), esperamos que haya quedado patente que no se trata de volver a utilizar categorías cartesianas de bueno y malo para evaluar estas experiencias fronterizas, sino que, por el contrario, debemos entender la complejidad de dichas vivencias. De la misma manera, esperamos haber resaltado la importancia de reconocer la posición epistémica de los sujetos que habitan las fronteras y de trabajar para que los tránsitos, físicos y simbólicos, sean permitidos a todas y todos sin discriminaciones o prejuicios.

Referencias bibliográficas

- ALEXANDER-FLOYD, Nikol G. (2012). «Disappearing Acts: Reclaiming Intersectionality in the Social Sciences in a Post-Black Feminist Era». *Feminist Formations*, 24 (1), 1-25.
- ANZALDÚA, Gloria (1987). *Borderlands/la frontera*. San Francisco: Spinsters / Aunt-LuteBook Company.
- BARKER, Kristin K. (2005). *The Fibromyalgia Story: Medical Authority & Women's Worlds of Pain*. Filadelfia, PA: Temple University Press.
- BIGLIA, Barbara (2003). «Transformando dinámicas generizadas: Propuestas de activistas de movimientos sociales mixtos». *Athenea Digital*, 4, 1-25.
- (2006). «“Latin activist women” accounts: Reflection on political research». *Feminism & Psychology*, 16 (1), 18-25.
- BIGLIA, Barbara y BONET-MARTÍ, Jordi (2009). «La construcción de narrativas como método de investigación psicosocial: Prácticas de escritura compartida». *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research* [en línea], 10 (1), art. 8 [73 párrafos]. <<http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs090183>>.
- (2014). «Precarity». En: *Encyclopedia of Critical Psychology*. Springer [versión previa en <<http://www.springerreference.com/docs/html/chapterdbid/304881.html>>].
- BIGLIA, Barbara y VELASCO, Ana (2012). «Reflecting on an academic practice to boost gender awareness in future schoolteachers». *Educação, Sociedade & Culturas*, 35, 105-128.
- BUTLER, Judith (2001). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 1999.

- CASADO, Elena (1999). «A vueltas con el sujeto del feminismo». *Política y Sociedad*, 30, 73-91.
- CORNEJO, Marcela; MENDOZA, Francisca y ROJAS, Rodrigo C. (2008). «La investigación con relatos de vida: Pistas y opciones del diseño metodológico». *Psyke*, 17 (1), 29-39.
- CRENSHAW, Kimberlé (1989). «Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics». *University of Chicago Legal Forum*, 67, 139-176.
- FACHELLI, Sandra y PLANAS, Jordi (2011). «Equidad y movilidad intergeneracional de los titulados universitarios catalanes». *Papers*, 96 (4), 1283-1307.
- GIL, Silvia (2011). *Nuevos Feminismos. Sentidos comunes en la dispersión*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- HANSON, Susan (2010). «Gender and Mobility: New Approaches for Informing Sustainability». *Gender, Place & Culture*, 17 (1), 5-23.
- HEYMAN, Josiah (2012). «Culture». En: WOOD, Andrew G. (ed.). *The Borderlands: An Encyclopedia of Culture and Politics on the U.S.-Mexico Divide*. Westport: Greenwood Press, 2008.
- JUNQUERA, Natalia (2012). «Todos creían que era una espía». *El País* [en línea], 16 de septiembre. <http://politica.elpais.com/politica/2012/09/14/actualidad/1347652102_676897.html>.
- KAHLO, Frida (1932). *Self-Portrait Along the Border Line Between Mexico and the United States* [en línea]. Nueva York: Colección de María Rodríguez de Reoyo. <<http://www.fridakahlofans.com/c0110.html>>.
- (1944). *The Broken Column* [en línea]. Ciudad de México: Colección de Dolores Olmedo Patiño. <<http://www.fridakahlofans.com/c0480.html>>.
- LA PARRA CASADO, Daniel (2000). «Desigualdades de género durante la transición a la vida adulta: Un estudio exploratorio». *Papers*, 61, 131-124.
- LINDELY, Joanne y MACHIN, Stephen (2012). «The Quest for more and more education: Implication for social mobility». *Fiscal Studies*, 33 (2), 265-286.
- LLORET, Carolina (1997). «Las otras edades o las edades del otro». En: LARROSA, J. y PERES DE LARA, N. (ed.). *Imágenes del otro*. Barcelona: Virus.
- MALLIMACI, Fortunato y GIMÉNEZ BÉLIVEAU, Verónica (2006). «Historia de vida y métodos biográficos». En: VASILACHIS, Irene (ed.). *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.
- NICOLÁS MARIN, M. Encarna (2007). «La percepción política de las mujeres a través de las historias de vida». En: VILAR RAMÍREZ, Juan Batista; PEÑAFIEL RAMÓN, Antonio e IRIGOYEN LÓPEZ, Antonio (eds.). *Historia y sociabilidad: Homenaje a la profesora María del Carmen Melendreras Gimeno*. Murcia: Universidad de Murcia.
- PASCUAL DE SANS, Àngels (dir.); MIGUEL LUKEN, Verónica de; MORÉN ALEGRET, Ricard y SOLANA SOLANA, Miguel (2002). *Migracions a Catalunya: L'estat de la qüestió (1975-2000)* [en línea]. Bellaterra: Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona. <<http://geografia.uab.es/migracions/cas/migracions.pdf>>.
- PETERSON, Spike V. (2000). «Sexism political identity/nationalism as heterosexism». En: RANCHOD-NILSSON, Sita y TÊTREAU, Mary Ann (eds). *Women State and nationalism*. Londres: Routledge.
- PLACER, Fernando (1997). «Identidad, diferencia e indiferencia: El sí mismo como obstáculo». En: LARROSA, J. y PÉREZ DE LARA, N. *Imágenes del otro*. Barcelona: Virus, 119-133.
- PUJAL, Margot (2004). «La identidad (el Self)». En: IBÁÑEZ, Tomás (ed.). *Introducción a la psicología social*. Barcelona: UOC.

- SASUNKEVICH, Olga (2011). «Place, gender and class on borderlands: Towards a theoretical framework of studying the border between Belarus and Lithuania». *Gender Studies & Research*, 9, 52-66.
- SEGA, María Teresa (1995). «Passione d'amore e passione politica nella formazione di una "donna nuova" (1876-1915)». En: MAJEROTTI, Rita (a cargo de L. Motti). *Il Romanzo di una maestra*. Roma: Ediesse, Instituto Gramsci.
- SEXYSHOCK (2007). «Wonder Bra: Meglio battere che combattere, 2005». Dibujo reproducido en el artículo «Sexyshock: networks that matter». *Feminist Review* [en línea], 87, 122-129. <http://www.palgrave-journals.com/ft/journal/v87/n1/fig_tab/9400365f3.html#figure-title>.
- SUBRAMANIAM, Banu (2000). «Snow Brown and the Seven Detergents: A Metanarrative on Science and the Scientific Method». *Women's Studies Quarterly*, 28 (1/2), 296-304.
- ZAVOS, Alexandra; BIGLIA, Barbara; CLARK, Judith y MOTZAU, Johana (eds.) (2005). «Special Issue on Feminisms and Activisms». *Annual Review of Critical Psychology*, 4, 1-200.

Mujeres y cambio social. En torno a los trabajos de Barbara Biglia, Ángel Gordo y Pilar Parra

Marina Subirats i Martori

Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Sociologia
marina.subirats@gmail.com



Recibido: 14-11-2012
Aceptado: 22-03-2013

Resumen

A través de sus ponencias, Barbara Biglia, Ángel Gordo y Pilar Parra nos presentan historias de vida de mujeres nacidas en las décadas de los años setenta y ochenta, educadas, por lo tanto, en gran parte, en el período democrático. De clase media unas, de clase trabajadora otras. Las españolas han cambiado, y estas vidas que se nos narran son radicalmente diferentes de las que vivieron sus madres y sus tías, y están casi a años luz de lo que fueron las vidas de sus abuelas. Vidas, las de estas antecesoras, que aparecen también, a grandes trazos y como telón de fondo, en las narraciones que se nos presentan, y que nos sirven precisamente para comprobar el contraste, la distancia, el cambio social acaecido. Las españolas de hoy ya no asumen mandatos: ceden a impulsos, indagan en sus deseos, corrigen sus opciones. Tantean, prueban, rectifican, aparentemente al azar. ¿Pero qué es lo que, en el fondo, parece guiarlas, orientar sus búsquedas y actitudes? Hay hilos tenues que las unen al pasado y que, de otra manera, parecen orientar sus opciones en función de objetivos que fueron también los de las anteriores generaciones de mujeres.

Palabras clave: género; clases sociales; generaciones; evolución social; historias de vida.

Abstract. *Women and Social Change: On the articles of Barbara Biglia, Ángel Gordo and Pilar Parra*

In their articles, the three authors analyze the life stories of various Spanish women born during the seventies and eighties, that is, women who grew up and were educated during the democratic period of Spanish history. Some of them belong to the working class, others to the middle class. These stories show us that the lives of Spanish women have changed and that their lives are very different from the lives of their aunts and mothers, and light years away from the lives of their grandmothers. The life stories of their mothers and grandmothers serve as contexts to understand the contrasts, but also the social changes that have taken place across these different generations of women. Today, the younger generations of Spanish women no longer accept old mandates; they yield to their impulses and desires and are open to new possibilities. They experiment, they change, and they correct their mistakes along the way. But what is it that motivates and guides them? It seems that there are still some links with the past and that there is still something that makes them choose to live their lives in ways similar to past generations of women.

Keywords: gender; social classes; generations; social evolution; life histories.

Barbara Biglia, Ángel Gordo y Pilar Parra han elaborado sus textos basándose en historias de vida de mujeres nacidas en las décadas de los años setenta y ochenta, educadas, por lo tanto, en gran parte, en el período democrático. De clase media unas, de clase trabajadora —o clases populares, si se prefiere el eufemismo— las otras. Interesante cuestión: es el período en el que probablemente se ha producido el mayor cambio social de nuestra historia e, indudablemente, el mayor cambio social del género femenino. De modo que las españolas han cambiado, y estas vidas que se nos narran son radicalmente diferentes de las que fueron las de sus madres y tías, y están casi a años luz de lo que fueron las vidas de sus abuelas. Vidas, las de estas antecesoras, que aparecen también, a grandes trazos y como telón de fondo, en las narraciones que se nos presentan y que nos sirven precisamente para comprobar el contraste, la distancia, el cambio social acaecido, en una palabra.

Cambio, distancia, diferencia entre generaciones, sí. Pero vayamos por partes. Más allá de lo anecdótico de todo caso individual, y de las evidentes diferencias y distancias, algunos elementos aparecen como una constante en los seis casos analizados. ¿Todos en ruptura con el pasado? A grandes trazos, sí. Y, sin embargo, se diría que, subterráneamente, una corriente sigue fluyendo entre las generaciones de mujeres, de abuelas a nietas, de madres a hijas. Ya no son los mandatos concretos: estos han cambiado y las hijas que hablan aquí no actúan al impulso de los mandatos, o, por lo menos, ya no los sienten como un imperativo ineludible. Si obedecen a mandatos antiguos, lo hacen después de haberlos transformado en deseos, asumidos, aparentemente, desde la total libertad. No son mandatos, pues, lo que las asemejan a sus antecesoras. Aquellas fueron o no capaces de transformar los mandatos en deseos, poco sabemos de ello, puesto que, en cualquier caso, el propio mandato exigía tal transformación. Se operaba, conscientemente o no, con resistencias o no, tratando de reservarse algunos espacios de poder, actuando «con mano izquierda», en algunos casos, como el de alguna abuela que asoma en estas crónicas. O cediendo a la necesidad y renunciando al propio deseo y al propio criterio, como exigían los tiempos y solía aparecer en el comportamiento de la mayoría de mujeres «decentes». Estas, las de hoy, ya no asumen mandatos: ceden a impulsos, indagan en sus deseos, corrigen sus opciones. Tantean, prueban, rectifican, aparentemente al azar. ¿Pero qué es lo que, en el fondo, parece guiarlas, orientar sus búsquedas y actitudes?

En mi opinión, hay un concepto que resume el núcleo del género femenino construido tradicionalmente: «el ser para otro». Toda definición de los géneros que se base en tareas o actitudes concretas está abocada al fracaso: no es sino la modalidad local y temporal de un perfil mucho más amplio, instalado desde la noche de los tiempos y presente en mil versiones diversas. No era el lavar o cocinar, el parir y ocuparse de los hijos hasta la extenuación, el vivir esclava de la propia imagen para convertirse así en juguete sexual de los hombres. Todas estas tareas, a veces realizadas conjuntamente, otras totalmente separadas o distorsionadas, forman parte de lo mismo: un ser que debe ignorarse a sí mismo, que no es sino a través de otro, y del servicio a este otro y del reconocimiento

que él le proporciona. Un ser que debe ignorar sus necesidades, sus deseos, sus posibilidades y sus capacidades diversos para reducirlos a un solo objetivo: ser para el otro, para los otros y en función de los otros. Objetivo único que puede permitir, incluso, potenciar las características individuales.

Y este «ser para otro» es el que se percibe aún en las Albas, en las Fridas, en las Mónicas, en las Lucías y en las Blancas, en las Elsas de nuestros días. Subterráneo. Inconsciente. Desorientado. Desubicado. Por tanto, a menudo irreconocible. Pero, insisto, todavía presente. Porque lo que ha cambiado no es el mandato de ser para otro, para las mujeres, sino la concreción del otro. El «otro», que en el pasado tenía una figura genérica, el hombre, y una concreción estricta, el marido, el hijo, el novio, el padre, el dios, el amo..., es ahora una figura vacía, que ni siquiera tiene forma humana. Puede ser una causa, un movimiento social, una idea, una persona, una profesión o una construcción mental de cualquier tipo, siempre y cuando cumpla con la condición de presentarse como algo que trasciende a cada mujer.

¿Y qué es lo que parecen tener en común, y diferente de sus progenitoras, las Elsas y Mónicas, las Albas y Blancas? Precisamente, que la transformación del mandato en deseo, sobre la base de un ser que aún no se atreve a ser para sí, conduce a una continua inquietud, a una continua búsqueda de un objeto referente, que ocupe el antiguo lugar del «otro», en definitiva. Tal vez Frida, la más inquieta —o también la más ampliamente documentada— sea la que en mayor medida nos hace vivir sus cuitas. La concreción que presidió la vida de las abuelas comenzó a tambalearse en la generación de las madres: un marido ausente ya no estaba claro que fuera un eje en torno al cual debía girar la vida, a diferencia de la generación anterior. El ser para otro se concretaba en dos actitudes: la abnegación y la obediencia. Pero, ¿cómo obedecer a un ausente? Ciertamente, es posible abnegarse por él, basta con visualizarlo permanente con el pensamiento, con mantenerlo en la peana que permite contemplarle como a un ser superior. Pero para obedecer hace falta alguien que ordene, y cuando este alguien falta, o falta en exceso, la construcción comienza a resquebrajarse.

En la generación que se considera aquí, las cosas han empeorado. Las mujeres deben ganar su autonomía, de modo que se establece una lucha feroz entre el «ser para otro» subterráneo, pero constante, en los mensajes de la familia, de la tele, de los libros, de los hombres, y el «sé para ti» que aflora de modo creciente en las revistas dedicadas a las mujeres, en los textos de autoayuda, en las reivindicaciones feministas, en el descrédito de las actitudes femeninas y sumisas que aflora por todas partes. Todo complejo y complicado, cierto, porque puede pasar por «sé la más guapa». Pero el mensaje de fondo es narcisista: «Sé la más guapa porque te gusta serlo, porque te gusta gustar». No porque así le gustará más a él, aunque algo de ello esté en el fondo, como condición omnipresente.

Porque, ¿de qué se trata, finalmente? Si se diluyen los mandatos, se es libre. Pero nos lo advirtió el viejo Fromm: la libertad produce pánico, puede ser sinónimo de vacío. ¿Consiste la libertad en poder asumir el ser para sí, para las mujeres? Hoy por hoy, difícilmente. La libertad conquistada consiste en

poder elegir al otro para el que se será, y en poder cambiarlo si hace falta. No en dejar de referirse a lo otro, no en dejar de poner la vida al servicio de. El modelo antiguo no ofrecía márgenes: el otro era el otro, el hombre presente en alguna de sus funciones habituales. El modelo actual no prescribe a este otro, y, frente a este vacío, las Blancas, las Fridas y las Mónicas lo siguen buscando, incansablemente, como objeto de deseo puro y, por tanto, nunca definitivo.

Y es así como se tejen estas biografías que Pilar, Barbara y Ángel rescataron. Pueden aparecer las causas más dispares, causas políticas, artísticas, profesionales, movimientos sociales, nuevas ruralidades, y todo ello en una forma un tanto caótica, de usar y tirar, pero siempre con pasión, exigiendo —o propiciando— entregas incondicionales, renunciaciones, fidelidades. Necesidad de entregarse a causas externas, de dar la vida a alguien o para algo. Sólo que no para siempre: difícilmente llega la satisfacción, las causas son pasajeras, no tienen la grandeza de la transcendencia absoluta, de la necesidad irrefutable que tuvieron las causas antiguas, mantenidas por un control social externo que les confería la categoría de fatalidad. La pareja, el matrimonio, la maternidad se han convertido en una de estas posibles experiencias, en uno de estos posibles deseos, que hay que cotejar y calibrar respecto a otros, a un viaje que se quiere emprender, a una experiencia artística, a una aventura del tipo que sea. Ciertamente, la pareja y, sobre todo, la maternidad, tienen aún un aura especial, como de puerto definitivo al que se podría llegar para descansar de tanta búsqueda. Pero, incluso cuando se opta por la maternidad, surgen dudas: hay entrega, porque apareció «el otro». Pero ello excluyó a los demás otros posibles, y ello supone de nuevo una compleja búsqueda de equilibrios entre las diversas causas, una culpa si la entrega materna aparece como excesiva y única, una culpa si no lo es, puesto que, hoy por hoy, y si excluimos la entrega a lo divino, se sigue presentando como la abnegación más completa.

Los amores son capítulo aparte. Las Elsas y las Albas ya han admitido su finitud, aunque les duela. Saben que, a menudo, son ellas mismas quienes escapan de los «para siempre», a veces empujadas por impulsos tenues, una mirada puede bastar. Así que estas biografías están punteadas de amores generalmente fugaces, que se persiguen, brillan un momento, se disuelven, amargan, sobre los que ahora es difícil construir la vida, constituirlos en eje. O se hace con un enorme esfuerzo de la voluntad, tratando de no distraerse, de no mirar a nada más, de convencerse, cada día, de que este es el camino que se ha deseado, el que, en definitiva, podría permitir tener una raíz, un destino. Podría permitir «ser para otro» aunque la duda aparezca cada mañana.

Hay, finalmente, otro aspecto que pone de relieve el trabajo comparado de Ángel Gordo, Barbara Biglia y Pilar Parra: la diferencia de recursos y, por tanto, también de objetivos, según la clase social a la que se pertenece. Las mujeres de clase media cuentan con un extraordinario recurso: el gusto por la cultura y la creatividad, y todas las puertas que ello abre en términos de realización personal, de entrega a una tarea socialmente valorada, que retorna autoestima y satisfacciones, que permite, incluso, imaginar que se sacrifican objetivos más personales, como pueda ser la maternidad, en aras de una rea-

lización superior. Una realización que llega a más personas o puede incluso tener una transcendencia pública. He aquí un «otro» solvente, que puede tiranizar, pero nunca decepciona. Probablemente esta es la razón, más allá de las dificultades por compaginar la vida doméstica y la vida profesional, por la que hay tantas mujeres solas o sin hijos en los ámbitos profesionales de alto nivel, en el mundo del arte, de la investigación, etc. Ya no son las entregas clásicas. Son nuevas formas de entrega, a veces, incluso, más exigentes que las antiguas.

Las mujeres de clase trabajadora, en cambio, raramente cuentan con este recurso, no tanto porque no puedan acceder a él, sino porque no está en el entorno de su niñez, en su imaginario primero. Y, tal vez por ello, son las que a menudo acaban inclinándose por la maternidad, como el elemento finalmente más sólido de vincularse, de darse, de hallar una causa suficientemente potente para que merezca dedicarle la vida. No siempre, sin embargo. A menudo podemos observar mujeres que hoy están en la mediana edad, que van probando, tanteando, buscando. Frecuentemente, descubren, a veces tarde, la vía de los estudios. En algunos casos, estuvo presente desde siempre, a pesar de proceder de clase trabajadora, como en el caso de Frida. Parece, entonces, como que la tensión se hace mayor, el exceso de posibilidades, las fronteras múltiples y, al mismo tiempo, la escasa pertenencia a algo enraizado, acelera las dificultades, las angustias, las búsquedas en todas direcciones. El esfuerzo por llegar a saber lo que se es, lo que se desea ser, el destino propio.

Porque, finalmente, no hemos descubierto aún del todo qué significa llegar a ser para sí, si ello tiene interés o si sólo va a llevarnos a los mismos objetivos que observamos en tantos hombres: la incansable lucha por tener más dinero y más poder, única prueba moderna, aparentemente, de que se ha logrado ser enteramente para sí, en una implosión de inmanencia que anula cualquier sentido y cualquier vínculo.

RESSENYES

GARCÍA CASTAÑO, J. y OLMOS ALCARAZ, A. (2012). *Segregaciones y construcción de la diferencia en la escuela*. Madrid: Trotta, 200 p. ISBN 978-84-9879-360-4

En los últimos años, en España, la diversidad cultural en la escuela es sinónimo de inmigración, como también lo son las políticas que se han llevado a cabo en torno a la interculturalidad, aunque, sin olvidar otra diversidad cultural, el foco se ha centrado en las familias y en el alumnado de origen extranjero. La inmigración, que vivió su incremento durante la primera década del siglo XXI, ha ejercido su mayor impacto a nivel educativo-escolar, como puede observarse en el perfil sociodemográfico del alumnado, así como en las políticas de acogida y escolarización que se han ido diseñando y llevando —en menor medida— a la práctica. La investigación también ha vivido el impacto de esta nueva incorporación, de forma que los proyectos sobre estas cuestiones tuvieron un incremento muy significativo durante esos años y hasta la actualidad. Los temas de investigación han sido múltiples, como también los enfoques, y uno de ellos, aunque no precisamente el más trabajado, ha sido la segregación en los centros escolares.

La concentración del alumnado de origen extranjero en determinadas instituciones docentes por criterios de adjudicación de centro (lo que puede llamar-

se concentración «natural») o por una supuesta intencionalidad de evitar males mayores (concentración «artificial») ha dibujado un mapa desigual de alumnos extranjeros. Así, coexisten unos centros donde su presencia es elevada con otros en los que ésta es escasa o nula; una red pública en la que se matricula mayoritariamente este alumnado y una red privada y/o concertada que se hace poco cargo de dichos jóvenes y recibe principalmente a unos estudiantes de determinadas procedencias. Al mismo tiempo, la falta de dotación de recursos humanos y materiales suficientes para evitar el fenómeno de la «huida blanca» hacia centros de menor presencia de alumnado de origen inmigrante (que no extranjero) ha comportado la mayor concentración. Y ello ha supuesto también todo un despliegue de imaginación entre las familias para empadronarse en una vivienda cercana al centro que querían para sus hijos e hijas. Eso sí, otras familias no tienen esta misma capacidad.

El texto publicado por Francisco Javier García Castaño y Antonia Olmos Alcaraz sintetiza el conocimiento adquirido sobre esta temática a partir de diferentes investigaciones, aunque, como los mis-

mos editores indican, no tratan todas las vertientes del fenómeno. Eso sí, el texto tiene la capacidad de situar la evolución de la investigación y apuntar lo conocido y las lagunas existentes, es decir, líneas de futuro en las que los investigadores deberían focalizar sus intereses. Una de las primeras constataciones es la necesidad de tener datos estadísticos sobre el fenómeno, accesibles, fiables y comparables, así como también de ponerse de acuerdo en cómo medir el fenómeno. En segundo lugar, destacaríamos la diferenciación entre la segregación intercentros (cuestión en la que la investigación se ha centrado más) y la segregación en el interior de los propios centros (intracentros). Esta diferenciación también está presente en los diferentes capítulos que forman el libro. Como indican los editores, el texto pretende cubrir las diferentes formas de definir y analizar la concentración y/o la segregación, así como visibilizar las distintas aproximaciones metodológicas y los diversos enfoques disciplinares.

De forma sintética, un primer capítulo se centra en la segregación residencial y escolar en Barcelona. Escrito por Diana López y Jordi Bayona, el texto realiza un estudio de caso y pone de manifiesto la contradicción que existe entre la dispersión territorial de los extranjeros y la mayor segregación en la escuela. Los autores, a partir de su análisis, concluyen remarcando la necesidad de mejorar el acceso al centro docente de forma más eficiente para evitar los falsos empadronamientos.

El segundo de los capítulos, partiendo de la misma premisa de que existe segregación (entre las redes pública y privada), presenta la realidad de la ciudad de Valencia. Ferran Colom centra su exposición en la desigual distribución y escolarización del alumnado de origen extranjero. En su texto, enfatiza sobre la mayor concentración del citado alumnado en la red pública. Aparte de ello, indica que la enseñanza del valenciano no se ha convertido en un mecanismo básico de integración.

El tercer capítulo, situado en Madrid y escrito por Carlos Peláez, sigue mostrando la desigual distribución y la elevada concentración en determinados centros. Además, plantea la necesidad de diferenciar entre la segregación interterritorial de zonas escolares y la intraterritorial e invita a profundizar en contestar a la pregunta de si la concentración es «natural» o «artificial». Para dar respuesta a ello, propone que hay que tener en cuenta cuestiones sociodemográficas y, también, la acción de los agentes sociales intervinientes en los procesos de escolarización.

El siguiente texto, escrito por Francisco Javier García, Marta Rubio, Antonia Olmos y Rosalía López, centra su trabajo en un barrio de Andalucía. Se inicia poniendo de manifiesto la mayor presencia de alumnado de origen extranjero en unos centros en comparación con otros, más de titularidad pública que privada. Al profundizar en los discursos de los agentes sociales, se han encontrado con la naturalización de la situación. Conocen que sucede e intentan justificarla como forma de no darle importancia y «quitársela de encima».

A continuación, el texto de Beatriz Ballestín profundiza en la segregación intracentro desde una perspectiva etnográfica. Puesto el foco en escuelas de primaria de una comarca de la provincia de Barcelona, analiza las diferencias de tratamiento que se perciben y se atribuyen al alumnado de diferentes orígenes por parte de sus mismos compañeros, con lo cual reproducen lo realizado por los adultos. Poner de manifiesto esta reproducción y la necesidad de sensibilizar sobre lo que está sucediendo y también sobre las dinámicas de segregación intracentro que existen es uno de los objetivos del capítulo.

Siguiendo parecido interés, Sheila González realiza un análisis de los aspectos organizativos de los institutos que favorecen la integración relacional entre el alumnado inmigrado. Estudio centrado en Cataluña, destaca la importancia

del aula, de compartir este espacio, para la creación de relaciones interculturales.

El penúltimo capítulo, escrito por Livia Jiménez, se centra en el racismo en las aulas y el rol de los docentes. La autora pone de manifiesto la existencia de una lucha política entre docentes «burócratas» y familias que no confían en la escuela, así como el uso del término *racista* como una forma de estigmatizar.

El texto de M. Isabel Jociles, Adela Franzé y David Poveda, desde un planteamiento más general, cierra el libro destacando, entre otras cuestiones interesantes, cómo las trayectorias del alumnado de origen inmigrante se configuran a partir de muchos momentos de toma de decisiones en los que los profesionales que se encuentran a su alrededor tienen un papel clave. Por ello, los profesionales con los que se encuentren, la imagen que tengan de la inmigración, más el rol que puede y sabe adquirir la familia es muy importante en la definición de las trayectorias.

En síntesis, desde una perspectiva pluridisciplinaria, metodológicamente plural y analizando territorios y niveles académicos diferentes, el libro presenta el hecho de que existe concentración de alumnos de origen extranjero en ciertas instituciones educativas (lo cual no siempre responde al entorno sociodemográfico). Es lo que se ha definido como *segregación intercentros*. Al mismo tiempo, otra parte de los textos analiza la segregación intracentro y pone de manifiesto cómo los diferentes agentes sociales de la zona la generan, la alimentan y amplifi-

can (o reducen) sus efectos. El texto, más allá de lo que supone de conocimiento del trabajo investigador que están haciendo los autores, es de lectura obligada para los investigadores que quieran acercarse y/o profundizar sobre el fenómeno de la segregación escolar y la construcción de la diferencia. Como los mismos editores afirman:

Una de las cuestiones que más se han destacado en relación con el fenómeno migratorio y su presencia en las escuelas en las últimas décadas en España ha sido la distribución del alumnado de nacionalidad extranjera en distintos centros educativos del país y los posibles procesos de desigualdad y segregación inter- e intracentros que la pudiera estar ocasionando [...] Sin embargo, a pesar de la abundante literatura existente sobre el tema, es posible afirmar que no existen acuerdos generalizados sobre cómo referirnos y cómo acercarnos al estudio de estas dinámicas. (P. 11)

Este libro, mediante la agrupación de diversas investigaciones, inicia una puesta en común y una comparación que muchos investigadores agradecerán.

Jordi Garreta Bochaca

Grup de Recerca Anàlisi Social i
Educativa (GR-ASE)

Departament de Geografia i Sociologia

Universitat de Lleida

jgarreta@geosoc.udl.cat



AGULLÓ, Víctor (2011). *Los valencianos en Uruguay*. Valencia: Generalitat Valenciana. Conselleria de Solidaritat i Ciutadania, 341 p. ISBN: 978-84-482-5619-7

El libro de Víctor Agulló es una lectura obligada para quienes pretendemos entender el fenómeno migratorio, y no sólo el que tiene lugar entre Uruguay y España, sino también en otras geografías expulsoras y receptoras de migrantes en el mundo del siglo XXI. Los movimientos migratorios, instalados definitivamente en las agendas gubernamentales y mediáticas, se han convertido en blanco de múltiples cuestionamientos en la actual coyuntura de crisis económica mundial. Por ello, un análisis basado en una perspectiva histórica de largo alcance, como el que plantea Agulló, resulta imprescindible para superar los urgentes diagnósticos cortoplacistas dirigidos a gobernar las migraciones internacionales contemporáneas.

Se podría decir, junto con el sociólogo español Carlos Moya, que «Sociología es lo que hacen los sociólogos»¹. Sin embargo, nuestra interpretación del conocimiento sociológico sostiene que existen diversos modos de practicar el oficio de la sociología (en tanto disciplina abierta a los demás campos del saber, al «más allá de la sociología» que Jesús Ibáñez hiciese portada en su obra clásica sobre el grupo de discusión²). En el caso que nos ocupa, la diversidad de miradas y tareas se plasma mediante el diálogo fecundo entre la sociología y la historia contem-

poránea que plantean los autores. Pluralidad metodológica y teórica confluyen en un análisis completo de la migración de valencianos a Uruguay desde mediados del siglo XIX hasta el presente. Pero se trata de un análisis que, siguiendo la estela de Abdelmalek Sayad, reconoce la dificultad de entender la inmigración sin comprender la emigración, poniendo sobre la mesa una doble situación: la del emigrante, con su ilusión y sus proyectos, y la del inmigrante, con su desilusión en el país de acogida (en un proceso pensado y organizado por redes familiares y de amistad).

El libro comienza contextualizando la realidad histórica y social de Uruguay, en relación con su vasta tradición inmigratoria. Esta tarea se lleva a cabo mediante un hilo conductor: la política migratoria uruguaya desde sus orígenes hasta la actualidad. En este primer capítulo, también se destaca el modelo de gestión política de la inmigración extranjera que adoptara el país recientemente, basado en el reconociendo de la multiculturalidad, como fuera desarrollada en Canadá³.

En el capítulo siguiente, se describe el proceso de la emigración: las leyes, los factores estructurales que promovieron los desplazamientos y la composición sociodemográfica de los flujos. A continuación, se profundiza en el perfil del emigrante valenciano.

Las compañías navieras que transportaron a los migrantes ocupa el capítulo siguiente. Con un trabajo de archivo impecable, se ha logrado rastrear las principales rutas y líneas marítimas. El trabajo abarca desde la migración en masa y el exilio hasta la última migración económica de la década de 1950. Son de espe-

1 *Lo que hacen los sociólogos* es el título del libro homenaje a Carlos Moya Valgañón, publicado por el CIS en 2007, con más de 900 páginas de colaboraciones reunidas por José Almaraz, Julio Carabaña, Emilio Lamo, Alfonso Pérez-Agote, Ramón Ramos, Miguel Requena y Marcial Romero.

2 IBÁÑEZ, Jesús (1979). *Más allá de la sociología. El grupo de discusión teoría y crítica*. Madrid: Siglo XXI.

3 KYMLICKA, Will (1996). *La ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós Ibérica

cial interés los testimonios sobre el viaje. Relatos en primera persona extraídos de las entrevistas realizadas a emigrantes valencianos residentes en Uruguay.

En otro apartado, se estudian los inicios de la asociación Comunitat Valenciana de Montevideo. En particular, se analiza su funcionamiento interno, sus rituales y sus fiestas, sus redes de sociabilidad, sus relaciones institucionales con la Comunidad Valenciana, así como con otras asociaciones valencianas en el exterior. El análisis incide de manera particular en la redefinición de la identidad valenciana en el marco de la realidad social uruguaya. El trabajo de archivo deja su huella (una vez más) a través de valiosas fotografías y documentos de época.

Los últimos capítulos de la obra están dedicados a las relaciones transnacionales entre la Comunidad Valenciana y Uruguay en la actualidad. Historias de vida en uno y otro lado del Atlántico que descubren experiencias y sentimientos similares. De ese modo, y volviendo a Sayad, queda al descubierto la «doble ausencia» que padecen los inmigrantes, pero tam-

bién el sueño de una vida mejor que hizo posible el viaje. En este sentido, es un aporte interesante el capítulo dedicado a los futbolistas. Ellos representan, quizás mejor que otros, el sueño cumplido de «hacer la América» (o la España).

El estudio finaliza con un análisis de las representaciones sociales a través de la prensa. Se trata de una consulta de una amplia documentación llevada a efecto en la Hemeroteca de Valencia. Un final que bien puede ser otro comienzo para continuar profundizando en los imaginarios que (pro)mueven las migraciones humanas, porque, recordando el famoso teorema de Thomas, las personas no emigran por cómo es el país de destino, sino por cómo creen que es.

Fernando Osvaldo Esteban

Universitat de València.
Facultat de Ciències Socials.
Departament de Sociologia
i Antropologia Social.
fernando.esteban@uv.es



MORENO, Luis (2012). *La Europa asocial: Crisis y Estado del bienestar*. Barcelona: Península. 276 p. ISBN: 978-84-9942-169-8

Luis Moreno es profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Instituto de Bienes y Políticas Públicas) y uno de los académicos españoles más reconocidos entre los estudiosos de los estados del bienestar (EB). En esta ocasión, presenta un ensayo sobre la segunda crisis del Estado del bienestar en Europa, en su transición desde la edad de plata (1976-2007) hasta la actual de bronce (2008-¿?), y se interroga sobre la deriva a la que puede conducir el individualismo posesivo y/o un tipo de neoesclavismo laboral (distintivo del modelo asiático emergente), en contraste con la

unidad axiológica que presenta el modelo social europeo (la solidaridad como base moral de legitimidad).

El profesor Moreno ofrece un lúcido análisis comparado sobre los distintos regímenes de bienestar y su funcionamiento, con especial referencia al caso español. Reflexiona sobre el cambio económico-político en los EB, a partir de la fértil tríada analítica de las tres *ies*: *intereses organizados*, *ideas/ideologías* e *instituciones*. Tal enfoque lo aplica para indagar en la reestructuración de las sociedades (pos)fordistas, teniendo en cuenta que las diferentes orientaciones

políticas y económicas de los actores se entrecruzan con procesos tan relevantes como la globalización y la aparición de nuevos riesgos sociales que cuestionan la viabilidad del modelo social europeo en el marco de una Europa asocial.

El texto, como es habitual en el autor, está redactado en una rica y sosegada prosa castellana que invita a seguir leyendo. Lamentablemente, cabe adjudicar al editor la incomodidad de tener que leer las numerosas y pertinentes notas (228 en total, 40 páginas del libro) no al pie de la página, sino al final del volumen. Los cuatro capítulos de la obra, además de una presentación en la que se especifica el contexto analítico y el enfoque metodológico, junto a una breve conclusión, tratan de lo siguiente:

En el capítulo I, se pregunta si el Estado del bienestar es un epifenómeno de la modernidad, es decir, si simplemente se trata de algo episódico durante el capitalismo del bienestar que no afecta al largo proceso de la modernización o si tiene trazas de mantenerse. Comienza por aclarar el sentido del término «asocial». Explica que si los poderes públicos reducen su intervención a la estricta garantía de las libertades negativas, como sostiene el pensamiento neoliberal, y se enfatiza el individualismo posesivo como sustento ético, la desvinculación social y la desafiliación favorecerían la asociabilidad.

Se revisan los marcos normativos precursores de los EB, los principios morales que los sustentan y sus desarrollos posteriores. El pensamiento conservador europeo que encarnan los cristianodemócratas concilia sus tesis patrimonialistas con un énfasis en las políticas basadas en los postulados del paternalismo, al atribuir una función social a la propiedad privada. La ideología socialdemócrata tiene como objetivo elevar el bienestar mediante políticas igualitarias a través de la redistribución de la riqueza por vía fiscal. El credo (neo)liberal entiende que el individuo es responsable de procurarse su propio bienestar y que la intervención del esta-

do tiene que limitarse a casos de extrema necesidad. Aplica el enfoque de los regímenes de bienestar y distingue cuatro (continental corporatista, nórdico socialdemócrata, anglosajón liberal y mediterráneo familista), con especial atención a la trayectoria del EB en España.

El capítulo se remata con una valoración de los pasos dados en pro de la convergencia europea. Se constata la reducción de diferencias en niveles de gasto social, desigualdad de ingresos y riesgo de pobreza entre los países de la UE-15. Se trae a colación la importancia política de la Cumbre de Lisboa celebrada en el año 2000 y la puesta en marcha de un nuevo modo de gobernanza: el Método Abierto de Coordinación. Finalmente, se muestra la importancia de los valores sociales compartidos por los ciudadanos de la UE, a pesar de las diferencias axiológicas entre tipos de estado: benevolente (Escandinavia y Países Bajos), asegurador (Europa continental) y Robin Hood progresista (sur de Europa), en relación con el igualitarismo y la empatía con los mayores. Finalmente, se señala la disonancia entre estos valores generalizados entre las poblaciones y las políticas de corte (neo)liberal aplicadas, así como la amenaza que suponen para la cohesión social y la legitimidad democrática de estas sociedades.

El capítulo II es un buen análisis de la edad de plata (1976-2007). Versa sobre las causas y los efectos que se produjeron al final de la edad de oro del *welfare*. A mediados de la década de 1970, el capitalismo del bienestar había llegado a un punto de saturación en el que las lógicas de acumulación capitalista y de legitimación social colisionaron. En los años ochenta, la combinación de los discursos neoliberal y neoconservador procedentes de la Nueva Derecha en el Reino Unido y Estados Unidos se erigió en una suerte de «pensamiento único», cuasi hegemónico, como canon de economía política en las actuaciones gubernamentales. Se había producido una suerte de consen-

so entre las estrategias tradicionales de la derecha, el centro y la izquierda, plasmado en:

1) Una profundización del proceso de desregulación, flexibilización y liberalización respecto a las políticas públicas estatales.

2) Un apoyo activo de las instancias gubernamentales a los procesos de internacionalización de los mercados, a la promoción de un individualismo consumista, así como a la creciente mercantilización de la vida pública.

La contención de costes y la recalibración de los programas existentes se combinaron con una mayor implicación del tercer sector o voluntariado social. Pero las presiones no sólo eran de carácter exógeno, también había las endógenas, con las que interactuaban:

a) La mayor demanda (y coste) de servicios de atención personal.

b) El envejecimiento de la población y la mayor esperanza de vida.

c) El persistente desempleo y las bajas tasas de actividad laboral.

d) Los efectos no deseados y los desincentivos provocados por el propio EB.

Respecto al último punto, se explican algunas trampas del bienestar, como el efecto Mateo, las apropiaciones indebidas y el riesgo moral.

La retroalimentación de presiones exógenas y endógenas ha dado lugar a la aparición de nuevos riesgos sociales (NRS) en el marco de cambios societarios de gran calado: el profesor Moreno se detiene en la conciliación entre el trabajo y el hogar como un aspecto fundamental de los NRS y plantea el caso de las supermujeres y del familismo mediterráneo. La última parte del capítulo plantea las limitaciones de las «mallas de seguridad» y de la «activación laboral» para responder adecuadamente a la escasez de empleos estables y decentes. Sobre el paradigma activador, señala que induce una transformación en la atribución de responsabili-

dades: frente a un estado garantizador de derechos sociales, se reclama un estado de corte schumpeteriano, dirigido a facilitar la adaptabilidad de los individuos y cuya función principal sería responsabilizar a los ciudadanos y facilitarles instrumentos para incrementar su empleabilidad. Sobre las «mallas de seguridad», el autor se detiene especialmente en la cuestión del «merecimiento» y, en el caso de la inmigración, ¿los pobres o los inmigrantes merecen ser ayudados?

El capítulo III concentra su análisis en el modelo social europeo (MSE) y algunos problemas que amenazan su continuidad. El MSE es un proyecto articulado en torno a la solidaridad colectiva, la equidad social y la eficiencia productiva. Sin embargo, el peligro populista de dividir a los europeos entre industriales y vagos podría lastrar irremediablemente el proyecto europeísta. La idea de que los países del sur de Europa se aprovechan del esfuerzo de otros estados miembros ha condicionado, en buena parte, el debate político desde que se desencadenó el crack de 2007. El caso de la estabilidad presupuestaria y los eurobonos sirve de ilustración de tales disquisiciones. También corre peligro la idea de una equidad fiscal progresiva que, anclada en la tradición política occidental, está siendo cuestionada por el pensamiento neconservador, al comportar que los estados miembros más ricos sean contribuyentes netos, mientras que los más pobres resulten beneficiarios de los fondos comunes. Y aunque lo que comparten las sociedades europeas es la idea de que los poderes públicos son responsables de amparar la igualdad de oportunidades y la justicia social, lo que implica mantener una alta carga fiscal con sistemas de impuestos progresivos, ello ha sido cuestionado abiertamente por la última crisis económica como soporte legitimador de una Europa social.

Según el profesor Moreno, la colisión normativa entre una Europa cada vez más unificada y una pervivencia soberana de

los estados miembros solo es viable con la aplicación del principio federalista, que establece la conciliación de la unidad y la diversidad mediante el pacto político entre los países constituyentes de la UE. Por otro lado, en la actual coyuntura del proceso de europeización, la necesidad de una mayor implicación de las instituciones europeas supraestatales no es incompatible con el fortalecimiento de los ámbitos de gobernanza subestatal y local, pues, cuando se trata de gestionar servicios sociales de atención personal, como la promoción de la autonomía, la subsidiariedad hacia los niveles de gobernanza más próxima gana legitimidad y eficiencia.

El capítulo IV centra su interés en el conflicto de legitimidades entre el capitalismo y el bienestar en el contexto de la mundialización. La globalización y la mundialización económica han conllevado una transferencia paulatina de autoridad y poder desde los estados nacionales hasta los mercados internacionales. Además, provocaron, durante la edad de plata (1976-2007), una competencia entre las democracias avanzadas del bienestar e incentivaron patrones de competencia desleal social o fiscal, desregulación generalizada y pérdida de derechos laborales, a fin de ganar competitividad en los mercados internacionales. Los denominados *mercados* habrían consolidado su autoridad con la intención de imponer cambios y reformas en los EB europeos, según las estrategias de las grandes corporaciones y de los conglomerados financieros, los cuales se presentan como demasiado grandes para dejarlos caer. Los fallos en el diseño de la eurozona no han hecho sino agudizar los problemas de la moneda común (por ejemplo: inexistencia de una política fiscal común, falta de coordinación de las políticas económicas, encorsetamiento de las funciones del BCE, que no puede operar como prestamista de último recurso) o falta de voluntad para permitir las transferencias entre países de la UE a través de mecanismos

de compensación interterritorial característicos de los sistemas federales.

Los ciudadanos han presenciado cómo ingentes cantidades de dinero público se han puesto a disposición de bancos, aseguradoras y corporaciones financieras, con la finalidad de sostener el sistema financiero mundial. Tal vez por su capacidad de prescribir e imponer a los gobiernos europeos recetas de superación de la crisis mediante duros ajustes presupuestarios, han podido esquivar la responsabilidad, especialmente respecto a las distintas formas de fraude, ocultación y escape fiscales. La impunidad de banqueros y financieros enriquecidos, cuyas entidades han sido rescatadas o salvaguardadas con dinero público, ha creado perplejidad e indignación.

La conjunción entre ideas e intereses tiene un gran poder explicativo de los triunfos del neoconservadurismo, que, procedente de Norteamérica, ha encontrado en la crisis económica la oportunidad para presionar un cambio hacia lo asocial en Europa. En realidad, dice el profesor Moreno, tanto las fuerzas de centro izquierda como de centro derecha valedoras del EB europeo se mostraban incapaces de contrarrestar la ola de ideología neoconservadora.

Cristianodemócratas y socialdemócratas aparecen cortados por el mismo patrón discursivo y, a menudo, sus políticas, roles y funciones son intercambiables en sus conductas y patologías de corrupción política. Sus inconsistencias, imposturas y reiteradas impunidades constituyen el principal pasivo para la consolidación del MSE, ilustrado en la ramplona defensa de los intereses nacionales. (p. 204)

En el breve apartado de conclusiones, se señala que la permanencia del Estado del bienestar en Europa está asediada por la asociabilidad entendida como la individualización de los riesgos sociales. La alternativa del modelo angloamericano de globalización neoliberal impondría su lógica mercantilista de

bienestar individualizado conducente a la Europa asocial. Y aunque no parece plausible la opción neoesclavista asiática, negadora de derechos conformadores de la modernidad civilizatoria europea, tampoco es descartable la influencia entre ambos modelos. El autor plantea tres posibilidades. Respecto a los escenarios *posibles*, no sería del todo descartable la vuelta a formas decimonónicas de beneficencia, disciplinamiento laboral y paternalismo social. El escenario *probable* se presenta como un mantenimiento, aunque minorado, de sistemas de protección social con coberturas básicas para hacer frente a algunos «viejos riesgos sociales». De los escenarios *deseables*, además de la preservación de servicios y prestaciones, se esperan inversiones sociales para el cuidado y la promoción de niños y jóvenes. El MSE y el EB se enfrentan a un futuro incierto y, con él, a la propia idea social de Europa. El reto político más importante es el paso de la dimensión nacional-estatal a la continental europea. Según el autor,

las soluciones no cabe esperarlas de los nacionalismos estatistas, sino a través de una sintonía y una acción alrededor, principalmente, de las grandes corrientes europeas cristianodemócrata y socialdemócrata.

En conjunto, *La Europa asocial: Crisis y Estado del bienestar*, escrita por el profesor Moreno, aporta una sugerente reflexión sobre el pasado y el devenir de los estados del bienestar, del modelo social europeo y de la propia Unión Europea en el marco de la globalización, que no debería ser ignorada por los investigadores en este campo, que interesa a los ciudadanos preocupados por su bienestar y que es recomendable para estudiantes de distintas disciplinas de las ciencias sociales.

José Adelantado

Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Sociologia
jose.adelantado@uab.cat



PAPERS

Revista de sociologia

Octubre-diciembre 2013, vol. 98, núm. 4

<http://papers.uab.cat>

ISSN 0210-2862 (en paper)

ISSN 2013-9004 (en línia)

Mujeres y cambio social

605 Introducción.

611 **Varela Fernández, Julia.** La larga lucha por la emancipación de las mujeres. Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri.

629 **Álvarez-Uría, Fernando.** Mujeres y política. Las políticas de las mujeres en la España de la Segunda República y la Guerra Civil.

647 **Avia, M^a Dolores.** Feminismo y libertad. Comentarios a los textos de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría.

655 **Izquierdo López, Natalia.** Escritoras de la posguerra frente al espejo. Derrotas y conquistas de algunas antiheroínas.

677 **Val Cubero, Alejandra.** La profesionalización de las mujeres artistas españolas. El caso de Maruja Mallo (1902-1995) y Amalia Avia (1926-2011).

697 **Tobío, Constanza.** Igualdad y diferencia en la profesionalización de las artistas. Comentarios a los textos de Alejandra Val Cubero y Natalia Izquierdo.

709 **Parra Contreras, Pilar.** El peso de la familia y del sistema educativo en las trayectorias de tres mujeres de clases populares, urbanas y rurales.

731 **Gordo López, Ángel J.** Los procesos de subjetivación de las nuevas élites culturales. Itinerarios de autonomía e (in)dependencia emocional de mujeres de clase media.

751 **Biglia, Barbara.** Experiencias fronterizas y efectos de las movi- lidades sociales y de clase.

773 **Subirats i Martori, Marina.** Mujeres y cambio social. En torno a los trabajos de Barbara Biglia, Ángel Gordo y Pilar Parra.

Redacció

Universitat Autònoma de Barcelona
 Departament de Sociologia
 08193 Bellaterra (Barcelona). Spain
 Tel. 93 581 12 20. Fax 93 581 24 37
 r.papers.sociologia@uab.cat

Intercanvi

Universitat Autònoma de Barcelona
 Servei de Biblioteques
 Secció d'Intercanvi de Publicacions
 08193 Bellaterra (Barcelona). Spain
 Tel. 93 581 11 93
 sb.intercanvi@uab.cat

Administració i edició

Universitat Autònoma de Barcelona
 Servei de Publicacions
 08193 Bellaterra (Barcelona). Spain
 Tel. 93 581 10 22. Fax 93 581 32 39
 sp@uab.cat
 http://publicacions.uab.cat

ISSN 2013-9004 (en línia)
 ISSN 0210-2862 (en paper)
 Dipòsit legal: B. 25.307-1983

Composició
 Binorama, SCP

Equip de redacció

Carlota Solé, directora (UAB);
 José Antonio Noguera, adjunt de direcció (UAB);

Fernando Ramírez Plaza, secretari (UAB)

Consell de redacció

Amado Alarcón (URV), Eva Anduiza (UAB),
 Javier Astudillo (UPF), Pau Baizán (UPF),
 Cristina Blanco (EHU), Xavier Bonal (UAB),
 Jordi Busquet (URL), Lorenzo Cachón (UCM),
 Inés Calzada (CCHS-CSIC), Xavier Coller (UPO),
 Ramón De Alós (UAB), Lluís Flaquer (UAB),
 Jordi Garreta (ULL), Maria del Mar Griera (UAB),

Antonio Jaime (UMA), María Jiménez-Buedo
 (UNED), Roger Martínez (UOC), Oscar Molina
 (UAB), Almudena Moreno (UVA), Sònia Parella
 (UAB), Rita Rádl Philipp (UAC), Xavier Rambla
 (UAB), Clara Riba (UPF), Teresa Sordé (UAB),
 Joaquín Susino (UGR), Helena Troiano (UAB)

Consell consultiu

José Adelantado (UAB), Montserrat Baras (UAB),
 Esther Barbé (UAB), Joan Botella (UAB), Ignasi
 Brunet (URV), Anna Cabré (UAB), Manuel
 Castells (UOC), Aaron Cicourel (University of
 California, San Diego), Juan Díez Medrano (UB),
 Gösta Esping-Andersen (UPF), Ramón Flecha
 (UB), Salvador Giner (IEC), Julio Iglesias de Ussel
 (UCM), María Jesús Izquierdo (UAB), David Laitin
 (University of Stanford), Emilio Lamo de Espinosa
 (UCM), Andreu Lope (UAB), Carlos Lozares (UAB),

Francisco Llera (UPV), Antonio Martín (UAB),
 Fausto Miguélez (UAB), Enzo Mingione
 (Universidad de Milano-Bicocca), Isidre Molas (ICPS),
 Joaquim Molins (UAB), Marta Núñez (Universidad
 de La Habana), Josep Picó (UV), Ida Regalia
 (Universidad de Milano), Eduardo Rojo (UAB), Juli
 Sabaté (UB), Enric Sanchís (UB), Graciela Sarrible
 (UB), Joan Subirats (UAB), Marina Subirats (UAB),
 Josep Maria Vallès (UAB), Rosa Virós (UPF),

Bases de dades en què PAPERS està referenciada

- ARCE-FECYT
- CARHUS+
- CIRC (Clasificación Integrada de Revistas Científicas)
- Compludoc
- Dialnet (Unirioja)
- DICE (Difusión y Calidad Editorial de las Revistas Españolas de Ciencias Sociales y Jurídicas)
- DOAJ (Directory of Open Access Journals)
- Educ@ment
- Índice Español de Ciencias Sociales y Humanidades (ISOC-CSIC)
- IN-RECS (Índice de Impacto de Revistas Españolas de Ciencias Sociales)
- International Bibliography of the Social Sciences (IBSS)
- Latindex
- MIAR (Matriu d'Informació per a l'Avaluació de Revistes)
- RESH (Revistas Españolas de Ciencias Sociales y Humanas)
- RACO (Revistes Catalanes amb Accés Obert)
- SCOPUS de SciVerse
- Social Services Abstracts
- Socindex, Socindex Full Text
- Sociological Abstracts
- TOC Premier
- Ulrich's

PAPERS és una publicació del Departament de Sociologia de la Universitat Autònoma de Barcelona fundada l'any 1972. El seu objectiu és servir de mitjà de difusió d'idees i d'investigacions originals, en el camp de la sociologia i altres ciències socials afins (psicologia, ciència política, economia, antropologia).

L'acceptació d'articles es regeix pel sistema de censors. Es poden consultar les normes del procés de selecció i les instruccions per als autors a <http://papers.uab.cat/about/submissions#authorGuidelines>.

PAPERS. REVISTA DE SOCIOLOGIA es publica sota el sistema de llicències Creative Commons segons la modalitat:



Reconeixement - NoComercial (by-nc): Es permet la generació d'obres derivades sempre que no se'n faci un ús comercial. Tampoc es pot utilitzar l'obra original amb finalitats comercials.

Aquest volum ha rebut un ajut econòmic de:

Fundació
BancSabadell

